

El cacicazgo prehispánico de Guabas en el Valle del Cauca (700-1300 d. C.)



Carlos Armando Rodríguez
Fabio Fernando Rey Morales
Amparo Cuenca Wilson



Universidad
del Valle

Programa ditorial



El cacicazgo prehispánico de Guabas en el Valle del Cauca (700-1300 d. C.)



Colección Artes y Humanidades

En el actual territorio que ocupan los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca, el corpus cultural prehispánico denominado Quimbaya Tardío (500-1550 d.C.), con sus diferentes variantes regionales, fue compartido por una gran cantidad de grupos étnicos organizados políticamente en cacicazgos. Entre ellos, el cacicazgo de Guabas, ubicado en el sector meridional, tuvo una gran importancia, no sólo por la especialización en la utilización de un medio ambiente lacustre, característico del centro y sur del valle geográfico del río Cauca, sino porque representaba la frontera sur de la Cultura en cuestión. Este hecho era de gran importancia para desarrollar los contactos económicos y en general culturales con otros grupos portadores de tradiciones culturales diferentes, como por ejemplo, los de la Cultura Bolo-Quebrada Seca. Los resultados de las investigaciones de este importante cacicazgo del Valle del Cauca, realizadas durante las décadas de 1980 y 1990 en el actual municipio de Guacarí, constituyen el material analizado en este libro. En él tratamos de dar una visión de conjunto tanto de la población aborigen, como de su cultura, dentro de una perspectiva temporal y espacial específica.



**Carlos Armando Rodríguez
Fabio Fernando Rey M.
Amparo Cuenca W.**

El cacicazgo prehispánico de Guabas en el Valle del Cauca (700-1300 d. C.)

**ARQUEODIVERSIDAD
Grupo de Investigación en Arqueología y Diversidad Sociocultural
Prehispánica**

**Museo Arqueológico
“Julio César Cubillos”**



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *El cacicazgo prehispánico de Guabas, en el Valle del Cauca (700 - 1300 D.C.)*
Autores: Carlos Armando Rodríguez, Fabio Fernando Rey M. y Amparo Cuenca W.
ISBN: 978-958-670-555-4
ISBN PDF: 978-958-765-734-0
DOI: 10.25100/peu.224
Colección: Artes y Humanidades - Arqueología
Primera Edición Impresa febrero 2007
Edición Digital junio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle
© Carlos Armando Rodríguez, Fabio Fernando Rey M. y Amparo Cuenca W.

Diseño de carátula: Anna Echavarría. Elefante

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	9
EL ÁREA DE ESTUDIO	13
LOS TRABAJOS DE CAMPO	17
Excavaciones de estructuras funerarias	17
Las estructuras funerarias de la Cultura Quimbaya Tardío	18
Las estructuras funerarias de las culturas Ilama y Yotoco	58
Excavación de sitios de habitación y suelos agrícolas.....	61
Unidad de Excavación 1	61
Unidad de Excavación 2	65
Unidad de Excavación 3	67
Interpretación sobre el manejo integral de un medio ambiente lacustre prehispánico	73
RESTOS ÓSEOS HUMANOS: LA MÉDULA DEL PASADO	79
Análisis de laboratorio	79
Índice de mortalidad	84
Osteopatologías.....	85
Patologías dentarias	86
Deformación craneal.....	90
Aspectos morfológicos.....	94
Validez de los resultados.....	95
ESPACIO FUNEBRE Y TRATAMIENTO DEL CADÁVER	97
Tratamiento del cadáver.....	98

Preservación del cadáver.....	98
El ajuar funerario	99
Posición y orientación del cadáver	100
Entierros múltiples	101
El espacio fúnebre.....	104
Formas de las tumbas.....	105
SÍMBOLOS DE MUERTE	111
Arqueología e interpretación.....	111
El símbolo	113
Simbología del ritual.....	119
ALFARERÍA: CONTEXTOS COTIDIANOS Y FÚNEBRES	123
La clasificación cerámica.....	123
Funcionalidad y simbolismo en la cerámica	147
LÍTICOS	155
Descripción del material	155
Análisis del material	160
METALURGIA	165
Los metales y la cotidianidad.....	166
Los hallazgos de orfebrería y su análisis	167
INSTRUMENTOS MUSICALES	175
Analogías etnográficas	176
Clasificación de los instrumentos musicales.....	177
Material procedente de las excavaciones.....	180
RESTOS DE FAUNA	183
Antecedentes de investigación.....	184
Hallazgos de fauna prehispánica en Guacarí	185
Instrumentos elaborados en huesos de animales.....	202
El significado simbólico de los animales	204
CRONOLOGÍA	207
BIBLIOGRAFÍA	211

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer especialmente al profesor Carlos Humberto Illera (Universidad del Cauca), quien fue el coinvestigador durante los trabajos de campo en las excavaciones de la hacienda La Margarita en 1981. A Alfonso Jaramillo Racines (†), propietario de la hacienda La Margarita, cuyo honesto y desinteresado apoyo fue vital para la realización de los trabajos de campo en el año de 1981. A los exdirectores del INCIVA, Guillermo Barney Materón y María Isabel Caicedo, quienes apoyaron igualmente los estudios. A la exalcaldesa de Guacarí Dilian Francisca Toro, cuyo entusiasmo y apoyo logístico permitieron llevar a cabo los trabajos arqueológicos de la segunda fase del proyecto en 1993-1994. Deseamos igualmente, agradecer a Bernardo Saavedra y a la señorita Paulina Saavedra (propietarios de las haciendas La Alsacia y El Carmen respectivamente), por permitir realizar las excavaciones en sus predios y habernos brindado su amistad. A Álvaro Gómez, José Apolinar Hernández (Polo), Jaír Jaramillo y Alberto Montenegro, cuyos invaluable conocimientos de la zona y su arduo trabajo fueron muy importantes durante nuestras excavaciones.

En los resultados e interpretación de la información estratigráfica y edafológica fue de vital importancia la información suministrada por los investigadores Pedro José Botero (IGAG-CIAF) y Octavio Mosquera (CIAT). Los análisis de los restos óseos humanos fueron realizados bajo la dirección del profesor José Vicente Rodríguez (Universidad Nacional de Colombia). Los profesores Germán Peña, Alberto Cadena y Cecilia Ramírez (Universidad Nacional de Colombia), nos asesoraron en los análisis de los restos óseos de animales. Para el estudio de los materiales líticos contamos con la colaboración de la profesora María Pinto, Diego Escobar y Juan Manuel Llanos. Clemencia Plazas, Ana María Falchetti (Museo del Oro) y Alfredo Sánchez Vargas y Ana Elena Alfonso Uscátegui (Departamento Técnico Industrial del Banco de la República) nos colaboraron con los análisis metalográficos. Los dibujos fueron

realizados por Yolanda Jaramillo, Julia Prada y Mauricio Téllez. Las fechas de radiocarbono fueron procesadas por Beta Analytic Inc. de Miami.

Igualmente, queremos hacer público reconocimiento a los estudiantes de los departamentos de Antropología de las universidades del Cauca, Nacional de Colombia y de Antioquia, quienes pacientemente nos acompañaron durante los trabajos de campo y laboratorio, discutiendo y enriqueciendo las ideas que presentamos en este libro. A todos ellos, así como también a los habitantes de Guacarí, las Marías, a la familia Peña, a Medio Pedal, quien nos proporcionó las bicicletas, a los empleados de la Normal de Guacarí: Rodrigo, Fabio, Carlos, Hugo y al personero municipal Darío Cifuentes, queremos expresar nuestra gratitud.

Por último, deseamos expresar un agradecimiento muy especial al doctor Luis Duque Gómez (†) de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, quién comprendió la importancia de las investigaciones arqueológicas realizadas en Guacarí y nos estimuló constantemente a presentar los resultados sobre la población aborigen y su cultura con una visión de conjunto.

INTRODUCCIÓN

En el momento de la llegada de las huestes conquistadoras del capitán Sebastián de Belalcázar al valle medio del río Cauca en 1536, este inmenso territorio del suroccidente de Colombia estaba habitado por comunidades indígenas organizadas en sociedades de tipo cacical. Como lo han venido demostrando las investigaciones arqueológicas de los últimos 25 años, estas sociedades que se habían documentado inicialmente en la Región Arqueológica Calima hacia el 1300 a.C. (Rodríguez y Salgado 1990), existieron durante cerca de 3000 años y presentaron su mayor dispersión territorial en todo el curso Alto y Medio del río Cauca, en el milenio precedente al contacto europeo (Rodríguez 1995).

En este último período los arqueólogos han logrado identificar y caracterizar temporal y espacialmente al menos tres grandes culturas arqueológicas denominadas: Sonso, Quimbaya Tardío y Bolo-Quebrada Seca. Cada una de estas culturas fue compartida por diversas comunidades étnicas que los conquistadores denominaron en sus crónicas “pueblos de indios” y que en la terminología moderna consideramos como cacicazgos. Los límites espaciales de los elementos culturales Quimbaya Tardío, que es la cultura que nos interesa primordialmente en este estudio, parecen comprender gran parte del territorio ocupado por los actuales departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca. Por su parte, sus rangos cronológicos de existencia se ubican entre el 500 y el 1500 d.C. (Santos 1992; Rodríguez 1992, 2002).

En este inmenso territorio el corpus cultural común Quimbaya Tardío, con sus diferentes variantes regionales, fue compartido por una gran cantidad de grupos étnicos organizados políticamente en cacicazgos. Entre ellos, el cacicazgo de Guabas, ubicado en el sector meridional Quimbaya Tardío tuvo una gran importancia, no sólo por la especialización en la utilización de un medio ambiente lacustre, característico del centro y sur del valle geográfico del

río Cauca, sino porque representaba la frontera sur de la Cultura en cuestión. Este hecho era de gran importancia para desarrollar los contactos económicos y en general culturales con otros grupos portadores de tradiciones culturales diferentes, los de la Cultura Bolo-Quebrada Seca, cuya dispersión geográfica al sur parece haber llegado hasta el valle del Patía.

Los resultados de las investigaciones de este importante cacicazgo del Valle del Cauca, realizadas durante las décadas de 1980 y 1990 del siglo XX en el actual municipio de Guacarí, constituyen el material analizado en este libro. En él tratamos de dar una visión de conjunto tanto de la población aborigen, como de su cultura, dentro de una perspectiva temporal y espacial específica. Para realizar esto lo hemos estructurado en once capítulos. En el primero de ellos hacemos una breve relación del área de estudio; luego, en el capítulo dos describimos detalladamente los trabajos de campo realizados en 43 estructuras funerarias de las haciendas La Margarita y El Carmen, especificando si se tratan de tumbas, entierros rituales, amagos o depósitos de desecho. También se incluye la interpretación geológica y cultural de la estratigrafía encontrada en tres unidades de excavación. En el caso de las tumbas, se describen aspectos relacionados con tipología, formas de entierro y composición cualitativa y cuantitativa de los ajuares funerarios.

Los siguientes tres capítulos (3, 4 y 5), tratan aspectos relacionados con la bioantropología de la población aborigen. En el capítulo tercero hacemos el análisis de los restos óseos humanos obtenidos de las tumbas excavadas. Se especifican los métodos utilizados en el laboratorio y se describen aspectos relacionados con mortalidad, paleopatologías y prácticas culturales como la deformación craneal. Igualmente, se realizan análisis comparativos con restos óseos de otras regiones de nuestro país. En el capítulo cuarto se compara etnográfica y etnohistóricamente el tratamiento del cadáver y los espacios fúnebres con los datos arqueológicos de los cementerios prehispánicos de Guacarí, para así aproximarnos a las formas de tratamiento de éste en el cacicazgo de Guabas. El quinto capítulo está dedicado a explorar los aspectos simbólicos de la muerte, basándonos en estudios clásicos de autores contemporáneos. En él intentamos aplicar los resultados de estos estudios al análisis e interpretación de la muestra fúnebre de Guacarí.

Los siguientes cuatro capítulos (6, 7, 8 y 9) están dedicados a la descripción y análisis de la cultura material del cacicazgo de Guabas. En el capítulo sexto se habla de la producción alfarera, analizando la relación entre lo cotidiano y lo fúnebre, pero centrándose en una clasificación tipológica de los objetos cerámicos. El capítulo séptimo se dedica a los líticos utilizados como objetos tanto utilitarios como rituales. Además de realizar una clasificación tipológica,

presentamos una interpretación de la función simbólica de los instrumentos hechos de piedra. En el capítulo octavo se presenta el análisis tipológico y metalográfico de los objetos de orfebrería, además de una interpretación sobre su uso en la vida cotidiana. El capítulo noveno trata de los instrumentos musicales hallados en nuestras excavaciones. En el capítulo décimo se presenta la información de los restos de arqueofauna; estos fueron clasificados taxonómicamente, estableciendo su frecuencia de aparición en las diferentes unidades de excavación, la utilización de sus huesos para la elaboración de adornos corporales y herramientas y su uso en contextos simbólicos y artísticos. Finalmente, el capítulo once está dedicado a la cronología del cacicazgo de Guabas.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EL ÁREA DE ESTUDIO

El área de nuestras investigaciones arqueológicas está ubicada en el suroeste del país, sobre el valle intermedio del río Cauca, en el centro del departamento del Valle del Cauca. El cementerio prehispánico La Margarita se encuentra en el sitio tradicionalmente llamado “Chamberí”, en el corregimiento de Guabas. Por su parte, tanto el cementerio de la hacienda El Carmen, como los suelos antrópicos estudiados en la hacienda La Alsacia, están localizados en el corregimiento de Cananguá, municipio de Guacarí, 3° 45’ 31” latitud norte y 76° 20’ 20” longitud oeste del meridiano de Greenwich (Figura 1).

El valle geográfico del río Cauca presenta una morfología más o menos plana con una altura entre 900 y 1000 msnm. Está constituido geológicamente por depósitos de sedimentos fluviales del Holoceno, limos y arenas que alternan con lentes de grava. La formación vegetal principal en el valle del río Cauca es el Bosque Seco Tropical. El clima se caracteriza por una temperatura media superior a los 24° C, lluvias promedio anuales entre 1000 y 2000 mm. La vegetación nativa está casi destruida por la acción humana, como consecuencia de la implantación de cultivos intensivos y extensivos de caña de azúcar, y en menor proporción maíz, frijol, millo, algodón, soya, cacao, uva, plátano, arroz y pastos para ganadería. De la vegetación primaria sólo quedan como testigos pequeñas manchas dispersas de guaduales.

Los suelos del corregimiento de Guabas corresponden a la Serie Zabaletas (ZB), en general, ocupan áreas con ligeras depresiones de la planicie aluvial y pendientes menores de 1%. Se caracterizan por tener un drenaje pobre, desde los primeros horizontes presentan abundante carbonato de calcio, el cual aumenta excesivamente a partir de los 50-60 cm de profundidad, formando concreciones (“caliche”) de tamaño variable (IGAC 1969:123-125). En el corregimiento de Cananguá los suelos pertenecen a la Serie Palmeras (P), con microrrelieve plano de origen aluvial y pendientes menores al 2%. Son muy profundos, de excelentes condiciones agronómicas, sin restricciones de

ninguna clase, aptos para gran diversidad de cultivos. Su PH es ligeramente alcalino a moderadamente alcalino, fluctúa entre 7.5 y 8.0 (IGAC 1964: 43). Estas condiciones físico-químicas de los suelos fueron las que permitieron el buen estado de conservación del material osteológico humano y animal, así como también, del material cultural (objetos de cerámica y metal).

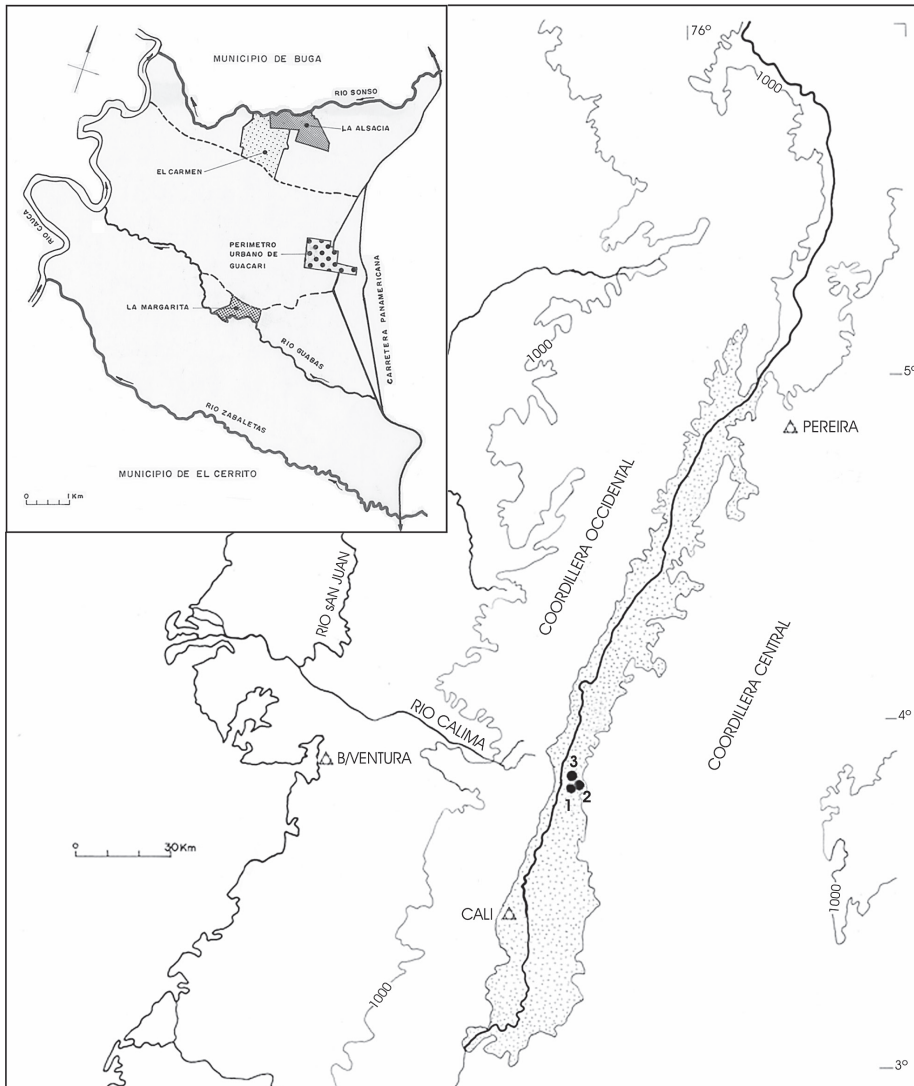


Figura 1.

Ubicación espacial de los sitios excavados en las haciendas La Margarita (1), La Alsacia (2) y El Carmen (3), en el municipio de Guacarí, en el contexto del Valle del Cauca.

Los suelos de las haciendas La Alsacia y El Carmen se caracterizan por tener un perfil con horizonte superficial de texturas finas y moderadamente finas, arcilloso y arcillo limoso, de color negro a gris muy oscuro y de un espesor de 50 cm a 80 cm. Este se encuentra sobre arenas medias, finas y muy finas, o limos de color pardo amarillento claro u oliva, con profundidades de 1.50 m o más (Chimu 1993). A partir de 50 cm a 60 cm, bajo del horizonte A o B, aparece una capa endurecida de suelo o “caliche”, causada por sedimentación de partículas de suelo con materia orgánica o con otros materiales como silicatos, sesquióxidos o carbonato de calcio (CaCO₃). En esta capa se hicieron las construcciones funerarias, hecho que facilitó su ubicación.

El cronista Pedro Cieza de León llegó a esta región en 1538, tres años después de la iniciación de la conquista del Valle del Cauca por el capitán Sebastián de Belalcázar (Cubillos 1984:17). En el año de 1570 Juan López de Ayala, fundó a San Juan Bautista de Guacarí, población ubicada entre Buga, Ginebra, El Cerrito y Yotoco, y erigida en municipio en 1863. Actualmente, cuenta con 80.000 habitantes, posee diez corregimientos y seis veredas. En este municipio se encuentra uno de los monumentos más antiguos del país, la Casa Cural construida en 1600 (El Espectador 1995:10). La hacienda El Carmen, uno de los sitios donde se realizaron las investigaciones, data de mediados del siglo XIX.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LOS TRABAJOS DE CAMPO

Los trabajos arqueológicos de campo realizados en los corregimientos de Guabas y Cananguá, en el municipio de Guacarí, fueron llevados a cabo en varias temporadas. Una primera prospección y excavación de tumbas en la hacienda La Margarita (Guabas) se hizo entre junio y octubre de 1981 (Illera 1983; Rodríguez 1984). La excavación de tumbas en el cementerio de la hacienda El Carmen, así como el estudio de sitios de habitación y suelos antrópicos en la hacienda La Alsacia, fueron realizados entre junio y septiembre de 1993 (Rodríguez 1994). Finalmente, los últimos trabajos de campo, se desarrollaron entre enero y marzo de 1994, en la misma hacienda El Carmen (Cuenca y Rey 1996).

EXCAVACIONES DE ESTRUCTURAS FUNERARIAS

En el cementerio prehispánico de la hacienda La Margarita (Guabas), fueron excavadas 15 tumbas, en seis de las cuales logró obtenerse información confiable sobre todo el patrón funerario ¹. En el cementerio de la hacienda El Carmen, excavamos seis tumbas, mientras en la última temporada de campo de 1994 fueron abiertas en el mismo cementerio otras 33 estructuras funerarias. De tal forma, contamos con la información de 45 estructuras fúnebres de las cuales una fue identificada como perteneciente a la cultura agroalfarera Ilima ², dos posiblemente a la cultura Yotoco/Malagana y el resto a la cultura Quimbaya Tardío. Toda la información de campo fue recolectada en una ficha especial elaborada para tal fin, la cual incluía aspectos relacionados con la forma de la estructura funeraria, el tipo de entierro y la composición cualitativa y cuantitativa del ajuar funerario o de los hallazgos. Esto fue complementado con un registro gráfico (dibujo a escala de cada estructura funeraria) y fotográfico de todo el proceso de excavación, así como por el levantamiento topográfico de los sitios.

De acuerdo al análisis formal y de composición de los hallazgos, las estructuras funerarias fueron clasificadas en cuatro grandes grupos: 1) *Tumbas*: construcciones diseñadas con el fin de inhumar individuos con sus respectivas ofrendas funerarias. Poseen forma determinada, en su mayoría de pozo con cámara lateral. Se excavaron treinta; 2) *Entierros rituales*: construcciones elaboradas con fines rituales donde enterraban objetos manufacturados en diferentes materiales y/o huesos de animales. Generalmente poseen forma y dimensiones similares a las de las tumbas. Se excavaron cinco; 3) *Amagos*: estructuras funerarias muy bien definidas, de pozo con cámara, carentes de esqueleto óseo y ajuar. Se excavaron dos; y 4) *Depósitos de desechos*: excavaciones realizadas con el fin de arrojar basura resultante de actividades de ritos fúnebres. Se excavaron ocho.

LAS ESTRUCTURAS FUNERARIAS DE LA CULTURA QUIMBAYA TARDÍO

Unidad de excavación 1

Tumba de pozo simple con forma rectangular y ángulos redondeados. Orientación NO-SE. Un entierro primario de un niño en posición horizontal sobre una estera elaborada posiblemente con fibras vegetales se presentó a 230 cm de profundidad. Los únicos huesos que se conservaron fueron del cráneo, cuya orientación fue NE. Como ajuar funerario fueron colocados 10 objetos cerámicos, entre los cuales había una figura antropomorfa hueca y nueve vasijas (cuencos con base anular, ollas-cuenco y cántaros). Dimensiones: largo de 200 cm, ancho de 130 cm y una profundidad de 230 cm (Figura 2).

Unidad de Excavación 2

Tumba de pozo simple con dos nichos. Pozo rectangular con orientación NO-SE. Uno de los nichos se presentó hacia el SE, mientras el otro estaba ubicado hacia el extremo SO de la tumba. En ambos nichos fueron halladas vasijas cerámicas. Entierro múltiple de al menos nueve individuos localizados a varias profundidades. *Individuo 1*: encontrado a 220 cm de profundidad. Restos de pelvis y extremidades inferiores de una mujer adulta. *Individuos 2 y 3*: los cráneos seguramente de un hombre y una mujer adultos aparecieron a 280 cm de profundidad mirando hacia el NE. El análisis de varios dientes del hombre sugirieron su avanzada edad (senil). *Individuos 4, 5 y 6*: encontrados a 280 cm de profundidad fueron hallados los huesos desarticulados de tres personas más. Los cráneos de los individuos 4 y 6 miraban hacia el SE y el cráneo 5 hacia el E. *Individuo 7*: a la misma profundidad en otro sector de la tumba se encontró otro cráneo de una persona adulta, mirando hacia el NE. Su esqueleto poscranial estaba totalmente disperso (entierro secundario). *Individuo 8*: en otro sector, a la misma profundidad, aparecieron los restos de otro individuo adulto cuyo cráneo

miraba hacia el S. A su lado izquierdo fue hallada la única figura antropomorfa que se encontró en esta tumba. Este entierro tuvo la mayor cantidad de material cerámico colocado como ajuar, por lo cual posiblemente se trataba del entierro principal. *Individuo 9*: a la misma profundidad, en otro sector aparecieron los restos esqueléticos extendidos de otra persona adulta. El cráneo miraba hacia el N. Al lado izquierdo del cráneo se presentó una segunda concentración de material cerámico. Al lado derecho había tres puñales elaborados con hueso de venado.

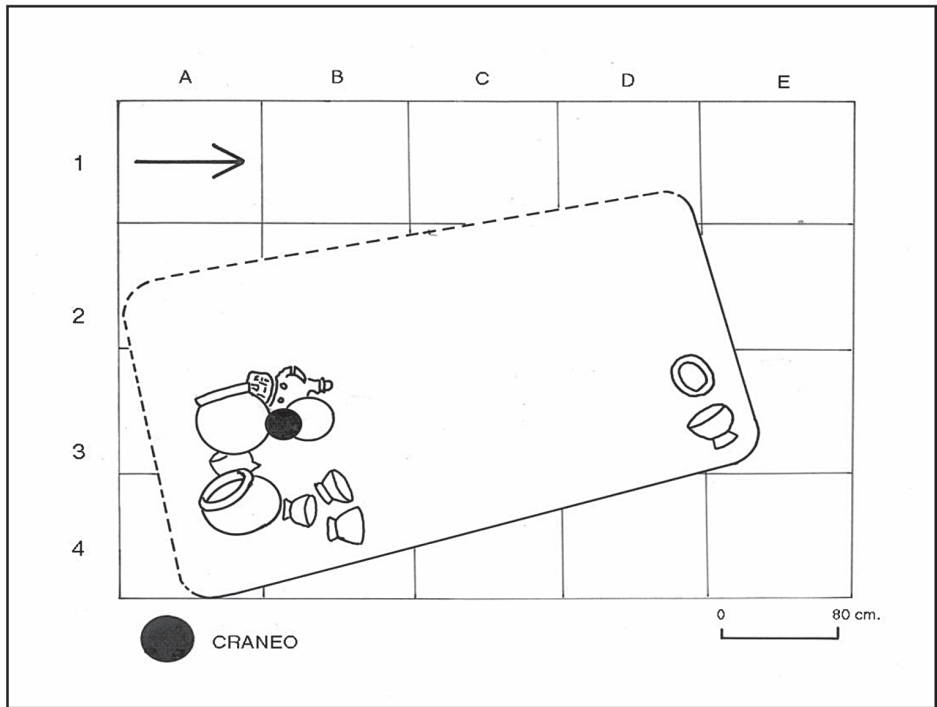


Figura 2.
Planta de la Unidad de Excavación 1.

El ajuar funerario de esta tumba fue uno de los más abundantes encontrados en el cementerio de la hacienda La Margarita y estuvo compuesto por 100 objetos: 65 cerámicos (la mayoría encontrados fragmentados total o parcialmente), un metate fragmentado, dos manos de moler, seis puñales en hueso de venado, dos agujas también en hueso, cinco objetos en forma de corbatín elaborados igualmente en hueso, ocho colmillos de mamíferos utilizados como dije de collares y once piezas de metal.³ Dimensiones: largo de 425 cm, ancho de 275 cm y una profundidad de 280 cm (Rodríguez 1985) (Figura 3).

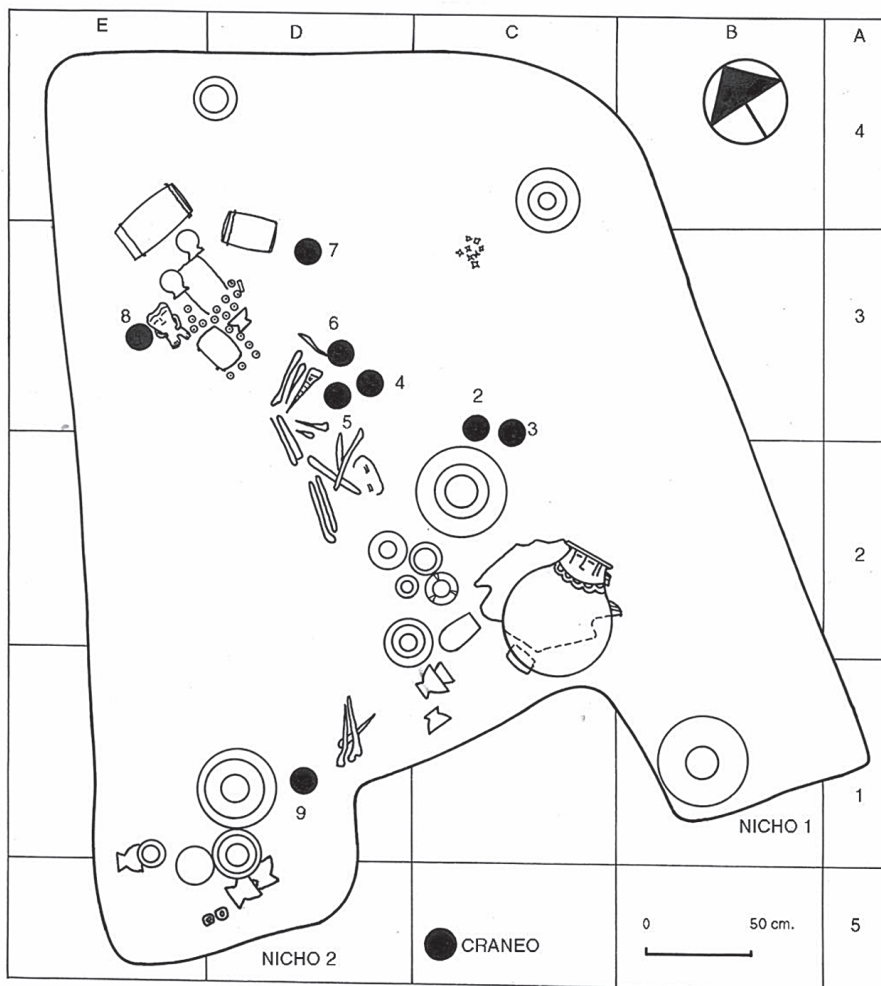


Figura 3.
Planta de la Unidad de Excavación 2.

Unidad de Excavación 3

La forma total de esta tumba fue imposible determinarla. Posiblemente era de pozo rectangular, con orientación NE-SO. Entierro múltiple de seis personas encontrado a 280 cm de profundidad, orientados E-O. *Individuo 1*: se encontró recostado sobre la pared NO en posición extendida. El cráneo de un individuo adulto masculino, mirando hacia el NE, presentaba deformación artificial de los parietales. *Individuo 2*: se encontró enseguida, al SE del entierro anterior en posición extendida y correspondió al cráneo de una mujer adulta que miraba hacia el SO. El esqueleto poscranial estaba en muy mal estado de conservación.

Individuo 3: localizado al SE del entierro anterior en posición extendida. Se encontró el cráneo de una mujer adulta mirando también hacia el SE. El esqueleto poscraneal estaba en muy mal estado de conservación. *Individuo 4*: estaba opuesto al entierro 3, en posición extendida. El cráneo miraba hacia el NE. *Individuo 5*: opuesto al entierro 2. Esqueleto de un individuo adulto en pésimo estado de conservación. *Individuo 6*: opuesto al entierro 1. Cráneo y huesos largos de un individuo adulto masculino. El esqueleto tanto craneal como poscraneal de todos estos individuos presentó evidencias de calcinación parcial, lo que indica que antes de enterrarlos fue quemado el tejido blando. El ajuar funerario de esta tumba constó de 31 objetos: veinte objetos cerámicos, un puñal en hueso de venado, cinco agujas también en hueso, tres colmillos de mamíferos utilizados como dijes de collares y dos piezas de metal. Dimensiones: la única dimensión confiable que logramos obtener de esta tumba fue su profundidad: 280 cm. Una muestra de carbón tomada a esta profundidad arrojó una fecha de 1120±110 d.C. (Beta-5926) (Figuras 4, 5, 6, 7; Tabla 20).



Figura 4.
Entierro colectivo en la UE-3. Vista desde el O



Figura 5.
Entierro colectivo en la UE-3. Vista desde el O.



Figura 6.
UE-3. Vista de los cráneos 1 y 2



Figura 7.
UE-3. Vista del cráneo 3.

Unidad de Excavación 4

Tumba de pozo rectangular con cámara lateral. La orientación del pozo fue N-S. A una profundidad de 200 cm. Hacia el ángulo de las paredes N y O se presentó una cámara de forma semirectangular. En su interior había dos esqueletos en posición extendida con cuatro vasijas como ajuar funerario. Entierro múltiple de cinco personas encontrado a varias profundidades. *Individuo 1*: a una profundidad de 150 cm, hacia la pared O se presentó una concentración de huesos largos dispersos, primera evidencia de un entierro secundario. *Individuo 2*: restos óseos de una persona adulta se encontraron en la cámara a una profundidad de 250 cm en posición extendida. El cráneo miraba hacia el NE. *Individuo 3*: localizado en la cámara al lado del entierro 2 en posición extendida. El cráneo se encontró mirando hacia el NE. *Individuo 4*: ubicado a 410 cm de profundidad; hacia la pared O se presentó una concentración de huesos dispersos. *Individuo 5*: hacia la pared S aparecieron la pelvis y las extremidades inferiores de un individuo adulto. En esta tumba se reportó un total de 60 objetos cerámicos, entre ellos unas 40 piezas en buen estado de conservación. La mayor concentración (cuencos simples y con base anular, cántaros y ollas-cuenco), se halló en la parte central del pozo entre 380 y 410 cm de profundidad. Cuatro figuras antropomorfas aparecieron a 170 cm de profundidad, junto con un cántaro fragmentado en cuyo interior

encontramos restos de guadua quemada y una mazorca de maíz con granos calcinados. Entre los objetos de hueso encontrados debemos mencionar dos agujas fragmentadas, un fragmento de flauta travesera elaborada en hueso de venado, un collar con cuentas tubulares hechas con huesos de aves y un fragmento de defensa de mastodonte. ⁴ Dimensiones: largo de 345 cm, ancho promedio de 170 cm y una profundidad de 410 cm. La cámara tenía 170 cm de largo, 70 cm de ancho y 50 cm de altura (Figura 8).



Figura 8.

Vista de la cámara de la UE-4.

Unidad de Excavación 5

Amago de pozo rectangular. La orientación del pozo fue N-S. No se detectó ninguna evidencia de entierro. El único material encontrado fue un fragmento de metate a 125 cm de profundidad, y varios tiestos y un fragmento de cuenco con base anular encontrados a 140 cm de profundidad.

Unidad de Excavación 6

Tumba gaaqueada de pozo con cámara, de la cual logramos obtener información parcial. Entierro en posición extendida de un individuo adulto al cual le fueron colocadas cinco vasijas como ajuar funerario (Figuras 9, 10).



Figura 9.
Ajuar funerario de la UE-6.



Figura 10.
Entierro primario individual en la UE-6.

Unidad de Excavación 7

Tumba guaqueada de pozo rectangular con una cámara lateral y un nicho. La orientación del pozo fue OE-SO. La cámara era cuadrada con orientación E-O. No se pudo determinar la forma de entierro y como parte del ajuar funerario se halló un cántaro fragmentado y gran cantidad de fragmentos de vasijas cerámicas. Dimensiones: largo del pozo de 209-240 cm, ancho de 130-135 cm, profundidad de largo de 165 cm y ancho de la cámara de 80 cm, altura de 60 cm y una profundidad de 180 cm.

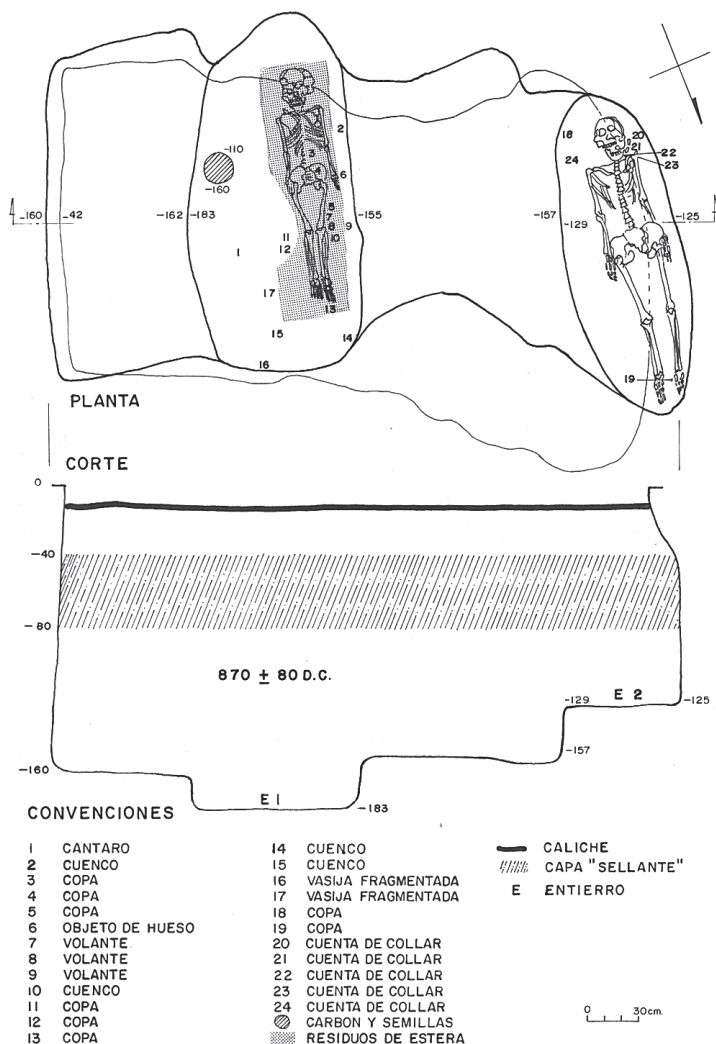


Figura 11.
Planta y Corte de la UE-8.



Figura 12.

Vista en planta del entierro 1 en la UE-8.

Unidad de Excavación 8

Tumba de pozo con dos cámaras. La orientación del pozo fue NE-SO. La primera cámara donde se hizo el entierro 1 tenía forma elíptica y orientación SO-NE. Entierro primario extendido sobre una estera de fibras vegetales. El esqueleto presentó calcinación parcial, evidencia de que el cuerpo fue quemado antes del entierro. La cabeza miraba hacia el N. Correspondió a un individuo de sexo masculino entre 9 a 10 años de edad. Como ajuar presentó 16 objetos cerámicos y uno de hueso. Dimensiones: largo de 212 cm, ancho de 103 cm y una profundidad de 183 cm. La segunda cámara donde se hizo el entierro 2 también tenía forma elíptica y su orientación fue similar. Allí se realizó un entierro primario sobre el piso de un individuo adulto robusto, cuya cabeza también miraba hacia el N. El ajuar funerario constó de dos vasijas cerámicas y cinco cuentas de collar en hueso (Figuras 11, 12). Una muestra de carbón tomada de esta tumba dio un resultado de 870 ± 80 d.C. (Beta-70015) (Tabla 20).

Unidad de Excavación 9

Tumba de pozo con cámara lateral con orientación NE-SO. La cámara era semielíptica y tenía orientación N-S. Entierro primario extendido sobre el suelo de un individuo femenino de 20 a 25 años de edad, con la cabeza mirando hacia el N. Como ajuar funerario tenía 11 objetos cerámicos. Dimensiones del pozo: largo de 225 cm, ancho de 80-100 cm y una profundidad de 166 cm. La cámara tenía 250 cm de largo, 115 cm de ancho, 100 cm de altura y una profundidad de 200 cm (Figura 13). Una muestra de carbón tomada a esa profundidad dio un resultado de 790 ± 0 d.C. (Beta-70016) (Tabla 20).

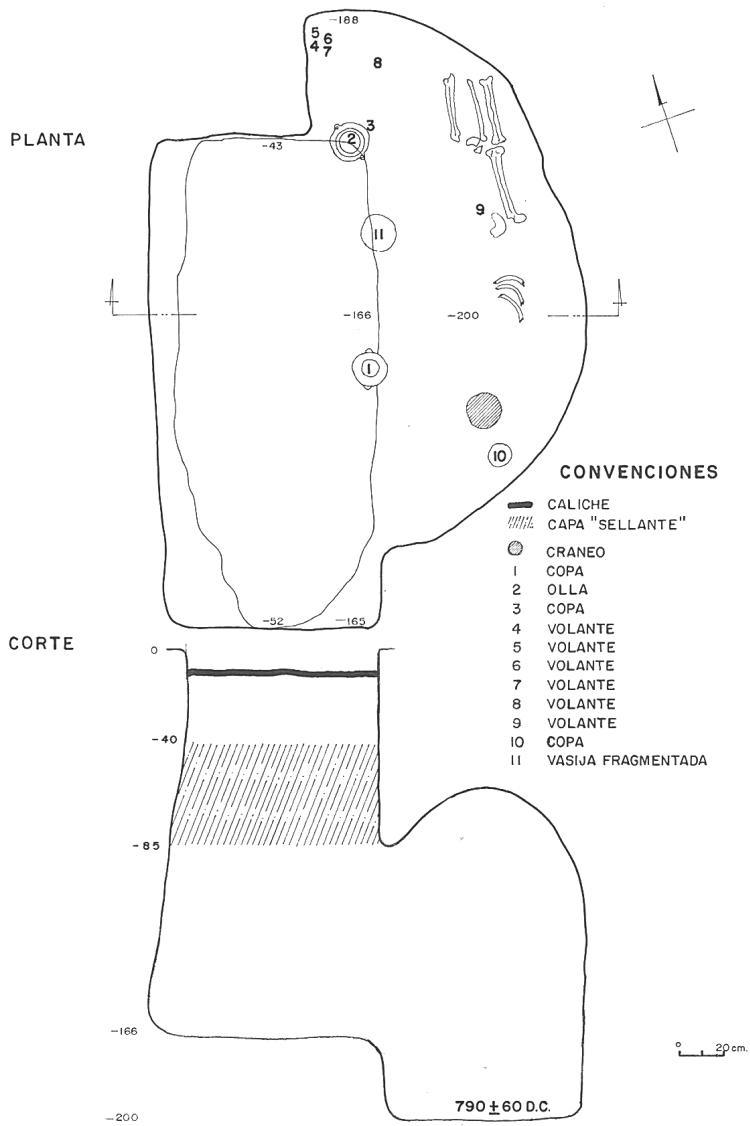
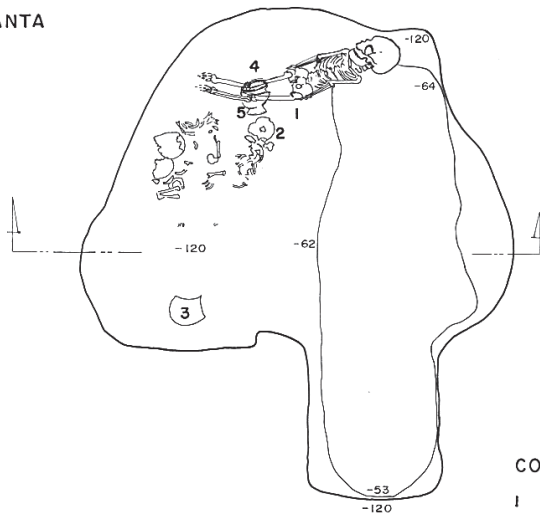


Figura 13.
Planta y Corte de la UE-9.

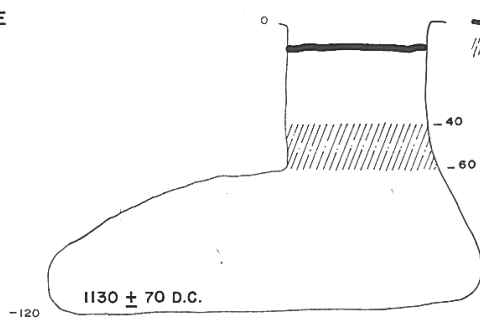
PLANTA



CONVENCIONES

- 1 CANTARO
- 2 COPA
- 3 FRAGMENTO DE VASIJA
- 4 CUENCO
- 5 COPA
- CALICHE
- ▨ CAPA "SELLANTE"

CORTE



0 20cm.

Figura 14.
Planta y Corte de la UE-10.

Unidad de Excavación 10

Tumba de pozo con cámara lateral con orientación E-S. La cámara era semielíptica y tenía orientación N-S. Entierro colectivo primario extendido sobre el suelo decúbiteo dorsal donde el personaje principal, un individuo femenino de dos años de edad, tiene la cabeza mirando hacia el S. Debajo de éste se hallaron los esqueletos desordenados de dos niños de 2 a 6 meses. Como ajuar funerario había cinco vasijas cerámicas. Dimensiones del pozo: 180 cm de largo, 50-55 cm de ancho y una profundidad de 120 cm. La cámara tenía 140 cm de largo, 80 cm de ancho, 30 cm de altura y una profundidad de 120 cm (Figura 14). Una muestra de carbón tomada a esa profundidad dio un resultado de 1130±70 d.C. (Beta-70017) (Tabla 20).

Unidad de Excavación 11

Tumba de pozo con cámara lateral con orientación NE-SO. La cámara era rectangular y tenía orientación NE-SO. Entierro primario dual en posición extendida sobre el suelo decúbiteo dorsal donde los dos individuos tienen la cabeza mirando hacia el S. El *individuo 1* es un hombre de 30 a 35 años y el *individuo 2* es un niño de 18 meses. El ajuar funerario constaba de 15 objetos cerámicos. Dimensiones del pozo: largo de 227-255 cm, ancho de 65-75 cm y una profundidad de 130 cm. La cámara tenía 210 cm de largo, 95 cm de ancho, 130 cm de altura y una profundidad de 130 cm (Figuras 15, 16). Una muestra de carbón tomada entre 110-115 cm de profundidad arrojó un resultado de 1180±60 d.C. (Beta-70018) (Tabla 20).

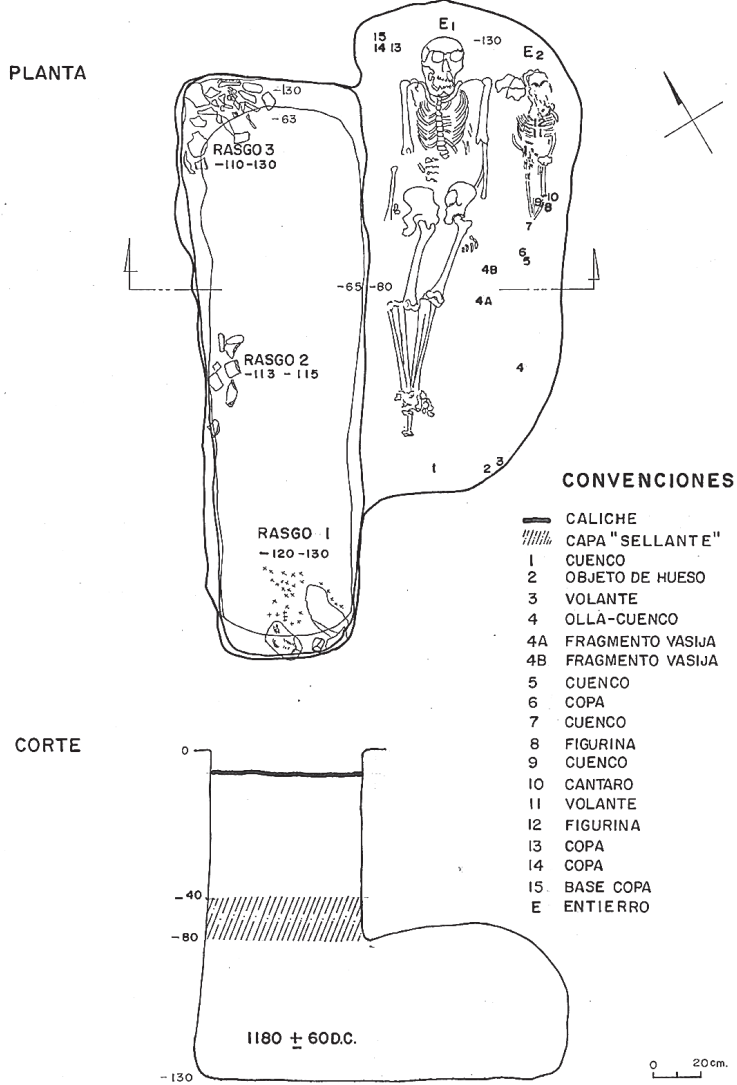


Figura 15.
Planta y Corte de la UE-11.



Figura 16.

Vista en planta del individuo 1 en la UE-11.

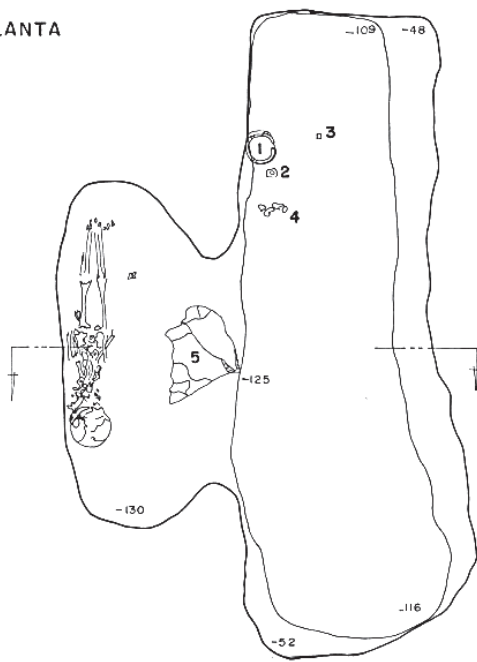
Unidad de Excavación 12

Tumba de pozo con cámara lateral con orientación NE-SO. Cámara elíptica con orientación NE-SO. Entierro primario en posición extendida sobre el suelo decúbito dorsal y miembros extendidos, con la cabeza mirando hacia el O. El individuo era un niño de 5 a 6 años de edad. Dimensiones del pozo: largo de 266-259 cm, ancho de 80-90 cm y una profundidad de 168 cm. La cámara tenía 240 cm de largo, 60 cm de ancho, altura de 55 cm y una profundidad de 188 cm (Figuras 17, 18).

Unidad de Excavación 13

Tumba de pozo con cámara lateral con orientación 38° NO-SO. La cámara se localizó hacia el extremo S del pozo y su entrada estaba sellada por un metate. A 35 cm de profundidad en el extremo N había una concentración de cerámica que resultó ser una vasija completamente fragmentada, asociada a carbón. Por la dificultad de excavar, debido a la estrecha entrada, se decidió ingresar a la cámara desde arriba, rompiendo la dura capa de “caliche” que conformaba el techo. Allí se encontró el esqueleto de un niño de 7 años de edad, el cual estaba en posición decúbito dorsal extendido sobre el suelo, con la cabeza mirando hacia el S. A la izquierda de éste fueron hallados un metate, una mano de moler, dos ollas, dos cuencos y cerca del antebrazo varias cuentas de collar elaboradas en concha; hacia el lado derecho un cuenco a la altura de la rodilla. Sobre las fosas nasales se

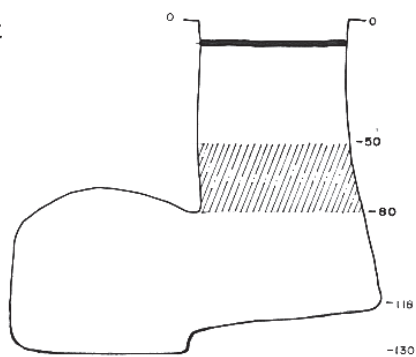
PLANTA



CONVENCIONES

- 1 CUENCO
- 2 VOLANTE
- 3 OBJETO DE HUESO
- 4 CONCHA
- 5 FRAGMENTO VASIJA
- CALICHE
- ▨ CAPA "SELLANTE"

CORTE



0 20 cm.

Figura 17.
Planta y Corte de la UE-12.



Figura 18.

Vista en planta del entierro en la UE-12.

encontró una nariguera torzal en forma de espiral (Figura 72:3). Además había un cántaro donde se presentaron restos de alimentos. Dimensiones del pozo: largo de 100-110 cm, ancho de 53-83 cm y una profundidad 150 cm. La cámara tenía 172 cm de largo, 97 cm de ancho, altura de 45 cm y una profundidad de 150 cm (Figuras 19, 20).

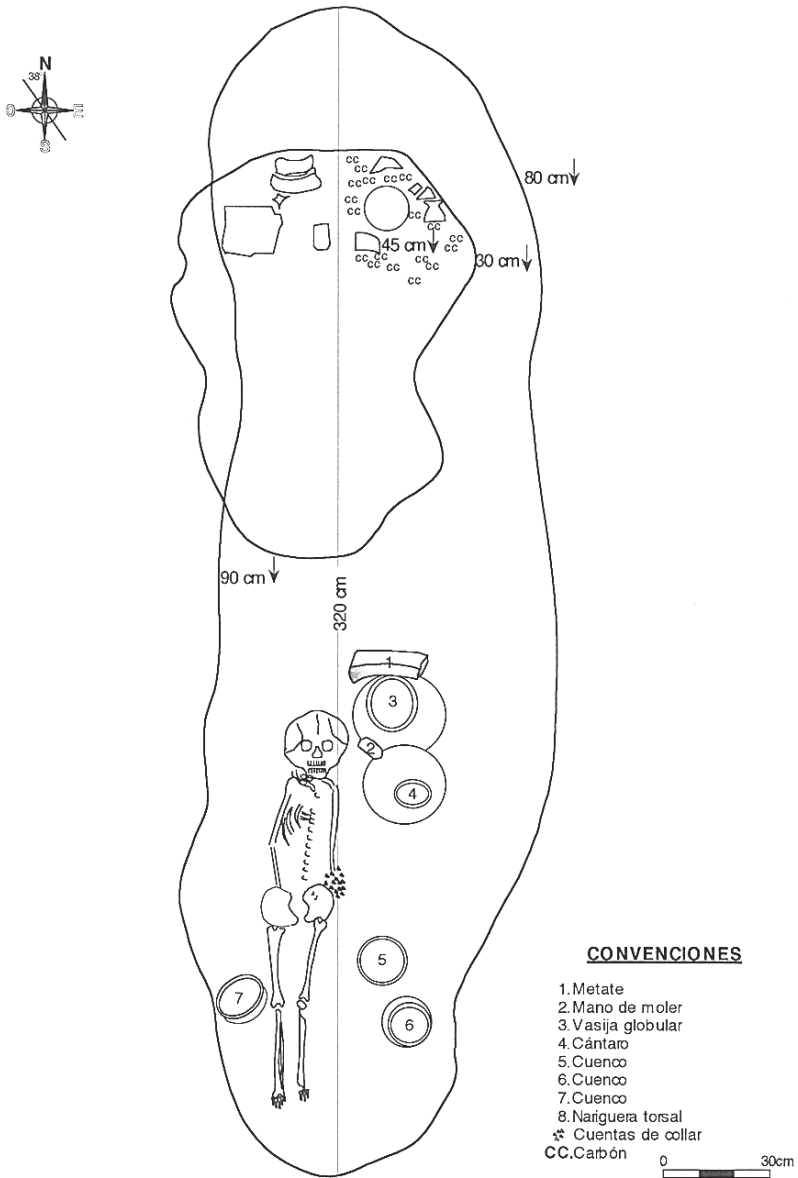


Figura 19.
Planta de la UE-13

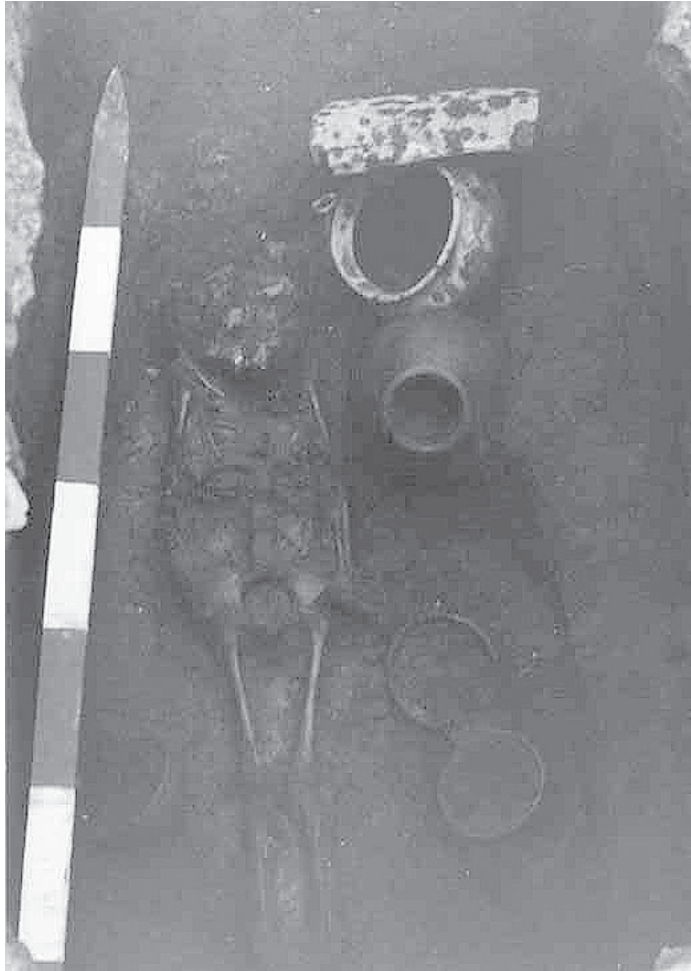


Figura 20.
Vista en planta del entierro en la UE- 13.

Unidad de Excavación 14

Tumba de pozo simple con forma tendiendo a oval con orientación 80° NE. Entre 40 y 80 cm de profundidad fueron hallados pequeños fragmentos de carbón. Se halló el entierro primario de un niño de 4 años de edad colocado en posición extendida sobre el suelo decúbito dorsal con la cabeza mirando hacia el E. Como ajuar tenía tres objetos ubicados a la altura del cráneo: hacia el lado izquierdo un vaso pequeño fracturado, hacia el lado derecho una olla pequeña dentro de la cual había un sello con diseño en espiral. Dimensiones del pozo: largo de 90-110 cm, ancho de 64 cm y una profundidad de 110 cm (Figuras 21, 22).

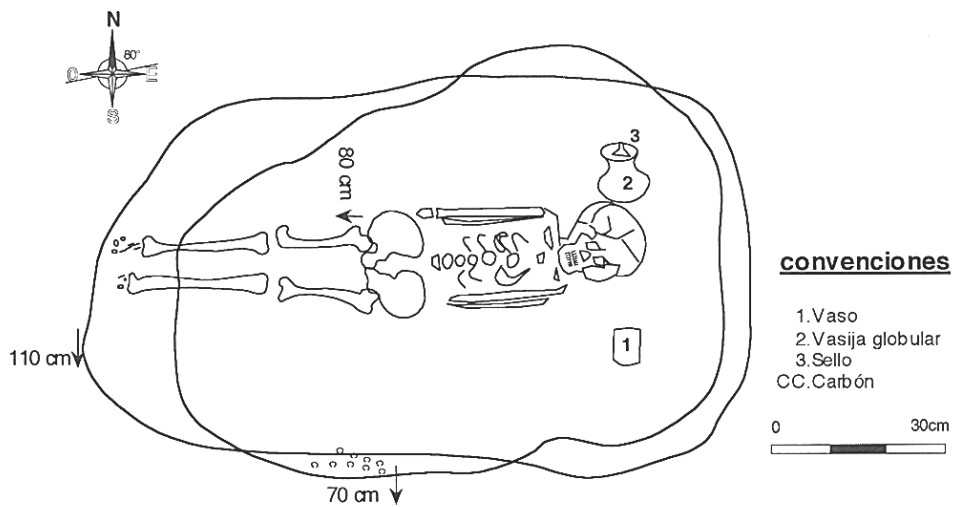


Figura 21.
Planta de la UE-14.

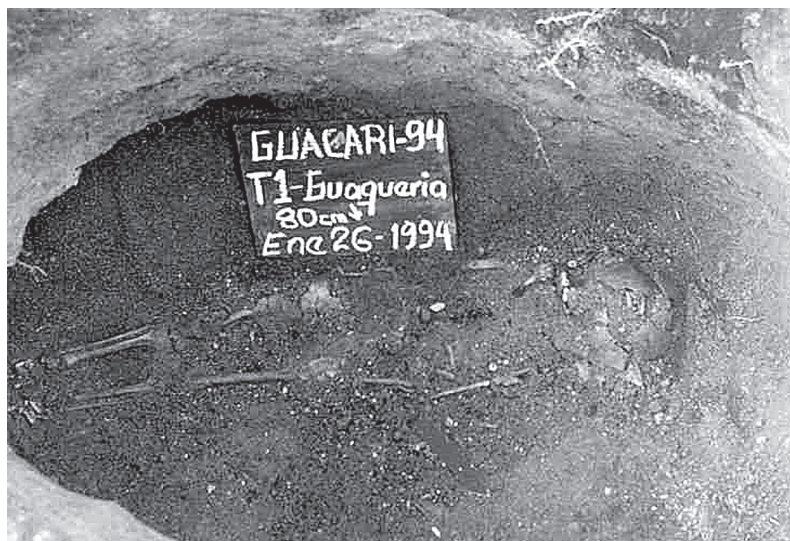


Figura 22.
Vista en planta del entierro en la UE-14.

Unidad de Excavación 15

Tumba gaaqueada parcialmente debido al alto nivel freático. La información parcial obtenida indicó que era de pozo con cámara lateral con orientación 50° NO. A diferentes profundidades hasta los 130 cm en el pozo se hallaron fragmentos de carbón y cerámica. La cámara apareció hacia el extremo NO y estaba tapada con un metate casi plano. No se encontró ningún esqueleto. A la entrada de la cámara se encontraron 10 objetos como parte del ajuar funerario: un fragmento de metate, dos ollas, dos cuencos simples y dos cuencos con base anular. Dimensiones del pozo: largo de 130 cm, ancho de 60 cm y una profundidad de 170 cm. Largo de la cámara: 155 cm y ancho: 68 cm.

Unidad de Excavación 16

Tumba gaaqueada, donde se rescataron algunos fragmentos de cerámica, los fémures y parte del cráneo de dos individuos: un adulto de 25 a 30 años y la mandíbula de un niño de 6 años. Se determinó la forma de la tumba, la cual tenía un pozo rectangular de orientación 70° NO, 180 cm de largo por 100 cm de ancho y una profundidad de 165 cm. La cámara era de forma oval y estaba al SE del pozo, de 170 cm de largo y de 90 cm de ancho, con una altura de 110 cm.

Unidad de Excavación 17

Depósito de desecho de pozo simple de forma irregular tendiendo a oval con una orientación de 30° NO, cuyas dimensiones eran de 94 cm de largo por 63 cm de ancho, bajando hasta 165 cm de profundidad. A 40 cm de profundidad se encontraron fragmentos cerámicos asociados a carbón. Debemos anotar que este depósito estaba lleno de tierra muy negra y fragmentos pequeños de caliche.

Unidad de Excavación 18

Tumba dual que se comenzó a dibujar en el caliche (CaCO₃) a los 60 cm desde la superficie. Pozo rectangular con un apéndice semicircular hacia el extremo NE y con orientación 15° NO, de 255 cm de largo por 120 cm de ancho y una profundidad de 174 cm. Al comenzar a bajar en tierra negra, se encontraron pequeños fragmentos de carbón a los 70 cm hacia la parte central del pozo. A los 90 cm en la esquina NO se halló una concentración cerámica y un lítico. A los 100 cm de profundidad y a 20 cm de la pared O, se encontró un cuenco con base anular colocado de lado, con la boca hacia el E, donde queda la entrada de la cámara. A partir de 100 cm y hasta el piso se hallaron siete concentraciones de cerámica ubicadas cerca de la entrada del pozo y hacia la pared O, resultando vasijas completas fragmentadas y un metate en posición vertical en un extremo de la entrada de la cámara lateral, la cual se abría hacia el extremo NE.

Ésta tenía forma elipsoide de 300 cm de largo por 140 cm de ancho y 126 cm de profundidad, y en su interior habían dos individuos en decúbito dorsal extendidos sobre el suelo, colocados en forma invertida. El *individuo 1* era de sexo masculino, entre los 40 y 45 años, con el cráneo mirando hacia el N; *el individuo 2*, de sexo femenino, tenía 9 años de edad, con el cráneo mirando hacia el SO. Como ajuar funerario se hallaron en total 28 objetos en su mayoría fragmentados, y huesos de *Didelphis marsupialis* a los 40 cm (Tabla 15). Desde el techo de la cámara hacia la parte N, donde se evidenciaron dos figuras antropomorfas planas (Figura 63:1,2). La mayoría de los 19 volantes de huso encontrados estaban cerca del cráneo del individuo 1 y hacia el extremo S se halló una mano de moler.

El nivel freático apareció a los 100 cm de profundidad, lo cual dificultó las labores de registro. Cabe anotar que cerca de la entrada a la cámara y hacia la parte N del pozo, se hallaron gran cantidad de fragmentos cerámicos asociados a carbón (Figura 23).

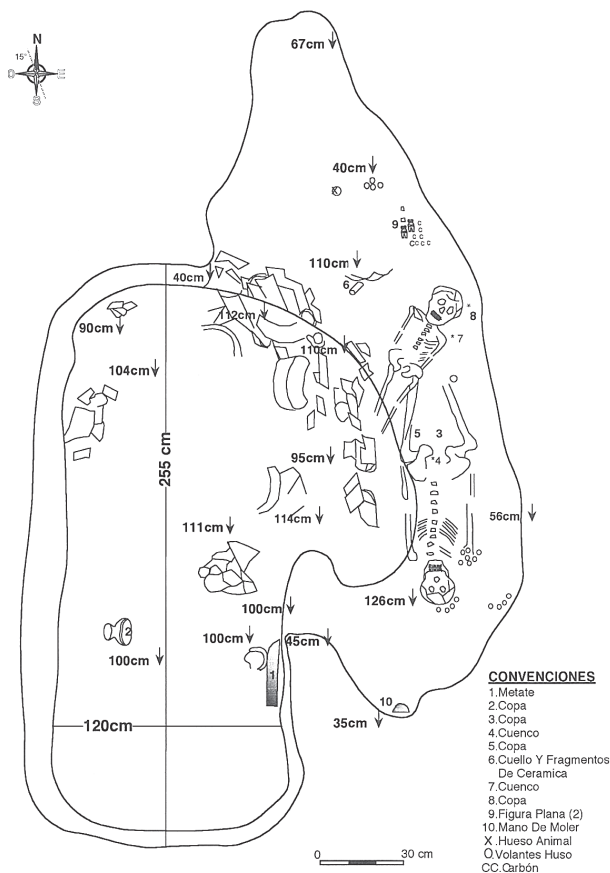


Figura 23.
Planta de la UE-18.

Unidad de Excavación 19

Entierro ritual de pozo simple con forma rectangular orientado 15° NO; de 186 cm de largo por 85 cm de ancho y 80 cm de profundidad. Al comenzar a excavar el pozo se evidenció una capa de fragmentos cerámicos en posición horizontal que lo cubría casi en su totalidad; se bajó en un suelo mezcla de tierra negra, caliche y fragmentos cerámicos, hallando hacia la parte SE a los 36 cm y 40 cm de profundidad, dos ollas globulares grandes; más al N, había un vaso con cuatro asas que contenía otro más pequeño y un cuenco con base anular. Al extremo N a los 60 cm se halló otro cuenco con base anular fragmentado

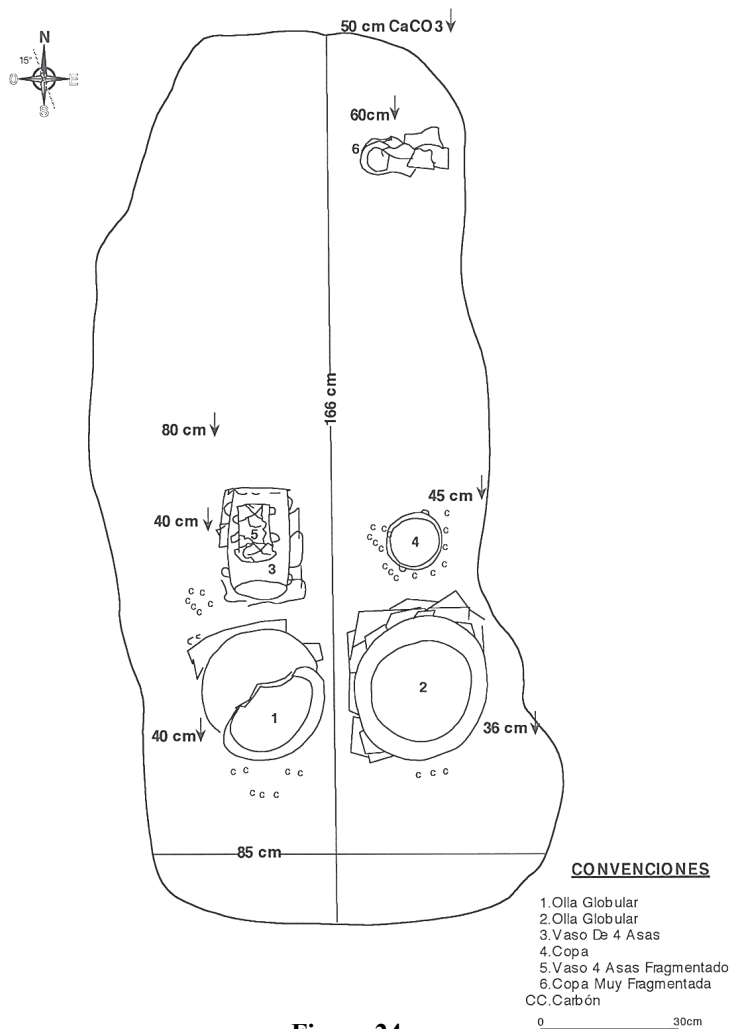


Figura 24.
Planta de la UE-19.



Figura 25.
Cerámica hallada en la UE-19.

(Figura 24).

Unidad de Excavación 20

Tumba a la cual se le hizo el registro en el momento en que era gaaqueada. Era de pozo con una gran cámara a uno de sus extremos y un nicho donde fue realizado un entierro múltiple. El pozo era rectangular con orientación 20° NE, de 185 cm de largo por 92 cm de ancho y una profundidad de 200 cm. Al bajar a 170 cm se comenzaron a evidenciar restos óseos humanos en posición indeterminada, ya que estaban en total desorden; éstos están asociados a varias vasijas fragmentadas. Se pudo establecer en laboratorio que eran tres individuos. Hacia el centro de la construcción funeraria en el piso del pozo se halló un metate plano de 69x49 cm, colocado en posición horizontal. Hacia el extremo NO del pozo estaba la cámara de forma semioval, de 300 cm de largo por 180

cm de ancho. Hacia la parte N se hallaron dos individuos en posición decúbito dorsal extendida sobre el piso, ambos con la cabeza al O y rodeados de vasijas y volantes de uso. Hacia el sector O se hallaron tres individuos más, el primero a la entrada de la cámara con la cabeza mirando al N. Los otros dos con la cabeza mirando al S, y sus ofrendas fueron colocados hacia la entrada de la cámara. Hacia la parte SO del pozo se abrió un nicho de 80 cm de largo por 30 cm de ancho, dentro del cual se hallaron varios volantes de uso y fragmentos cerámicos.

El ajuar funerario de esta tumba estaba compuesto por 24 piezas, entre ellas cántaros y cuencos con base anular y decoración antropomorfa, vasos cilíndricos con cuatro asas, cuencos, vasijas fitomorfas, 15 volantes de huso (algunos dentro de cuencos con base anular) y cuentas de collar elaboradas en concha y huesos largos de ave. Dentro de un cuenco con base anular se encontraron huesos de *Cavia porcellus* y dentro de otras se hallaron cuentas de collar (Tabla 16). Se tomó una muestra de restos de alimentos contenidos dentro de algunas vasijas. Dentro de las dificultades para el registro de esta tumba se cuenta el nivel freático, que apareció a los 150 cm de profundidad y el afán de los gUAQUEROS por sacar las piezas, por lo cual no se pudo recuperar la totalidad del material osteológico humano, lográndose obtener sólo los cráneos (algunos fragmentados) y huesos largos de siete de los ocho individuos enterrados. Además de este material osteológico, los gUAQUEROS donaron para el análisis, varias de las piezas cerámicas, algunas cuentas de collar en concha marina y los restos óseos de animales (Figura 26).

Unidad de Excavación 21

Esta construcción funeraria se clasifica dentro de los amagos. Tenía pozo rectangular orientado 5° NE, de 250 cm de largo y 100 cm de ancho y 150 cm de profundidad. A los 30 cm desde la capa de caliche (CaCO₃), se hallaron pequeños fragmentos de conchas y chispas de carbón hacia la parte NE. En el pozo se notó hacia la parte NE un estrato de arena gruesa, hacia donde se abrió la cámara de forma elipsoide: 210 cm de largo por 115 cm de ancho y una altura de 125 cm. No se hallaron restos óseos humanos ni ajuar, solo hacia el S se encontraron escasos y pequeños fragmentos cerámicos asociados a carbón.

Unidad de Excavación 22

Tumba de pozo con cámara lateral. Pozo rectangular con orientación 15° NE, de 153 cm de largo por 80 cm de ancho con una profundidad de 143 cm. La cámara apareció hacia el E del pozo, era de forma elipsoide con 210 cm de largo por 95 cm de ancho, con una altura de 77 cm. Allí se encontró un individuo de sexo femenino de 3 a 4 años de edad, el cual fue colocado en posición decúbito dorsal extendida sobre el suelo y cuyo cráneo estaba mirando al N. Su fémur derecho se encontró desplazado hacia el fondo de la cámara. Como ajuar funerario tenía

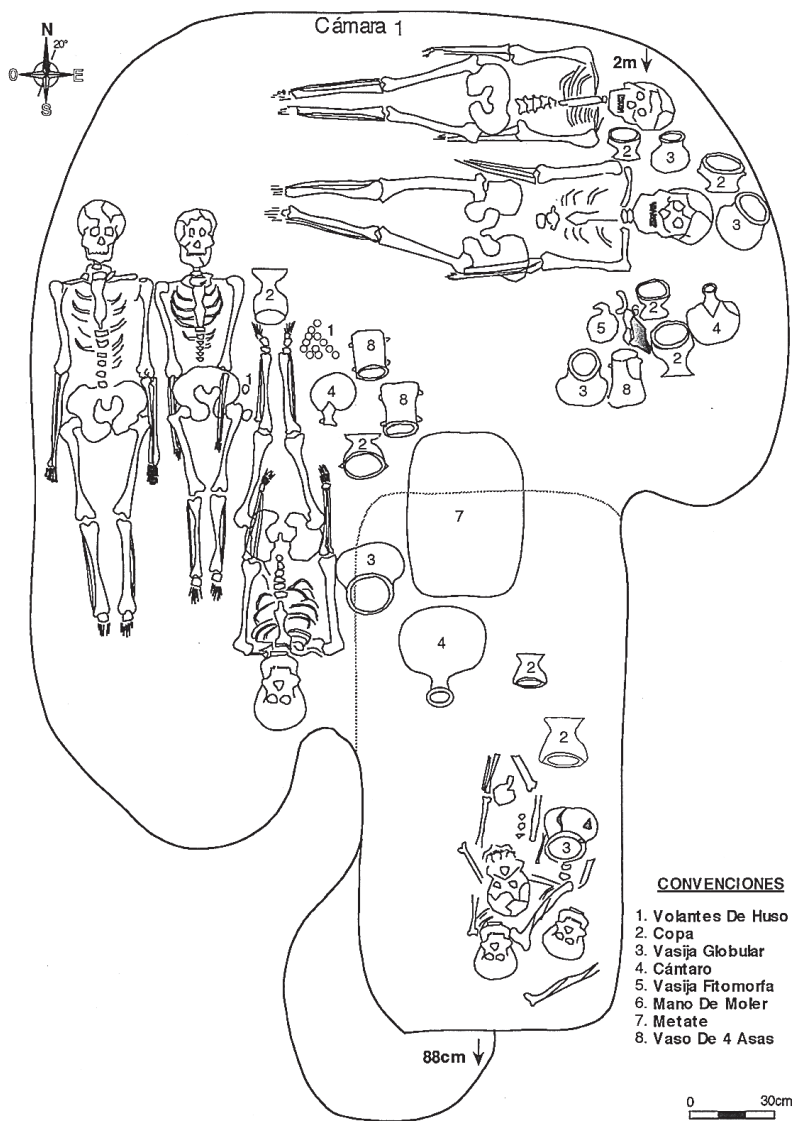


Figura 26.
Planta de la UE-20.

hacia la parte S, cerca del cráneo, la base de una olla y debajo de ésta un cuenco con base anular. Sobre el agujero periforme se encontró una nariguera de metal.

A la altura de las rótulas se halló una pequeña piedra y una concha. Hacia el sector N, en la parte izquierda inferior del esqueleto, se hallaron dos vasijas globulares, una debajo de otra; dentro de una de las ollas había restos de un esqueleto de *Cavia porcellus* (Tabla 16) y evidencias de carbón tanto en su interior como adherido a su exterior (Figura 27).

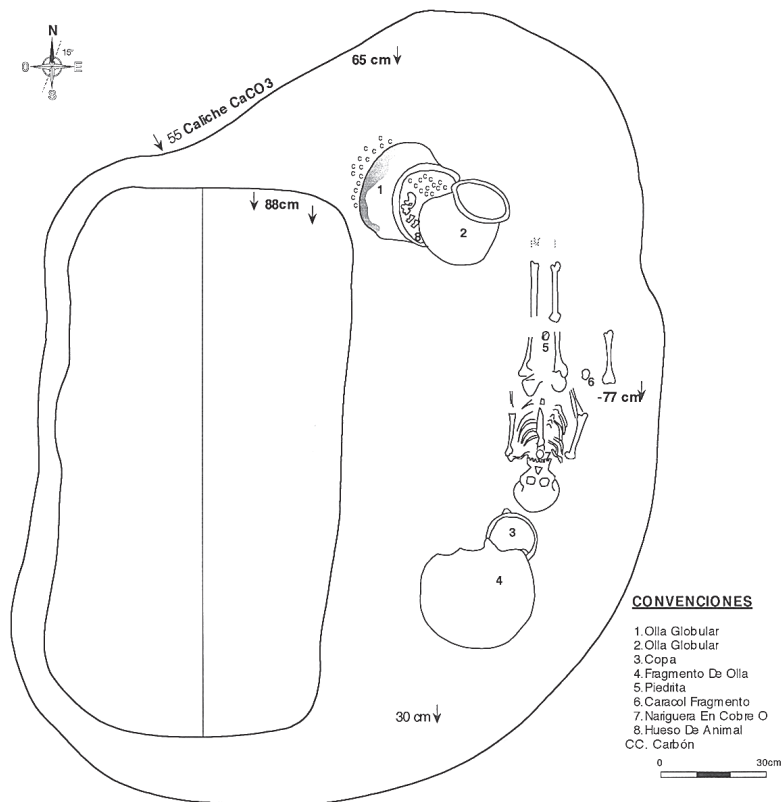


Figura 27.
Planta de la UE-22.

Unidad de Excavación 23

Tumba múltiple de dos pozos interconectados con cámaras laterales. Ambos pozos tenían orientación 10° NE. El primer pozo estaba ubicado hacia el N, tenía 90 cm de largo por 50 cm de ancho y 120 cm de profundidad. La cámara era de forma elipsoide y estaba situada hacia el NE, con 176 cm de largo por 150 cm de ancho y una profundidad de 120 cm (Figura 28). En esta cámara se encontró el entierro 1, el cual correspondió a un individuo de sexo masculino de 4 años de edad, que estaba depositado sobre el suelo en decúbito dorsal extendido; su cráneo, el cual presentó deformación fronto-occipital erecta se encontró volteado hacia el lado derecho; el maxilar inferior estaba en posición normal, lo cual hace suponer que fue desplazado de su sitio original por factores externos. El esqueleto estaba rodeado de abundante ajuar. Sobre la mandíbula se halló un objeto metálico en forma de espiral y a la altura del pecho un caracol y dos flautas.

Como adornos poseía alrededor del cuello varias cuentas de concha, otras en colmillos de zorro, perro y curí, además de dos cuentas elaboradas de vértebras de venado y un pito de caracol (Tabla 19). En los dos antebrazos (muñecas), se encontraron varias cuentas de collar redondas hechas de concha y hacia la parte

de las rodillas, cuentas de collar tubulares elaboradas en huesos de aves. Al lado derecho del esqueleto, hacia la parte N, se encontraron varias vasijas: dos cuencos, dos cuencos con base, tres ollas, un lítico pulido y una base de olla; al lado izquierdo, hacia la parte N, habían dos ollas más; hacia el S, al lado de los pies, había una copa y una olla y al lado derecho una olla y un poporo. Después de levantar todos los materiales se observó que debajo de la pelvis derecha había una pequeña lasca y debajo del esqueleto se halló abundante carbón, el cual fue recogido.

La unión entre el pozo del entierro 1 y el pozo del entierro 2 se realizó a través de un canal de 30 cm que los comunicaba. El pozo 2 estaba orientado hacia la parte SO, de 105 cm de largo por 50 cm de ancho y una profundidad de 128 cm. La cámara del entierro 2 era elipsoide y estaba localizada hacia el SO del pozo. En ella se halló un entierro de dos individuos, el primero correspondió a un individuo intrauterino de 7 meses, de posible sexo femenino, colocado en posición decúbito dorsal extendido con sus piernas situadas sobre una olla, con el cráneo mirando hacia el S. El segundo individuo, intrauterino de 5-7 meses se encontró en decúbito ventral extendido sobre el piso, con el cráneo en dirección S mirando hacia abajo. El ajuar constaba sólo de una vasija que separaba a los dos individuos, el primero estaba con las piernas sobre la vasija y el segundo con el cráneo y parte del tórax debajo de ésta. En todo el pozo se hallaron pequeños fragmentos de carbón (Figuras 28,29). .

Unidad de Excavación 24

Tumba registrada en el momento del saqueo por parte de los gUAQUEROS. Ya había sido gUAQUEADA ANTERIORMENTE, lo que dificultó aún más el registro. Pese a esto se logró establecer que era una tumba de pozo con cámara lateral. El pozo era rectangular con orientación E-O, de 220 cm de largo por 120 cm de ancho y con una profundidad de 220 cm En él se encontraron, a 80 cm, restos de carbón, cerámica, algunos fragmentos de huesos largos y parte del cráneo de un individuo de 30 años de edad cuyo sexo no se pudo determinar, igualmente varias cuentas de collar elaboradas en huesos de aves. La cámara estaba localizada al NE del pozo, en ella había varios fragmentos cerámicos. Sus medidas aproximadas fueron 165 cm de largo por 85 cm de ancho y una profundidad máxima de 220 cm.

Unidad de Excavación 25

Depósito de desecho. Su estructura era de un pozo de forma oval con orientación 8° NE, de 110 cm de largo por 105 cm de ancho y 150 cm de profundidad. Tenía una cámara lateral ubicada hacia el E, con forma elipsoide de 163 cm de largo por 113 cm de ancho, bajando a la misma profundidad del pozo. Las únicas evidencias culturales halladas fueron pequeños fragmentos de

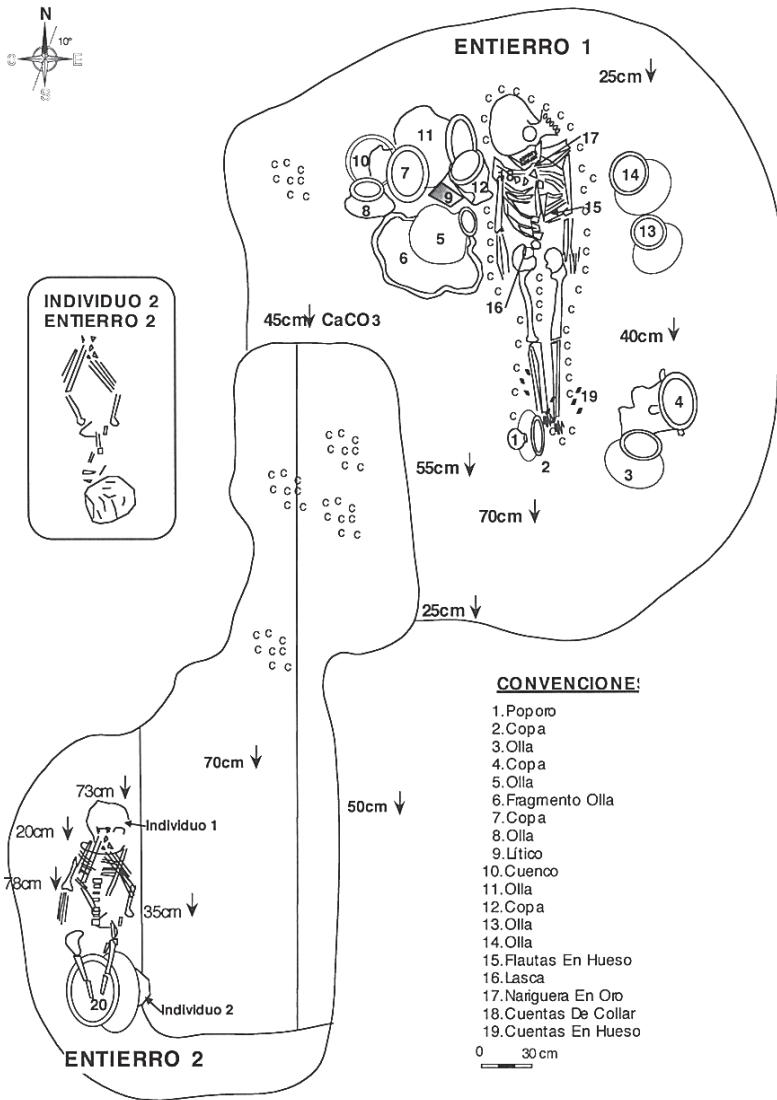


Figura 28.
Planta de la UE-23.



Figura 29.

Vista en planta del entierro 1 en la UE-23

carbón en el pozo y unos pocos fragmentos cerámicos en el piso de la cámara, donde también se evidenciaron bloques de caliche y tierra negra del horizonte húmico, así como una mandíbula de saíno (Figura 30).

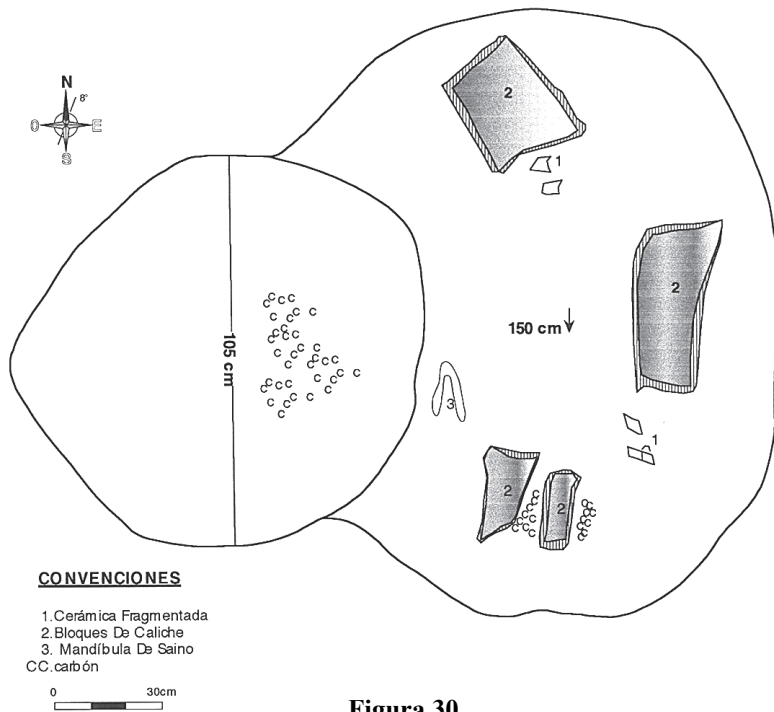


Figura 30.

Planta de la UE-25.

Unidad de Excavación 26

Tumba gaaqueada de pozo con cámara lateral. Se excavó para determinar su forma. El pozo era rectangular con orientación de 8° NE, de 270 cm de largo por 100 cm de ancho y 140 cm de profundidad. En el pozo se hallaron fragmentos de huesos largos humanos y carbón. Cámara de forma semioval ubicada hacia el N, de 100 cm de largo por 90 cm de ancho y 100 cm de profundidad, en la cual se encontraron dispersas partes del esqueleto (cráneo y huesos largos), que corresponden a un individuo femenino de 45 años de edad, junto con fragmentos cerámicos y carbón.

Unidad de Excavación 27

Amago de pozo con cámara lateral. Pozo de forma oval con orientación de 15° NE, de 147 cm de largo por 110 cm de ancho y 238 cm de profundidad. A 150 cm de profundidad, parte central, se hallaron tres pequeños fragmentos cerámicos. La cámara estaba al lado E del pozo; de forma irregular con tendencia a semioval, de 195 cm de largo por 67 cm de ancho y 80 cm de altura. Tanto el pozo como la cámara se hallaron rellenos de tierra negra; en esta última se encontraron bloques de caliche separados por tierra.

Unidad de Excavación 28

Tumba individual de pozo con cámara lateral a uno de sus extremos, de forma rectangular con vértices redondeados, orientación 10° NE, de 200 cm de largo por 65 cm de ancho y 111 cm de profundidad. Al comenzar a excavar el pozo se evidenció a partir de los 35 cm hasta el piso, una densa capa de fragmentos cerámicos, algunos conformando vasijas completas, que probablemente fueron destruidas *in situ*, dos vasijas en buen estado, un cuenco con base hacia la parte central a 40 cm de profundidad con abundante carbón en su interior y otro hacia el sector N a 55 cm. Además se hallaron tres fragmentos de metate y dos cantos rodados grandes con huellas de calcinación asociados a abundante carbón, el cual también se halló en todo el pozo, lo que sugiere una quema ritual realizada dentro de éste. En el piso del pozo, al extremo NE se encontró una concentración de carbón en fragmentos tubulares. A la entrada de la cámara había un macerador en cerámica.

La cámara apareció hacia el extremo S del pozo con orientación NE-SO de 190 cm de largo por 145 cm de ancho y 63 cm de altura. Allí fue depositado un individuo de sexo femenino de 25 años de edad, el cual se encontraba decúbito dorsal extendido sobre el piso cerca de la pared E de la cámara, con la cabeza orientada hacia el NE. Como ajuar funerario le fueron ofrendados varios objetos cerámicos (seis ollas globulares, una copa, dos cuencos y un volante de huso) que fueron colocados a su lado derecho; además se encontró

a la altura de la rodilla a una profundidad de 55 cm del techo de la cámara, una concentración de restos óseos de armadillo (*Dasyopus sabanicola*) (Tabla 18). También se hallaron varios fragmentos de carbón en el relleno de la cámara y junto a algunas vasijas (Figuras 31, 32). Una muestra de carbón tomada de la cámara dio un resultado de 1040 ± 70 d.C. (Beta-74572) (Tabla 20).

Unidad de Excavación 29

Tumba registrada en el momento que estaba siendo gaaqueada. De pozo con cámara lateral. El pozo era de forma rectangular, con una orientación NS, de 200 cm de largo por 80 cm de ancho y una profundidad de 170 cm; estaba relleno de arena y se encontraron pocos fragmentos de carbón a diferentes profundidades. La cámara se localizó hacia el extremo NO del pozo y no se pudo registrar muy bien, pues los gaaqueros no la saquearon totalmente por encontrar bastante material fragmentado; en algunas ollas se encontraron restos de alimentos (posiblemente chicha de maíz), así como también algunas cuentas de collar, un cráneo y algunos huesos largos humanos en desorden que correspondieron a un individuo femenino de 20 años de edad.

Unidad de Excavación 30

Tumba gaaqueada de pozo con cámara lateral. El pozo era de forma rectangular con orientación NS, de 200 cm de largo por 100 cm de ancho y 190 cm de profundidad. Estaba relleno de arena y no presentó material cultural. La cámara se evidenció hacia la parte NE del pozo, con forma elíptica, de 150 cm de largo por 105 cm de ancho. El primer objeto encontrado a la entrada fue un metate de grandes proporciones (60 cm de largo por 50 cm de ancho y 35 cm de altura). El material cerámico comenzó a aparecer desde los 70 cm de profundidad, encontrándose vasijas en posición horizontal. Los restos humanos se evidenciaron entre 90 y 130 cm de profundidad, identificándose cinco individuos: el primero femenino de 20 a 25 años, el segundo masculino de 18 a 20 años, el tercero masculino de 20 a 25 años, el cuarto masculino de 18 a 20 y el quinto individuo femenino de 20 a 25 años de edad. Los restos óseos se hallaron agrupados en posición desordenada, mezclándose cráneos y gran variedad de huesos con vasijas cerámicas, evidencia de un entierro secundario. Hacia la parte S de la cámara se hallaron vasijas: cántaros, vasos de cuatro asas, volantes de huso y cuencos con base, uno de las cuales contenía un caracol marino, una aguja en hueso y cuentas de collar en huesos de ave. Dentro de un vaso con cuatro asas había un rodillo de cerámica (Figura 61). La mayoría del material fue donado por los gaaqueros por encontrarse fragmentado.

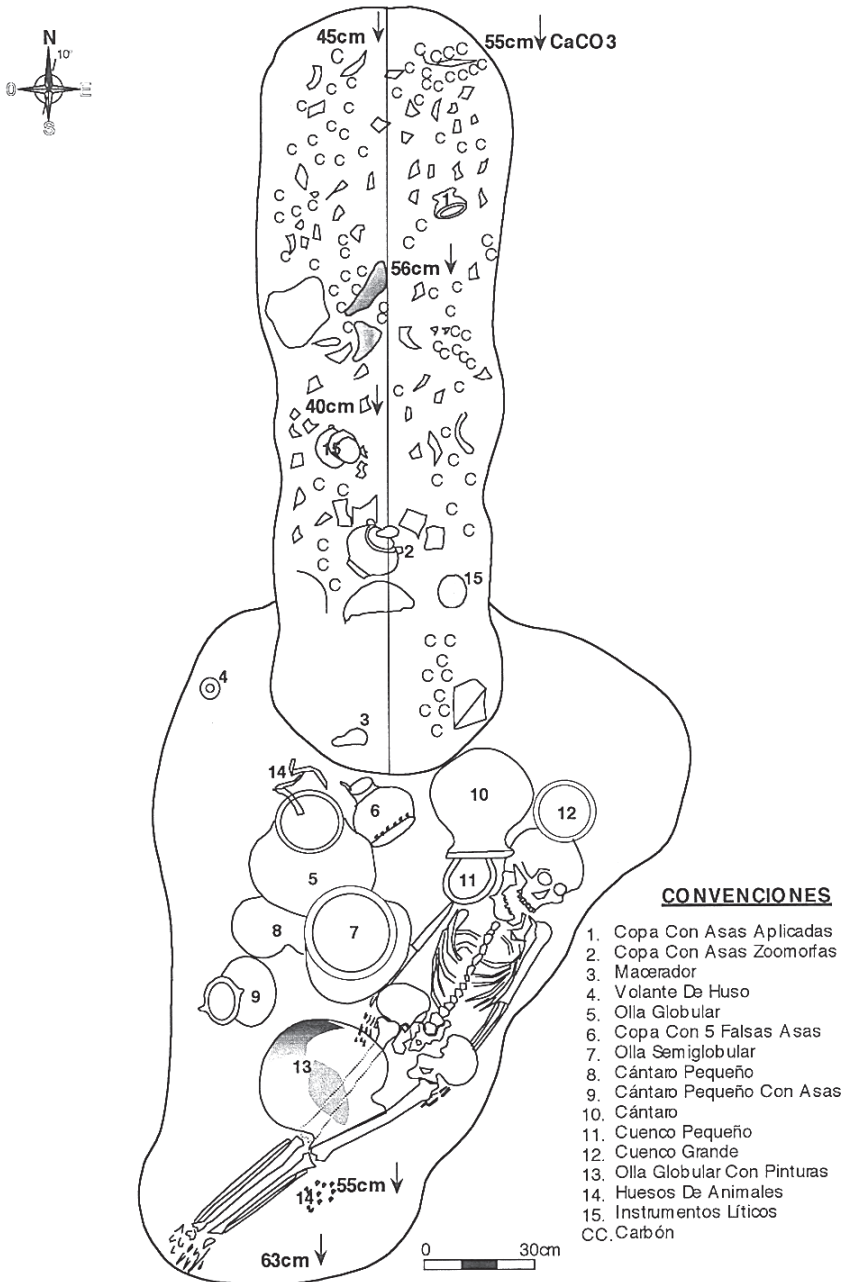


Figura 31.
Planta de la UE-28.



Figura 32.

Detalle del esqueleto y ajuar encontrado en la cámara de la UE-28.

Unidad de Excavación 31

Los datos de esta tumba fueron tomados en el momento en que se estaba guaqueando, labor que fue realizada muy rápido, por lo cual apenas se logró establecer que era una tumba de pozo rectangular orientada en sentido NS, de 200 cm de largo por 100 cm de ancho aproximadamente. La cámara estaba ubicada al NE del pozo, en donde se encontraron varias vasijas cerámicas y un esqueleto, que fue imposible recuperar por su fragilidad. Como parte del ajuar fúnebre se encontró un puñal elaborado en fémur de venado, hueco en su interior y con punta, el cual posiblemente fue utilizado como desangrador (Figura 75).

Unidad de Excavación 32

Entierro ritual, de pozo y nicho lateral. El pozo era de forma rectangular con una orientación de 14° NE, cuyas dimensiones eran 242 cm de largo por 120 cm de ancho y una profundidad de 105 cm. Al iniciarse la excavación hacia el lado SE del pozo se encontró una vasija fitomorfa en forma de calabaza (*Lagenaria siceraria*), que tenía huellas de carbón en la parte externa de su base. Al N de ésta, a los 40 cm de profundidad, se halló un volante de huso cerca del cual había una concha; a los 42 cm se comenzó a visualizar un cuenco con base debajo del cual se encontró una vasija fragmentada y dos volantes de uso, se recogió carbón en poca cantidad el cual se encontraba cerca de las vasijas. Hacia la esquina SO apareció un nicho de 84 cm, de largo por 35 cm de ancho el cual

se profundizó hasta los 73 cm y en cuyo interior se halló una copa que contenía el esqueleto completo de un curí (*Cavia porcellus*) (Tabla 16). Se destaca esta construcción funeraria por su pozo bien delimitado, el cual se encontraba relleno de arena al igual que el nicho y por no poseer restos humanos.

Unidad de Excavación 33

Entierro ritual, de pozo con dos nichos laterales. El pozo era de forma rectangular con orientación de 17° NO cuyas dimensiones fueron 180 cm de largo por 84 cm de ancho y una profundidad de 120 cm. Éste se encontraba relleno de arena. En la parte central, a los 70 cm, de profundidad se halló un cuenco con base en posición horizontal con su boca en dirección SO, donde se ubicó un nicho, a la entrada del cual se visualizó un instrumento lítico tallado (raspador), a los 110 cm de profundidad. Este nicho tenía 88 cm de largo por 65 cm de ancho y una profundidad de 130 cm. En su interior se hallaron dos cuencos con base, uno en posición horizontal y la otra vertical. Hacia la esquina NE del pozo había otro pequeño nicho de 40 cm de largo por 18 cm de ancho y 120 cm de profundidad donde no se encontró material cultural.

Unidad de Excavación 34

Entierro ritual de pozo con cámara lateral. El pozo de forma rectangular tenía una orientación NS, 100 cm de largo por 55 cm de ancho y 120 cm de profundidad. En el relleno de arena del pozo se hallaron algunos fragmentos cerámicos; en el piso, hacia a la entrada de la cámara ubicada al E, se encontró un hacha pulida. Las dimensiones de la cámara eran 114 cm de largo por 30 cm de ancho y una profundidad de 120 cm.

Unidad de Excavación 35

Depósito de desecho de pozo simple de forma rectangular de 114 cm de largo por 66 cm de ancho y 130 cm de profundidad. A los 50 cm de profundidad comenzó a aparecer una capa de fragmentos cerámicos que se prolongó hasta el piso del pozo. A 33 cm de la pared N y a 60 cm de profundidad se halló un cuenco completo de pasta color crema con pintura roja.

Unidad de Excavación 36

Depósito de desecho. Pozo simple de forma irregular tendiendo a cuadrada con una orientación 35° NE con una dimensión aproximada de 130 cm de largo, 115 cm de ancho y 70 cm de profundidad. Al comenzarse a excavar se encontró una capa de gravilla mezclada con arena, restos cerámicos y carbón, que llegó hasta el piso del pozo; hacia la parte central se hallaron dos cuencos fragmentados.

Unidad de Excavación 37

Tumba de pozo con cámara lateral. Pozo de forma rectangular con orientación 24° NE y unas dimensiones de 200 cm de largo por 97 cm de ancho y 166 cm de profundidad. Al comenzar a excavar el pozo hacia el sector NE, se evidenció una abundante concentración de cerámica fragmentada asociada a carbón y en general por todo el pozo se encontraron fragmentos diseminados; esta concentración llegó hasta los 100 cm de profundidad. Al llegar al piso de la tumba se encontró una capa de arena de color amarillo. Hacia el sector O del pozo, a 150 cm de profundidad, se empezaron a evidenciar varios objetos y fragmentos cerámicos que estaban a la entrada de la cámara. La cámara era de forma elipsoidal con 100 cm de ancho por 265 cm de largo y 166 cm de profundidad. Tenía un relleno de arena; al comenzar a excavar desde el techo hasta el piso, se encontraron varios fragmentos de carbón y algunos caracoles terrestres pequeños; a los 120 cm se halló un fragmento de metate. En el piso estaba depositado un individuo de sexo masculino de 30 a 35 años de edad, en decúbito dorsal extendido, la mano derecha se encontraba en posición lunar y la izquierda palmar. El cráneo estaba mirando hacia el O. Como ajuar funerario tenía ubicado hacia el lado derecho de los pies seis vasijas cerámicas, sobre una de éstas se encontraron dos manos de moler y un fragmento de concha en forma de corbatín; los objetos se hallaron asociados a carbón y a huesos de animales (un hueso de ave y varios de *Cavia porcellus*). (Tabla 16). Al lado derecho del esqueleto se encontraron de S a N fragmentos de cerámica, una olla cuenco con base fragmentada, un cántaro grande y uno pequeño antropomorfo que estaba colocado sobre la base de una olla; hacia la pared S de la cámara cerca del cráneo se halló un cuenco. A la altura de las dos rodillas, en su parte central, se descubrieron unas mandíbulas de curí y dos volantes de huso. Hacia el lado de los pies había otra mandíbula de curí y unos pocos fragmentos de carbón (Figuras 33, 34).

Unidad de Excavación 38

Depósito de desecho de pozo simple de forma irregular, orientado 60° NE, con las siguientes dimensiones: 210 cm de largo, 84 cm de ancho en la pared N, 55 cm en la parte S y 140 cm de profundidad. Al comenzar a excavar se observó un relleno de tierra negra, delimitada por paredes de arena. Hacia el costado S se encontró una olla fragmentada. A 90 cm de profundidad apareció una buena cantidad de fragmentos cerámicos y varios instrumentos líticos. Hacia el lado O se observó un fragmento de metate de color verdoso en posición invertida, que al ser levantado dejó ver una gran concentración de carbón en trozos tubulares alargados de hasta 3 cm, un fragmento de rodillo o pintadera, huesos de animales (armadillo, pato, curí, ñeque y chucha), algunos con huellas de calcinación (Tablas 14, 19) y otros fragmentos de material lítico de molienda y trozos

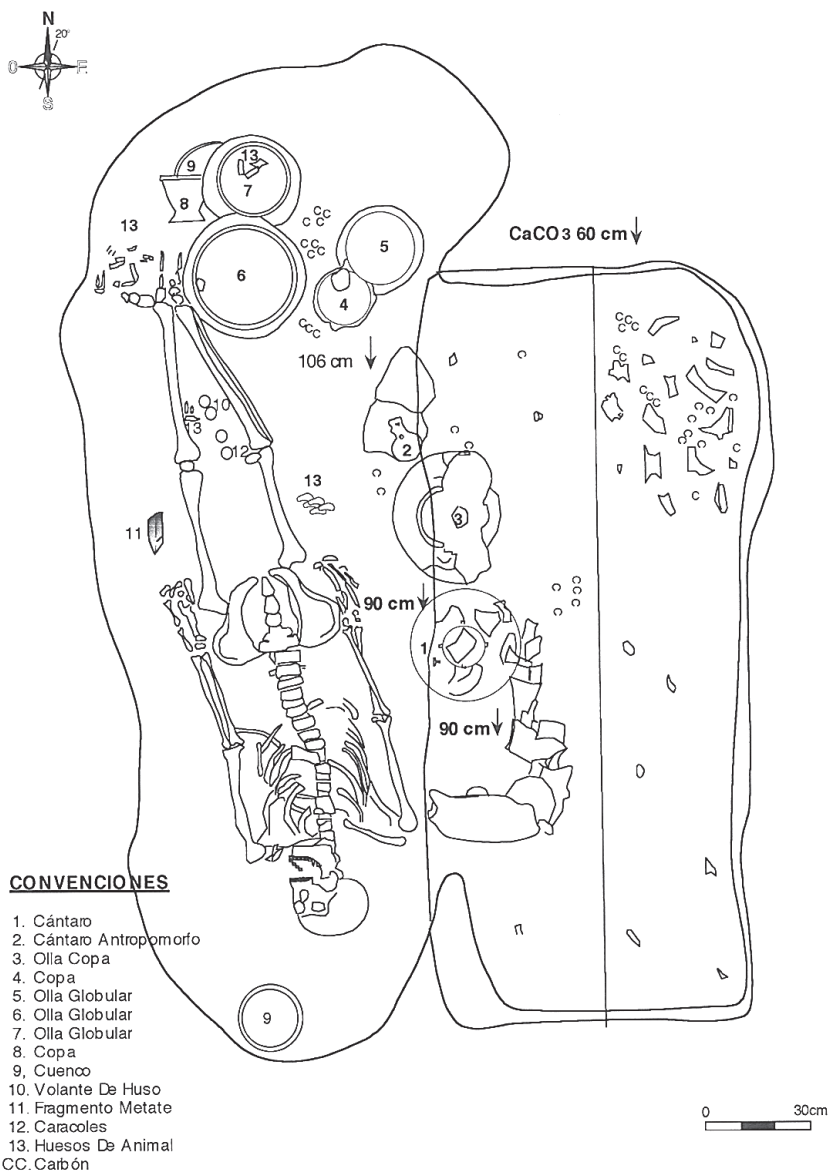


Figura 33.
Planta de la UE-37.



Figura 34.

Detalle del esqueleto y el ajuar de la UE-37.

de cuarzo lechoso. A 120 cm de profundidad apareció una gran cantidad de cerámica fragmentada concentrada hacia el sector NE del pozo. Se destacó el borde de una vasija grande (de 60 cm de diámetro aproximadamente), dentro del cual había otras vasijas pequeñas y líticos; todo asociado a huesos de animales y a barro cocido. En general, los tientos se hallaron en posición horizontal, vertical e inclinados, en total desorden, tal como si las vasijas hubieran sido arrojadas.

Unidad de Excavación 39

Tumba de pozo simple de forma rectangular orientado 15° NO; sus dimensiones fueron 68 cm de largo por 34 cm de ancho y 88 cm de profundidad. Al comenzar a excavar, se evidenciaron algunos fragmentos cerámicos y un fragmento de cuarzo lechoso, en el relleno de tierra negra. Depositado en el piso del pozo, que se encontraba en el estrato de caliche, se halló el esqueleto de un individuo intrauterino de 3 a 4 meses, en decúbito dorsal extendido, con el cráneo mirando hacia el N, ofrendado con dos cuencos con base; uno colocado al lado izquierdo de la cabeza inclinado hacia el E y el otro al lado izquierdo de los pies, parado sobre su base. En esta pequeña tumba el esqueleto se encontró muy frágil, por lo cual al excavarla se destruyó la parte pélvica. El cráneo estaba totalmente fracturado.

Unidad de Excavación 40

Depósito de desecho de pozo simple con una orientación 80° NE, con 81 cm de largo por 47 cm de ancho y una profundidad de 103 cm. Allí se encontraron algunos fragmentos cerámicos pequeños asociados a carbón. Hacia el sector O se hallaron dos huesos de bagre sapo (*Pseudopimelodus bufonius*), asociados a fragmentos de carbón (Tabla 13). El pozo estaba relleno con tierra café oscura y fragmentos de caliche.

Unidad de Excavación 41

Entierro ritual de pozo con cámara lateral y nicho. El pozo de forma rectangular estaba orientado N-S, de 230 cm de largo por 100 cm de ancho; se delimitó a 50 cm desde la superficie. En la esquina SE se halló una concentración de cerámica fragmentada, huesos de chucha (*Didelphis marsupialis*) y líticos asociados a carbón (Tabla 15). A 60 cm de profundidad se abrió un nicho hacia la parte central de la pared O de 44 cm de largo por 20 cm de ancho, dentro del cual había un cuenco con base con un volante de huso; frente a éste, en la pared E se encontró otro cuenco con base fragmentado. Al continuarse la excavación, debajo del cuenco hallado en el nicho, se localizó otro cuenco con base asociado a abundante carbón; hacia la parte S, a 100 cm de profundidad, apareció el estrato estéril y el piso del sector N se profundizó hasta 110 cm, donde surgió el nivel freático. Hacia la esquina NE, donde se abrió la cámara, a 85 cm de profundidad se halló una flauta elaborada sobre húmero de venado. La cámara de forma oval, presentó las siguientes dimensiones: 97 cm de largo por 49 cm de ancho y 110 cm de profundidad, rellena de arena y dentro de ella no se halló material cultural ni restos óseos humanos.

Unidad de Excavación 42

Tumba múltiple registrada en el momento en que fue guaqueada. La forma del pozo era posiblemente rectangular. La cámara tenía forma elíptica, 193 cm de largo por 134 cm de ancho y 154 cm de profundidad. Se encontró rellena de arena y contenía varios esqueletos en posición desordenada (fragmentados), mezclados con fragmentos cerámicos y vasijas completas. Del material óseo humano se lograron recuperar los huesos largos y cráneos de tres individuos de sexo masculino con edades entre los 20 a 25 años. El ajuar funerario consistió en cántaros, cuencos simples y con base anular y ollas globulares. Algunas de las piezas presentaban decoración antropomorfa y llamativos diseños. Dentro de los cuencos con base se hallaron huesos de bocachico, chucha y curí (Tablas 13, 15, 16). Por otro lado se halló cerca de uno de los cráneos, una pieza metálica martillada, plana en forma circular con repujados en punto (Figuras 35, 36).

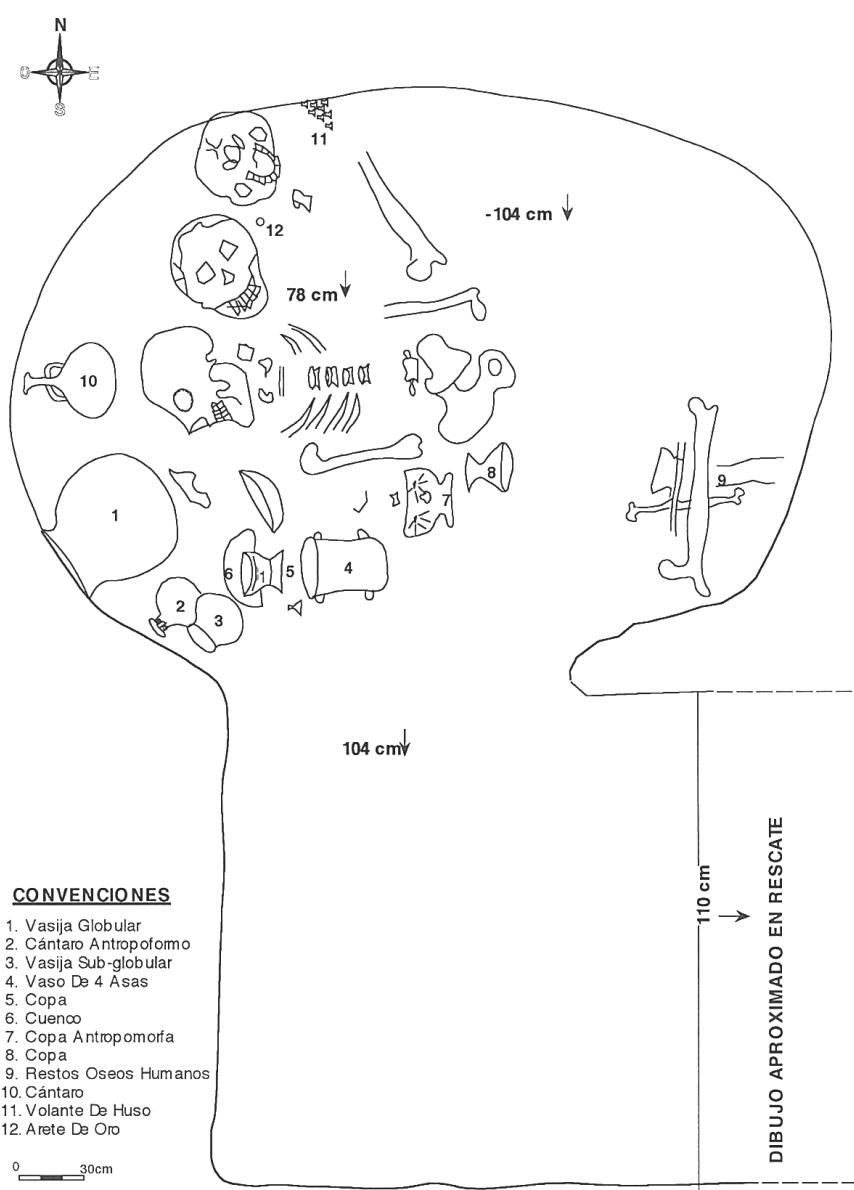


Figura 35.
Planta de la UE-42.



Figura 36.

Detalle del cráneo, huesos dispersos y cerámica en la UE-42.

LAS ESTRUCTURAS FUNERARIAS DE LAS CULTURAS ILAMA Y YOTOCO/ MALAGANA

Unidad de Excavación 43

Tumba de pozo con cámara de la cultura Ilama, la cual se registró en el momento en que fue guaqueada, lográndose obtener datos completos de la forma y dimensiones de la estructura funeraria, el esqueleto y casi todo el ajuar a excepción de la pieza de cerámica encontrada (un “patón”) de la cual se apropió el guaquero. El pozo era oval y estaba orientado 30° NO, de 70 cm de largo por 60 cm de ancho, bajando a una profundidad de 165 cm. Tenía una cámara hacia el extremo S rellena de arena, de 150 cm de largo por 96 cm de ancho y 130 cm de altura. En el piso de la cámara se halló el esqueleto de un individuo femenino de 45-50 años, colocado en posición fetal (de cúbito lateral derecho flexionado), con los brazos sobre el tórax y la cabeza mirando hacia el S. Como ajuar funerario se halló un vaso antropomorfo colocado bocabajo ubicado a la altura de la mandíbula; cerca del cuello se encontraron cuentas de collar elaboradas en coral marino y dos cuentas zoomorfas en roca caliza, una de ellas representando un caimán (Figura 68). El esqueleto se encontró en regular estado de conservación y el nivel freático alto, lo cual impidió un óptimo registro fotográfico y dificultó

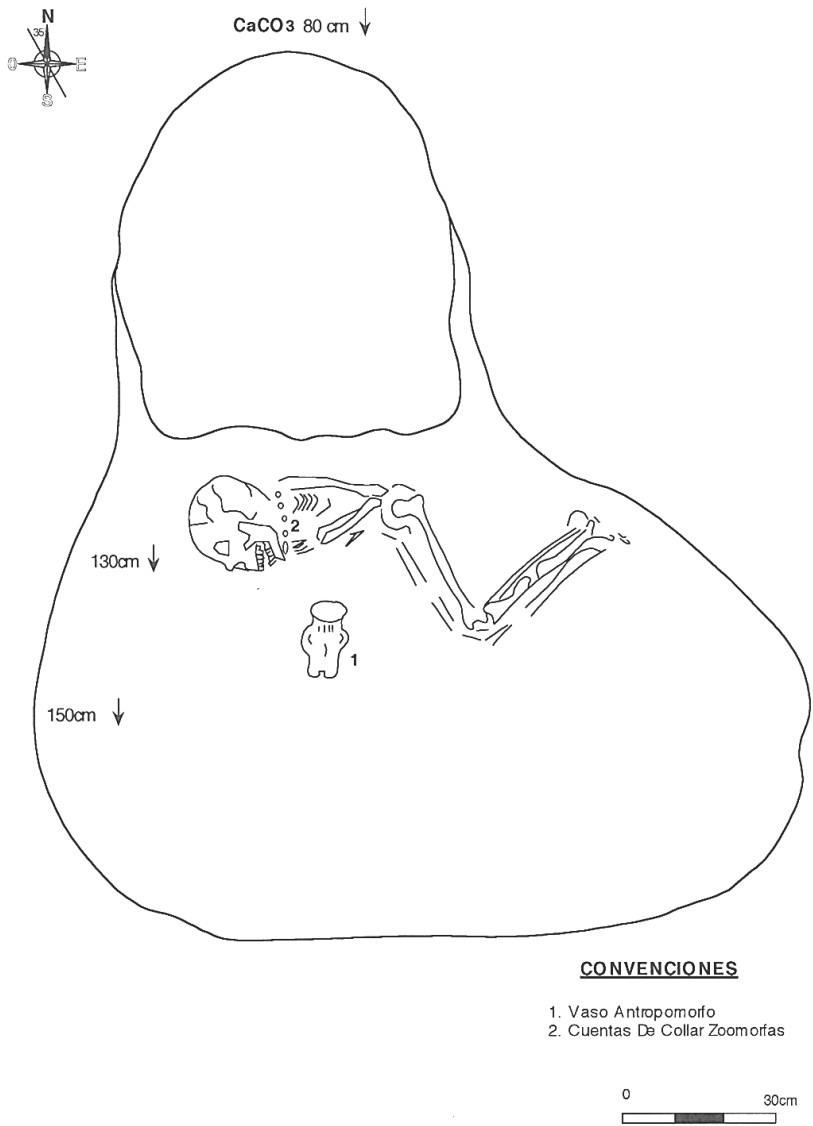


Figura 37.
Planta de la UE-43.



Figura 38.

Esqueleto en posición fetal y ajuar funerario en la UE-43.

el levantamiento del material óseo (Figuras 37, 38).

Unidad de Excavación 44

Depósito de desechos. Pozo de forma circular orientado 35° NE, con un diámetro de 186 cm bajando hasta 177 cm. Desde los 94 cm hasta los 112 cm de profundidad y hacia la parte central, se halló una concentración de líticos tallados y gran cantidad de cantos rodados de tamaño variable. Había abundantes fragmentos cerámicos dentro de los cuales se encontró un fragmento tubular muy similar a los denominados pitos de alcarraza asociado a buena cantidad de carbón, caracoles y a una costilla de venado. Hacia el extremo SE se abrió un pequeño nicho casi circular de 60 cm de diámetro y 30 cm de altura.

Unidad de Excavación 45

Depósito de desecho con el pozo oval y orientación N-S, de 95 cm de largo por 65 cm de ancho y una profundidad de 100 cm. El pozo se encontraba relleno de tierra negra mezclada con pequeños fragmentos cerámicos dentro de los cuales había uno tubular, similar a los denominados pitos de alcarraza, pequeños bloques de caliche y abundante carbón formando un suelo compacto; por lo cual cabe la posibilidad de que se tratara de una especie de horno o fogón.

EXCAVACIONES DE SITIOS DE HABITACIÓN Y SUELOS AGRÍCOLAS

La excavación de sitios de habitación y suelos agrícolas ubicados en la hacienda La Alsacia se efectuó durante la temporada de campo de 1993, en terrenos dedicados al cultivo de caña de azúcar. La limpieza de los perfiles de un canal de regadío y la prospección con mediacaña permitieron ubicar tres sitios arqueológicos relacionados entre sí.⁵

Allí fueron realizadas tres unidades de excavación, cuyo comportamiento estratigráfico fue más o menos similar.

Unidad de Excavación 1

Esta unidad fue realizada en un sitio arqueológico ubicado a unos 150 metros al O del lugar donde se hizo la UE-2. Allí fue posible documentar la siguiente estratificación natural y cultural:

Estrato 1. Horizonte AP: 0-25 cm aproximadamente

Relleno artificial producto de la remoción de tierra hecha con una motoniveladora al preparar los terrenos para el cultivo de la caña de azúcar. Color en mojado gris muy oscuro (10YR3/1) y en seco café grisáceo oscuro (2.5YR4/2). Hacia el sector SO del perfil SE apareció un lente incrustado de tierra limosa (Horizonte Cp2 1A) de color en seco amarillo oliva (2.5YR6/4). En general, este era un suelo muy suelto donde fueron hallados varios fragmentos cerámicos y ocasionalmente chispas de carbón.

Estrato 2. Horizonte Apb1: 25-70 cm aproximadamente

Primer estrato cultural asociado con la última ocupación prehispánica del sitio. Suelo de textura arcillo-limosa con una estructura más desarrollada, un buen porcentaje de materia orgánica (4.0%) y una alta concentración de fósforo: 268 ppm (Tabla 1: Muestra 1). Hubo de gran cantidad de raíces medianas y

grandes pertenecientes a dos árboles de guácimo, los cuales fueron plantados en ambos extremos de la UE. En la parte superior este horizonte presentó agrietamientos, razón por la cuál fue imposible determinar sus límites. Presencia de tiestos poco diagnósticos, huesos de animales, lascas, chispas de carbón y cascaritas de semillas carbonizadas sin identificar.

Una muestra de carbón tomada del nivel 60-70 cm arrojó una fecha de 1740 ± 70 d.C. (Beta 70022), cuyo resultado calibrado con dos sigmas sería de 1510-1590 d.C. y 1630-1950 d.C. (Tabla 20). Por su posición estratigráfica, esta fecha podría considerarse errónea, producto seguramente de su contaminación al tomar la muestra en el campo o durante su limpieza en el laboratorio.

Estrato 3. *Horizonte Apb2: 70-145 cm aproximadamente*

Segundo estrato cultural correspondiente a la primera ocupación prehispánica del sitio. La parte superior de este horizonte era un suelo de textura arcillo-limosa con un alto contenido de materia orgánica (5.5%) y de fósforo: 441 ppm (Tabla 1: Muestra 2), lo que evidencia su uso agrícola. La actividad cultural humana está representada además por la presencia de barro quemado y chispas de carbón. Una muestra de carbón tomada de la cuadrícula B5 a una profundidad de 100-110 cm arrojó una fecha de 1760 ± 70 d.C. (Beta-70020) y el dato calibrado con dos sigmas sería de 1530-1560 d.C. y 1630-1950 d.C. (Tabla 20).

En general, estas dos fechas son muy tardías y posiblemente no correspondan al Cacicazgo de Guabas, sino a poblaciones indígenas coloniales.

La parte inferior del horizonte tenía una textura igualmente arcillo-limosa, un alto porcentaje de materia orgánica (5.7%) y fósforo: 254 ppm (Tabla 1: Muestra 4). Su límite inferior era discontinuo y abrupto. Allí fueron encontrados tres fragmentos de postes de madera muy bien labrados en su parte inferior. El primero de ellos apareció en el rincón NE de la cuadrícula B3, enterrado entre 104 y 126 cm de profundidad y asociado con varios fragmentos cerámicas y carbón. (Figura 40) El segundo fue encontrado hacia el extremo occidental de la cuadrícula B3, entre 100 y 151 cm de profundidad, asociado a fragmentos de barro quemado. Y finalmente, el tercero estaba prácticamente incrustado en el perfil NE, entre 110 y 134 cm de profundidad. La posición inclinada y su disposición en la UE sugieren su pertenencia a algún tipo de construcción (¿vivienda?) que se extendió posiblemente hacia el sector SO por fuera de la UE.

Además de los postes, en la parte inferior del horizonte analizado se encontraron fragmentos cerámicos poco diagnósticos, barro quemado, lascas, raíces medianas, concentraciones de chispas de carbón y fragmentos de pericarpio de frutos aún no identificados. Igualmente, una gran cantidad de moteados medianos y pequeños de color amarillo (2.5YR7/6) y azul verdoso

(5G5/1), producto del constante pisoteo por parte del hombre.

Todos estos elementos culturales están asociados con una fecha de radiocarbono obtenida de la cuadrícula B3 a una profundidad de 130-132 cm que arrojó 1800±60 d.C. (Beta-70021) cuya calibración con dos sigmas fue de 1650-1950 d.C. Por su posición estratigráfica, es posible que esta fecha tampoco sea correcta.

Estrato 4. Horizonte Cpb3: 110-140 cm aproximadamente

Relleno heterogéneo de origen antrópico, textura franco-arcillosa con un alto porcentaje de limo: 44% (Tabla 1: Muestra 4), y ambos límites irregulares y abruptos, éste apareció en toda la UE. Hacia los sectores SO y NE era continuo, mientras hacia la parte SE se presentó discontinuo, como “incrustado” entre los Horizontes Apb2 y 2C2g.

La presencia de gran cantidad de moteados encima de su límite superior, así como la existencia de material cultural (cerámica y chispas de carbón), permiten considerarlo un relleno antropogénico y su posible adecuación como piso de alguna vivienda, utilizado para aislar la alta humedad residual del lugar.

El límite inferior de este estrato indicó un cambio abrupto de unas condiciones lacustres deltáicas, a unas terrestres. Posiblemente existió influencia humana, reflejada en un período extremadamente corto de tiempo, cuando se cambió de laguna a tierra seca, siendo la ocupación intensiva desde principios del cambio. Los rellenos para viviendas eran hechos donde todavía había mucha humedad residual. Este cambio dramático pudo haber sido por causa de transformaciones intencionales del curso de los afluentes que llenaban la laguna, lo cual permitiría hablar de un manejo integral del medio ambiente, que incluiría suelos, aguas, sitios de habitación, animales, etc.

Estrato 5. Horizonte 2C2g: 120-145 cm aproximadamente

Suelo que presentó en su parte superior (120-140 cm) una textura franco-limosa con una alta composición de limo (56.7%) y el color de la matriz fue gris verdoso claro (5GY7/1). En su parte inferior, a partir de los 140 cm la textura fue arenosa-franca con un mayor porcentaje de arena (80.9%) y un color de la matriz gris verdoso (5GY6/1) (Tabla 1: Muestras 5 y 6). Este fue un horizonte culturalmente estéril, formado seguramente por una sedimentación diferencial homogénea. Su presencia podría estar indicando que el sitio estudiado se encontraba en los bordes de alguna laguna que ocupaba la zona.

Las evidencias culturales encontradas en las unidades de excavación 1 y 2 estuvieron constituidas básicamente por fragmentos cerámicos (la mayoría poco diagnósticos), barro quemado, fragmentos líticos (especialmente en basalto), semillas, huesos de animales y carbón (Figura 39).

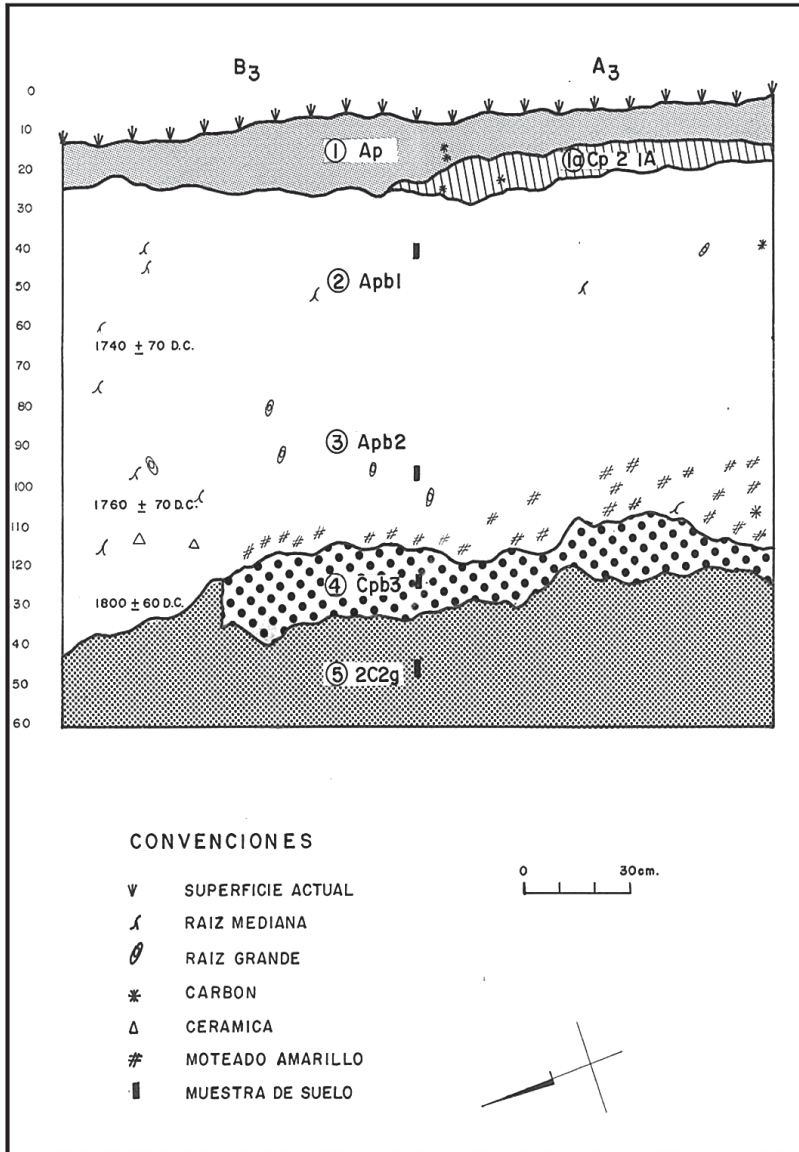


Figura 39.
Perfil SE de la UE-1.



Figura 40.

Poste 1 encontrado en el Horizonte Apb2 de la UE-1.

Unidad de Excavación 2

Un segundo sitio arqueológico (UE-2), fue descubierto a unos 350 m al O de la UE-3, al limpiar el mismo canal de regadío. Allí se hizo una trinchera de 300 cm de largo por 100 cm de ancho y 180 cm de profundidad. Muestras de suelo para análisis de caracterización fueron tomadas de los Estratos 3, 4 y 5. Allí se presentó la siguiente estratificación natural y cultural:

Estrato 1. Horizonte Ap: 0-50 cm aproximadamente

Características similares a las del Estrato 1 de la UE-3. Esporádicamente aparecieron en todo el horizonte moteados pequeños y medianos de color amarillo pálido (5Y7/4). Ausencia de material cultural. Su grosor fue diferente en los cuatro perfiles analizados, empezando entre 5 y 12 cm y terminando entre 20 y 50 cm por debajo del punto 0.

Estrato 2. Horizonte Apbl: 20-30 cm aproximadamente

Capa húmica original que existía antes de que hicieran el relleno artificial del Horizonte Ap. Primer estrato cultural correspondiente a la última ocupación prehispánica del sitio. Suelo de textura arcillosa con una estructura más

desarrollada de bloques gruesos. En su parte superior presentaba agrietamientos y su límite inferior fue difuso, imposible de determinar. Hacia el sector SO, en casi todo el horizonte se presentaron cantos rodados medianos y pequeños revueltos con arena. Algunos fragmentos cerámicos poco diagnósticos se presentaron entre los 40 y 70 cm de profundidad, así como también chispas de carbón.

Estrato 3. *Horizonte Apb2: 110-175 cm aproximadamente*

Segundo estrato cultural correspondiente a la primera ocupación prehispánica del sitio. Límite inferior abrupto y discontinuo, evidencia de actividad humana. En su parte superior este suelo presentó una textura arcillosa, una buena concentración de materia orgánica (3.8%) y una alta concentración de fósforo: 234 ppm (Tabla 1: Muestra 9); mientras que su parte inferior era de textura franco-arcillosa, con una mayor concentración de materia orgánica (5.8%) y de fósforo: 273 ppm (Tabla 1: Muestra 10).

La presencia humana en este horizonte se manifiesta no sólo por su intervención en la formación de un suelo agrícola, sino también por las huellas de su actividad cultural. Tiestos poco diagnósticos, chispas de carbón, cantos rodados y lascas con posibles huellas de uso aparecieron en diferentes profundidades de este estrato. Igualmente, huesos de animales (sin identificar), fragmentos de semillas pentacarpelares de frutos sin identificar, fragmentos de semillas de leguminosas (?), semillas de auyama (*Cucurbita maxima*) y semillas carbonizadas de maíz (*Zea mays*).

La formación del Horizonte Apb2 que constituye un solo perfil de suelo, indica una época relativamente corta y tranquila, donde hubo una sedimentación más o menos rápida y tranquila y una acción humana no muy fuerte al iniciarse la formación del perfil.

Para la ubicación cronológica de este estrato cultural contamos con dos fechas de radiocarbono. Una muestra de carbón tomada de las cuadrículas B2, B3 a una profundidad de 150-160 cm arrojó una fecha de 970±70 d.C. (Beta-70024). Su resultado calibrado con dos sigmas sería de 960±220 d.C. (Tabla 20). Este resultado correspondería al inicio de la ocupación del sitio y está asociado con la mayor cantidad de material cultural encontrada en todo el Horizonte Apb2 (cerámica poco diagnóstica, carbón, cantos rodados y lascas); así como también, con semillas sin identificar, semillas de auyama y semillas carbonizadas de maíz.

Una segunda muestra de carbón tomada de las cuadrículas A2, A3 a una profundidad de 110-120 cm arrojó una fecha de 940±60 d.C. (Beta-70023). Su resultado calibrado con dos sigmas sería de 910-1170 d.C. (Tabla 20). Los datos calibrados de estas dos fechas sugieren dos posibilidades interpretativas: a) que la intervención humana fue continua, lo que llevó a la rápida formación

de unos 50-60 cm de suelo durante la primera mitad del siglo X d.C.; y *b*) que la formación de dicho suelo fue lenta y pudo haberse prolongado al menos durante unos 300 años (principios del siglo X a principios del siglo XIII d.C.).

Estrato 4. Horizonte Cp: 20 cm de grosor en promedio

Corresponde a un lente grande de suelo negro revuelto con gravilla y arena gruesa y mediana que se presenta discontinuo inicialmente entre 65 y 110 cm de profundidad aproximadamente y en dos lentes pequeños también discontinuos entre 120 y 145 cm de profundidad aproximadamente. Textura franco-arcillo-arenosa y límites superior e inferior abruptos. En su parte central (cuadrícula B2), la presencia de materia orgánica fue mayor (3.1%) que en su sector SE (1.3%) (Cuadrícula B3).

Todas las características de este horizonte hablan a favor de su origen antrópico. Es posible que haya sido agregado intencionalmente con el fin de oxigenar el Horizonte Agrícola Apb2, y su límite superior en el perfil NE esté indicando la terminación de la primera ocupación del sitio.

Este Horizonte Cp no se presentó en el sector NE de la UE-2, donde el Estrato 4 lo conformó un horizonte diferente: el Horizonte Cpb3, el cual aparece como un lente discontinuo de unos 20 cm de espesor en los perfiles NE y SE. Este horizonte tenía características similares a las del mismo horizonte de la UE-1, y su presencia podría indicar sobrantes de suelo utilizados en la construcción de un piso de vivienda, como el documentado en la UE ya mencionada.

Estrato 5. Horizonte 2C2g: 155-180 cm aproximadamente

Características similares a las del mismo horizonte de las UE-3 y 1. En todos los perfiles estudiados en este horizonte aparecieron fragmentos de carbón de forma ondulada dispuestos verticalmente, los cuales cayeron por filtración, provenientes del límite inferior del Horizonte Apb2. Su presencia representa una clara evidencia de quemaduras de vegetación hechas por el hombre al iniciar la ocupación del sitio, posiblemente con el fin de agregar nutrientes artificiales al suelo (Figuras 41, 42).

La Unidad de Excavación 3

La Unidad de Excavación 3 (UE-3) se hizo en un sitio arqueológico encontrado al limpiar un canal de regadío ubicado a unos 250 metros al NE de la casa principal de la hacienda La Alsacia (Figura 2). Los trabajos se limitaron a la limpieza de un perfil estratigráfico de 100 cm de ancho por 190 cm de profundidad, cuyo estudio evidenció la presencia de una ocupación prehispánica en el sector, corroborada en las otras dos unidades de excavación realizadas. Su estratificación natural

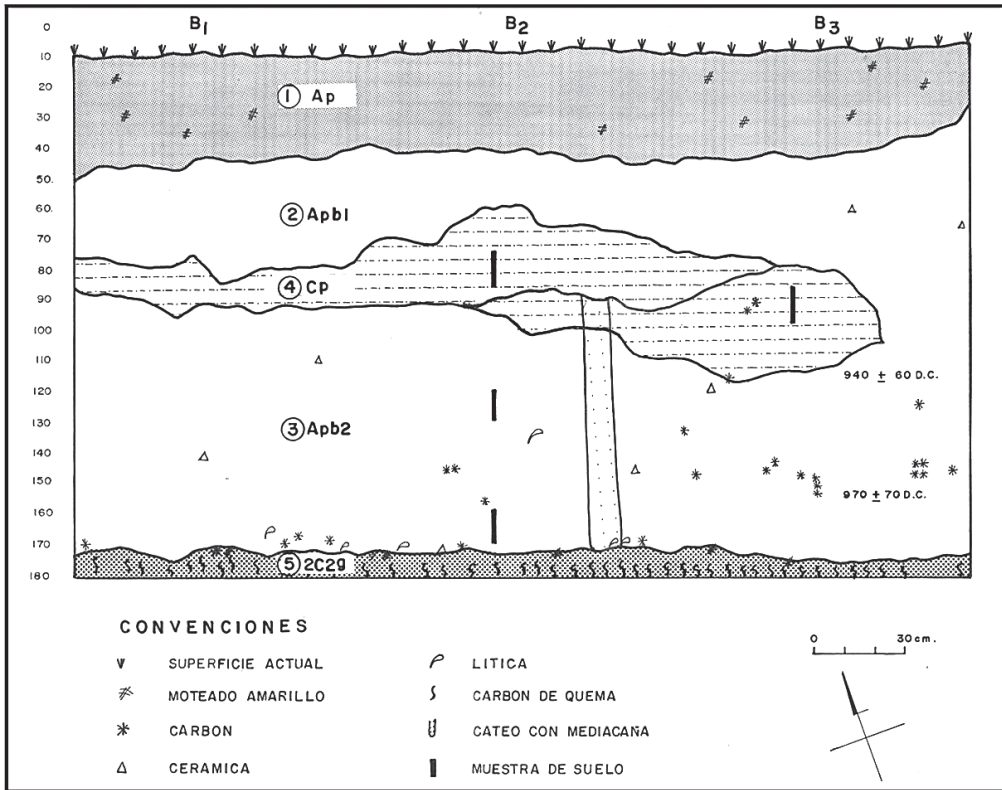


Figura 41.
Perfil NE de la UE-2.

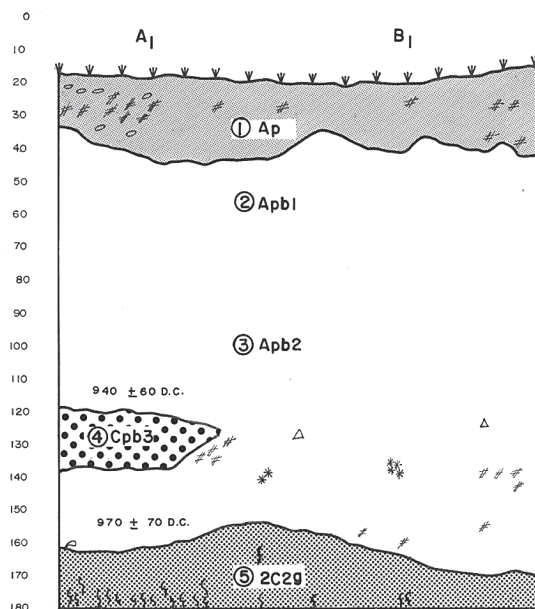
y cultural fue la siguiente:

Estrato 1. *Horizonte Ap: 0-45 cm aproximadamente*

Suelo arcilloso de color en seco gris muy oscuro (10YR3/1), cuyo límite inferior era abrupto y discontinuo. Textura blocosa y floja (deleznable) con una alta concentración de materia orgánica, evidenciada por la presencia de gran cantidad de raíces medianas y pequeñas. Presentó intrusiones en forma de moteados de color oliva provenientes del Horizonte B. Ausencia de material cultural. Correspondió a un relleno artificial producto de la remoción de tierra hecha con una motoniveladora al preparar el suelo para el cultivo de la caña de azúcar.⁶

Estrato 2. *Horizonte Apb1: 45-75 cm aproximadamente*

Capa húmica original del sector. Suelo arcilloso de color café muy oscuro (10YR3/2) cuyo límite inferior es claro y ondulado, notándose muy bien la



CONVENCIONES

- V SUPERFICIE ACTUAL
- o CANTO RODADO
- # MOTEADO AMARILLO
- * CARBON
- △ CERAMICA
- P LITICA
- ∫ CARBON DE QUEMA

0 30 cm.



Figura 42.
Perfil NO de la UE-2.

transición al horizonte inferior B. Textura compacta de bloques medianos poco angulares y presencia de una alta actividad biológica, evidente por la existencia de raíces medianas y pequeñas y una coloración más oscura que la del horizonte anterior. Ausencia de material cultural.

Estrato 3. Horizonte B: 75-105 cm aproximadamente

Suelo de textura franco-arcillosa. La matriz en seco era uniforme presentando una coloración oliva (5Y5/3) y algunos moteados amarillo pálido (5Y7/4) y

gris oscuro (5Y4/1) en su parte inferior. Este es un estrato culturalmente estéril en cuyo extremo oriental aparecieron tres raíces medianas de un árbol reciente. Es posible que este horizonte se haya formado por una sedimentación lenta, laminar del río Cauca que corre actualmente a unos tres km al O del sitio, como parece indicar la presencia de un alto porcentaje de limo (44.46%) en su matriz, en relación con los componentes arena y arcilla (Tabla 1: Muestra 14).

Estrato 4. Horizonte Apb2: 100-155 cm aproximadamente

La parte superior de este horizonte, aproximadamente entre 130 y 100 cm, presentó una textura arcillosa (57.4% del elemento arcilla en la matriz) de bloques medianos, angulares y fuertes. El límite superior era claro y ondulado, mientras el inferior abrupto ondulado, evidencia indudable de actividad humana. Su color en seco era negro (5Y2.5/1). En este sector pudimos constatar la presencia de una alta actividad biológica (raíces medianas y pequeñas) propiciada por un relativo alto contenido de materia orgánica (3.4%) y fósforo total (281 ppm). Estos datos sumados a unos valores altos de calcio (43.5%) y magnesio (15.2%) nos están indicando que estamos ante la presencia de un suelo fértil utilizado por el hombre con fines eminentemente agrícolas (Tabla 1: Muestra 12).

Aproximadamente entre los 130 y 155 cm la matriz de este horizonte continuó siendo negra, pero presentó abundantes moteados grandes y medianos de color (en mojado) amarillo pálido (5Y7/4) provenientes del horizonte inferior (Estrato 5); así como también, en menor escala, moteados de color gris azulado (5BG5/1) originarios del Estrato 6. El suelo sigue siendo arcilloso (51.5% de arcilla) pero disminuye la cantidad de materia orgánica (1.6%) y el fósforo: 181 ppm (Tabla 1: Muestra 13).

En general, el límite superior de este estrato era claro y ondulado, mientras el inferior abrupto ondulado, indudablemente evidencia de actividad humana. A pesar de que no se encontró material cultural, las evidencias sobre el manejo antrópico del suelo permitirían considerarlo como un estrato cultural.

Es posible que estos cambios bruscos en los valores de la composición fisico-química del suelo de la parte superior e inferior del Estrato 4 estén relacionados con la función que cumplieron. Mientras la presencia de abundantes moteados en la parte inferior, podría sugerirnos su utilización como piso de vivienda; el color negro uniforme de la parte superior, debido a una alta concentración de materia orgánica, nos estaría indicando su utilización con fines agrícolas. Como veremos posteriormente, una situación similar pudo observarse en la secuencia estratigráfica de las UE-1 y 2.

Estrato 5. Horizonte Cpb3: 155-180 cm aproximadamente

Relleno heterogéneo de origen antrópico, culturalmente estéril. Textura franco-arcillosa con una alta concentración de limo (44.0%). Color de la matriz en seco igual al del Horizonte B. En su parte superior, en el límite con el Horizonte Apb2 presenta moteados de color gris oscuro (5Y4/1) y amarillo pálido (5Y7/4). En la parte inferior había sólo moteados de color gris azulado (5BG5/1), los cuales se presentaron hasta los 180 cm de profundidad, en el límite con el Estrato 6, cuando apareció el nivel freático.

Estrato 6. *Horizonte 2C2g: 130 cm en adelante*

Capa estéril de textura franco-limosa con el mayor contenido de limo (58.7%) que se presentó en todos los horizontes de la UE. El color de la matriz es gris verdoso claro (5GY7/1). Este estrato fue formado posiblemente por una sedimentación diferencial homogénea. Su presencia puede estar indicando que

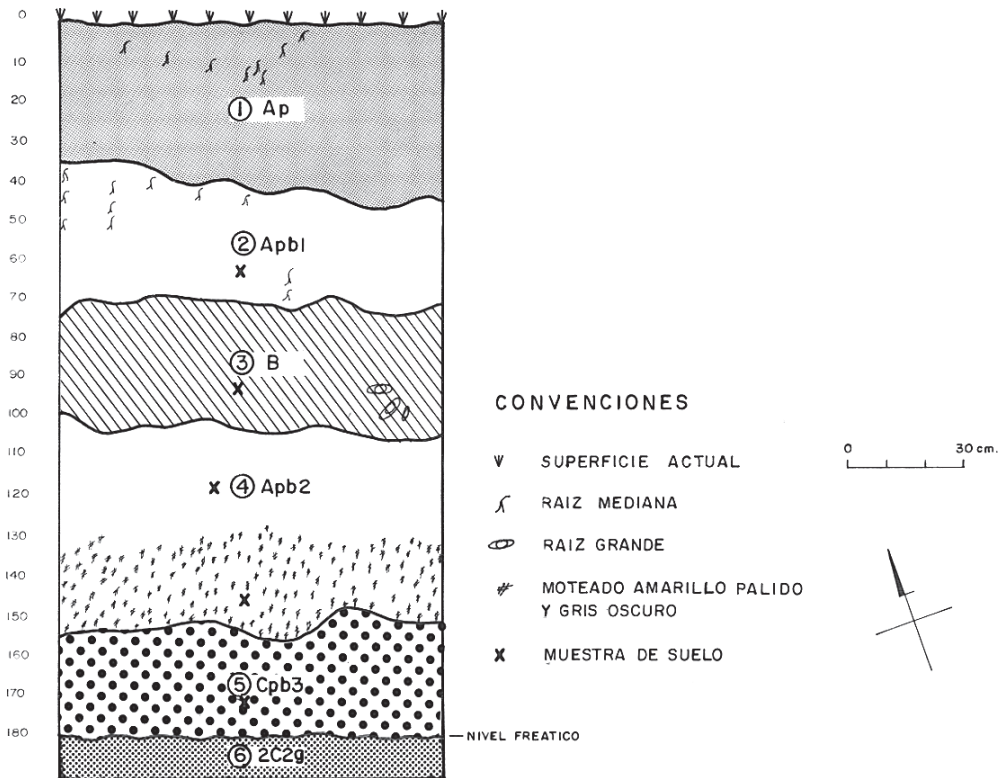


Figura 43.
Perfil NE de la UE-3.

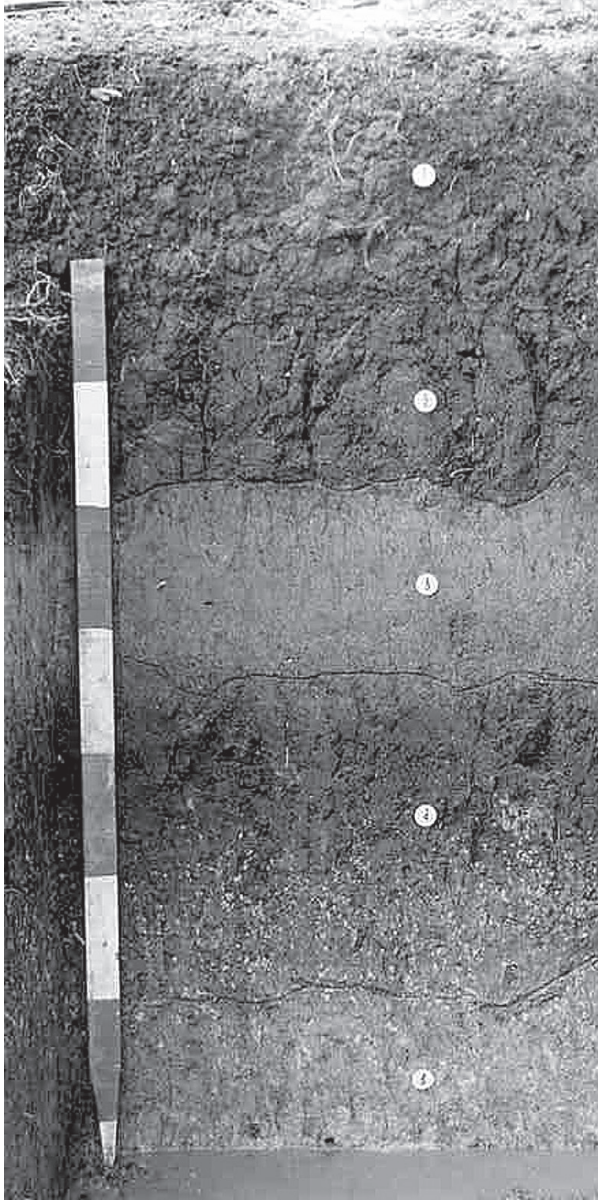


Figura 44.
Secuencia estratigráfica en el perfil NE de la UE-3.

el sitio se encontraba en los bordes de una laguna ⁷. (Figuras 43, 44).

La secuencia natural y cultural que se presentó en la UE-3 sirvió de base para el conocimiento estratigráfico del sector y fue complementada con la que se presentó en las unidades estratigráficas 1 y 2.

Tabla 1. ANÁLISIS DE CARACTERIZACIÓN DE SUELOS DE LAS UNIDADES DE EXCAVACIÓN 1, 2,3 EN LA HACIENDA LA ALSACIA.

# Muestra	Procedencia	Arena %	Limo %	Arcilla %	Textura	M.O %	pH	Ca	Mg	K	Na	Zn	Cu ppm	Fe	P total
1	UE1-B2 50-70 cm.	11.68	43.62	44.70	Arena-franca	4.0	7.6	32.4	12.6	0.40	0.32	0.41	1.62	8.61	268
2	UE1-B2 80-100 cm.	13.00	40.25	43.47	Arcillo-limoso	5.5	7.5	35.3	16.3	0.34	0.51	0.04	0.11	0.30	441
3	UE1-B2130-150 cm.	6.09	45.21	48.70	Arcillo-limoso	5.7	7.2	33.1	13.7	0.43	0.34	0.25	0.35	1.18	254
4	UE1-A3,B3 120-125	22.18	44.04	33.78	Franco-arcilloso	1.9	7.4	33.1	10.2	0.36	0.30	0.05	0.16	17.4	
5	UE1-A1,B1 135-140	80.92	9.15	9.93	Arena-franca	0.41	7.6	8.05	3.54	0.06	0.14	0.68	6.64	163.2	
6	UE1-A3,B3 145-150	16.38	58.70	24.92	Franco-limoso	0.95	7.6	30.6	10.1	0.34	0.29	0.09	0.32	0.31	
7	UE1-B2 72-84 cm.	51.17	15.40	33.43	Franco-arcillo-arenoso	3.1	7.6	21.7	7.19	0.24	0.19	0.50	2.26	7.50	
8	UE1-B3 84-96 cm.	65.51	12.47	22.02	Franco-arcillo-arenoso	1.3	7.7	15.9	5.41	0.14	0.17	0.70	5.71	43.5	
9	UE2-B2 118-130 cm.	32.48	27.32	40.20	Arcilla	3.8	7.4	21.5	11.7	0.34	32.4	0.41	0.84	2.72	234
10	UE2-B2 157-169 cm.	32.81	31.72	35.47	Franco-arcilloso	5.8	6.8	24.4	14.4	0.45	0.27	0.55	0.73	6.33	273
11	UE3 -80-90 cm.	25.23	44.46	30.31	Franco-arcilloso	2.9	7.9	28.3	6.62	0.14	0.67	0.06	0.10	0.21	
12	UE3-110-120 cm.	10.34	32.26	57.40	Arcilla	3.4	7.7	43.5	15.2	0.55	1.19	0.13	0.08	0.26	281
13	UE3-140-150 cm.	16.46	31.99	51.55	Arcilla	1.6	7.9	36.1	21.0	0.48	0.65	0.05	0.07	0.19	181
14	UE3-165-175 cm.	24.49	31.18	44.33	Arcilla	1.4	7.9	39.6	15.4	0.46	0.34	0.09	0.11	0.38	

INTERPRETACIÓN SOBRE EL MANEJO INTEGRAL DE UN MEDIO AMBIENTE LACUSTRE PREHISPÁNICO

El comportamiento estratigráfico de las tres unidades de excavación realizadas en la hacienda La Alsacia fue más o menos similar. La base de la secuencia la constituye el Horizonte 2C2G formado seguramente por una sedimentación diferencial homogénea característica de los bordes de un cuerpo grande de agua, posiblemente una laguna.

La forma abrupta del límite inferior del Horizonte Apb2, evidente sobre todo en el perfil NE de todas las unidades de excavación realizadas, así como las evidencias culturales que se encontraron (cerámica, carbón, semillas), están indicando la presencia humana, cuya acción sobre el medio ambiente se manifestó en la transformación de unas condiciones lacustres deltáicas, a unas terrestres. Estas transformaciones fueron hechas en un período extremadamente corto de tiempo, cuando se cambia de laguna a tierra seca, y por lo visto, todo parece indicar que la ocupación fue intensiva desde principios del cambio.

Dichas transformaciones medioambientales, que seguramente incluyeron el desvío de varias fuentes hídricas que alimentaban la laguna, así como el corte y la quema de la vegetación, fueron realizadas con dos fines específicos: en primer lugar, para ampliar la “frontera agrícola”, ganándole terreno a la laguna

y preparando suelos para el desarrollo de la agricultura (fenómeno relacionado seguramente con un mayor crecimiento de la población). Y en segundo lugar, para construir sus viviendas cerca de los campos agrícolas, las cuales fueron hechas sobre rellenos artificiales.

La evidencia de la preparación de suelos con fines agrícolas está documentada principalmente en la UE-1 y 2. En el sector NE de la primera de ellas, el perfil del suelo es uniforme desde el mismo límite inferior con el Horizonte 2C2G y su preparación incluyó seguramente el abono con nutrientes vegetales, como parece indicarlo la presencia de raíces descompuestas, las pequeñas concentraciones de carbón y las semillas carbonizadas (en especial de maíz), producto seguramente de quemas de vegetación. En la UE-2 el carbón de dichas quemas aparece tanto en la parte media e inferior del Horizonte Apb2, como en la parte superior del Horizonte 2C2G, donde cayó por filtración desde la parte inferior del suelo antrópico. Además, se documentó a dichas profundidades la presencia de lentes discontinuos de un suelo de textura franco-arcillo-arenosa, posiblemente agregado intencionalmente para oxigenar el horizonte agrícola.

Con la construcción de las viviendas cerca de los sitios de cultivo podemos asociar dos tipos de evidencias. En primer lugar, los rellenos artificiales hechos donde todavía había mucha humedad residual y utilizados seguramente como piso de las viviendas (Horizonte Cpb3) presentes especialmente en la UE-1 y 3, sobre cuya superficie superior apareció gran cantidad de moteados negros y azules, manifestación del constante pisoteo del hombre. Por otra parte, contamos con tres fragmentos de postes de madera utilizados seguramente en su construcción, los cuales fueron encontrados fuera del límite del relleno (piso) de la vivienda; ésta parece haberse continuado hacia los sectores S y O por fuera de la UE-1.

Tenemos 5 fechas de radiocarbono para ubicar cronológicamente los fenómenos antropogénicos sucedidos en el Horizonte Apb2 documentado en las tres unidades excavadas. De acuerdo a la fecha de 970 ± 70 d.C. y su rango inicial de calibración se puede suponer que el comienzo de la ocupación del sitio pudo haber sucedido hacia mediados del siglo X d.C. (960 d.C.), mientras el rango final de la fecha de 940 ± 60 d.C. podría estar indicando el término de la ocupación hacia finales del siglo XII d.C. (1170 d.C.). Esto indicaría que la presencia humana en el sitio se pudo haber prolongado al menos durante unos 200 años, período durante el cual se habrían formado entre 40 y 60 cm de suelo, como producto de la intensa labor agrícola implementada por el hombre.

El abandono de ciertos sectores del sector de Cananguá, en el municipio de Guacarí hacia finales del siglo XII d.C. o quizás principios del siglo XIII d.C. como causa de cambios medioambientales bruscos, está documentado científicamente por la presencia del Estrato 3 u Horizonte B en la UE-3, el cual representa un

horizonte de formación natural, producto seguramente de una sedimentación lenta del río Cauca o el río Sonso que corre actualmente a unos 100 metros al NE de los sitios excavados. Su perfecta ubicación estratigráfica (entre 70 y 100 cm de profundidad) nos suministra excelentes datos cronológicos relativos, que al ser confrontados con los obtenidos por radiocarbono, permiten ubicar temporalmente los sucesos medioambientales y culturales acontecidos.

Dichos cambios medioambientales sucedieron posiblemente en sectores del actual corregimiento de Cananguá, hacia el NE de donde fueron efectuadas las Unidades de Excavación 1 y 2, como parece demostrarlo el hecho de que el Horizonte B ya mencionado no existe al O de la UE-3.

Por otra parte, la presencia de varios fragmentos de mayólica española y de huesos de vaca y caballo hallados entre 60 y 80 cm de profundidad en la UE-1, cuyo rango cronológico podríamos ubicar entre 1590 y 1630 d.C. nos están indicando el inicio de la ocupación europea. En el perfil NE de la UE-3, la presencia española coincidiría con el inicio de la formación del Horizonte Apbl, hacia los 70 cm de profundidad aproximadamente. Dicho límite corresponde más o menos con el de la UE-1, donde el carbón obtenido entre 60 y 70 cm de profundidad dio una fecha de 1740 ± 70 d.C., con el rango cronológico ya anotado. En la UE-2, el inicio de la ocupación española podría estar asociado también con el comienzo de la formación del Horizonte Apbl. La parte superior del Horizonte Apbl y el Horizonte Ap, entre 70 y 0 cm de profundidad aproximadamente, correspondería entonces al período comprendido entre el inicio de la colonia y el momento actual. Haciendo la aclaración de que el Horizonte Ap en el sitio realmente es contemporáneo y seguramente fue hecho por el hombre en los últimos 40 años, es decir, a partir de la década de 1960, cuando comenzó el cultivo intensivo de la caña de azúcar en el valle geográfico del río Cauca.

El manejo cultural de un medio ambiente lacustre y de cambios medioambientales similares sucedidos en los sectores central y S del valle geográfico del río Cauca durante el Período de las Sociedades Cacicales Tardías, ha sido documentado arqueológicamente entre 1991 y 1996 para el municipio de San Pedro, en el curso bajo del río Bolo en el municipio de Palmira y en el municipio de Obando, en el N del valle geográfico del río Cauca. En efecto, se ha encontrado abundante cerámica del cacicazgo de Guabas en suelos agrícolas donde ésta aparece enterrada entre los 160 y 200 cm de profundidad, como por ejemplo en el sitio arqueológico “San Pedro”, ubicado en la Inspección de Policía de Todos Santos, municipio de San Pedro. Como puede verse en el Perfil Estratigráfico del sitio, el Estrato V, correspondiente al Horizonte Cultural (Apb2?) aparece “incrustado” entre dos horizontes estériles, fenómeno que evidencia períodos de ocupación y desalojo del sitio (Dávila 1994: 41-48).

En este sitio, excavado posteriormente por uno de los autores del presente libro, se logró documentar también un interesante manejo de la humedad residual del terreno con fines de vivienda. En la UE-1 del sitio arqueológico PK 276+700, antes de construir sus viviendas el hombre quemó la gravilla proveniente del lecho de un río para obtener una superficie impermeable sobre la cual comenzó a vivir (Rodríguez 1996a: Figura 1, Láminas 11, 12). Por su parte, la interpretación de los Estratos 5A (Horizonte C: 110-130 Cm) de la UE Ciat 1, sugiere que el ambiente en el cual el hombre comenzó a vivir estaba dominado por una sedimentación de desborde de los ríos Cauca y Bolo. Entre las especies vegetales existentes entonces figuraban las palmas (*Geonoma* sp.) las cuales seguramente fueron manejadas o aprovechadas por el hombre en su vida cotidiana. En un momento determinado, aún no establecido por cronología absoluta, pero que podemos ubicar tentativamente entre 900 y 1000 d.C. las condiciones de humedad del Estrato 5A se tornan insoportables por la saturación del agua. Se vuelve prácticamente imposible vivir en un sitio encharcado constantemente. Entonces, el hombre decide aislar la humedad del sitio haciendo un relleno artificial con un suelo estéril (Estrato 4: Horizonte C) para construir sobre él sus viviendas. Encima de esta capa estéril el hombre Bolo-Quebrada Seca continuó desarrollando su cultura, viviendo y realizando actividades agrícolas (Estrato 3, Horizonte Apbl: 60-120 cm), hasta la fase final de la secuencia para la cual tenemos una fecha de radiocarbono ubicada hacia el 1300 d.C. (Rodríguez y Stemper 1994:144-149; Figuras 4, 5 y 6).

También en el sitio arqueológico “Bolo 1” ubicado en la Ladrillera Panamericana, corregimiento del Bolo, municipio de Palmira, se presentaron suelos antropogénicos, con una evidente funcionalidad agrícola y donde aparece cerámica de la Cultura Bolo-Quebrada Seca; fue detectada entre 370 y 400 cm de profundidad (Horizonte Apb4). Períodos continuos de habitación y desocupación del sitio se documentan igualmente en la secuencia estratigráfica de los perfiles SE y NE, la cual incluye al menos tres estratos culturales diferentes (Ibíd.:156-161; Figuras 22, 23 y 24).

Y finalmente, en el N del valle geográfico del río Cauca, en el municipio de Obando, posiblemente hacia el siglo XII, indígenas portadores del Complejo Cultura Quimbaya Tardío, aislaron la humedad del sector haciendo pisos con cerámica doméstica fragmentada que colocaron encima del Horizonte R, en elevaciones naturales de la denominada Formación Zarzal, sobre las cuales construyeron sus viviendas (Rodríguez 1996b:20; Figura 12, Láminas 4-12).

De tal forma, parece ser que los representantes de los cacicazgos tardíos portadores de los complejos culturales Quimbaya Tardío y Bolo-Quebrada Seca, lograron manejar ejemplarmente el medio ambiente lacustre característico del valle geográfico del río Cauca, localizando sus asentamientos cerca de las fuentes hídricas y los grandes cuerpos de agua y utilizando suelos o cerámica para construir pisos aislantes de la humedad, sobre los cuales construyeron sus viviendas.

NOTAS

¹ De las quince tumbas mencionadas, tres fueron excavadas por nuestro equipo de trabajo y el resto guaqueadas por el administrador de la hacienda La Margarita. En tres de ellas tuvimos una supervisión parcial, recolectando los datos más relevantes.

² Restos arqueológicos de la primera sociedad cacical estudiada en el Valle del Cauca, conocida con el nombre de Ilama han sido documentados desde la década de 1990 del siglo XX en la región central del valle geográfico del río Cauca. En el cementerio prehispánico de Malagana, corregimiento de El Bolo, los pisos de habitación y las tumbas Ilama fueron fechados en el siglo III a.C. (Rodríguez *et al.* 1994; Cardale 2005). Igualmente, tenemos conocimiento de piezas cerámicas Ilama y Yotoco sacadas por los guaqueeros en tumbas prehispánicas de los municipios de Guacarí y Buga. Esto nos está indicando que el valle geográfico del río Cauca fue ocupado por indígenas portadores de varias tradiciones culturales (Ilama, Yotoco, Quimbaya Tardío, Bolo-Quebrada Seca), con una estructura social de tipo cacical, al menos unos 1800 años antes de que llegaran los conquistadores españoles.

³ Evidentemente tal cantidad de objetos colocados como ajuar funerario está indicando el status social del individuo principal enterrado, el cual parece haber sido una persona perteneciente a la élite gobernante. Este caso de la tumba 2 tiene analogías con otros casos recientemente estudiados en el municipio de Obando, al N del valle geográfico del río Cauca. Es el caso de la tumba 2 de la hacienda Dardanelos, fechada hacia el 1220±70 d.C., donde el entierro principal, una mujer adulta, posiblemente chamán, contaba con unos 800 objetos elaborados en cerámica, piedra y metal (Rodríguez Cuenca y Rodríguez 1999:89-95). Estos dos casos representan una clara evidencia de que en los cacicazgos de Guabas y Obando, ambos pertenecientes a la tradición cultural Quimbaya Tardío, existía estratificación social. Dicha estratificación parece haber sido característica de otros cacicazgos del Período Tardío en el Alto y Medio Cauca, como es el caso de algunos de ellos portadores del complejo cultural Bolo-Quebrada Seca, donde se han reportado tumbas con entierros de individuos de élite a los cuales les colocaron ajuares funerarios entre 100 y 200 vasijas cerámicas (Ford 1944: 40-47).

⁴ Esta fue la apreciación del doctor Gonzalo Correal Urrego quien visitó nuestras excavaciones en 1981. Dicha evidencia de fauna pleistocénica se sumaría a las ya existentes para el valle geográfico del río Cauca. Una de ellas, la del municipio de Toro, donde junto con molares de un mastodonte fue hallada una punta de proyectil elaborada en hueso, dejan abierta la posibilidad de la presencia de cazadores-recolectores en el Valle del Cauca posiblemente hacia finales del pleistoceno (Rodríguez 1992:50).

⁵ La aplicación de ambos métodos de prospección para la ubicación de sitios arqueológicos en el valle geográfico del río Cauca ha sido de fundamental importancia, como lo demuestra el descubrimiento de los yacimientos tardíos del CIAT y la Ladrillera Panamericana, estudiados a principio de la década de 1990 en el municipio de Palmira (Rodríguez y Stemper 1994).

⁶ Esta práctica es muy común en el valle geográfico del río Cauca en los terrenos donde se cultiva la caña de azúcar, y se realiza con el fin de nutrir y oxigenar la capa húmica, así como también para permitir el riego por gravedad. Esto dificulta enormemente las lecturas estratigráficas, particularmente la detección del límite superior de las ocupaciones prehispánicas del Período Tardío Preconquista (Rodríguez 1995).

⁷ El sector plano del Valle del Cauca entre los municipios de Guacarí y Buga, sobre la margen derecha del río Cauca, siempre se caracterizó por la presencia de grandes cuerpos de agua, de los cuales aún se conserva la laguna de Sonso en el municipio de Buga, la cual es considerada un importante refugio ecológico y un cuerpo regulador del caudal del río Cauca en el centro del valle geográfico.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

RESTOS ÓSEOS HUMANOS: LA MÉDULA DEL PASADO

El cadáver es la evidencia del paso de la vida a la muerte; y como tal, a través de la historia ha recibido especial tratamiento, que va desde su conservación por medio de las técnicas de momificación, hasta su destrucción total mediante el fuego purificador. Es sometido a tantas costumbres fúnebres como pueblos que las practican con sus variantes locales, constituyendo parte primordial de su mundo mágico religioso.

El esqueleto es la prueba material del cadáver. De él se deduce el tratamiento a que fue sometido, e importantes aspectos biológicos y culturales del íntimo mundo espiritual de la sociedad a la que perteneció el individuo. Los huesos hablan, cuentan la historia del hombre de Guacarí, Valle del Cauca, en donde observaron en silencio el paso de los siglos, desde su pequeño universo cerrado: sus tumbas. Dentro del estudio arqueológico, la Antropología Física brinda un valioso aporte al conocimiento de la cultura. El análisis de restos óseos humanos aporta datos significativos para el conocimiento de las características físicas, estado de salud y enfermedad de una población, la dieta alimenticia, las actividades físicas, el desarrollo muscular etc., aspectos estos que pueden relacionarse con roles sexuales, sociales, simbólicos, ecológicos y culturales.

ANÁLISIS DE LABORATORIO

Para el análisis de laboratorio del material óseo se procedió a lavarlo, restaurarlo y marcarlo, con el objeto de establecer el número mínimo de individuos y organizarlo para que sirviera como material de consulta y para realizar posteriormente estudios más especializados. Hay que tener en cuenta que en varios casos los restos óseos se encontraron muy fragmentados e incompletos consecuencia del alto nivel freático o por tratarse de rescate de algunas tumbas gaaqueadas, lo que limitó su análisis. No obstante, se obtuvieron importantes datos sobre diferentes aspectos bioantropológicos de la población aborígen en la región estudiada.

Con base en patrones internacionales (Ubelaker 1989), se realizaron estudios de craneometría, se establecieron patologías óseas y dentales; se determinó edad, sexo, estatura (Tablas 5, 6,7). Además se realizó un análisis estadístico comparativo para observar el grado de variación morfológica de la población estudiada. La muestra analizada estuvo constituida por 47 individuos, 28 hombres (56.8%), 16 mujeres (36.3%), 15 infantiles (34.09%), 29 adultos (65.90%) y tres individuos indeterminados. El diagnóstico del sexo se estableció teniendo en cuenta los parámetros morfológicos del cráneo y la pelvis (Genovés 1964), así como los patrones métricos del cráneo y de los huesos largos (Rodríguez Cuenca 1987, 1992). Para la estimación de edad se tomaron en cuenta las variaciones en el tejido dental tales como: erupción, atrición, depósito de dentina secundaria, adición de cemento y retracción de la encía. Uno de los factores más importantes para la determinación de la edad en individuos adultos fue el desgaste funcional que aumenta con la edad (Lovejoy 1985). Sin embargo, para lograr una mayor aproximación fue necesario tener en cuenta varios factores como los procesos de osificación, cierre de las suturas craneales, metamorfosis de la superficie auricular del ilion, la sínfisis púbica y la articulación esternal de la cuarta costilla (Rodríguez Cuenca 1992).

Para determinar algunas patologías se tomaron en cuenta las descripciones realizadas en el material de Aguazuque, Cundinamarca (Correal 1990). A algunos ejemplares infantiles y juveniles se les estimó el sexo siguiendo el modelo propuesto por Rodríguez Cuenca (1992) y la estatura de acuerdo a la longitud de los huesos largos aplicando la fórmula de Genovés (1967). En los individuos adultos masculinos la estatura promedio fue de 164.4 cm, con un rango de variación de ± 3.417 cm. En estudios anteriores se había reportado una estatura reconstruida a partir del fémur derecho de un individuo masculino (No. 001) y dos tibias (Nos. 012 y 0194) de aproximadamente 167 cm (Rodríguez Cuenca 1992). Para las mujeres se obtuvo una estatura promedio de 150 cm. En los infantiles este aspecto tiene otra importancia por las implicaciones del desarrollo y crecimiento óseo en el tamaño de los huesos.

Para medir el grado de semejanza de la muestra de Guacarí con relación a otras poblaciones prehispánicas se aplicó la prueba estadística “t” de Student y se construyó un dendograma (Tablas 3,4), con base a parámetros y datos descritos en informes anteriores (Rodríguez Cuenca 1990: 183). A estos resultados se le aumentaron los datos obtenidos en nuestra investigación y se hicieron algunas correcciones para los datos de la población del Quindío. En la Tabla 2 se observan los principales rasgos craneales de 11 poblaciones prehispánicas y en la Tabla 3 las distancias entre las muestras. Esta última Tabla registra cómo la población del Valle del Cauca tiene mayor acercamiento, aunque con valores de significado medio, con la población del Quindío (0.367) y la de Soacha (0.499). La distancia con las demás poblaciones es significativa lo cual indicaría un alejamiento biológico entre éstas y las del Valle del Cauca.

Tabla 2.

**PARÁMETROS CRANEOMÉTRICOS COMPARATIVOS DE 11 MUESTRAS
ARQUEOLÓGICAS MASCULINAS EN**

Parámetros Desviación Stándard	5 4.5	45 3.7	54 5.9	55 1.7	51 a 2.6	52 1.8		
Procedencia	N							
1. Valle del Cauca	7	96.1	97.2	138.9	24.7	48.7	39.2	34.3
2. San Agustín	3	100.5	95.2	140.5	27.5	50.0	30.2	34.5
3. Tierradentro	4	92.5	96.7	135.5	24.5	52.0	39.8	37.8
4. Soacha	24	98.7	93.8	140.4	25.7	48.0	38.6	34.6
5. Los Santos	18	97.6	89.0	138.6	24.1	51.4	37.7	35.6
6. Agua de Dios	9	96.3	99.8	144.5	26.4	51.2	40.1	35.7
7. Quindío	3	95.7	95.5	138.0	26.0	49.6	39.1	35.5
8. Guajira	17	98.3	95.2	134.3	25.7	53.3	38.8	35.6
9. Sierra de Perijá	8	102.6	94.0	132.6	26.0	50.3	39.6	33.6
10. Valle de Aragua	39	101.1	96.4	136.0	25.7	53.2	38.4	36.7
11. Paucarcancha	67	98.5	92.3	133.9	24.2	49.5	36.8	34.9

CONVENCIONES

5	=	Diámetro basión-nasión
45	=	Diámetro bicigomático
55	=	Altura nasal
52	=	Altura orbital
9	=	Diámetro frontal mínimo
54	=	Anchura nasal
51a	=	Anchura orbital

Tabla 3. DISTANCIAS BASADAS EN EL TEST DE STUDENT "T" STANDARD ENTRE 11 SERIES DE CRÁNEOS COLOMBIANOS.

1. Valle del Cauca	1 --	2 0.60	3 0.74	4 0.82	5 0.82	6 0.73	7 0.37	8 0.75	9 0.79	10 0.89	11 0.74
2. San Agustín			1.10	0.66	0.49	0.72	0.47	0.66	0.54	0.84	0.87
3. Tierradentro				1.10	1.05	0.86	0.71	0.68	1.01	0.66	1.03
4. Soacha					0.73	0.84	0.53	0.60	0.61	0.72	0.59
5. Los Santos						0.99	0.70	0.69	1.02	0.83	1.39
6. Agua de Dios							0.55	0.77	0.99	0.83	1.39
7. Quindío								0.52	0.63	0.59	0.75
8. Guajira									0.63	0.26	0.67
9. Sierra de Perijá										0.77	0.74
10. Valle de Aragua											0.85
11. Paucarcancha											--

En el dendograma (Tabla 4), se aprecia la conformación de dos grandes conglomerados o grupos: en primer lugar el conglomerado conformado por Guajira, Aragua y Tierradentro. El segundo conglomerado posee varias series, la primera la conforman el Valle del Cauca, Quindío y Soacha, la segunda está conformada por San Agustín y la Sierra del Perijá, y por último está la serie de Los Santos y Paucarcancha. A juzgar por las distancias biológicas, las relaciones entre la población del Valle del Cauca y Quindío son las más estrechas en cuanto a características fenotípicas se refiere. Estas dos poblaciones podrían provenir de un tronco ancestral común que se separó en tiempos remotos no muy tardíos, lo cual sugeriría relaciones etnogénéticas entre estos dos grupos. Mientras en la Tabla 5 se muestran los datos según la agrupación de cohortes de edad para ambos sexos utilizando los parámetros tradicionales (Ubelaker 1974).

TABLA 4 . DENDOGRAMA: CORRELACIONES ANTROPOMETRICAS ENTRE 11 POBLACIONES INDIGENAS

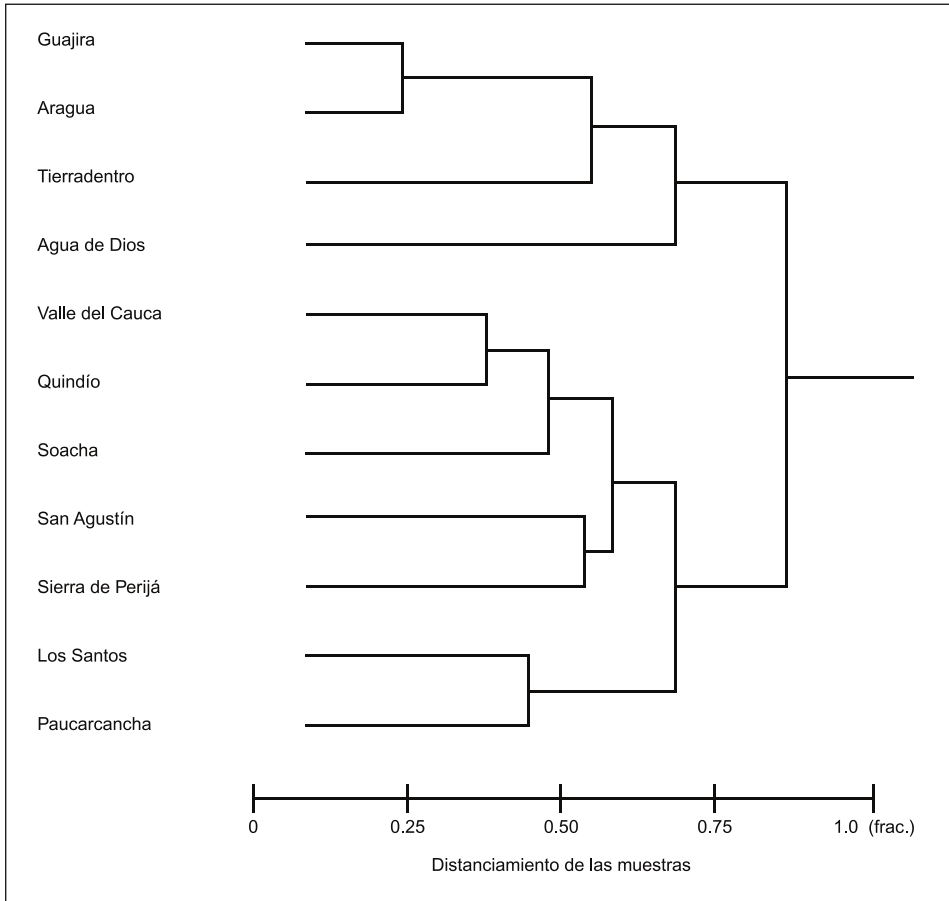


Tabla 5.

DISTRIBUCIONES DE LA MUESTRA POR EDADES Y SEXO.

#	COHORTE DE EDAD	F			# INDIVIDUOS	PORCENTAJE
		M		I		
1	0-4	5	4	1	10	22.72%
2	5-9	2	2	1	5	11.36%
3	10 -14	0	0	0	0	0.00%
4	15 -19	3	0	0	3	4.54?%
5	20 -24	7	4	0	11	22.72?%
6	25 -29	2	1	0	3	6.81%
7	30 -34	5	1	1	7	13.63?%
8	35 -39	2	1	0	3	6.81%
9	40 -44	1	0	0	1	2.27%
10	45 -50	1	3	0	4	9.09%
	Total	25	16	3	44	100%

CONVENCIONES

- Cohorte : Intervalo
- F : Sexo femenino
- M : Sexo masculino
- I : Sexo indeterminado.

ÍNDICE DE MORTALIDAD

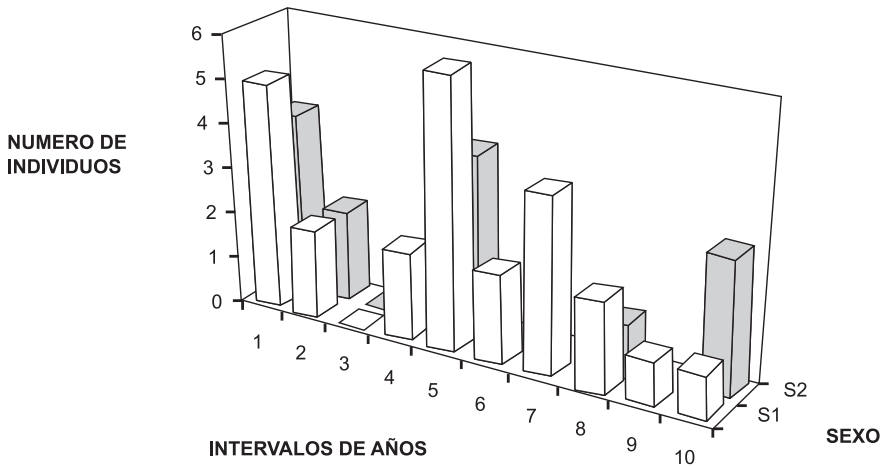
Las cohortes de edad que presentan mayor frecuencia dentro de la muestra fueron las de 0-4 años y las de 20-24 años, cada una de ellas con 22.7%, lo cual puede significar que son las edades donde hay mayor índice de mortalidad. En niños hasta de 9 años se presenta el mayor índice de mortalidad con un 34%. El más bajo índice fue el de individuos juveniles de 10 a 20 años con un 4.5%; aumentando nuevamente la tasa de mortalidad en individuos adultos jóvenes de 20 a 30 años de edad con un 29.5 %. En adultos de 30 a 40 años se presentó un índice de 20.5% y en individuos considerados viejos, de 40 años en adelante, un índice del 11.4%. Por otro lado, se notó la baja probabilidad de fallecimiento en la cohorte de edad de 10 a 14 años (Tabla 6).

El alto índice de mortalidad infantil, pudo obedecer a enfermedades infectocontagiosas que no se evidencian en el registro arqueológico, tal como lo expresa Rodríguez Cuenca (1990: 196), es posible que: “en temporada de

escasez la población infantil sufría el mayor impacto alimenticio lo que conducía en ocasiones a la anemia, cuyos decesos por ésta y otras causas producían un impacto selectivo en donde sobrevivían los más fuertes”.

Otra posibilidad que se abre con el hallazgo de tres individuos intrauterinos, se refiere a probables abortos inducidos y/o sacrificios, como parte de ritos mágicos o como control natal. El ascenso de la curva de mortalidad en el período de 20 a 29 años, podría relacionarse con actividades bélicas, ya que la mayoría de individuos en este rango, pertenecen a sexo masculino, pudiendo tratarse de guerreros caídos en combate, aunque no se evidencian huellas de traumas en el registro óseo.

TABLA 6. DISTRIBUCIÓN POR SEXOS DEL NÚMERO DE INDIVIDUOS FALLECIDOS EN CADA INTERVALO.



OSTEOPATOLOGÍAS

Los individuos del Cacicazgo de Guabas gozaron en general de buen estado de salud, puesto que contaron con una variada despensa ofrecida por el medio natural, representada en la abundante fauna y flora, además de otras actividades físicas realizadas para obtención del sustento (caza, pesca, agricultura), intercambios (grandes desplazamientos terrestres y fluviales), torneos y guerras, donde lograron gran desarrollo muscular que redundó en su buen estado físico.

Dentro de las patologías óseas se observó la osteoartritis en los individuos de las UE-8, 28 y 37. Esta es una enfermedad articular degenerativa caracterizada por pérdida del cartílago articular y por hipertrofia del hueso, la cual afecta

principalmente las vértebras con mayor incidencia en las lumbares, pero que también es frecuente en las articulaciones del codo, la rodilla y el hombro, afectando en menor grado la articulación de la mandíbula (cóndilos). Esta patología se relaciona con actividades físicas vigorosas tales como la agricultura, la caza y la pesca. Restos de individuos encontrados en los abrigos rocosos del Tequendama, Sueva, Gachalá, Nemocón, Vistahermosa y Aguazuque (Correal 1990), presentaron también esta enfermedad.

En el individuo de sexo femenino de la UE-37, se encontró luxación de la cadera izquierda posiblemente causada por una caída accidental que pudo ocasionar traumatismo en su locomoción.

PATOLOGÍAS DENTARIAS

El tejido dental es uno de los elementos más valiosos para el estudio arqueológico cuando se trata de reconstruir eventos de la historia antigua humana para caracterizar individuos o poblaciones desaparecidas, ya que posee un reconocido carácter informativo, y además es el componente del esqueleto que más resiste la descomposición. A nivel de patologías dentarias se han realizado estudios en la Sabana de Bogotá en los sitios de Aguazuque (Correal 1990) y Soacha (Polanco *et al.*, 1990); en Tunja, se analizaron 39 cráneos (Polanco *et al.* 1991), en Guane y en Checua y Nemocón (Polanco *et al.* 1992). Para el Valle Geográfico del río Cauca contamos con los estudios llevados a cabo por Rodríguez Cuenca (1990, 2005) y Rodríguez Cuenca *et al.* (2005) en una muestra de los municipios de Guacarí, Cerrito y Palmira y recientemente los análisis realizados con materiales de los cementerios Quimbaya Tardío del municipio de Obando (Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998) y de la cultura Sonso del cementerio prehispánico de Guacandá, en el municipio de Yumbo (Rodríguez *et al.* 2001).

En el análisis realizado a las piezas dentales de los hombres prehispánicos de Guacarí, se observaron las siguientes patologías: desgaste funcional en la superficie oclusal producto de una dieta abrasiva, hipoplasia del esmalte y atrición debido a una mala oclusión. Esta patología dental alcanza el carácter de endemia, pues en las poblaciones prehispánicas afecta a más del 80% de las personas (Herazo 1992). También se registraron caries, abscesos periapicales, cálculo y pérdida precoz de piezas dentarias causada por una deficiente higiene bucal, piezas supernumerarias y apiñamiento. Pese a registrar esta serie de patologías en la muestra recolectada, se observó que los individuos tenían poca morbilidad oral comparada con la población colombiana actual, ya que el número de piezas dentarias afectadas no fue muy alto (Tabla 7).

Tabla 7. DETERMINACIÓN DE EDAD - SEXO - ESTATURA Y PATOLOGÍAS EN LA MUESTRA DE LOS CEMENTERIOS PREHISPÁNICOS DE LAS HACIENDAS EL CARMEN Y LA MARGARITA.

#	Estructura Funeraria	Individuo	Edad (años)	Sexo	Estatura (M)	Observaciones
1	UE-8	1	9 - 10	m	1,28	Esqueleto completo, cráneo fragmentado
2	UE-8	2	30 - 35	m	1,64	Esqueleto completo. Desarrollo muscular a nivel escapular, deformación F-O, osteoartritis temporomandibular, caries, desgaste interproximal y líneas hipoplásicas
3	UE-9	1	20 - 25	f	1,48	Esqueleto fragmentado, cráneo restaurado. Desarrollo muscular en la tuberosidad deltoidea, surco preauricular hondo en la pelvis, líneas hipoplásicas
4	UE-10	1	2	f	0,96	Esqueleto completo, fragmentado
5	UE-10	2	2*	m		Esqueleto completo, fragmentado
6	UE-10	3	6*	m		Esqueleto completo, fragmentado
7	UE-11	1	30 - 35	m	1,64	Líneas nucales y fémur muy desarrollados, caries, desgaste en superficie oclusal, robusto, deformación F-O
8	UE-11	2	18*	m		Esqueleto completo, fragmentado
9	UE-12	1	5 - 6	f	1,09	Esqueleto completo, deformación F-O
10	UE-13	1	7	m		Esqueleto completo, fragmentado
11	UE-14	1	4	f		Esqueleto completo, fragmentado
12	UE-16	1	25 - 30	m	1,57	Esqueleto incompleto, fragmentado
13	UE-16	2	6	i		Esqueleto incompleto, fragmentado, caries
14	UE-43	1	45 - 50	f		Esqueleto completo, fragmentado, enfermedad periodontal
15	UE-18	1	45 - 50	m		Esqueleto completo, fragmentado, deformación F-O
16	UE-18	2	9	f		Esqueleto completo, muy fragmentado, deformación F-O
17	UE-20	1	45	f		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O, huesos wormianos en sutura lambdaoidea
18	UE-20	2	35	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O

#	Estructura Funeraria	Individuo	Edad (años)	Sexo	Estatura (M)	Observaciones
19	UE-20	3	20	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O, huesos wormianos en sutura lambdoidea, caries, cálculo dental
20	UE-20	4	20	m	1,63	Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O acentuada, huesos wormianos en sutura lambdoidea
21	UE-20	5	25	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O erecta acentuada
22	UE-20	6	35	f		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O
23	UE-20	7	20	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, cráneo fragmentado
24	UE-22	1	3-4	f		Esqueleto completo, fragmentado
25	UE-23	1	4	m		Esqueleto completo, deformación F-O acentuada
26	UE-23	2	7*	f		Esqueleto completo y fragmentado, intrauterino
27	UE-23	3	5-7*	i		Esqueleto completo y fragmentado, intrauterino
28	UE-24	1	30	i		Esqueleto incompleto y fragmentado
29	UE-26	1	45	f		Esqueleto incompleto y fragmentado
30	UE-28	1	25	f	1,52	Esqueleto completo, osteoartritis en el codo, deformación F-O
31	UE-29	1	20	f		Esqueleto incompleto, deformación F-O
32	UE-30	1	20-25	f		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, huesos wormianos en sutura lambdoidea
33	UE-30	2	18-20	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, sutura metópica, deformación F-O, huesos wormianos en sutura lambdoidea
34	UE-30	3	20-25	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, hueso lambdático, deformación F-O
35	UE-30	4	18-20	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, inserciones nucales muy desarrolladas
36	UE-30	5	20-25	f		Entierro múltiple, esqueleto completo, deformación F-O erecta, huesos wormianos en sutura lambdoidea, apiñamiento en premolar superior izquierdo, cálculo

#	Estructura Funeraria	Individuo	Edad (años)	Sexo	Estatura (M)	Observaciones
37	UE-37	1	30-35	m	1,65	Esqueleto completo, luxación en la cadera izquierda, gran desarrollo muscular en la cintura escapular y líneas nucales, osteoartritis lumbar y temporo mandibular
38	UE-39	1	3-4*	m		Esqueleto completo y fragmentado, intrauterino
39	UE-42	1	20	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, inserciones nucales desarrolladas, huesos wormianos en sutura lambdoidea
40	UE-42	2	20-25	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O acentuada
41	UE-42	3	35-40	m		Entierro múltiple, esqueleto incompleto, deformación F-O, líneas nucales desarrolladas
42	D	1	45-50	m		Deformación F-O, líneas nucales y apófisis mastoidea desarrolladas
43	D	2	30-35	m		Grácil, nucales desarrolladas
44	D	3	30-35	f		Robusta, dentadura pequeña, desgaste cóncavo, depresión de sutura sagital
45	D	4	30-35	m		Cráneo en buen estado, robusto, pronunciado grado de las inserciones musculares, deformación anteroposterior erecta en especial del occipital
46	D	5	17-19	m		Cráneo restaurado, robusto, deformación anteroposterior exageradamente pronunciada
47	D	6	20-25	m		Calvaria, robusto, deformación postmortem de los aprietales, en especial del derecho

CONVENCIONES

- * Meses
- ** Materiales provenientes de la Hacienda La Margarita.
- I. Indeterminado
- F-O. Fronto-Occipital.
- D. Donación.

DEFORMACIÓN CRANEAL

Salir de lo normal, de lo común, lograr la diferencia mediante la manipulación de la forma del cráneo, es una antiquísima práctica arraigada en diversas culturas del mundo. En el contexto de Colombia, Correal (1985), afirma que esta práctica se realizó en Tolima, Caldas, Antioquia, Norte de Santander, Santander, Nariño, Quindío y en el occidente de Cundinamarca. El tipo de deformación predominante fue la tabular oblicua, realizada mediante la aplicación de tablillas. En el contexto etnohistórico, Duque (1965), afirma que esta costumbre estaba muy difundida durante el contacto indoespañol, tal como lo describen crónicas españolas sobre los indios cumaná, natagaima, coyaima, panches, motilones, chancos, quimbayas y ansermas. Dichas prácticas se relacionan con la búsqueda de una apariencia de bravura para la guerra o símbolo de estratificación social. De acuerdo a Imbelloni (citado en Galarza 1981), en la deformación craneana debemos distinguir las formas producidas por tabletas u otras superficies aplanantes y las formas circulares producidas por bandas; ambas pueden ser verticales o erectas y oblicuas, dependiendo de la dirección de la presión aplicada. Esta práctica que es de tipo cultural, tuvo que ser realizada en infantes, debido a que: *“Esta labor se facilita en los huesos craneales de los recién nacidos por la existencia de suturas y fontanelas en tejido cartilaginoso, que permiten que el desmocranium, al convertirse en tejido óseo, adquiera una gran flexibilidad que era manipulada por los portadores de las culturas que poseían la práctica de deformar la cabeza, mediante la presión de tabletas ubicadas en el frontal y occipital, presionadas lateralmente”* (Rodríguez Cuenca 1990:195).

En las crónicas españolas se describe esta práctica en diferentes regiones del país. Para la zona de estudio, Cieza de León ([1553]1985:45), nos narra: *“Otra provincia esta por encima de este valle, hacia el norte, que confina con Ancerma, que se llama los naturales della Chancos; tan grandes que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de gran fuerza, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya y en otras destas Indias, cuando la criatura nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así unas quedan sin colodrillo, y otras la frente sumida, y otros hacen que la tengan muy larga; lo cual hacen cuando son recién nacidos, con unas tabletas, y despues con sus ligaduras”*.

Esta práctica cultural parece haber sido muy común en la sociedad prehispánica de Guacarí, ya que en la muestra recolectada 20 individuos presentaron clara deformación; de ellos 13 eran de sexo masculino y 7 femeninos, lo que representa el 45.4% de la muestra analizada. En la mayoría de los casos, se observó el tipo tabular fronto-occipital erecta, obtenida por presión tanto en el frontal, como en

la parte superior del occipital (Figuras 45, 46). El tipo tabular erecto consiste en que: *“el eje de oblicuidad forma con la horizontal de Frankfort un ángulo menor de 120 grados. La dirección del achatamiento es un plano de compresión posterior que forma con la línea basion-bregma un ángulo de pocos grados, puede decirse que son prácticamente paralelos. La presión interesa a toda la región lamboidea (parietales y occipital), o sea a los tres huesos que coinciden con el Lambda, y es ejercida mediante un plano de decúbito (Cuna)”* (Imbelloni, citado en Reyes y Pradilla 1987:24).

En posesión de un guaquero de la región, se encontraron placas semicurvas elaboradas en cerámica con agujeros para ser ajustadas mediante cuerdas y llevar a cabo la deformación. Este tipo de materiales hechos en cerámica, aparecen frecuentemente en colecciones de museos arqueológicos tanto del Valle del Cauca, como de la región cafetera; estos provienen de tumbas Quimbaya Tardío, lo que indica que dicha práctica cultural fue tan importante en los cacicazgos Quimbaya, que el elemento material con que se practicaba (las tablillas) era colocado como ajuar funerario para que le sirviera al muerto en la otra vida.

Algunas de las explicaciones dadas por los cronistas sobre la deformación intencional del cráneo, hacen referencia al hecho de que se realizaba en guerreros para lograr una apariencia más feroz, tal como lo relata Fernández de Piedrahita (1942:9) para la zona del Tolima: *“Por que al nacer tienen costumbre de poner entre des tablillas la cabeza tierna de la criatura desde el nacimiento de la nariz para arriba, de tal suerte que no quede redonda sino aplanada [...] se les aumenta nueva ferocidad a la vista”*. Este no parece haber sido el caso de Guacarí, pues siete de los cráneos que presentaron esta práctica eran femeninos; pudiendo tratarse más bien de una costumbre relacionada con diferenciación social, como lo anota Duque (1965:151), para los incas del Perú, entre quienes la deformación craneal: *“era privativa de los miembros de la nobleza y posteriormente se concedió por los jefes a los altos funcionarios administrativos”*.

Otro indicio de que la deformación craneana podría haber estado relacionada con la diferenciación social se presenta en el hecho de que en algunas tumbas colectivas no todos tenían deformación; tal como es el caso de la UE-8 donde el personaje principal, un niño de 9 a 10 años de edad acompañado de abundante ajuar, tiene deformación, mientras que el otro individuo adulto entre 30 y 35 años ataviado con escaso ajuar, no presenta dicha práctica. Un caso que puede corroborar lo anterior es el de la UE-23, que por su sobresaliente ajuar dentro de la muestra, se infiere que se trató de un niño de 4 años que poseía alta posición social, presentando una severa deformación intencional del cráneo. En uno de los cráneos donados por un guaquero (Tabla 7: individuo 44), se observa una deformación en la sutura sagital, lo que podría indicar que esta mujer fue sujeta



Figura 45.
Cráneo con deformación encontrado en tumbas de Guacari



Figura 46.
Cráneo con deformación fronto-occipital

al trabajo continuo de cargar peso en su cabeza suspendido en una mochila, costumbre que aún hoy se conserva en muchas comunidades indígenas como es el caso de los guambianos.

ASPECTOS MORFOLÓGICOS

Los resultados del estudio macroscópico de los restos óseos, nos pueden dar un perfil de las características físicas del hombre de Guacarí prehispánico, el cual era en términos generales un individuo robusto, de contextura atlética tal como se pudo observar en algunos individuos (UE-11: individuo 1, UE-28, UE-30: individuo 4, UE-37, UE-42: individuo 1, UE-42: individuo 3 e individuo 44 de la Tabla 7). Poseían gran fuerza muscular en la cintura escapular, evidenciada en el marcado desarrollo de las líneas nucales, apófisis mastoidea, protuberancia occipital externa, arcos superciliares y raíz del arco cigomático, corroborando lo afirmado en estudios anteriores (Rodríguez Cuenca 1990). Este desarrollo muscular es posible que se haya dado debido a actividades físicas fuertes tales como canotaje, molienda, agricultura, cacería, traslado de pesadas cargas, desplazamiento a largas distancias con fines comerciales y entrenamientos para juegos y guerra entre otros.

En la descripción realizada por Cieza de León ([1553]1985:20), se pueden observar algunos de estos aspectos: *“Son membrudos de grandes fuerzas [...] por caminos y cuestras que suben los hombres abajados y por bejucos y por tales partes que temen ser despeñados, suben ellos con cargas y fardos de a tres arrobas y más; y algunos en unas silletas de cortezas de árboles llevan a cuestras un hombre o una mujer, aunque sea de gran cuerpo y desta manera caminan con las cargas sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo”*.

La descripción de los individuos realizada anteriormente, cobija tanto a hombres como a algunas mujeres, en donde se evidencia un bajo grado de dimorfismo sexual en el desarrollo muscular, como se puede ver en los casos de las mujeres de las UE-28 y D-3 (Tabla 7), donde no se aprecian claras diferencias en el cráneo por ser de apariencia robusta. En su *Crónica del Perú*, Cieza de León ([1553]1985:32), afirmó que: *“... las mujeres por consiguiente, son de grandes cuerpos, de feos rostros, aunque hay algunas que son hermosas, aunque yo vi pocas que lo fuesen”*.

Otro aspecto morfológico encontrado en los cráneos analizados, son los rasgos discretos, destacándose los huesos wormianos en sutura lambdoidea, observados en los cráneos de UE-30: individuos 1, 2 y 5, UE-42: individuo 1, UE-2: individuos 1, 3 y 4 y hueso lambdático en UE-30: individuo 3 entre otros. Además, se observó sutura metópica en UE-30: individuo 2. Estos rasgos no métricos, aunados con los métricos, podrían ser característicos de análisis que

contribuirían a analizar la variabilidad morfológica de los restos estudiados, dando así, luces sobre su origen o su afinidad genética con otras poblaciones estudiadas.

Finalmente, un aspecto importante que se observó en los cambios morfológicos fue el ahondamiento del surco preauricular de la pelvis del individuo femenino de la UE-9, lo cual es una evidencia de que tuvo varios partos a término.

VALIDEZ DE LOS RESULTADOS

En el estudio sobre el perfil paleodemográfico Muisca del cementerio de Soacha, Cundinamarca (Rodríguez Cuenca 1994), se plantea la probabilidad de error en los datos resultantes del análisis de los restos óseos como lo sugieren los autores de la Paradoja Osteológica (Wood *et al.* 1992), acerca del sesgo en las inferencias obtenidas en el registro óseo, teniendo en cuenta que existen varios factores que alteran los resultados de estos estudios. Algunos de ellos son: la falta de representatividad de la población infantil, incapacidad para especificar los últimos intervalos de edad (más de 40 años), la utilización de estándares que dejan por fuera la población senil y que además ignora el dimorfismo sexual. Esta inexactitud en la estimación de la edad influye en los resultados finales, generando muchos inconvenientes para su análisis.

Por las razones anteriormente expuestas podríamos afirmar que para el cementerio prehispánico de la hacienda El Carmen en Guacarí la interpretación paleodemográfica es aproximada, no representativa, dado que la muestra es poco numerosa (44 individuos), y que fue un cementerio utilizado como mínimo durante tres siglos. Además, hay que tener en cuenta la fuga de muestreo, causado por factores tales como la intensa actividad de gaaquería a la que fue sometido el sitio, la no excavación total del cementerio por estar el terreno sembrado de caña de azúcar y el alto nivel freático (aumentado por acción del sistema de riego que requiere éste cultivo), los cuales impidieron un óptimo registro arqueológico. Por tal razón fue necesario realizar algunas comparaciones con otras poblaciones arqueológicas y etnográficas.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ESPACIO FÚNEBRE Y TRATAMIENTO DEL CADÁVER

Es necesario abstraerse un poco de la óptica en la que estamos inmersos, para poder acercarnos al pensamiento de los antiguos habitantes de Guacarí sobre la muerte y su tratamiento. La creencia de un “cadáver viviente”, según la concepción preanimista expresada por Eckert, parece ser un hilo conductor que se entreteje por muchos de los ritos funerarios descritos por antropólogos, arqueólogos y cronistas españoles para la zona de estudio.

Las crónicas dan cuenta de la idea monista del preanimismo, es decir, de que la vida es algo inmanente al cuerpo y dura tanto tiempo cuanto éste conserve su forma particular. Creían los miembros de estas sociedades en la subsistencia corporal de los muertos, en cuyas sepulturas depositaban toda clase de ofrendas, adornos, víveres, bebidas, etc. Según Pedro Cieza de León ([1553]1985: 376): *“Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre más que cuerpo mortal; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna transfiguración que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resucitar; por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado y otras cosas, y juntamente con ellos sus armas”*.

Todo parece indicar que los ritos funerarios para la población prehispánica de Guacarí eran una expresión cultural que involucraba sus concepciones mágico-religiosas del mundo, donde se confundían los límites entre la vida y la muerte. El concepto de cadáver viviente de Eckert, utilizado para el estudio de las antiguas comunidades indígenas del suroccidente colombiano, cobra gran importancia, pues al conservarse el cadáver, la muerte pierde muchos de sus horrores y se convierte en un paso a una nueva forma de existencia humana; éste es contrario al concepto animista que maneja la religión católica de la dualidad cuerpo-alma, puesto que, como lo plantea dicho autor: *“no es considerado el cuerpo y su forma externa como el fundamento de la vida, sino la colaboración entre cuerpo y alma, un alma interpretada como ser inmaterial semejante a la sombra o al aliento”* (Eckert 1945:74).

TRATAMIENTO DEL CADÁVER

El tratamiento del cadáver es uno de los acontecimientos más importantes para toda comunidad. Al ser éste la presencia viva de la muerte, impregna su aroma, su rigidez, y recuerda el inexorable destino a seguir por todos los humanos. Este inigualable acontecimiento ha motivado a muchos autores, entre ellos Thomas y Malinowski, a tratar de interpretar este hecho. Así, por ejemplo, Thomas (1989:196-197) plantea como: *“El arreglo de los muertos anuncia ya la preocupación por proteger el cadáver, protección física por que hay que retrasar la putrefacción y, para ello, hacer desaparecer las primeras manifestaciones, y protección simbólica para lavar al muerto de su impureza”*. Por otra parte, Malinowski (1985:65) afirma que: *“La religión hace del cuerpo muerto un objeto de deberes sagrados. Se mantiene así el nexo entre los que viven, lo que es un hecho de inmensa importancia para la continuidad de la cultura y para la firme salvaguardia de la tradición”*.

En las sociedades antiguas el tratamiento del cadáver era un acontecimiento ritual, donde la comunidad participaba y tenía un contacto directo con la corrupción de la carne, sin que esto fuera un acto doloroso. Por el contrario, en la actualidad es un procedimiento sustancialmente mecánico y despersonalizado, en el cual especialistas se apoyan en la tanatopraxia, cuyo objetivo es retrasar el proceso de descomposición y dar un aspecto de vida al individuo muerto.

PRESERVACIÓN DEL CADÁVER

Toda cultura sigue ciertos patrones al manejar el cadáver, dependiendo de sus creencias religiosas. Los seres humanos se han visto enfrentados al dilema de qué hacer con el cuerpo inerte de los miembros de su sociedad. Evitar la putrefacción es una costumbre utilizada en muchas sociedades, para lo cual se emplean diferentes métodos de conservación e incluso la desaparición del cadáver. Malinowski (1985:49) sugiere que este hecho: *“nos lleva a un punto que quizás es el más importante, a saber, la doble y contradictoria tendencia, por un lado, conservar el cuerpo, mantener intacta su forma o retener algunas de sus partes, y, por otro, el deseo de deshacerse de él, de quitarlo de en medio, de aniquilarlo completamente. La momificación y la incineración son las dos expresiones extremas de esta doble tendencia”*.

Para el caso del Valle del Cauca tenemos descripciones aportadas por varios cronistas, que narran la forma como en algunos grupos de esta región, sometían el cadáver a un procedimiento de desecación por fuego para deshidratar el cuerpo, y así preservarlo y dejarlo por mucho tiempo como protector de las malocas. Según Jorge Robledo ([1539-1541]1985:30), al cadáver: *“... le ponen entre dos fuegos*

en una barbacoa a manera de parrilla a desainar, hasta que se para muy seco, i después de muy seco le enbijan con aquella bija colorada que ellos estaban vivos se ponen...”.

Respecto a la costumbre de preservar el cadáver como forma de darle continuidad a la vida después de la muerte, el mismo autor nos dice: “... *Primero que lo entierren, le tienen muerto en casa más de dos meses e cada noche hacen fiestas de borracheras e allí’ le lloran e allí le alaban de las hazañas que solía hacer...*” (Ibíd.).

El entierro en las sociedades prehispánicas se realizaba con el objeto de ubicar al muerto en un lugar sacralizado para que siguiera viviendo, aunque de una forma diferente a la de este mundo. La tumba y el espacio que representa, eran parte integral del cosmos: el mundo de abajo o mundo de los muertos, pero como vivienda o casa era también el cosmos y el origen, es decir el retorno a la madre universal o a la creación (Santos 1992:18).

¿Cómo fue el tratamiento del cadáver en el Guacarí prehispánico? Seguramente no se utilizaron métodos sofisticados de momificación como en otras culturas como la Muisca. En el registro arqueológico no fue posible evidenciar procesos para evitar la corruptibilidad del cadáver por un largo tiempo, pero se puede suponer, por la información de los cronistas españoles, que los cadáveres tuvieron un tratamiento de preservación que permitió a la comunidad realizar los ritos respectivos sin que el cuerpo sufriera putrefacción, pues había que prepararlos para la gran fiesta, la gran celebración de su viaje, por ello se le colocaban sus mejores galas y adornos (el ajuar funerario). Lo que sí pudimos evidenciar en varias de las tumbas excavadas (UE-3 y 8) fueron huellas de calcinación parcial del cadáver, hecho que concuerda con la información etnohistórica suministrada por algunos cronistas españoles del siglo XVI.

EL AJUAR FUNERARIO

El que se colocara con el cadáver ajuar funerario supone una carga ideológica, un modo de representación, una cierta manera de actuar frente a la aparición de la muerte. El simple acto de enterrar el cuerpo implica una forma particular de pensar sobre la relación hombre-naturaleza, lo cual lleva implícito una concepción telúrica; esta se puede ver reflejada en el registro arqueológico, el cual mostró la inhumación de los cadáveres con todos los adornos que utilizaban en vida (chaquiras, collares, narigueras y amuletos). Un hecho importante para resaltar fue que el cadáver del individuo principal de la UE-8 fue colocado sobre una manta y luego quemado parcialmente. Es posible que esta práctica hubiese sido utilizada con otros individuos encontrados en las diferentes tumbas. La razón de no encontrarse evidencia en el registro arqueológico de ésta y otras muchas evidencias del manejo del cadáver,

probablemente se debe a factores externos, como el alto nivel freático y a factores medio-ambientales de la zona, los cuales desintegraron toda evidencia.

Respecto a la utilización de ofrendas en los rituales de muerte, Robledo ([1539-1541]1985: 30), observa que: “... *pónenle su chaquira en las piernas i brazos y todas las joyas de oro que él estando vivo se ponía en sus fiestas... Cuando el cacique mete en aquella bóveda, a un cabo della ponen sus armas e sillas en que solía sentar, i tazas en que solía beber, e vasijas llenas de vino, i platos llenos de las maneras de manjares que el solía comer, i dicen que lo hacen para que coman de noche...*”.

En todas las tumbas excavadas en Guacarí se presentaron ofrendas funerarias que expresan el amplio universo mágico religioso de sus habitantes prehispánicos y su concepción de una idea que traspassa la muerte biológica, permaneciendo después de ella.

POSICIÓN Y ORIENTACIÓN DEL CADÁVER

Los cadáveres fueron colocados en determinada posición, siendo el más frecuente decúbito dorsal extendido; excepto por algunos entierros múltiples en los cuales la osamenta se halló en desorden: el individuo 2 del entierro 2 de la UE-23, el cual se encontró decúbito ventral extendido y un individuo femenino hallado en posición fetal en la UE-43. La orientación de los cráneos fue diversa, aunque la mayoría estaban ubicados hacia el norte.

Para interpretar el significado de la posición y orientación del cuerpo, es necesario tener en cuenta factores como la edad y el sexo. ¿Cómo enterraban a las mujeres? ¿Cómo enterraban a los niños? Lo observado para las tumbas correspondientes a esta investigación es que no hay diferencias marcadas en este sentido. Es necesario destacar casos muy interesantes, como son los de las UE-3 y 18, donde varios de los individuos enterrados estaban colocados en posiciones opuestas tanto decúbito dorsal como decúbito ventral, hecho que podría probablemente explicarse por concepciones de oposición y flujo de energías contradictorias. Otra posición diferente que se presentó fue el decúbito lateral derecho flexionado en el caso del individuo femenino de la UE-43. Este hecho se ha tomado por muchos autores como una forma práctica de trasladar al cadáver hasta el sitio de entierro (Araníbar 1989). Otra interpretación es la que realizó Reichel-Dolmatoff (1977), quien interpretó este hecho como una vuelta al útero en posición fetal.

La razón por la cual no existiera una constante en la forma y orientación del cadáver en los cementerios prehispánicos de Guacarí, se podría explicar por la ocupación de estos durante, por lo menos cuatro siglos, o por considerarse una necrópolis, es posible que allí fueran enterrados individuos de diferentes grupos con diverso *status* social.

ENTIERROS MÚLTIPLES

Un interrogante que surge al estudiar las tumbas prehispánicas de Guacarí, es el de los entierros múltiples, su significación y transfondo cultural. Para este tipo de análisis los entierros se dividieron en dos grupos: entierros múltiples en desorden y entierros múltiples en orden. Para tratar de interpretar los entierros del primer tipo se han sugerido básicamente dos hipótesis. 1) Tumbas robadas: es decir, entierros saqueados por otros grupos con el fin de enterrar sus propios muertos, por lo cual diseminan los restos óseos y el ajuar de los antiguos dueños. A favor de este planteamiento está el hecho de que la capa de caliche (CaCO₃), que se formó hace miles de años en esta zona, es de alta dureza, por lo cual se facilitaba más la reutilización de la construcción funeraria, antes que construir una nueva. 2) Malocas del terror y canibalismo: hipótesis basada en la idea de que son depósitos de las “malocas del terror”, como lo relató Cieza de León (1962:94-95) al referirse a los indios gorriones, en cercanías de Cali: *“Junto a las puertas de sus casas, por grandeza, tienen dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos... Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad que no se puede creer... estos hombres hacían tan grandes carnicerías de otros hombres sólo para comer; y así sabemos que estos gorriones son grandes carniceros de comer carne humana”*.

Es posible que a pesar de la costumbre de colocar cadáveres desecados y mutilados alrededor de sus viviendas con fines de demostrar poder ante sus enemigos o para su consumo, existiera un lugar donde los enterraran posteriormente. Esto explicaría la existencia de tumbas donde se hallan huesos desarticulados y en posiciones desorganizadas. Esto podría estar relacionado con la idea del canibalismo ritual, cuya finalidad era la asimilación simbólica de las fuerzas vivas que animaban al cadáver antes de su muerte y que residían más especialmente en el hígado, el corazón y la caja craneana (caso de cabezas trofeo) sellando simbólicamente la unidad del grupo de participantes (Thomas 1989). Al respecto, este autor divide la práctica de consumir carne humana en *endocanibalismo*, el cual se realiza con la intención de reafirmar alianzas de parentesco y poder absorber la energía del familiar fallecido; el *exocanibalismo* es el acto donde se consumen cadáveres obtenidos en guerras o sacrificios de otros pueblos, con el fin de transmitir la fuerza vital del individuo. Esta no siempre puede ser excepcional, por lo cual parece que este ritual se remite al mito fundamental de la creación del hombre y de su perpetuación, al igual que la eucaristía cristiana simboliza la redención y la perpetuación del hombre por la ingestión del pan y del vino, que metaforizan el cuerpo y la sangre de Cristo, asegurando así tanto una vida eterna, como el renacimiento a través de su consumo.

Por su parte, como entierros múltiples en orden, se clasificaron aquellos en los cuales los cadáveres fueron depositados en una posición y orientación definida e intencional. Para la explicación de esta práctica, sugerimos las siguientes hipótesis:

1) **Torneos fúnebres:** hipótesis que explica los entierros múltiples como el resultado de las muertes de varios de los participantes de torneos. En este grupo podríamos ubicar las UE-20, 29 y 31. Esta costumbre es documentada etnohistóricamente por Pascual de Andagoya, quien al referirse a los indios Lili, cometaba que: “... *en sus fiestas i cabos de año por sus difuntos... salían a jugar a las cañas saliendo un principal con cincuenta o treinta, y el otro con otros tantos a otro... se ponían en sus ventajas y se tiraban como enemigos; y desta manera escaramusando, estaban toda la tarde, y del juego salían heridos muchos y algunos muertos; y al que allí matan no tenían pena ni les quedaba enemistad*” (citado en Rodríguez 1992:414-415).

2) **Epidemias:** hipótesis referida a posibles epidemias que cobraron varias vidas en un corto tiempo, por lo cual se realizó un solo rito de enterramiento con la construcción de una gran fosa común. Este podría ser el caso de la UE-10 y en general el de los entierros de niños intrauterinos.

3) **Mausoleo:** hipótesis que sugiere una especie de “mausoleo familiar”, donde los esqueletos antiguos se reacomodaban para enterrar al más reciente miembro o miembros de la familia fallecidos.

4) **Necropompa:** finalmente se plantea la hipótesis de los entierros de personajes principales acompañados de sus mujeres o sus servidores, lo que se ha denominado, según Aranibar, “Necropompa”. Según el autor este término podría abarcar todo tipo de ceremonias y ritos relacionados con lo funerario, pero para su estudio particular lo utiliza como: “*cosepultamiento de las mujeres, servidores o esclavos al fallecimiento del señor... sacrificio humano, definido como la inmólación, la destrucción, por diversos medios, de la vida de un ser humano, a fin de establecer un intercambio de energía con lo sobrenatural para influir en el mundo natural y en el sobrenatural y reproducirlos, esto se realiza por medio de la aportación de la energía necesaria para que exista un equilibrio adecuado en el cosmos, lo que incluye a la sociedad; de aquí que una de las funciones más importantes del sacrificio, como la de todo ritual sea la de regular*” (Aranibar 1989:70).

Esta función reguladora se refiere al desequilibrio y tensión que causaría en la comunidad enterrar un individuo principal sin los beneficios y prebendas que

disfrutó en vida. Como ejemplo de esto, podrían considerarse las UE-3 y 8, donde junto al entierro principal fueron colocados individuos “acompañantes”.

Esta práctica parece haber sido común en el territorio del actual Valle del Cauca, como lo documentan Pedro Cieza de León y Jorge Robledo. Según Cieza ([1553]1985:34): *“Dentro de sus casas entierran después de muertos, a sus difuntos, en grandes bóvedas que para ello hacen; con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen...”*. Por su parte Robledo ([1539-1541]1985:30) comenta que: *“le llevan a la sepultura que tienen hecha i allí’ matan dos indios de los que a el le servían i pónenle el uno a los pies i el otro a la cabeza [...] los enterraban, eran sentados con una guadua, que es cabía gorda, en la boca, y subían medio estado encima de la tierra, y como era hueca, le echaban su mujer y sus parientes de su vino diciendo que era el sustento del difunto”*.

Dentro del posible caso de necropompa estarían las UE-3, 8, 23 y 19. En la primera, el entierro principal de un individuo adulto fue acompañado por el entierro de cinco individuos más entre mujeres y hombres sirvientes. El ajuar más “suntuoso” representado por dos figuras antropomorfas huecas fue colocado al lado de la cabeza del entierro principal. En la segunda (entierro 1: principal, entierro 2: sirviente) esto se refiere no solo a la diferencia en ajuar, sino a las características morfológicas del individuo correspondiente al entierro 2 (adulto, muy robusto y con rasgos faciales atípicos a la muestra obtenida en el análisis óseo, lo cual podría sugerir que era un individuo de otra etnia que fue tomado por esclavo para acompañar al más allá al individuo “principal”. En el caso de la UE-23 (entierro 1: principal, entierro 2: sirvientes), se tiene la hipótesis que se deduce de la diferencia de ajuar y en la edad de los individuos, en este caso el principal sería un niño y sus “servidores” son niñas que aún no han nacido (intrauterinas). Probablemente lo que muestra este hecho es el requerimiento de esposa en la otra vida.

Como parte de esta explicación estarían también los entierros duales de la UE-10: una niña de 2 años acompañada de 2 niños intrauterinos hallados desarticulados y en fragmentos, para la cual tal vez podría darse la misma explicación de la UE-23. Para el caso de la UE-11, adulto y niño, se podría interpretar a este último como energía creadora para “alimentar” la fuerza en el recorrido a la otra vida. Para el caso de los individuos de la UE-16 se tiene muy poca información, pero es posible clasificarlos dentro del entierro de adultos y niños, dándose las mismas hipótesis que el caso anterior. Finalmente tenemos la UE-18, adulto masculino, mujer-niña donde también se podría interpretar como una servidora y posible esposa a la cual se le depositaron también todos los utensilios (vasijas, piedra de moler, volantes de huso) para que cumpliera sus deberes de futura esposa, así se asegura no causar un posible desastre en

las normas de la comunidad, como lo narra Reichel-Dolmatoff“ (1977:35) en el ritual de enterramiento de los kogui: *“depositan una concha representando a un esposo para ella, si esto no se hace ella se vengará y hará morir a un muchacho de la tribu”*. Aunque en este caso se reemplaza al individuo por un objeto simbólico, la intención de no ocasionar un desastre puede ser la función de estos entierros.

EL ESPACIO FÚNEBRE

Se puede evidenciar un manejo de lo fúnebre dentro de un espacio cultural y sagrado, lo cual permitiría la unión de lo cotidiano y lo sobrenatural. Es necesario tener en cuenta que, como lo plantea Llanos (1990:14): *“Una arquitectura frecuente fue la de carácter funerario que se hizo en el interior de la tierra (subterránea), dándosele connotaciones mágicas. El interior de la tierra fue otro mundo simbólico donde habitaron los muertos acompañados por los seres míticos”*. El mismo autor sugiere que: *“El cadáver o sus huesos se entierran para cerrar el ciclo entre vida cotidiana y presencia en la muerte, donde la tierra tiene un doble valor, al ser el espacio en el que germina la vida (arriba) y en donde habitan los muertos (abajo). Al estar presentes los muertos en la realidad, los chamanes ejecutan rituales para contrarrestar o controlar sus fuerzas que pueden ser destructivas para la comunidad”* (Ibíd.: 32).

El relato hecho en 1540 por el conquistador español Jorge Robledo da cuenta detallada sobre el rito funerario, que muestra la importancia de las costumbres y creencias religiosas, el manejo de los espacios y del cadáver por parte de los señores de los cacicazgos de Nari y del Valle del Cauca: *“... muy honda y dentro hecha una gran bóveda, que pueden estar cuatro de a caballo, con una puerta que se cierra con unos palos que no se pudren, y así queda el cacique en esta bóveda... hinchen de tierra aquel hoyo que han hecho, que es muy grande, de cuarto o cinco estados de alto, y queda el cacique metido en hueco; y para que no se vea que allí hubo sepultura ni señal della, labran encima y siembran maíz e otras cosas por manera que no se vea ni halla señal”*. (Robledo [1539-1541]1985:30).

Los datos arqueológicos del municipio de Guacarí indican que entre los siglos VIII y XII se utilizaron los cementerios de las haciendas La Margarita, El Carmen y otras haciendas aledañas (La Albania, La Cabaña y Tierra Grata) como espacio dedicado exclusivamente a actividades rituales fúnebres. Esto denota una tendencia cultural posiblemente ligada a una concepción mítica y religiosa que separa el espacio de los vivos y el espacio de los muertos.

El concepto de cementerio lleva implícita la noción de un lugar para depósito y descanso de los cuerpos de los semejantes fallecidos, lugar que por

lo general se escoge alejado del sitio de habitación de la población de los vivos. La aparición de los cementerios crea en el ser humano la dualidad en los dos tipos de vivienda: la de los vivos y la de los muertos; éstas se encuentra ligadas a través del mito. En los sitios de excavación no se encontraron evidencias de viviendas o cultivos, solamente yacimientos exclusivos de muerte. Teniendo en cuenta su gran tamaño (tres hectáreas aproximadamente) y su utilización por espacio de varios siglos (al menos cuatro siglos), podríamos considerarla como una “necrópolis”. La información sobre las dimensiones y características del cementerio de la hacienda El Carmen y alrededores, que sustenta esta hipótesis, se obtuvo de los gUAQUEROS de la zona, quienes han saqueado el sitio desde hace por lo menos cinco años; estos datos fueron corroborados a través de una prospección superficial en las haciendas aledañas.

En las excavaciones de Guacarí se hallaron las tumbas seguidas unas de otras, compartiendo el espacio de este cementerio con entierros rituales, amagos y depósitos de desecho. El conjunto es significativo registro para el estudio de la simbología funeraria en Colombia, puesto que estas categorías dan connotaciones culturales muy especiales.

Para el caso de los entierros rituales se utilizaron las mismas formas de construcción de las tumbas (pozo con cámara lateral, pozo simple y pozo con nicho), para hacer entierros simbólicos de animales y objetos, hecho que denota una forma particular de pensamiento mítico y religioso, posiblemente ligado a ideas totémicas. Las excavaciones que tuvieron estas características fueron UE-19, 32, 33, 34 y 38.

En cuanto a los denominados “amagos” se puede pensar que fueron construcciones funerarias preparadas para enterramiento, pero que no fueron utilizadas o que se realizaron para despistar a posibles saqueadores. Este tipo de construcciones se dieron en los casos de las UE-21, 25 y 27. Los depósitos de desecho sugieren que fueron usados para arrojar basuras resultantes de lo que debió ser la gran fiesta ritual de la muerte pues se encuentran cerca de las tumbas. Tenían formas irregulares y contenían cerámica, líticos, restos de animales y carbón en forma desorganizada. Esta evidencia se presentó en las UE-17, 35, 36, 38, 40, 44 y 45.

FORMAS DE LAS TUMBAS

Un tópico importante dentro del análisis del mundo funerario en el cacicazgo de Guabas es la estructura de las tumbas, pues nos permite conocer aspectos fundamentales de sus tradiciones y pensamientos que pueden estar relacionados con algunas dimensiones de las prácticas mortuorias. Estas dimensiones son la forma en que el simbolismo de sexualidad y fertilidad era utilizado en los ritos

funerarios y sus implicaciones sociales. Muchos grupos humanos han asociado la muerte con la renovación de la fertilidad. Se renovaba la fecundidad de la gente, de los animales y de la tierra, aspectos esenciales para la reproducción del orden social. Por ello, dependiendo de la importancia de algunos elementos para cada comunidad, como el agua, la tierra, la flora, la fauna, el sol, etc., estos podrían ser de una gran ayuda para entender la variabilidad de las costumbres funerarias. ¿Por qué algunos grupos enterraban en urnas funerarias, otros incineraban sus cadáveres, otros momificaban o realizaban monumentales construcciones funerarias?

Las tumbas de pozo con cámara lateral, que es el caso de la mayoría de las tumbas y entierros rituales encontrados en Guacarí, podrían interpretarse a partir de un enfoque sexual, unido a la fertilidad y al alimento. De esta forma el pozo, símbolo fálico penetra la madre tierra para depositar la semilla, los restos humanos. Simbólicamente embarazan la tierra para mantener una continuidad biológica y cultural de la comunidad; convirtiéndose la muerte en un círculo o en un espiral continuo de la existencia. Otra posible interpretación que explique la forma de estas tumbas sería la del retorno a la vida en posición fetal y al útero de la madre que en este caso sería la cámara lateral.

El comienzo de la costumbre funeraria de construir tumbas con cámara, parece remontarse al 1300 a.C. en el Suroccidente colombiano, ¹ siendo aún practicado por ciertas comunidades indígenas del río San Juan, Tierradentro y la Amazonia. La cámara de una tumba podría representar el mundo de abajo, el mundo subterráneo de los muertos, algunas pueden reflejar la parte interior de una vivienda, como es el caso de los hipogeos de Tierradentro (Chaves y Puerta 1986), de las tumbas del Cerro del Volador en Medellín (Santos 1992), las de La Cumbre-Pavas (Gäwhiler-Balder 1996), las de Obando (Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998), o las recientemente excavadas en el barrio Ciudad Jardín en Cali (Blanco 1997) y en el cementerio prehispánico de Guacandá, municipio de Yumbo (Rodríguez *et al.* 2001). Es muy posible que la cámara de las tumbas de los cementerios prehispánicos de Guacarí hayan sido el habitáculo preparado para el largo viaje al más allá.

La tumba de pozo con cámara lateral que es la forma de construcción funeraria más común en Guacarí podría considerarse como una forma de: *“arquitectura ceremonial, subterránea de seguro, pero arquitectura definitivamente. Su forma es el resultado de patrones culturales que pueden ser manejados del mismo modo como cualquier otra pauta”* (Long 1967:1).

El solo dato de la forma de la tumba da por sí mismo alguna información interesante, podría ser un rasgo relativamente estable que continúa con pocos cambios mientras que varían las creencias y prácticas religiosas relacionadas. Hay que tener en cuenta con respecto a lo dicho por Long que las pautas funerarias también son pautas de asentamiento por lo tanto hacen parte de *“las respuestas culturales al entorno natural, son hechos reales que corresponden a estructuras*

mentales tanto conceptuales como míticas. Estas respuestas culturales son de gran complejidad y variedad e incluyen todos los niveles de su actividad social, política económica y ritual” (Llanos 1990:15).

La mayoría de estas tumbas de pozo con cámara lateral se hallan en Colombia (Long 1967) y existen un número considerable en Ecuador, Panamá, Perú y el oeste de México. En Colombia este tipo de tumbas muestra la mayor variación en tipología, desde simples nichos al pie de pozos de poca profundidad, hasta cámaras elaboradas, pintadas y en la base de escaleras de caracol, como es el caso de las de Tierradentro (Chaves y Puerta 1986). En el caso de Guacarí debemos tener en cuenta que la forma de la cámara lateral de las tumbas excavadas, puede ser una representación cósmica, reflejada en el manejo del espacio fúnebre. Esta cosmovisión es visualizada también en la cerámica ofrendada en las tumbas, por ejemplo los volantes de huso, que en su forma cónica y sus diseños circulares semejan la imagen del universo observado, a la vez que la de una vivienda (¿maloca?). A este respecto tenemos el planteamiento de Santos (1992:20) acerca de que algunos volantes de huso hallados en tumbas-casa en el Cerro del Volador, en Medellín: *“parecen reflejar, por sus formas cónicas y los motivos de líneas incisas, la forma y estructura de las cámaras funerarias. Esto es posible, ya que el modelo del universo puede reproducirse indefinidamente a distintas escalas en múltiples espacios y objetos porque toda creación divina es un modelo pragmático”*.

En cuanto a las formas de las vasijas cerámicas, es interesante observar esta percepción del mundo en la forma semiglobular de los cuencos con base (o copas invertidas, como tradicionalmente se han denominado), sugiriendo un vínculo entre lo simbolizante y lo simbolizado. Según Chevalier y Gheerbrant (1991:24): *“la copa invertida, en efecto, simbolizando el cielo, expresa no solamente la analogía aparente de un mismo dibujo, sino todo aquello que el cielo evoca para lo inconsciente, a la vez seguridad, protección, morada de los seres superiores, fuente de prosperidad y de sabiduría, etc.”*. El hecho de que las copas adopten la forma de cúpula tal como en un espacio para vivienda y en la cámara de las tumbas, da continuidad a la relación simbólica entre copa y cielo, sin importar el grado de conciencia y los fines perseguidos. Las copas fueron los elementos más recurrentes dentro del ajuar funerario de las tumbas investigadas, y fueron enterradas con sus muertos, lo que sería la cuota de los vivos en el mundo de arriba, para darle continuidad a la vida en otra forma de ella, la muerte, en el mundo de abajo.

Para las tumbas del cacicazgo de Guabas, en Guacarí, se logró establecer la siguiente tipología: *a)* tumbas de pozo con cámara lateral, UE-7, 9, 10, 11, 12, 15, 16, 18, 20, 22, 24, 29, 30, 31, 37 y 42; *b)* tumbas de pozo doble con doble cámara, UE-8 y 23; *c)* tumbas de pozo con cámara a uno de los extremos, UE-13,

26 y 28; *d*) tumbas de pozo simple, UE-24 y 39; *e*) amagos que tenían la forma de tumbas de pozo con cámara lateral. En los entierros rituales se presentó esta forma en las siguientes excavaciones: E-31, 34 y 41; *f*) depósitos de desecho, E-19, 29 y 33 cuyas formas fueron de pozo con nichos laterales. El pozo de las excavaciones fue en su mayoría de forma rectangular y en algunos casos oval. Su orientación fue muy variada: NO (UE-13), N-S (UE-13) y NE-SO (UE-12). La forma de la cámara que predominó fue la elíptica con orientación N-S.

Respecto a las dimensiones de las estructuras funerarias (ancho, largo y profundidad de pozo y cámara), estas no son muy profundas, 160 cm en promedio, a diferencia de las tumbas descritas para la Cultura Sonso en la región Calima, las cuales alcanzaron profundidades entre 3 y 16 metros (Herrera *et al.* 1990; Rodríguez y Salgado 1990). Tienen un ancho de 150 cm en promedio con una longitud de pozo de 180 cm y una profundidad de 100 cm. Las tumbas y depósitos rituales presentaron pozo de forma rectangular, con un ancho promedio de 100 cm, largo de 180 cm, profundidad de 160 cm y una orientación en su mayoría N-S, con excepción de la UE-10 que estaba orientada E-O. Para los depósitos de desecho que eran de forma oval e irregular, el promedio de profundidad fue de 60 cm, largo de 90 cm y ancho de 60 cm.

Las cámaras fueron construidas especialmente hacia el SE y en menor grado SO y S, su forma más recurrente fue la elíptica y su profundidad estaba al mismo nivel que la del pozo, aunque en algunos casos, el cadáver fue depositado en una depresión hecha en el piso. Su largo en promedio fue de 190 cm, ancho de 100 cm, una altura de 90 cm y con orientación por lo general N-S. Los nichos estaban situados por lo general al extremo S de forma oval y con un promedio de 50 cm de largo, 40 cm de ancho y 35 cm de altura.

En términos generales, se puede afirmar que no se siguió un patrón rígido con respecto a la orientación y dimensiones de las construcciones funerarias, variando según la edad, sexo y cantidad de los individuos enterrados. Esto se debe probablemente a factores funcionales y no culturales; igualmente se puede explicar la poca profundidad de las tumbas por el nivel freático de la zona y no necesariamente por concepciones religiosas diferentes. Lo que sí parece ser una pauta común, salvo algunas excepciones, fue el entierro en tumbas de pozo con cámara lateral, hecho que como se anotaba anteriormente, era común en toda América prehispánica y aún se mantiene hasta nuestros días. Se podría afirmar que la estructura de las tumbas representaba en realidad el espacio donde se actualizaba el lenguaje fúnebre en los cementerios de Guacarí, dando mensajes de identidad sobre las concepciones míticas y religiosas frente al hecho de la muerte.

NOTAS

¹ La tumba de pozo con cámara lateral más antigua de Colombia pertenece a la cultura Ilima de la región Calima. Rodríguez y Salgado (1990) obtuvieron una fecha de 1380 ± 100 AC (Beta-39365) de la Tumba 13 de Samaria. En México este tipo de tumbas aparecieron en la costa de Colima, al NE de Nayarit y el centro de Jalisco, con fechas tardías (135-440 d.C.) correspondientes al Formativo Terminal y el Clásico Temprano (Cabreró y López 1998:328-329).

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

SÍMBOLOS DE MUERTE

ARQUEOLOGÍA E INTERPRETACIÓN

Tratar de conocer el mundo simbólico desde la arqueología es difícil, pues como lo advierte Gerardo Reichel-Dolmatoff cuando analiza el simbolismo religioso de los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta, a través del ritual funerario de una muchacha Ika de 15 años: “... *un observador casual encontraría muy simple, muy poco elaborado y juzgaría tal vez a estos indígenas como una cultura cuyos ritos funerarios se limitaban a algunas prácticas elementales, peor aún juzgaría el arqueólogo del futuro que excavare este entierro y encontrará tan solo un simple hoyo en el cual yacía un cadáver en cuclillas, con la cabeza hacia el Este. Pero ambos tanto el casual observador como el arqueólogo imaginario del porvenir, estarían muy equivocados. Detrás de este ritual, aparentemente tan simple, existen ideas muy complejas y una simbología muy rica, en efecto, yacen conceptos religiosos y filosóficos de un interés poco usual*”. (Reichel-Dolmatoff 1977: 238)

No obstante, pese a todas las limitaciones del registro arqueológico, y a tener tan sólo algunas referencias etnohistóricas y etnográficas con todas las limitaciones que ello implica, trataremos de realizar una aproximación interpretativa. Uno de los primeros inconvenientes a salvar fue dar un corpus teórico a las interpretaciones realizadas a través de la investigación. En el presente capítulo haremos unas anotaciones generales sobre lo que nos podría indicar la simbología funeraria en los cementerios excavados, en especial el de la hacienda El Carmen. Ahora bien, se empezará este intento de “hermenéutica arqueológica” (hermenéutica entendida como lo que une lo exterior e interior, lo inmanente y trascendente, la figura y el sentido), interrogándonos precisamente sobre cómo se podría interpretar en arqueología lo simbólico. Al respecto Llanos (1992:210) afirma que: “*Se puede recurrir al enfoque conceptual de Jung que implica la aceptación de un inconsciente colectivo (además del individual)*”

y de los arquetipos. Al respecto agregamos que los arquetipos se inscriben en tradiciones culturales, o sea, se particularizan por las culturas, por lo tanto el parentesco cultural de las comunidades indígenas actuales con las del pasado prehispánico se puede establecer a partir de la identificación de sus arquetipos. Si entre ellas se comparten las respuestas culturales arquetípicas, se puede pensar que se inscriben en una misma tradición cultural... Los símbolos representados, no solamente en la orfebrería, sino también en la estatuaria (por ejemplo la de San Agustín), en la cerámica o en las tumbas, tendrían una significación arquetípica que se particulariza en las tradiciones únicas, sin necesidad de suponer que todos están inscritos en un solo corpus cultural indígena”.

Este hecho también se puede ver en lo funerario: *“puesto que en tiempos prehispánicos hubo diferentes pautas funerarias (respuestas al arquetipo de la muerte): [...] indicando que no todas las culturas dieron a la muerte un significado igual”* (Ibíd.:211).

Por otra parte, Hooder plantea que el problema no es cómo estudiar el simbolismo del pasado, sino cómo hacer realmente arqueología. Si para interpretar un objeto material es necesario mirar el contexto: *“¿Cómo podemos acotar los límites que definen un contexto? [...] incluso suponiendo que podamos construir significados a partir de asociaciones, semejanzas y diferencias de este; están estos significados culturales en la mente del grupo humano en cuestión?... pues muy pocos de nosotros mismos somos conscientes de la gama de razones que nos lleva a elegir el elemento decorativo concreto más adecuado para un contexto dado. Debemos describir simplemente las reglas culturales inconscientes de una sociedad? o ¿debemos llegar hasta la percepción que tiene la gente de esta regla? ¿Basta con decir que en una tradición cultural concreta la variabilidad del enterramiento se correlaciona con la variabilidad social, o que el enterramiento se organiza por medio de una transformación cultura / naturaleza? O ¿es necesario entender las actitudes de una comunidad hacia la muerte, poniéndonos en sus mentes? ¿Hasta qué punto podemos generalizar acerca de las ideas que tiene la gente en la cabeza?”* (Hooder 1988:18).

Todos estos cuestionamientos sugieren reflexiones muy profundas, pero tal vez lo que queda claro, como concluye este autor, es que: *“Una contrastación de la teoría con los datos, un mecanismo independiente de medición y un conocimiento cierto del pasado son imposibles. [...] sostengo la necesidad de afrontar este problema si queremos que la Arqueología siga siendo una disciplina rigurosa y los arqueólogos responsables socialmente [...] no hay que olvidar que las interpretaciones cambiantes del pasado dependen de los cambiantes contextos sociales y culturales del presente”* (Ibíd.:31).

La muerte es aterradora para algunos, pero pierde esta connotación para

otros ya que ella es vista como un retorno al hogar mediante la mística. En este sentido, la forma pierde su valor, lo que importa es la materia, la sustancia. Para ir mas allá de esta oposición, de esta dualidad entre temporalidad y eternidad, entendiendo como un tiempo limitado en contraposición del tiempo sin límite, se crea un sofisma de distracción o a una representación, similar al teatro, todo con el fin de liberar al hombre de la monotonía existencial. En palabras de Durand *“el drama temporal representado, es decir, transformado en imágenes, teatrales o novelescas, está privado de sus poderes maléficos, pues por la conciencia y la representación el hombre vive realmente la domesticación del tiempo”* (citado en Galarza 1990:84). Esta trama fue creada también por el hombre del cacicazgo de Guabas a través de su mundo mítico y ritual, lo cual le permitió superar la dualidad entre la vida y la muerte.

Es importante destacar que dentro de los conceptos de muerte, para muchas culturas prima en ella un sentido positivo, pues la muerte y la vida son las dos caras de una misma moneda, indisolubles; una no puede ser sin la otra. Según Thomas (1993: 7): *“Lo que las civilizaciones arcaicas sostuvieron siempre, lo acaba de descubrir la ciencia moderna? En efecto, la muerte, para el biólogo, es lo que permite la supervivencia cotidiana de la especie al asegurarle con su renovación cotidiana sus posibilidades de cambio”*. Este mismo concepto se encuentra según Reichel-Dolmatoff (1977) entre los kogui, para quienes el bien-vida necesita de la maldad-muerte para que exista equilibrio. Pues el principal problema de la condición humana es equilibrar estas dos fuerzas opuestas pero complementarias, y establecer entre estas una relación armónica. Sin duda alguna las reflexiones sobre la muerte para el hombre prehispanico de Guacarí, se guiaron por esta idea. Es de resaltar la importancia que para ellos tuvo este acto; la muerte fue ante todo una expresión de vida y la tomaban como un viaje, por ello el muerto llevaba todas sus pertenencias. Esta concepción seguramente permitió quitarle el drama a este doloroso hecho.

EL SÍMBOLO

Esta definición se realiza a partir del análisis que hace Galarza (1990), donde analiza a varios autores entre ellos a G. Durand y C. Jung respecto a este tema. En primera instancia se puede partir de algo fundamental: el símbolo es lo originario, la matriz de la que se derivan entre otras cosas, todo nombre y todo concepto abstracto. Aparte de la percepción sensorial, el hombre dispone de otro sistema de conocimiento que hace posible la representación en su conciencia de una realidad ausente. Mediante estas representaciones, puede enfrentarse a la naturaleza que lo rodea de una manera más sencilla, alejándose en cierta forma de la dependencia de su entorno y darle amplitud a su mundo. Partiendo de este

hecho, Durand distingue tres modos de conocimiento indirecto: el signo, la alegoría y el símbolo.

El signo es un producto indirecto de la actividad consciente: *“que funciona fundamentalmente como un mecanismo de economía: permite referirse a una cosa sin necesidad de hacerla presente en su materialidad. Para ello, una imagen sonora o visual (significante), queda asociada a un objeto o conjunto de objetos (significado), de tal modo que el primero significa al segundo, lo indica. A diferencia de la señal natural (por ejemplo la columna de humo que se eleva hacia el horizonte anunciando la presencia de fuego), en el signo el vínculo entre el significante y significado es arbitrario, convencionalmente establecido, pero ambos (señal y signo), coinciden en que exigen y se apoyan sobre un conocimiento directo previo”* (Durand, citado en Galarza 1990:49). Es difícil para la arqueología hacer inferencias respecto a los símbolos, por el hecho de que son convencionales y arbitrarios. ¿Por ejemplo, qué se podría decir de las imágenes sonoras que estaban asociadas a las flautas encontradas en las UE-23 y 41 sin conocer el significado del signo establecido por esta sociedad?

La alegoría es definida como algo que *“se quiere significar es algo que no puede representarse directamente por tratarse de abstracciones, cualidades morales o espirituales, etc. Aquí desaparece la arbitrariedad. Figurando en el significante algún elemento ejemplar o concreto del significado. Se trata en realidad, de un proceso en el que una idea conocida previamente y al margen de dicho proceso se ejemplifica o traduce en una figura. Por lo tanto la alegoría se define como un signo detallado”* (Ibíd.:50). Es posible que las alegorías puedan ser interpretadas por la Arqueología a través del análisis del registro arqueológico; por ejemplo las figurillas antropomorfas halladas en las UE-3, 11 y 18, las cuales podrían representar un acompañante en el viaje de la muerte, o el muerto mismo. La idea de que el muerto fuera acompañado de un ser querido puede haber sido figurada en estos objetos.

Por su parte, el símbolo es definido como “el inverso de la alegoría. Mientras que la alegoría parte de una idea para llegar a ilustrarla en una figura, el símbolo es de por sí figura, y como tal, fuente, entre otras cosas de ideas. Se caracteriza fundamentalmente por la imposibilidad para el pensamiento directo de captar su significado de una manera exterior al proceso simbólico mismo. Ahora la imagen sensible se encuentra vinculada a un sentido, y no a una cosa. Una imagen de valor simbólico es la que contiene lo que llaman algunos el ángel de la obra, es decir, la que encierra un contenido que la trasciende. Durand define el símbolo con base a los siguientes caracteres: *“En primer lugar, el aspecto concreto (sensible, imaginado, figurado, etc.) del significante, y en segundo lugar su óptimo carácter: es el mejor para evocar (hacer conocer; sugerir; etc.) el significado. Por último, dicho significado es a su vez algo imposible de percibir (ver; imaginar;*

comprender, figurar, etc.), directamente. El símbolo, en su dinamismo instaurativo en busca del sentido, constituye el modelo mismo de la mediación de lo eterno en lo temporal” (Ibíd). El carácter simbólico de lo funerario más que verlo en los objetos separados, solo se puede percibir en el conjunto del ritual, pues este acto es el que mejor evoca el significado.

Un aspecto importante para tener en cuenta en la interpretación arqueológica es el hecho de que el símbolo como lo anotan algunos autores, no queda “explicado” de una vez por todas, como sucede con una fórmula matemática. Se parece más a una partitura musical o a una obra de teatro, las cuales no existen sino en las sucesivas interpretaciones (ejecuciones). Así es que el símbolo mantiene un equilibrio dinámico, convirtiéndose en un mensajero entre la vida y la muerte.

Según Galarza (1990:57): *“El símbolo se perpetúa fuera del cronometraje existencial, y constituye un mundo en el que el tiempo está detenido, “embalsamado”, absorbido por el espacio. Pues la imaginación, contrastando con la lentitud de la percepción y del razonamiento, que se retarda en el tiempo, se ubica plenamente en la inmediatez del instante”*. Lo que nunca se podrá leer en el registro arqueológico es ese instante en que el hombre en su lectura simbólica se integra a su cosmos; tan solo se puede hacer una abstracción interpretativa, partiendo de que todo hombre al sentir estas simbolizaciones actúa de una manera estructuralmente similar en toda época. Por otra parte, se sabe que el símbolo va más allá del concepto, por tanto el sentido figurado tiene primacía sobre el sentido propio. El hombre primero simboliza una cosa o sea la hace trascendente, sensible, antes de hacer conceptos sobre ella. El sentido propio (que conduce al concepto y al signo adecuado), no es sino un caso particular del sentido figurado, es decir, no es más que un símbolo restringido. Esto sugiere que detrás de cada objeto hallado en el registro arqueológico de Guacarí, en el subconsciente del hombre, se representa ese símbolo que lo une a lo eterno. Esta reflexión puede ayudar a sustentar la hipótesis de que la forma de las tumbas de pozo con cámara lateral sea una manera de significar una cosmificación, o la forma de las copas representen el cielo para algunos.

El símbolo es el fundamento de todo cuanto es. Es la idea en su sentido originario, el arquetipo o forma primigenia que vincula al existir con el ser. Es el instrumento de creación y el instrumento de retorno. Como lo sugiere Galarza (1990:57): *“Desde el mismo momento en que una ‘cosa’ (objetividad) entra en relación con el hombre, queda revestida de un sentido figurado, convirtiéndose en un símbolo”*. Esta es una de las premisas fundamentales para el análisis simbólico en Arqueología, en especial en la Arqueología Funeraria, donde el registro muestra la asociación directa de objetos con el cadáver, dándole fuerza simbólica. Por ejemplo (el caso de las UE-23 y 23), una piedra hallada debajo del esqueleto de un niño parecería algo intrascendente, pero al entrar en estrecha

relación directa con el niño, cobra un sentido simbólico. Esta misma piedra en otro contexto pierde su significado. El hallazgo de un cadáver en las tumbas de Guacarí junto con todas sus pertenencias, permite ver estos objetos de manera simbólica. Esto es lo más privilegiado en cuanto al análisis arqueológico funerario, porque deja ver al hombre directamente en su dimensión simbólica dentro del universo cerrado de las tumbas, cosa que no parece tan evidente en otros contextos, por ejemplo en un basurero, un sitio de vivienda o un sitio de cultivo.

De tal forma, según Chevalier y Gheerbrant (1991:19): *“El símbolo es entonces bastante más que un simple signo: lleva más allá de la significación, necesita de la interpretación y hasta de una cierta predisposición. Está cargado de afectividad y dinamismo. No solo representa, en cierto modo, a la par que vela; sino que realiza, también, en cierto modo, al tiempo que deshace. Juega con estructuras mentales. Por ello se dice que moviliza de alguna suerte toda la psiquis. El símbolo anima los grandes conjuntos de lo imaginario. Arquetipos, mitos estructuras. El mito es un teatro simbólico de luchas interiores y exteriores, permitiendo conocer estructuras, pero estas estructuras animadas de símbolos son dialécticas”*. Así la concepción de símbolo es bastante compleja, pues en sí misma es simbólica.

Asimismo, el anterior autor afirma que mientras que un símbolo está vivo, es la mejor expresión posible de un hecho; está vivo en tanto que está lleno de significación, si desencadena en todo su ser una vibrante resonancia. Que esta significación salga a la luz, o dicho de otra forma, que se descubra la expresión que mejor formule la cosa buscada, inesperada o presentida (como es lo que pretende este análisis), significa que el símbolo está muerto: sólo tiene un valor histórico. Pues el símbolo está vivo cuando el espectador le engendra vida y estimula su desarrollo. Por lo tanto, éste pasa de espectador a protagonista. Lamentablemente para la arqueología y para la presente investigación es necesario ser conscientes de que los símbolos funerarios en Guacarí no están vivos en las personas actuales, aunque estructural y arquetípicamente podrían estar presentes en algunas comunidades indígenas actuales.

Chevalier y Gheerbrant (1991) resaltan que los símbolos fundamentales como es el caso de aquellos que refieren a la muerte condensan la experiencia total del hombre, religiosa, social y psíquica en los niveles inconsciente, consciente y supraconsciente. Realizan una síntesis del mundo, mostrando la unidad en tres planos (inferior, terrestre y celeste), uniéndose al centro de las direcciones del espacio, enlazando al hombre con el mundo. Gracias al símbolo, que lo sitúa en una inmensa red de relaciones, el hombre no se siente extraño en el universo. Esta fue la concepción de manejo del espacio de los hombres del cacicazgo de Guabas, los cuales se apropiaron de éste como elemento simbólico, reflejado en las tumbas en su forma de pozo con cámara lateral y en la variada posición y distribución del cadáver y el ajuar, como lo anotamos anteriormente.

Para Durand (citado en Galarza 1990), el símbolo se encuentra como una ilustración de esquemas y arquetipos, que tiene un carácter ambivalente y un sentido enmarcado en el contexto de la cultura que lo interpreta. Mientras que el esquema ascensional y el arquetipo del cielo permanecen inmutables, el símbolo que los ilustra puede transformarse de escala. A partir de esta idea es que se deducen las asociaciones que se realizan en las decoraciones de la cerámica. Porque el símbolo tiende un puente entre la universalidad de la naturaleza humana y la diversidad de sus derivaciones culturales; entre lo psicobiológico y lo social, es que es posible ver en el Guacarí prehispánico esa universalidad (arquetípica), en esa variación de la cultura que refleja un simbolismo propio, representado en todos los objetos utilizados en el ritual funerario.

Cabe preguntarse ¿qué clase de arquetipo representaban para la cultura prehispánica de Guacarí el círculo o las líneas paralelas? Sabemos que los símbolos pueden mirarse a través de arquetipos, los cuales hacen parte, como lo propuso Jung (citado en Galarza 1990), de un subconsciente colectivo. Los arquetipos serían entonces como las hormas interiores de los símbolos, como unas imágenes primordiales que cada persona lleva grabada en su subconsciente en el momento de nacer; serían como los instintos de la imaginación. Cuando la persona ve realmente un símbolo, éste encaja en el arquetipo interior y lo lleva a la consciencia. Cuando un arquetipo se despierta a sí mismo provoca emoción, por ello en los ritos como el de la muerte a los participantes se les muestra esos símbolos que le despiertan emociones y los hacen trascender.

De acuerdo a Chevalier y Gheerbrant (1991), la simbolización es la consecuencia de una comunicación que se realiza a través de la tradición; ésta es la base de todo conocimiento simbólico y en ella no hay distinción entre hombre y cosmos. Las cosas tienen un sentido, una cualidad que se oculta al pensamiento directo y que es imposible de aprehender por medio de la mera cuantificación y correlación de fenómenos. Por ello, todo conocimiento es simbólico, de ahí que se pueda suponer que los utensilios no son proyectados por la pura reflexión intelectual, sino que la simbología se plasma de manera intrínseca sobre cada uno de los objetos.

Tendríamos entonces, que esa tradición expresada en los mitos y recordada en los ritos pasaría a ser el denominador común que permitiría la comprensión simbólica de lo funerario en Guacarí. Como no se cuenta con una mitología que reviva esa tradición, es necesario observar la estructura arquetípica que la sociedad actual comparte con ellos (arquetipos de muerte). Muchas culturas indígenas actuales los comparten en sus mitos y ritos fúnebres, lo que permite ver en el registro arqueológico prehispánico de Guacarí, una expresión de esa universalidad simbólica.

Otro aspecto importante tiene que ver con el hecho de que la simbología y la muerte tienen en común el querer ser trascendentes, el eliminar el tiempo, pues observamos que a lo que nos remite el símbolo es a eso, a una universalidad donde el tiempo y el espacio se eliminan y cuando se piensa en la muerte este deseo surge: hay que eliminarla, quitarle su sentido temporal. Por eso los muertos para todas las sociedades indígenas, incluso prehispánicas como la de Guacarí, pasan a ser parte de los antepasados, símbolos protectores, generadores de vida al proteger las cosechas y el buen funcionamiento de las normas sociales, evocando imágenes de una historia cíclica y totalizadora (eterno retorno).

Un aspecto que se puede deducir de lo simbólico es la relación entre naturaleza, cultura y religión, pues el símbolo es en primer lugar un educador sobre lo imperceptible. El símbolo representa la cara oculta de las cosas del mundo y del hombre y obliga a un aprendizaje del más allá. En la medida en que creer es ver una parte de lo que está escondido, ninguna religión puede ignorarlo. El símbolo para Eliade (1973), tiene carácter de revelador de lo sagrado, representa un orden ontológico (algo así como un ámbito nuevo de la realidad). Lo religioso lleva a una conducta específica del hombre determinado por lo sagrado, esto permite distinguir lo real de lo aparente, lo valioso de lo indiferente. Ante todo, la dialéctica de lo sagrado es una dialéctica de humanización. El hombre religioso, gracias a la ruptura que le procura la experiencia de lo sagrado, transfigura su visión del mundo, convirtiéndolo en un mundo simbólico, y regula su experiencia histórica sobre los modelos a los que se refieren los relatos míticos. El símbolo prolonga o revela una realidad sagrada que ninguna otra manifestación es capaz de revelar. El símbolo es el lenguaje por excelencia del hombre religioso. Se revelan allí al hombre, niveles de realidad inaccesibles a la experiencia inmediata de su vida ordinaria; con él se descubre lo real. El símbolo es el lugar primero de la verdad en cuanto develación de la realidad.

En el análisis simbólico de las excavaciones realizadas por nosotros en Guacarí, es donde todo lo anotado anteriormente sobre lo sagrado se torna relevante, pues la tumba como tal tuvo ese carácter, y aún más el espacio del cementerio. Allí seguramente el hombre se unió a lo eterno, se encontró con esa verdad revelada ligada a la muerte. Se desvela allí un código mítico y ritual preñado de significado para sus habitantes, ese carácter sagrado hizo seguramente resucitar en ellos toda la fuerza religiosa de su simbolismo funerario.

Sin embargo, el estudio de lo religioso y la unión con lo simbólico, lo ritual y lo mítico hay que mirarlo con un sentido crítico, pues como dice Turner (1975), hay ideas que se contraponen entre Jung y Levi-Strauss. Para el primero, los mitos son antes que nada manifestaciones psíquicas que representan la naturaleza de la psique, son expresiones simbólicas del drama psíquico interior e inconsciente que se hace accesible a la conciencia humana por proyección, es decir, al verse

reflejado en los fenómenos de la naturaleza. Esta interpretación psicogenética lineal del mito niega a la cultura todo papel formativo en su simbolismo, contrario al segundo autor quien afirma que los mitos y otras manifestaciones religiosas contienen ideas que dan acceso al mecanismo del pensamiento. Los mitos pertenecen al ámbito del conocimiento, y las demandas a las que responden y la manera en que tratan de satisfacerla son, primordialmente de tipo intelectual. El fenómeno religioso es la aparición de una lógica que opera por medio de oposiciones binarias y coincide con las primeras manifestaciones del simbolismo; destaca la lógica de oposiciones y correlaciones, explicando las leyes de asociación que se observan en el simbolismo y en el discurso mítico y ritual.

Una idea intermedia es considerar el mito como un sistema dinámico de símbolos y arquetipos, que tiende a formar un relato (cultural), en el cual los símbolos se resuelven en palabras y los arquetipos en ideas. Es necesario finalmente anotar que toda comprensión implica la existencia de un “denominador común” entre el instante irreplicable de la escritura y el presente del lector, pues toda obra humana forma una unidad con sus efectos en la historia y está manipulada por el sentido propio del intérprete. Como cada palabra interpretadora es necesariamente parcial y finita lo que queda más claro parodiando a Geertz (1989) cuando habla de la etnografía, es que toda Arqueología y más la simbólica es en parte filosofía, y una buena dosis de lo demás es confesión.

SIMBOLOGÍA DEL RITUAL

Lo sagrado o el reino de lo sagrado, del que ya se ha hablado, está unido también al mito. Y el mito como lo afirma (Malinowski 1985:171) es un ingrediente indispensable en toda cultura. Es una constante derivada de la fe viva que necesita milagros, del *status* sociológico, que precisa precedentes y de la norma moral que demanda sanción. El mito no puede estar aparte del ritual, tiene una función ritual y sociológica y sobre todo simbólica; de allí la importancia de la reconstrucción de los patrones rituales en Guacarí, donde sale a la luz un hombre religioso con unas concepciones particulares sobre un aspecto fundamental de la vida, como es la muerte, la cual: “... *está ligada al ritual, el cual está cargado de símbolos que comparecen así como documentos dotados de una dignidad y de una significación filosófica que son capaces de la vida humana, hecho olvidado o desfigurado en las sociedades modernas (por que el símbolo ha perdido su fuerza)*” (Galarza 1990:122-130). O como plantea Calame-Griaule (1982:103), la muerte: “*desata el lazo que une a todos los elementos de la personalidad viva; los esparce por la atmósfera, tornándolos peligrosos; el ritual de los funerales, y, sobre todo, el que corresponde a la fiesta que celebra el luto, se proponen volverlos a ordenar*”.

Como es el rito de la muerte lo que nos introduce especialmente en pleno campo simbólico (Thomas 1993), para la sociedad de Guacarí y según la evidencia arqueológica, se puede suponer la existencia de un sacerdote o chamán que se encargaba de las diferentes fases del rito fúnebre; desde el momento del deceso, instante mismo en el que se da el cambio de estado, se rompe el equilibrio social dando comienzo al inesperado rito de paso. Inicialmente, se realizaban procesos de preservación del cadáver, para que tuvieran tiempo de restablecer el equilibrio mediante la renovación del mito. Seguramente se narraban los mitos primigenios a través de cantos y oraciones, a la vez que se realizaba el acto simbólico de apertura de la madre tierra que recibiría a su hijo. Posteriormente, comenzaba la fase ritual de inhumación, dentro de la cual se realizaba la selección del ajuar funerario que era cuidadosamente depositado alrededor del cadáver y que según el *status* del personaje era rico y variado o sencillo.

En este momento era donde se desplegaba la mayor carga simbólica concentrada en los diferentes tipos de objetos ofrendados (posiblemente pertenecientes al difunto), alimentos frescos y artefactos útiles para el viaje hacia lo eterno. Se tuvo en cuenta la posición y dirección del cadáver dentro de la nueva morada, la cámara (útero). Acto seguido se procedía a rellenar de tierra la cámara, en algunos casos se colocaban piedras (metates) tapando la entrada. Posteriormente se procedía a tapan el pozo, fase durante la cual se rompían vasijas dentro de éste o se realizaban quemas rituales, dejando huellas de lo que seguramente fue la gran fiesta ritual de la muerte en la que posiblemente hubo una asombrosa concentración de personas (hecho que se deduce de la cantidad y tamaño de las vasijas cerámicas fragmentadas encontradas en algunos pozos). Lo anterior es símbolo de la cohesión social que provocaban los funerales. Este hecho también lleva a pensar en la idea de impureza que revisten estos ritos, en los cuales no solamente el cadáver es impuro y puede producir contagio sino los objetos que se utilizaron para elaborar el ritual, por lo tanto no se conservan sino que se destruyen ya sea en el pozo de la tumba o en los depósitos de desecho ubicados muy cerca de ellas. La última fase del rito se efectuaba después del enterramiento, y a pesar de que no se evidencia en el registro arqueológico, se infiere por relatos etnohistóricos, que se establecía una comunicación con el muerto viviente a través de una caña que se colocaba desde la cámara hasta la superficie, posiblemente como integración con los antepasados míticos de este ser que partía del plano terrenal.

Dentro de este ritual se realizaba un especial manejo del tiempo y el espacio; este espacio es un espacio absoluto consagrado por las presencias tutelares. El espacio ritual es ante todo una especificación del espacio antropológico. Lo sagrado se concentra en él con una energía mayor que en el medio circundante,

ocasionando que exista una gran presión de lo sagrado; ese espacio sagrado-ritual se evidencia en el manejo de la muerte por parte del hombre de Guacarí, estableciéndose dos niveles: uno general que fue el cementerio, y uno particular la tumba. Para realizar el ritual también se remitieron seguramente al tiempo mítico, el gran tiempo primero, el tiempo del comienzo.

Toda liturgia tiene como fin no sólo conmemorar sino realizar de nuevo la creación del mundo y es en ese sentido que se puede ver tanto en la forma y estructura de la tumba así como en la posición del ajuar y la orientación del cadáver, esa cosmificación de la muerte y su ritual en el Guacarí prehispánico. La enorme fuerza integradora y simbólica que tuvo el ritual fúnebre en Guacarí se sustenta entre otras, a partir del hallazgo de tumbas múltiples, las cuales por su magnitud seguramente causaron una grave desintegración grupal y por ende una desestabilización social. Igualmente, se puede sentir esta fuerza integradora en los depósitos rituales cuya función pudo ser la petición de un bien colectivo, por lo tanto era necesaria la presencia de toda la comunidad. Estos hechos implicaban una serie de actos elaborados y complejos que tendrían como objetivo principal hacer resurgir en el ritual fúnebre todos los elementos primordiales de integración a través del simbolismo puesto en su ejecución.

Este nivel de análisis simbólico sobre la sociedad prehispánica de Guacarí fue un intento por explorar su ser, su mundo cosmogónico desde la arqueología, lo que nos permitió conocer la compleja dinámica cultural de una sociedad que construyó, a través del ritual funerario, un canal comunicativo para expresar sus concepciones mítico-simbólicas más profundas.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA ALFARERÍA: CONTEXTOS COTIDIANOS Y FÚNEBRES

La cerámica del estilo Quimbaya Tardío fue uno de los elementos que se presentó en mayor cantidad en los sitios arqueológicos de Guacarí.¹ En dicho material los alfareros del cacicazgo de Guabas elaboraron: vasijas de uso doméstico y/o ritual, figuras antropomorfas, amuletos, volantes de huso y sellos. Por regla general, dichos objetos fueron quemados al aire libre y presentan cocción completa e incompleta en atmósfera oxidante. Como desgrasante, comúnmente tienen arena, cuarzo y tiesto triturado. Los colores más representativos de las pastas fueron: café amarillento oscuro (10YR4/4), café amarillento (10YR/46 y 10YR5/6), café oscuro (7.5YR4/4), rojo (7.5YR4/8, 5YR4/8 y 2.5YR5/8), rojo claro (7.6YR6/6), café muy oscuro (7.5YR5/8), café rojizo (5YR4/4) y rojo amarillento (5YR4/6, 5YR5/6 y 5YR5/8).

En cuanto a la manufactura, están presentes el modelado directo y técnicas mixtas, sobretodo en la elaboración de vasijas; mientras el cuerpo era hecho por enrollado, las otras partes de la vasija, por modelado. Posiblemente en la elaboración de vasijas de cuerpo compuesto, como por ejemplo las ollas-cuenco fue utilizado el moldeado del cuerpo inferior o de la mitad de la vasija. La decoración en general era geométrica, antropomorfa y en menor medida, zoomorfa. Las técnicas utilizadas para su aplicación, en orden de importancia fueron: incisión, impresión, aplicación y pintura tanto positiva, como negativa. Los colores más usuales fueron el negro y el rojo (10R5/8, 10R4/6 y 10R4/0). Una de las principales características de los objetos cerámicos del cacicazgo de Guabas es la combinación de varias de estas técnicas en su decoración.

LA CLASIFICACIÓN CERÁMICA

Al analizar la cerámica prehispánica de Guacarí nos trazamos como uno de los principales objetivos, además de realizar una clasificación tipológica coherente, tratar de encontrar la relación simbólica de ésta dentro de los contextos, en especial el funerario. El estudio de unos 600 objetos cerámicos

procedentes tanto de sitios de habitación como de tumbas, entierros rituales, amagos y depósitos de desechos, nos permitió, utilizando el criterio de forma, establecer 12 grandes grupos cerámicos. Utilizando el método tipológico-formal, se definió como unidad básica de clasificación el concepto de *atributo* y el *tipo* fue establecido como la combinación estable de varios atributos (Kashina 1977:33). Cuatro tipos de atributos fueron establecidos y su jerarquización nos permitió, a un nivel superior de clasificación, inferir aspectos de carácter funcional de los objetos analizados. Como *atributos morfológicos* fueron definidos aquellos que permitieron parcial o totalmente, reconstruir la forma de los objetos cerámicos (Shepard 1980; Castillo y Litvac 1968). Este grupo de atributos fue primordial en nuestro estudio, debido a la gran cantidad de formas que logramos reconstruir. Los *atributos tecnológicos* tales como tipo de alisamiento externo e interno, pasta, desgrasante, cocción, técnica de manufactura, etc., fueron establecidos con base en los criterios sugeridos por Meggers y Evans (1969), Kashina (1977), Shepard (1980), Rye (1981) y Shapiro (1984). En el análisis de los *atributos decorativos*, entre los cuales se tuvieron en cuenta elementos, motivos y patrones generales de diseño, tuvimos en cuenta, además de los autores ya mencionados, el análisis de Raymond (1983) sobre volantes de huso. El color de las pastas, núcleos de cocción, superficies y pintura fueron determinados utilizando The Munsell Color Chart. Y finalmente, los *atributos mensurables* se tomaron siguiendo los principios sugeridos por Castillo y Litvac (1968) en su estudio de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología de México. Toda la información sobre los atributos de cada objeto cerámico fue consignada en una ficha elaborada especialmente para tal fin.

Grupo I

Está constituido por ollas. Al *Tipo 1* corresponderían las ollas ondas de cuerpo cónico de paredes rectas convergentes, borde directo, labio plano y base plana o semiplana, utilizadas para cocinar los alimentos. Presentaron alisamiento externo e interno burdo, pasta burda, con piedra, cuarzo mediano y grande como desgrasante. Cocción incompleta en atmósfera oxidante y núcleo oscuro de márgenes difusas. Color de la pasta café amarillento (10YR5/4). En la *Variante 1*, éstas no tienen asas (Figura 47:1), mientras en la *Variante 2*, éstas presentan dos apéndices verticales modelados sobre el borde (Figura 47: 2). La altura de estas vasijas supera los 20 cm, el diámetro de la base está entre 15 y 20 cm, y el diámetro de la boca entre 25 y 35 cm.

El Tipo 2 lo conforman las ollas utilizadas para servir y/o almacenar alimentos. Este es uno de los tipos de vasija más representativos, compuesto por un *Subtipo 1* de cuerpo simple esférico o semiesférico, borde evertido, labio redondeado o semi-redondeado. La *Variante 1* de este subtipo la constituirían las ollas con base generalmente redondeada (Figura 47: 3-7, Figura 48: 1-3). Presentan alisamiento

externo regular o bueno, pasta semiburda o burda y roca triturada, cuarzo y tiesto molido como desgrasante. Cocción completa e incompleta en atmósfera oxidante. Usualmente, la decoración en estas vasijas, se limita al cuello y al labio, donde pueden aparecer rectángulos, cuadrados o triángulos impresos dispuestos horizontal u oblicuamente y realizados por la técnica de presión angulosa (Figura 64: 5, 6 y 15-25). También se presentan tres franjas de pintura roja (10R5/8) dispuestas horizontalmente sobre el cuerpo, o la combinación de zonas pintadas en rojo con conjuntos de incisiones oblicuas paralelas (Figura 64:11; Figura 48: 1). En cuanto al labio, este puede estar decorado con simples franjas horizontales de pintura roja o la combinación de dos franjas de pintura con círculos o rectángulos hechos por presión y dispuestos verticalmente. El diámetro de la boca de estas vasijas oscila entre 20 y 40 cm, mientras el diámetro del cuerpo está entre 16 y 45.5 cm y su altura no supera los 20 cm. Casi el 30% de la muestra presentó huellas de cocción en su superficie externa y en algunas había restos de alimentos (¿chicha?).

A la *Variante 2* pertenecen las ollas con base troncónica alta (Figura 47: 9, 10; Figura 48: 4), que tienen características tecnológicas y mensurables similares a las ollas de la *Variante 1*. La decoración más común es la pintura positiva roja que cubre el borde, el labio y todo el cuerpo externo; aún cuando algunos ejemplares tienen diseños geométricos hechos en pintura negativa (Figura 66: 66, 69) y otros presentan “asas falsas”

El *Subtipo 2* serían las ollas de silueta compuesta. La *Variante 1* la conformarían ollas cuya parte inferior del cuerpo es esférica y la parte superior tiene una especie de “cintura” de paredes convexo paralelas; borde evertido, labio redondeado y base redondeada o semi-redondeada. El labio y todo el cuerpo externo están cubiertos de pintura positiva roja. Algunos ejemplares presentan en el cuello dos hileras de rectángulos oblicuos realizados por impresión (Figura 64:5). La parte interna del labio presenta dos franjas de pintura positiva roja, y en medio de ellas una hilera de rectángulos impresos dispuestos vertical y paralelamente (Figura 65:40). La altura total de estas ollas no supera los 20 cm, mientras el diámetro de la boca puede llegar hasta los 30 cm. La *Variante 2* presenta además de un aquillamiento en el centro del cuerpo, una base troncónica alta similar a la de la *Variante 2* del *Subtipo 1*. La función de estas ollas fue posiblemente la de almacenar alimentos. La decoración de estas vasijas se realizó prácticamente sobre todo el cuerpo, la base y el cuello. Pueden tener pintura positiva roja cubriendo toda la superficie externa de la base y el cuerpo, combinada con incisiones oblicuas paralelas sobre el cuello (Figura 65:42), o pintura negativa en franjas horizontales sobre el cuello y la parte superior del cuerpo conformando motivos triangulares (Figura 66:66), o triángulos sobre la base (Figura 66: 69). Todos estos motivos fueron realizados

sobre un fondo positivo rojo. La altura va de 30 a 45 cm y el diámetro de la boca entre 15 y 30 cm.

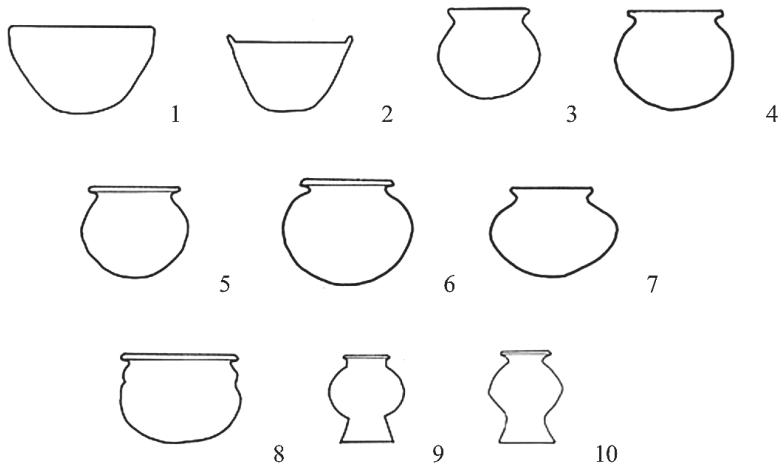


Figura 47.
Formas de la cerámica del Grupo I.

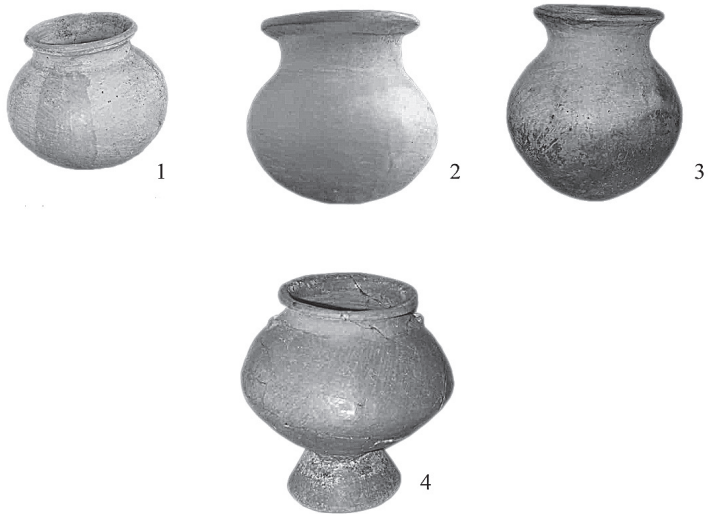


Figura 48.
Vasijas del Grupo I.

Grupo II

Corresponde a las vasijas denominadas ollas-cuenco, las cuales fueron utilizadas seguramente para servir los alimentos. Tienen cuerpos simples y compuestos. La parte inferior generalmente es semicircular tendiendo a plana y de acuerdo a la forma de las paredes del cuerpo superior pueden presentarse tres tipos. El *Tipo 1* lo conformarían aquellas ollas-cuenco cuyas paredes superiores son convexas o casi rectas convergentes (Figura 49:1, 2; Figura 50: 1, 2, 3). El alisamiento externo usualmente es bueno, la pasta medio burda, con arena mediana, cuarzo y tiesto triturado como desgrasante. Cocción completa e incompleta en atmósfera oxidante. Los colores de la pasta tienen diversas tonalidades de café (10YR4/4, 10YR5/3, 10YR5/6, 10YR7/4). La técnica de manufactura de estas vasijas parece haber sido mixta: la parte inferior del cuerpo fue hecha utilizando un molde, mientras la parte superior presenta todos los atributos característicos del enrollado.

La decoración está presente en el cuerpo superior, el cuello y el labio, e incluye diseños geométricos y antropomorfos hechos con pintura roja, incisión y aplicación. Son comunes la pintura positiva roja cubriendo el labio combinada con triángulos hechos por presión angulosa sobre el mismo labio o debajo del borde (Figura 65:34-37; Figura 50:2). Igualmente, la pintura roja zonal cubriendo el labio y cuerpo superior, combinada con incisiones triangulares (Figura 65:42). Otra decoración muy común es la nariz aplicada con o sin nariguera combinada con pintura roja e incisiones triangulares sobre el cuerpo superior, representando un rostro con “tatuaje” (Figura 67:20-23). La altura total de estas vasijas oscila entre 10 y 19 cm y la altura del cuerpo medio entre 4 y 12 cm, el diámetro de la boca va de 16 a 24 cm, mientras el de la base está entre 10 y 12 cm y el del cuerpo entre 20 y 27 cm. Y finalmente, la altura del “cuello” es de 1 a 2 cm.

El *Tipo 2* corresponde a ollas-cuenco cuyas paredes superiores son casi rectas paralelas, borde evertido, labio redondeado y base casi plana (Figura 49:3). Y finalmente, el *Tipo 3* serían las ollas-cuenco con paredes cóncavas paralelas (Figura 49:4). Los atributos tecnológicos y mensurables de estos dos últimos tipos son similares a los que presentaron las vasijas del *Tipo 1*. Algunos ejemplares de este tipo pueden presentar dos asas macizas aplicadas horizontalmente sobre el borde. La decoración casi siempre se limita a pintura positiva roja que cubre todo el cuerpo externo.

Grupo III

Está representado por los *cuencos* o *escudillas*. La mayoría presentan un alisamiento externo bueno, pasta fina o semiburda compacta, con arena y tiesto triturado como desgrasante. Todos fueron elaborados por la técnica de enrollado. Algunos pueden tener, dos o cuatro asas. De acuerdo a la forma del cuerpo podríamos diferenciar tres tipos: el *Tipo 1* lo conformarían los de



Figura 49.
Formas de la cerámica del Grupo II.

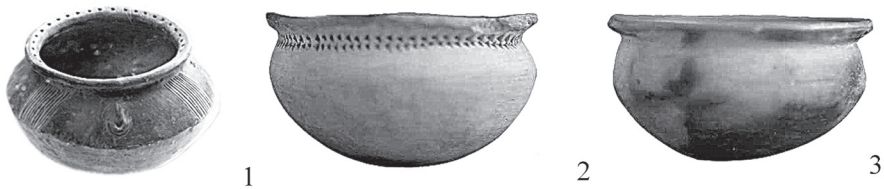


Figura 50.
Vasijas del Grupo II.

cuerpo esférico, que tienen base cóncava o semiplana. Los que no tienen asas, con bordes que pueden ser evertidos con labio redondeado o semi-redondeado (Figura 51:1), redondeado (Figura 51:4,5) o biselado (Figura 51:6) conformarían la *Variante 1*; mientras la *Variante 2* estaría representada por los cuencos con asas que pueden ser funcionales perforadas y aplicadas sobre el borde, o asas “falsas” aplicadas debajo del borde o con forma de animales “asomándose” a la vasija (Figura 52; Figura 65: 54,55).

En cuanto a la decoración, la mayoría presenta pintura positiva roja (10YR4/6 o 10YR4/8) que cubre todo el cuerpo externo, combinada con asas aplicadas, círculos impresos digitalmente debajo del borde (Figura 64:29,30), o triángulos y rayas impresos igualmente debajo del borde (Figura 65:31-37). Los hay también con pintura bicroma: triángulos unidos por el vértice, franjas oblicuas formando triángulos u horizontales paralelas de pintura negra sobre fondo rojo (Figura 66:69). Otro tipo de decoración frecuente es la acanaladura horizontal debajo del borde. Las técnicas mixtas pueden presentar diversas variantes: *a*) una banda de arcilla debajo del borde en cuyo interior hay una o dos hileras de semi-elipses impresas dispuestas oblicua u horizontalmente (Figura 64:5, 6); *b*) banda de arcilla con “asas falsas” sobre el borde, sobre esta banda pueden haber rectángulos impresos dispuestos oblicuamente o (Figura 65:40), o triángulos (Figura 65:35, 36); *c*) motivos incisos en forma de “espina de pescado” (Figura 65:45). Y finalmente, aparecen cuencos con decoración antropomorfa, un rostro

del cual se representan la nariz con nariguera por la técnica de aplicación y el tatuaje al lado de cada ojo, hecho por incisión (Figura 67:20).

El *Tipo 2* serían los cuencos de cuerpo cilíndrico de paredes convexas paralelas y base plana, similares a los cántaros cilíndricos (Figura 51:2). La *Variante 1* la representan aquellos ejemplares que no tienen asas y la *Variante 2* las que las poseen. Los que no tienen asas presentan como única decoración pintura roja que cubre todo el cuerpo exterior y una acanaladura impresa debajo del borde hecha con el dedo, mientras en aquellos que las tienen además de pintura roja están presentes conjuntos de impresiones alineadas verticalmente. Y por último, hay un *Tipo 3* conformado por cuencos de cuerpo abierto, casi triangular, con bordes invertido o reforzado externamente y base casi plana o triangular (Figura 51:3). Como decoración puede presentar pintura roja sobre el labio, impresiones con la uña o triangulares sobre el borde (Figura 64:15) Su frecuencia no es muy común entre el material cerámico estudiado y es muy probable que pertenezcan al Complejo Cerámico Bolo-Seca cuya variante meridional se presenta en el sur del valle geográfico del río Cauca (Cubillos 1984, Rodríguez y Stemper 1994, Rodríguez y Bedoya 1999). La altura total de estos tres tipos de cuencos fluctúa entre 4 y 15.5 cm, el diámetro del cuerpo entre 4 y 13 cm y el diámetro de la base entre 8 y 11 cm, mientras que el diámetro de la boca está entre 12.5 y 20 cm.

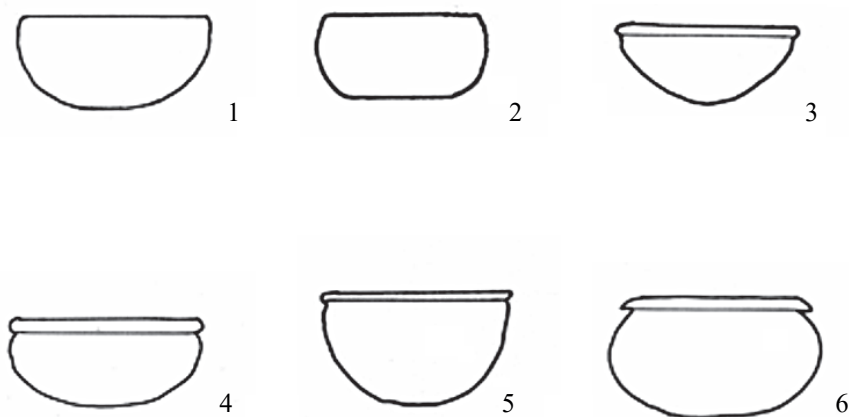


Figura 51.
Formas de la cerámica del Grupo III.



Figura 52.
Vasija del Grupo III.

Grupo IV

Este grupo de vasijas está representado por cuencos con base comúnmente llamados “copas”, pero que en realidad parecen ser cuencos con base. Sus atributos tecnológicos en cuanto a cocción, pasta y desgrasante son parecidos a los de los grupos anteriormente descritos. La base fue modelada aparte y luego aplicada al cuerpo elaborado por enrollado. En el contexto general de la producción alfarera, éste es el grupo con mayor representatividad desde el punto de vista cuantitativo.

Al igual que otros grupos de vasijas las copas presentan dos grandes variaciones en su cuerpo, el cual puede ser simple o compuesto. Las de cuerpo simple pueden ser divididas en los siguientes tipos: *Tipo 1*. Copas de cuerpo simple esférico. Base anular de paredes rectas o convexas divergentes, borde directo, labio redondeado o plano (Figura 53:1,2; Figura 54:1,2,3). Algunos ejemplares tienen dos asas macizas perforadas, aplicadas horizontalmente debajo del borde o sobre la parte superior del cuerpo. Estas perforaciones coinciden con otras dos que se presentan en el límite de unión de la base con el cuerpo inferior y que evidentemente tienen un carácter funcional. Es decir, permitían colocar un cordel para colgar o trasladar las vasijas. La decoración es muy variada. Algunas copas tienen pintura positiva roja zonal cubriendo sólo el labio (Figura 66:61) o total sobre todo el cuerpo y base externos (Figura 66:2). En otras hay una o dos “asas falsas” aplicadas horizontalmente debajo del borde (Figura 65:54, 55). Las hay también con líneas oblicuas y puntos sobre el cuerpo superior (Figura 64:12). Igualmente, hay decoración mixta que puede ser de cuatro motivos incisos triangulares e impresiones circulares dentro de éstas, alineadas triangularmente (Figura 65:46).

Tipo 2. Copas de cuerpo ovoidal invertido (Figuras 53:3), las cuales representan casi el 50% de todas las copas analizadas. Su decoración es muy similar a la del tipo anterior. Lo usual es una capa de pintura roja sobre el cuerpo externo. En algunas la pintura cubre toda la superficie externa del cuerpo y la base, incluyendo una acanaladura impresa hecha con el dedo debajo del borde. Otras presentan triángulos en pintura positiva debajo del borde. En algunos casos, en la acanaladura hay líneas impresas formando triángulos (Figura 65:32, 33). Los motivos antropomorfos también son frecuentes. Generalmente, todo el cuerpo y la base tienen pintura roja, y el rostro humano ha sido realizado por aplicación (ojos, nariz y nariguera), incisión (frente y tatuaje) (Figura 67:4,5; Figura 54:4,5). Finalmente, también fueron utilizados motivos zoomorfos como decoración, tal es el caso de ranas aplicadas asomándose al interior de la vasija, a manera de “asas falsas” (Figura 65: 54).

Tipo 3. Copas de cuerpo simple con paredes casi rectas paralelas (Figura 53:4). Pueden tener o no asas. Por decoración pueden presentar todas las técnicas y motivos de los tipos anteriores.

Tipo 4. Copas de cuerpo simple y paredes casi rectas convergentes (Figura 53:5). Pueden tener o no asas. Casi siempre su decoración se limita a pintura positiva roja que cubre todo el cuerpo o zonal en forma de franjas verticales sobre el cuerpo en los cántaros. Pero también hay representaciones muy realistas del rostro donde ojos, nariz, nariguera, boca y mentón son aplicados, mientras el tatuaje o pintura facial se representa por medio de incisiones verticales y triangulares (Figura 67:13).

Tipo 5. Copas de cuerpo compuesto. La *Variante 1* serían aquellas cuyo cuerpo superior tiene paredes rectas divergentes, borde directo y labio redondeado. Puede presentar o no asas (Figura 53:6). En la *Variante 2* las paredes del cuerpo superior tienden a ser convexas casi divergentes (Figura 53:7). Hay también variedad en su decoración. Combinación de espacios no decorados con conjuntos de cuatro incisiones oblicuas formando triángulos (Figura 65:42). Asimismo, representaciones estilizadas del rostro en las cuales los ojos están representados por tres rayas horizontales paralelas, la nariz y la boca por aplicaciones en forma casi de medialuna; a cada lado de los ojos se representan dos franjas horizontales en cuyo interior hay incisiones verticales. De cada uno de ellos sale otro conjunto de tres líneas oblicuas que alcanzan el cuerpo medio formando un triángulo con las líneas verticales. En el interior de este triángulo hay también rayas verticales incisas (Figura 64: 28). En otros ejemplares dos asas macizas aplicadas se combinan con líneas verticales impresas debajo del borde con “ojos grano de café” en el cuerpo (Figura 67:14). En cuanto a las dimensiones generales de estas vasijas, la altura total varía entre 8 y 14 cm, la altura de la base: 2-4 cm, el diámetro del cuerpo medio: 10-19 cm, el diámetro de la boca: 10-19 cm, el diámetro superior de la base: 6-7.5 cm y el diámetro inferior de la base: 8-11.5 cm.

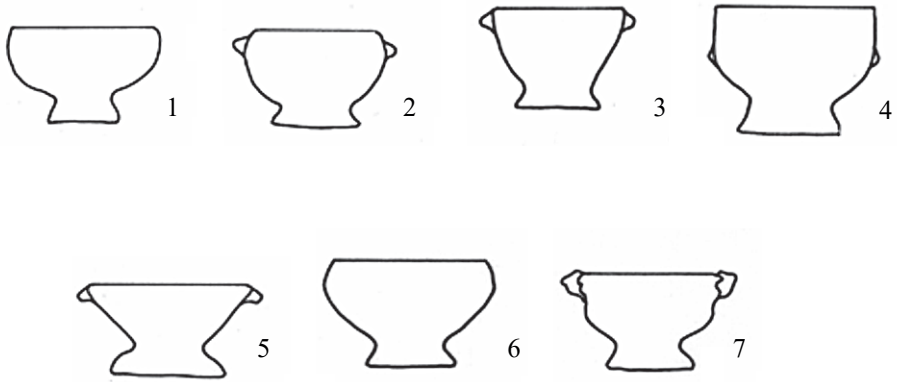


Figura 53.
Formas de la cerámica del Grupo IV.



Figura 54.
Vasijas del Grupo IV.

Grupo V

Grupo conformado por vasijas abiertas conocidas con el nombre de *platos*. Su frecuencia fue mínima, presentándose sólo un ejemplar en la UE-18. Su base era cóncava y tenía dos asas laterales aplicadas sobre los bordes. Sus dimensiones fueron: diámetro de la boca 53 cm, y altura: 13.4 cm (Figura 55:28). Este tipo de vasijas es común en el universo cerámico Quimbaya Tardío del Valle Geográfico del río Cauca. Su presencia es más frecuente en sitios arqueológicos del norte del Valle del Cauca fechados entre los siglos IX y XIII d.C., como lo demuestran recientes excavaciones realizadas en el municipio de Obando (Rodríguez 1996c: Láminas 39 y 40).

Grupo VI

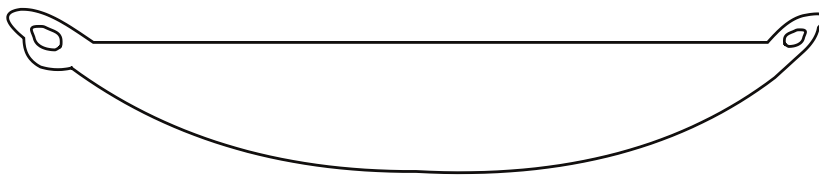


Figura 55.

Formas de la cerámica del Grupo V.

Lo conforman los cántaros, los cuales podemos agrupar en tres tipos. Al igual que los cuencos con base son bastante frecuentes. Todas las características tecnológicas en cuanto a cocción, pasta y desgrasante son muy similares a las de los grupos de vasijas ya descritos. La técnica de manufactura es el enrollado. La mayoría de los cántaros que conocemos son de cuerpo esférico y corresponderían al *Tipo 1*. La *Variante 1* de este tipo serían aquellos cántaros con base cóncava o semiesférica, cuello de paredes cóncavas o convexas paralelas, borde evertido y labio generalmente redondeado (Figura 56:1; Figura 57:1,2,3). Como decoración pueden presentar: *a*) pintura positiva roja cubriendo solo el labio o todo el cuerpo externo; *b*) pintura roja zonal en tres conjuntos de franjas verticales paralelas sobre el cuerpo y tres pelotillas aplicadas (Figura 66:65, 66); *c*) pintura bicroma (negativa) representada por diseños triangulares negros sobre fondo rojo (Figura 66:70); *d*) incisiones triangulares dispuestas sobre el cuello (Figura 65:41; Figura y 56: 9); *e*) rostros humanos compuestos por nariz y nariguera circular aplicados, orejas con tres perforaciones circulares y ojos “granos de café” con incisiones horizontales a manera de tatuaje.

A la *Variante 2* pertenecerían los cántaros con un cuello mediano y largo, casi tubular, cuya superficie está decorada con motivos antropomorfos (Figura 56:2,3;).

Se trata de rostros en los cuales los ojos son aplicaciones “grano de café”, la nariz es una aplicación vertical protuberante, así como también la nariguera circular. Algunos presentan una especie de collar aplicado sobre el límite del cuerpo superior con el cuello y otros franjas verticales de pintura positiva roja. Asociados con este tipo están unos recipientes grandes (de hasta 50 cm de altura) los cuales han podido ser bifuncionales. Inicialmente, elaborados para conservar bastantes cantidades de líquidos (¿chicha?) y posteriormente, utilizados como probables urnas funerarias. Su decoración es eminentemente antropomorfa. En algunos de ellos hay una representación de nariz con nariguera aplicados, ojos tipo “grano de café”; a cada lado de cada ojo aparece un conjunto de tres líneas incisas verticales paralelas; sobre las orejas hay tres bandas de arcilla representando orejeras. El rostro tiene franjas verticales de pintura roja, la cual cubre igualmente el labio y sobre la parte superior del cuerpo hay un collar aplicado y dos bandas de arcilla en forma de medialuna (Figura 67:16). Otra variante tiene nariz y nariguera aplicadas en forma de medialuna y ojo “grano de café”. A cada lado del ojo hay tres líneas incisas verticales paralelas e igualmente, una franja de pintura roja, que cubre también el labio. Las orejas son dos rectángulos macizos aplicados verticalmente, sobre los cuales hay tres bandas de arcilla representando las orejeras. A manera de collar fue hecho un cordón aplicado sobre la parte superior del cuerpo y sobre la frente hay una hilera horizontal de círculos impresos (Figura 67:17).

Por último, se conocen también cántaros que presentan en su cuello nariz y nariguera aplicados sobre la parte central; a cada lado de cada ojo “grano de café” hay un conjunto de cinco líneas incisas, verticales, paralelas. Todo el rostro, a excepción de los espacios cubiertos por las líneas incisas, tiene pintura roja, la cual también cubre el labio (Figura 67: 5).

Al *Tipo 2* corresponden los cántaros con cuerpo ovoidal o en forma de pera (Figura 56:4,5 30). Usualmente, están decorados sólo con pintura roja cubriendo todo el cuerpo exterior; aún cuando también hay ejemplares con incisiones triangulares en la parte superior del cuerpo.

El *Tipo 3* estaría constituido por cántaros de cuerpo esférico y cuello tubular mediano o largo, y los cuales se parecen a botellones. El cuerpo y el cuello pueden presentar bandas verticales de pintura positiva roja. El cuello además, tiene rostro tatuado con nariguera aplicada (Figura 56:6.7; Figura 57:4,5).

Finalmente, el *Tipo 4* lo conforman los cántaros de cuerpo cilíndrico con cuatro asas, los cuales representan uno de los tipos más representativos del “Complejo Cerámico Guabas” (Figuras 56:8; Figura 57:6,7,8,9). Las paredes del cuerpo son casi rectas o tendiendo a convexas paralelas, borde directo y labio redondeado, dos asas macizas aplicadas horizontalmente debajo del borde y dos en la parte inferior del cuerpo. El alisamiento externo es bueno y tienen arena mediana y

tiesto triturado como desgrasante. Normalmente en su decoración puede aparecer: a) pintura roja cubriendo todo el cuerpo interno y externo; b) acanaladura hecha con el dedo debajo del borde y líneas incisas formando un triángulo, dentro del cual a su vez aparecen triángulos hechos por presión; c) rostros humanos en diferentes composiciones, desde las formas más realistas hasta el máximo nivel de estilización: nariz con nariguera circular aplicadas, ojos “grano de café”, dos triángulos incisos enmarcando cada ojo (Figura 67:10); estilización donde desaparece la nariz quedando sólo la nariguera aplicada en forma de medialuna y en cuyo interior hay dos impresiones representando las fosas nasales.

A cada lado de la nariz hay dos aplicaciones que también tienen impresiones en su interior. De cada una de estas aplicaciones salen dos franjas incisas con tres zonas oblicuas decoradas con triángulos hechos por presión. Sobre la “frente” se han realizado cuadritos impresos. Pintura roja cubre el labio, las asas y los sectores entre la decoración impresa e incisa (Figura 67:26). En otra variante, muy similar a la anterior, ya no están presentes las orejas ni los ojos, pero continúa la nariz con sus dos fosas nasales y el tatuaje triangular (Figura 67:25). Con esta variante estaría asociado otro diseño en el cual aparece sólo la nariguera y bandas incisas con triángulos hechos por presión en su interior (Figura 67:24). Las dimensiones de los cántaros del primer tipo son las siguientes: altura total de 16-26 cm, altura del cuello de 1.5-2.5 cm, diámetro de la base de 12-15 cm, diámetro del cuerpo de 20-22.5 cm y diámetro del cuello de 5-8 cm. Los cántaros de cuello antropomorfo tenían altura total de 24-34 cm, altura del cuello de 4-12 cm; mientras en los cántaros-urnas (?) la altura total puede alcanzar hasta los 50 cm, una altura de cuello de 8.5-10 cm, un diámetro de la boca de 30-32 cm. En el Tipo 2, 3 y 4, la altura total está entre 10 y 25 cm, diámetro del cuerpo de 10-15 cm, diámetro de la base de 8-13 cm y diámetro de la boca de 5-15 cm.

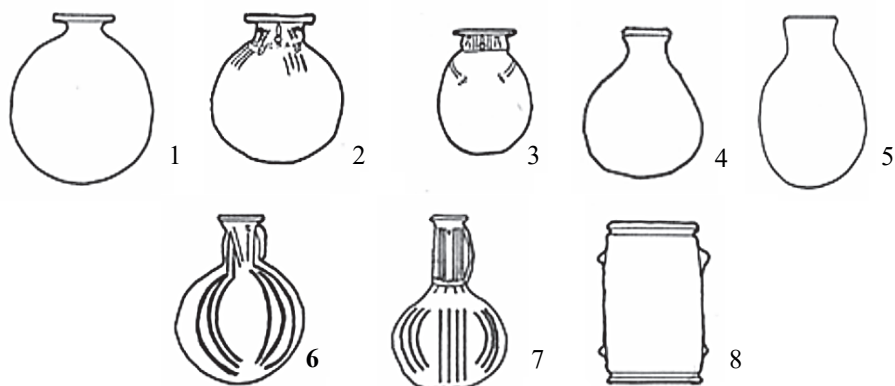


Figura 56.

Formas de la cerámica del Grupo VI.



Figura 57.
Vasijas del Grupo VI.

Grupo VII

Poporos. El único ejemplar de este grupo cerámico se presentó en la UE-23. Tenía cuerpo en forma de pera, borde invertido y labio recto. Pintura positiva roja (10R4/8) cubría toda la superficie externa del cuerpo. Sus dimensiones fueron: diámetro del cuerpo 5.3 cm, diámetro de la boca de 2.8 cm, altura de 5.3 cm (Figura 58:1,2).

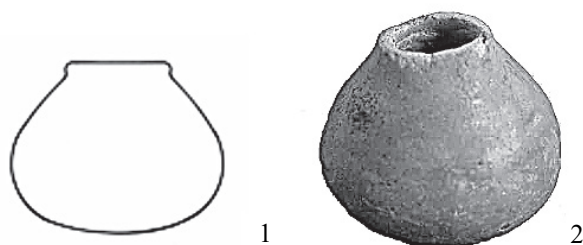


Figura 58.

Formas de la cerámica del Grupo VII

Grupo VIII

Conformado por objetos conocidos como maceradores o morteros, los cuales fueron utilizados seguramente para macerar vegetales o pequeñas semillas. El único ejemplar apareció a la entrada de la cámara de la UE-28. Era macizo y de acabado burdo y en su superficie externa su color era 10R7/3. Dimensiones: superficie de uso de 5 cm, altura de 7.5 cm (Figura 59). Objetos con formas similares eran usados y enterrados como ajuar funerario también por los representantes del cacicazgo de Obando en el norte del Valle del Cauca (Rodríguez 1996c: Lámina 45).



Figura 59.

Mortero del Grupo VIII.

Grupo IX

A este grupo pertenecen los volantes de huso. Por su forma general se presentan dos grandes tipos. El *Tipo 1* corresponde a aquellos volantes que tienen cuerpo simple. La *Variante 1* de este tipo no presenta cuello y su cuerpo tiende a ser piramidal con paredes cóncavas o casi rectas convergentes (Figura 60:1). En algunos casos tienen forma piramidal truncada en su parte superior (Figura 60:2). La *Variante 2* corresponde a los volantes de cuerpo triangular con cuello de paredes rectas paralelas o levemente cóncavas convergentes (Figura 60:3,4;). En todos los volantes de este primer tipo la base es circular o cuadrangular plana y está perforada por un círculo central (Figura 60:5).

En el Tipo 2 los volantes presentan cuerpo compuesto con dos variantes bien definidas. En la *Variante 1* el cuerpo inferior presenta paredes rectas paralelas, mientras el cuerpo superior se caracteriza por tener paredes cóncavas convergentes (Figura 60:6). En los volantes de la *Variante 2* las paredes del cuerpo inferior pueden ser casi rectas, divergentes; mientras que las del cuerpo superior tienden a ser o rectas o cóncavas convergentes (Figura 60:7,8). Finalmente, en los volantes de la *Variante 3* las paredes del cuerpo inferior pueden ser casi rectas o convexas paralelas y las del cuerpo superior convexas convergentes. En todas las variantes anteriores la base es circular o cuadrangular convexa con un círculo central.

La decoración, que usualmente cubre todas las partes del volante (base, cuerpo y cuello), fue realizada utilizando tres técnicas básicas: incisión (rayas), impresión (círculos y puntos) y empastado con cal de las rayas, círculos y puntos. El diseño decorativo que es en su totalidad geométrico, fue plasmado en tres formas básicas: triangular, circular y cuadrada. Como sus elementos básicos aparecen el punto y la línea y los motivos principales son el triángulo, el rombo, el círculo y el cuadrado. Los motivos básicos del diseño están presentes en los cuellos de los volantes donde se representa desde las líneas horizontales continuas o intermitentes (dividiendo el cuello en una, dos o tres partes), hasta el conjunto de líneas verticales y triángulos simples o unidos por el vértice.

Un nuevo grado de complejidad podemos observarlo en la decoración de la base y el cuerpo, donde la distribución espacial de los elementos ya mencionados y su combinación forman los motivos esenciales que constituyen en su conjunto lo que podríamos denominar la *estructura general del diseño*. Así, aparecen: líneas horizontales continuas o intermitentes, círculos con punto central dispuestos horizontal y verticalmente, hileras de líneas oblicuas, líneas horizontales simples o con puntos y círculos dispuestos horizontalmente, líneas verticales con círculo y puntos dispuestos horizontalmente con círculo, triángulos con círculos externos e internos, rombos simples con círculo y punto en el centro, triángulos simples o dobles rellenos con líneas oblicuas y círculos o triángulos unidos por el vértice formando rombos (Rodríguez y Jaramillo 1993).

Vistas en planta, estas diferentes composiciones forman en el círculo o el cuadrado una estructura que puede ser: simple, dual, triangular, cuadrangular y pentagonal. En la *estructura simple* los motivos forman un todo dispuesto, usualmente en círculo. Los elementos más comunes son puntos y líneas simples (Figura 60:6). Este diseño simple aparece casi que exclusivamente en la decoración de las bases y podría ser considerado como una estructura con *simetría de punto*. La *estructura dual* se caracteriza por la división de su composición en dos partes más o menos simétricas. Allí aparece una *simetría de eje o plano*, en la cual el eje central separa figuras que aparecen invertidas. En las bases pueden aparecer dos franjas circulares con líneas en su interior. Como sugieren Rodríguez y Jaramillo (1993:16), este diseño se vuelve más complejo en el cuerpo de los volantes donde la división en dos zonas está claramente delimitada por una especie de franja central. Dentro de esta franja pueden aparecer: triángulos unidos por el vértice formando rombos acompañados de círculos y puntos, triángulos decorados con líneas intermitentes combinadas con círculos, representaciones estilizadas de aves, mariposas, murciélagos y peces. Por su parte, la *estructura triangular* sugiere la división del espacio decorado en tres partes también más o menos simétricas. Pueden aparecer en el cuerpo tres triángulos con círculos incisos y puntos impresos en su interior, o en la base tres círculos dispuestos en triángulo con punto central definiendo espacios con rayas (Figura 60:9). Asimismo, tres franjas en cuyo interior hay: líneas horizontales simples e intermitentes, líneas verticales oblicuas formando motivos tipo “espina de pescado”, aves estilizadas cuyo cuerpo y alas se transmiten por medio de triángulos y la cabeza y los ojos por círculos y puntos.

La *estructura cuadrangular* incluye cuatro divisiones en cada una de las cuales fueron hechos elementos y motivos de diseño similares. En las bases pueden aparecer: cuadrados con círculos, puntos y rayas, cuatro triángulos con puntos en su interior, combinados con un círculo central o cuatro triángulos formados con líneas continuas e intermitentes combinados con círculos (Figura 60: 8, 10,11). En el cuerpo la distribución cuadrangular se ordena de formas diferentes. Algunos ejemplares tienen círculos dispuestos en cruz, otros presentan cuatro franjas dispuestas en forma de cruz con cuatro triángulos formando estrellas (Figura 60: 8,11). Una composición similar incluye rayas o puntos dentro de los triángulos y círculos simples o concéntricos. Composiciones más complejas están compuestas por rombos con círculos y puntos en su interior y posibles estilizaciones de búhos o mariposas logradas por triángulos y círculos. Y finalmente, algunos volantes tenían lo que podríamos considerar una *estructura pentagonal* del diseño. Algunas bases presentan cinco segmentos que forman un polígono de cinco lados o estrella de cinco picos (Figura 60-12).

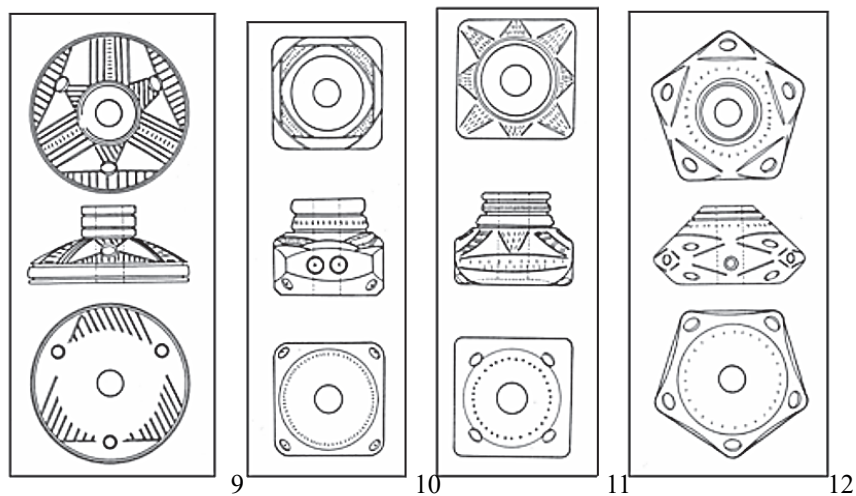
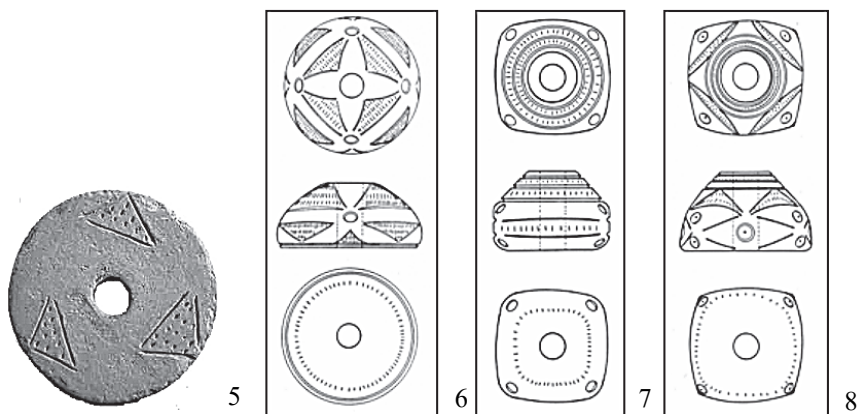
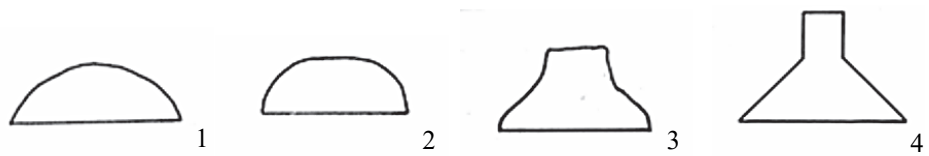


Figura 60.
Formas y decoraciones de los volantes de huso del Grupo IX.

Esta estructura, básica del diseño de Guabas, es muy similar a la que presentan los volantes de huso de las regiones del norte del Valle del Cauca y el Viejo Caldas, consideradas tradicionalmente Quimbaya (Rodríguez 1996c). Homogeneidad estilística que consideramos podría estar significando una cierta unidad cultural y posiblemente étnica. Las diferencias encontradas en el análisis de los volantes de huso de estas tres regiones, podrían explicarse por la existencia de diversas variantes locales de desarrollo de una misma cultura.

Grupo X

Grupo conformado por los sellos utilizados seguramente para hacer estampados sobre superficies planas o sobre el cuerpo humano. Uno de estos objetos fue hallado en la UE-14. Su forma era cónica muy parecida a un volante de huso, pero sin perforación central. Su base circular poseía un motivo en forma de espiral. Altura de 8 cm y 14 cm de diámetro de la base.

Grupo XI

Grupo conformado por los objetos cerámicos conocidos como *rodillos*. El único ejemplar entero de este grupo apareció en la UE-30. Su forma es cilíndrica hueca con decoración geométrica diametralmente opuesta; por un lado tiene incisiones romboidales de plano contrastado y del otro, rombos perforados (Figura 61). Por otra parte, en el depósito de desechos UE-38 se encontró un fragmento de rodillo hueco con decoración excisa triangular, líneas paralelas en plano contrastado e incisiones horizontales.



Figura 61.
Rodillo del Grupo XI.

Grupo XII

Lo conforman las figuras antropomorfas, las cuales pueden ser huecas, macizas o tener el cuerpo hueco y las piernas macizas. En el *Tipo 1*, su cuerpo tiende a cilíndrico. Por regla general, representan individuos de sexo masculino en posición de pie con las manos ausentes, o colocadas sobre el pecho o sobre el estómago (Figura 62:1, 2, 3,4). Son piezas elaboradas por las técnicas del modelado directo y la aplicación y representan las características

morfológicas típicas del “Estilo Quimbaya Tardío”. El alisamiento externo es bueno y tienen pasta fina o medio burda con arena como desgrasante. En los individuos representados de pie, la cabeza tiende casi siempre a ser triangular, ojos aplicados tipo “grano de café”, nariz protuberante aplicada. En algunos casos, ésta tiene perforación para colocar una nariguera de metal.

Usualmente, la boca se transmite por incisiones horizontales profundas o “grano de café”. En las orejas hay perforaciones, que junto con las que aparecen en los hombros o axilas, sirvieron seguramente para pasar un cordel y colgar la figura. Las manos, representadas por incisiones profundas, están colocadas sobre el pecho o el estómago. En algunos ejemplares, aparecen acanaladuras impresas en el hombro, las muñecas y las piernas, que corresponden seguramente a algún tipo de decoración corporal de los individuos representados. Estas acanaladuras están presentes también en el cuerpo en forma de línea vertical, o en la espalda, o también, formando un triángulo en el pecho. Todas las figuras estudiadas de este tipo son masculinas y tienen representado un pene. Los pies son cortos con relación a la figura total y los dedos aparecen como incisiones profundas.

Es común la decoración facial, a manera de tatuaje, hecha con incisiones horizontales y verticales, usualmente acompañadas de pintura positiva roja, o simplemente franjas de pintura roja. El *Tipo 2* lo conformarían figurinas antropomorfas macizas, que seguramente servían de “amuletos”, presentan orificio para ser colgadas, “tatuajes” en el rostro hechos por incisión y puntos en el cuello simulando collares (Figura 63:1, 2). La altura de estas figuras puede oscilar entre 2 y 25 cm, mientras que el diámetro de la cabeza puede estar entre 2 y 15 cm.

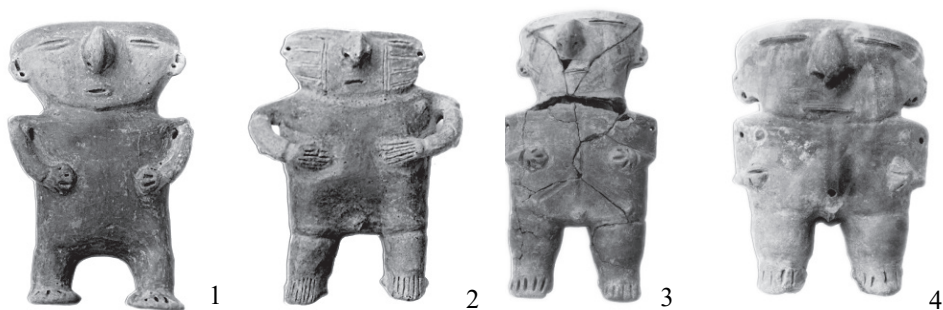


Figura 62.

Figurinas del Tipo 1, Grupo XII.



Figura 63.

Figurinas del Tipo 2, Grupo XII.

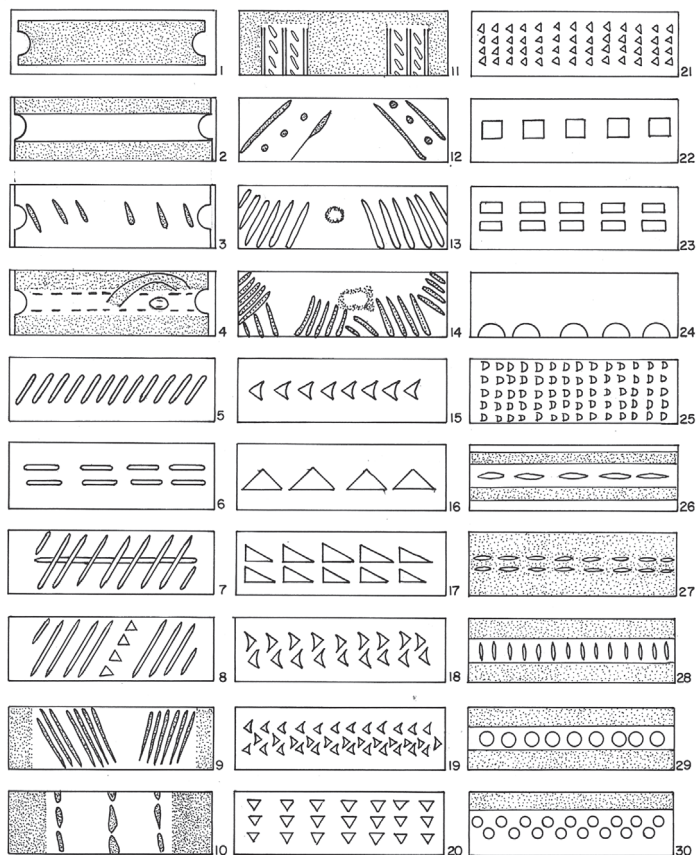


Figura 64.

Elementos y composiciones geométricas (incisión e impresión), utilizados en la decoración de la cerámica del Cacicazgo de Guabas.

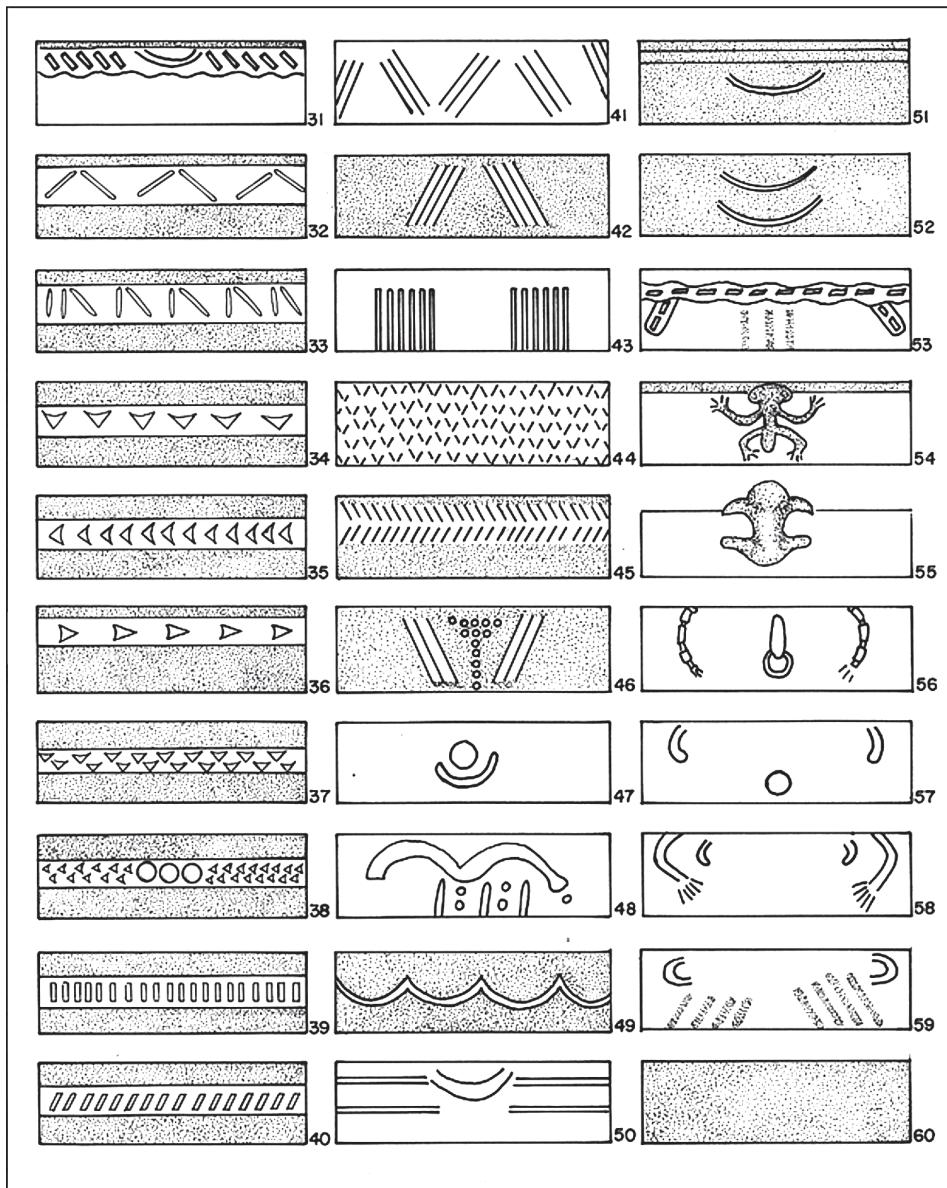


Figura 65.

Elementos y composiciones geométricas y zoomorfas (impresión, aplicación y pintura), utilizados en la decoración de la cerámica del Cacicazgo de Guabas.

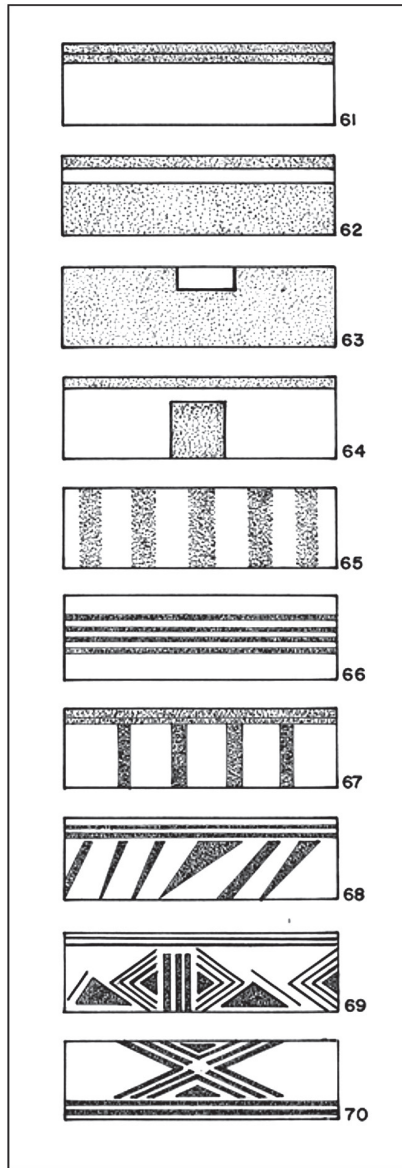


Figura 66.
Elementos y composiciones geométricas (pintura positiva y negativa), utilizados en la decoración de la cerámica del Cacicazgo de Guabas.

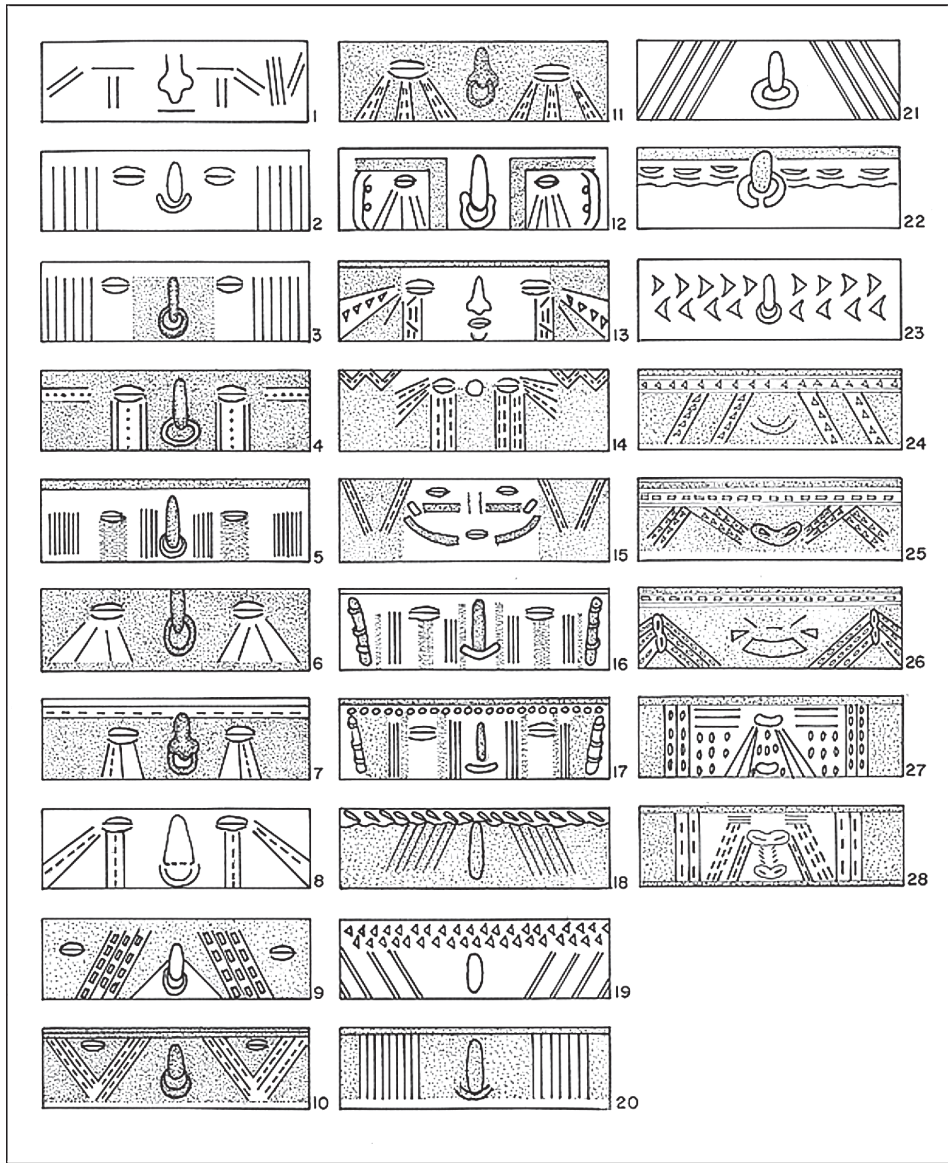


Figura 67.

Elementos y composiciones antropomorfas (incisión, impresión, aplicación y pintura), utilizados en la decoración de la cerámica del Cacicazgo de Guabas.

Cerámica de la Cultura Ilama

Como ya lo anotamos en la UE-43 se encontró un vaso antropomorfo como parte del ajuar funerario de una mujer de 45-50 años que fue enterrada en posición fetal. Este se encontró bocabajo ubicado a la altura de la mandíbula. Se trata de una vasija ritual conocida con el nombre de “patón”, con unos pies grandes que le sirven de base, cubierto totalmente de pintura positiva roja y con incisiones finas representando el cabello y tatuaje corporal (Figura 68).



Figura 68.

Figura antropomorfa masculina tipo “patón” encontrada en la UE-43.

Desde el comienzo del capítulo se resaltó la importancia de la cerámica dentro del análisis de la sociedad del cacicazgo de Guabas. Partiendo de la base de que los restos materiales son producto de la actividad social, se resalta la idea de que “existe una relación directa entre el objeto y la sociedad que lo produjo” (Lumbreras 1987:3). A partir de esta premisa podemos deducir la relación de la producción alfarera con diversas actividades sociales como la textilería, la producción, preparación, almacenamiento y consumo de alimentos, costumbres funerarias, jerarquización, sexo, edad y lo más importante, el mundo simbólico que relaciona todos los aspectos anteriores de manera intrínseca, expresándolos a través de estilos, formas y decoraciones.

En cuanto a la actividad textil, podemos deducir que fue de gran importancia para los antiguos habitantes del cacicazgo de Guabas, sustentado por la cantidad de elementos propios de esta industria (volantes de huso, rodillos y sellos) hallados en las excavaciones; es posible que constituyera un renglón

importante de la economía, permitiendo el intercambio con productos procedentes de grupos del mar Pacífico y de grupos de las cordillera Central y Occidental, tal como lo evidencian los hallazgos arqueológicos de objetos elaborados en concha marina y la presencia de rasgos estilísticos cerámicos de grupos cordilleranos contemporáneos.

Documentos etnohistóricos, describen la importancia de esta actividad, tal como lo expresa Castellanos (1944:459), al referirse a los habitantes ribereños de Cali: *“En una gruesa caña cabalgando, y en ella de su vino cierta pieza Como botija, con los pies bogando Donde su voluntad las endereza; con rueca y huso todas van hilando Cesta de fructa sobre la cabeza, Y ansi pasan el río más derechas Que por carreras llanas y bien hechas”*.

Por otra parte, Pedro Cieza de León ([1553]1962:95), se refiere al vestuario de los gorriones de la siguiente forma: *“...no visten más que los maures, que he dicho traen los demás indios; las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodón”*.

Los objetos cerámicos asociados a la textilería, además de cumplir una función económica, también tuvieron un uso estético y simbólico, expresado a través de una profusa decoración geométrica (Rodríguez y Jaramillo 1993). Es por ello que estos variados diseños con representaciones simbólicas estampados en sus ropajes, eran ofrendados a sus muertos en su último rito de paso, como es expresado por Cieza de León, ([1553]1962:72), al referirse a los Ansermas, ubicados en el valle medio del río Cauca: *“Muerto algún principal o señor, lo meten dentro con mucho llantos, echando con él todas sus armas y ropa y oro que tiene y comida”*. Igualmente, cuando describe a los gorriones de la suela plana del valle del río Cauca: *“Los muertos que son más principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, que son tan largas como tres varas y tan anchas como dos”* (Ibíd.:95).

Otro hecho que nos puede indicar la actividad textil, es el hallazgo de fibras de una estera calcinada sobre la cual fue depositado el niño de la tumba UE-8 (Rodríguez 1994). Por otro lado, una prueba que nos refuerza aún más la importancia de la textilería, es el hallazgo de volantes de huso en entierros rituales (UE-32 y 41), lo cual posiblemente se trate de una simbolización a través de este artefacto del deseo de la comunidad porque la actividad textil fuera abundante y continuara en el más allá.

Al observar la relación entre sexo y actividad textil en la muestra hallada en Guacarí, se encontraron seis tumbas con presencia de artefactos relacionados a esta actividad con individuos de sexo femenino, en tres de ellas las mujeres estaban enterradas con hombres, mientras que las tres restantes eran únicamente de mujeres; se hallaron dos tumbas exclusivamente con hombres asociados a volantes de huso.

Lo anterior no descarta la idea de que la actividad textil fuera básicamente una especialidad femenina, los dos últimos casos podrían ser situaciones especiales.

Por otra parte, el uso de la cerámica para la preparación, cocción, almacenamiento y transporte de alimentos, en los ritos funerarios parten como lo expresa Eckert (1945:103), de la idea del cadáver viviente: *“Aunque el muerto se encontrara en la sepultura o en un lejano reino de los muertos, para sus parientes seguía siendo un ser viviente, un hombre con todas las debilidades, pasiones y deseos humanos. Satisfacerlos era deber supremo de la familia y de la tribu, acto de piedad y prudencia a la vez. La preocupación por la subsistencia del muerto era algo obvio y natural, y por ello eran colocadas en la sepultura comidas y bebidas”*.

Esta cerámica que en vida hacía parte de las actividades cotidianas, como todo objeto de origen social, contribuyó a resolver una necesidad dada, y por tanto, su condición social de origen es la que está asociada a su función (Lumbreras 1987). Para establecer la función de una vasija, se puede recurrir a: subjetivas analogías etnográficas, caer en especulaciones o inferir a partir del contexto arqueológico. Una vasija que fue construida con el fin de almacenar líquidos debe tener ciertos atributos y formas, tales como ser cerrada, de cuello restringido para evitar su rápida evaporación; pero puede ser usada en el almacenamiento de sólidos, cumplir función decorativa o ser empleada en rituales. En este caso se estaría desvirtuando su función en aras de su uso práctico, sin que esto cambie su función original.

Pero es necesario establecer su función básica con el elemento que le da más certeza y que lo aleja de la subjetividad, la forma. Por esta razón la clasificación tipológica realizada con las piezas cerámicas de Guacarí se hizo basándonos en atributos formales. A pesar de que debe ser diferente la forma de una vasija para contener líquidos a la de almacenar sólidos, la de preparación de alimentos, la de servir el alimento para su consumo y la que se debió elaborar exclusivamente para rituales, todas las piezas fueron encontradas en contexto funerario y su función original se vio encaminada al uso dado como parte del ajuar. Al ser la cerámica como ya se afirmó una producción de orden social, la función de ésta antes de ser depositada como ajuar funerario no varía sustancialmente. Es decir, las vasijas enterradas con sus muertos, bien pudieron ser las mismas usadas por la comunidad incluyendo al difunto y ser parte de su viaje como utilitarias, pero ahora con una alta carga simbólica.

Este fenómeno es descrito por varios cronistas, entre ellos Robledo ([1539-1541]1985:28, 30), quien nos comenta que: *“Las señoras... las sirven las criadas; solamente sirven ellas a sus maridos de la copa, la cual llevan cubierta cuando les van a dar de comer i hacen las salvas a manera de la de*

Castilla e incadas de rodillas delante de el... Cuando el Cacique meten en aquella bóveda, a un cabo de ella ponen sus armas e sillas en que se solían sentar, i tazas en que solía beber, e vasijas llenas de vino, i platos llenos de las maneras de manjares que el solía comer, i dicen que lo hacen para que coman de noche...”. También a Cieza de León ([1553]1985:20), le debemos esta interesante descripción: “Cuando los principales morían, hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, a donde los metían bien proveidos de comidas y sus armas y oro, si alguno tenían”.

La muerte de un miembro de la comunidad causaba una descomposición en el orden social, permitiendo el aglutinamiento alrededor del rito fúnebre. Este podría incluir especialidades gastronómicas y bebidas fermentadas como parte de la fiesta de la muerte, para las cuales utilizaron la vajilla de uso cotidiano. Lo que se comprueba al analizar varios grupos de vasijas dentro de las cuales había huellas de alimento, posiblemente chicha y restos de animales, como fue el caso de cuencos con base anular encontrados en las UE-20 y 32. Incluso es posible que se hubiera utilizado el fuego dentro del ritual, como lo evidencian abundantes huellas de carbón y la presencia de piedras de fogón en varias construcciones funerarias, en una de las cuales (UE-28), además se encontraron varias vasijas completas y otras fragmentadas, probablemente arrojadas intencionalmente en el pozo. Este tipo de evidencia se encontró igualmente en las tumbas UE-18 y 37, así como también en los denominados depósitos de desecho UE-35, 38 y 40 donde fueron halladas gran cantidad de vasijas fragmentadas.

Esta costumbre es documentada por Robledo ([1539-1541]1985:30), en la relación de algunos pueblos de la gobernación de Popayán: “...demás de las joyas que él solía poner, quiebranlo todo i hácenlo pedazos con piedras, i échanlo en la sepultura con él. Como cosa pues él muere que perezca todo”.

Un aspecto importante dentro del análisis de la cerámica son las decoraciones y diseños plasmados en las diferentes formas. Compartimos con Llanos (1988:64), la afirmación de que: “El alfarero cuando elabora sus cerámicos articula en su proceso, la materia prima, el desgrasante, sus conocimientos técnicos y su mundo mental, estilístico y simbólico, de acuerdo con la finalidad que ha preestablecido para sus piezas... las decoraciones... le permiten al arqueólogo apreciar de manera más explícita, la identidad cultural en el tiempo y en el espacio”.

En este sentido tenemos como ejemplo los volantes de huso, donde el círculo es uno de los motivos más recurrentes dentro de la muestra. Uribe y Cabrera (1988:59), sugieren que estas representaciones geométricas concéntricas en el diseño Pasto y Protopasto podrían significar espacios sociales tales como casas, tumbas, poblados y cementerios. Por otra parte, los diseños esquematizados de

animales pueden haber sido abstracción de la realidad, tal como lo considera Duncan (1989:226), al referirse a búhos, mariposas y peces, afirma que: *“... se constata la presencia, en la sociedad creadora de dicho arte, de un lenguaje simbólico bien estructurado, en el cual prima el triángulo y el círculo. Lo humano y lo divino presente en lo cotidiano fue expresado a través de símbolos geométricos. Estos signos abstractos comunican elementos de la cosmología y tienen que ver con fenómenos naturales y caracterización cognoscitiva”*.

Uno de los motivos que se presentaron dentro de la cerámica fue el humano, representado en caras sobre cuellos de cántaros, copas antropomorfas y figurillas antropomorfas. Para explicar este hecho, Eckert (1945:86-87), plantea una interesante teoría en la cual afirma que: *“Quizá ha sido esta identificación de la imagen y de la forma original la que movió a las tribus del Cauca a colocar en las sepulturas, figuras plásticas antropomórficas... estos vasos retratos tendrán que asegurar al muerto la continuidad de la vida, aún cuando el cuerpo entrara en descomposición... que estas figuras son imágenes representativas de muertos nos lo demuestra el hecho de que los ojos están cerrados, signo éste que nos indica que la persona respectiva carece de vida... al igual que las figuras encontradas en las huacas de Chimú, las del Cauca pretenden conservar la existencia corporal del muerto más allá de la muerte...”*.

Aunque esta explicación es bastante convincente, consideramos necesario mencionar otra posibilidad, y es la que narra Vasco (1987:91), al referirse a la cerámica de los actuales indígenas Embera-Chamí: *“Los chokó tienen carita como de cristiano, pero no es de cristiano, es de animal, según sea la persona. Hay personas de diferentes animales y la gente que hace los cántaros sabe cómo es la persona que lo encargó. Hay personas como de tigre y le hacen figura de tigre, otra es como mumuri y le hacen figura de mumuri. Pero todos son femeninos porque Betata era mujer... es obvio que las caras de los chokó no son retratos de las personas actuales, tras los rasgos de su cara la ceramista debe ver al animal que le corresponde, pero tampoco se trata de un animal corriente sino del jai de la persona, de su esencia, considerada por los indios como de figura de animal. De ahí que, aunque muchas veces las figuras de los chokó parece ser humana, siempre hay rasgos que indican que no lo es completamente: narices imposibles, manos de 3 ó 4 dedos, pintura facial felina, etc.”*.

Otro aspecto interesante que puede tenerse en cuenta es la relación que hace este autor entre cerámica y reproducción cultural. Al referirse a las figuras de los chokó (cántaros con apariencia antropomorfa), y su relación con el maíz y la mujer, afirma que: *“Chokó y mujer conforman la unidad que reproduce a la gente Embera”* (Vasco 1987:92). El cántaro dentro de su cuerpo lleva el maíz (chicha), símbolo de la cultura indígena; como la mujer lleva a su hijo

en gestación; al ser consumido se está reproduciendo a través de este acto simbólico su cultura.

El anterior ejemplo etnográfico es comparable con los cántaros antropomorfos hallados en las excavaciones, en los cuales se detectaron restos de alimento (posiblemente chicha), lo cual sugiere implicaciones simbólicas similares. Se reitera aquí como en otros casos expuestos, que las analogías tanto etnográficas como etnohistóricas se toman con cautela, ya que se es consciente de que ellas sirven más para recrear los argumentos que para sustentarlos.

En aspectos como el análisis de los diseños de la presente muestra puede decirse finalmente que, en su mayoría no corresponden a motivos individuales. Esto se puede deducir a partir del hecho de que se encuentran volantes de huso con decoraciones iguales en diferentes excavaciones, lo cual sería una prueba más de la profunda cohesión ideológica y social que poseía esta sociedad.

Ahora bien, también pudimos observar que las vasijas abiertas tales como copas y cuencos aparecieron en mayor porcentaje con respecto al de las vasijas cerradas como ollas y cántaros. Este hecho se puede relacionar con su funcionalidad, puesto que las vasijas abiertas sirven para contener y consumir líquidos y sólidos de manera individual, contraria a las vasijas cerradas que se relacionan más con el almacenaje, función culinaria y transporte, es decir, con actividades colectivas. Se notó igualmente que la mayoría de ofrendas de animales se encontraron en cuencos con base anular. Por otro lado, podríamos encontrar una relación interesante entre el tamaño de las vasijas del ajuar y su relación con la edad, pues mientras a los niños se les ofrendaron vasijas pequeñas, como es el caso de las UE-23 y 39, a los adultos se les colocaron vasijas de mayor tamaño, como en las UE-20, 28, 29 y 42. Asimismo, en todas las tumbas se presentó una importante relación entre cantidad del ajuar y calidad de sus piezas con jerarquización social. Los entierros de individuos posiblemente de alto rango estaban acompañados de abundante ajuar. Se observó también jerarquización sexual, especialmente en niños, pues en los de sexo masculino de las tumbas UE-8, 13 y 23 el ajuar era mayor que para los de sexo femenino como fue el caso de las tumbas UE-10, 12, 14 y 22.

NOTAS

¹ En los sitios estudiados se presentaron evidencias de tres estilos cerámicos: Ilima, Yotoco/Malagana y Quimbaya Tardío. La cerámica Ilima está representada por un vaso antropomorfo de sexo masculino, denominado tradicionalmente “patón”, el cual formaba parte del ajuar funerario de una mujer adulta enterrada en la UE-43. Se trata de una figura con pies grandes decorada con pintura positiva roja, que tiene un tocado realizado con incisiones finas verticales, las cuales también aparecen en parte de los brazos, mientras en las piernas ésta decoración se convierte en achurado cruzado (Figura 68). Por su parte, fragmentos de pitos de alcarrazas y de cuencos de pasta fina con bordes evertidos y levemente reforzados y pintura positiva roja en la superficie interna y roja y naranja en la superficie externa, típicos de la cultura Yotoco/Malagana, fueron hallados en las UE-44, 45. Y finalmente, la cerámica Quimbaya Tardío, la cual representó el 99% de los hallazgos encontrados, especialmente como ajuar funerario.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LÍTICOS

El hombre prehispánico al observar la dureza de las rocas y las características particulares de algunas de ellas, se adentró en el mágico mundo pétreo, del cual podían servirse al capturar su espíritu y transformarlo en elemento útil en diversas actividades. Esa pervivencia del material junto con su amplia gama de utilización le da ese carácter mágico-religioso. Es por ello que dentro de las moradas de los muertos prehispánicos de Guacarí, se depositaron elementos en piedra con una fuerte carga simbólica. Pues los líticos tienen para el hombre esa analogía con lo duradero, con lo trascendente, con lo eterno. Al constituirse en uno de los elementos más cercanos, las rocas fueron la materia prima óptima para la elaboración de instrumentos que le permitieron realizar las labores de subsistencia de una forma más fácil y cómoda; el hombre encontró diferentes grados de dureza en ellas, lo cual le permitió su utilización en las más diversas actividades.

Todo elemento cultural duradero tiene un ciclo de vida, aspecto que es necesario tener en cuenta en el momento de analizar el registro arqueológico, lo que denomina Schiffer (1990: 83), contexto sistémico, dividiéndolo en cinco procesos: *“obtención (procuramiento), manufactura, uso, mantenimiento y desecho”*.

El caso de yacimientos funerarios es especial en el sentido de que el registro no es producto de actividades en el sitio, sino de actividades rituales intencionales. Los artefactos que en vida tuvieron un uso específico, son colocados con los muertos con una finalidad diferente. Para los artefactos líticos se destaca que son elementos de larga duración que pueden ser reutilizados con el debido mantenimiento y de allí que tengan peso simbólico al ser “desechados” o depositados en sus tumbas.

DESCRIPCIÓN DEL MATERIAL

Para el análisis de los materiales líticos encontrados en Guacarí se tuvieron en cuenta planteamientos metodológicos que se han usado en los estudios líticos realizados en varias regiones del país y expuestos en varias publicaciones por

Correal y Van der Hammen (1977), Correal (1979, 1990), Castaño (1988) y Pinto y Peña (1992). El estudio de este tipo de objetos es de tipo descriptivo; en primer lugar se determinaron los componentes básicos del material, después se realizó la clasificación tipológica a partir de la técnica de fabricación y posteriormente se determinó la posible función tanto utilitaria como simbólica. Se obtuvo una muestra de 445 elementos en los diferentes tipos de excavaciones y algunos en recolección superficial en el área de los cementerios.

Componentes básicos del material lítico de Guacarí

Tomando como base el análisis macroscópico de los diferentes artefactos líticos hallados, se observó que los materiales más utilizados en la elaboración de éstos fueron muy variados y en su gran mayoría correspondieron a rocas ígneas, tanto plutónicas como volcánicas. Entre las más representativas se presentaron tonalitas, riolitas, dacitas, diabasas y basaltos. Las tonalitas (dioritas cuarcítica) son rocas intrusivas de composición ácida que presentan textura porfirítica y están compuestas de un 50-60% de plagioclasas, 20-25% de anfíboles (hornblenda), biotita (verde oscuro) y cuarzo. Las diabasas son rocas volcánicas básicas que presentan textura ofítica (grandes cristales de plagioclasa y piroxenos alotriomorfos). Mientras los basaltos son rocas volcánicas compuestas por plagioclasas cálcico sódicas y piroxenos, que presentan textura afanítica y en los que predomina el color verde oscuro. Además se encontraron algunos artefactos fabricados en sedimentitas y metamorfitas, que debido a su dureza sirvieron para tal fin.

Al analizar la geología del área de Guacarí pudimos observar que esta región se encuentra localizada sobre depósitos aluviales, por lo que se puede pensar que la mayoría del material lítico encontrado es alóctono, principalmente proveniente del flanco oriental de la cordillera Occidental donde aflora una espesa secuencia de rocas básicas eruptivas (Grupo diabásico). Otras rocas ígneas como tonalitas, riolitas y dacitas que no afloran tan cerca, son fácilmente encontradas en las márgenes del río Cauca, que dada la proximidad al área de estudio pudo constituirse como uno de los principales proveedores de materia prima para la fabricación de los instrumentos líticos.

Clasificación por técnica de fabricación

Se tomó la definición de artefacto de Dunnell (citado en Castaño 1988:7): *“...todo aquello que muestre cualquier atributo físico que pueda suponerse como resultado de la actividad humana”*.

La mayoría de objetos pertenecientes a la clasificación de *artefactos tallados* fueron elaborados mediante la técnica de percusión directa y algunos con retoques en el borde. Se encontraron varias categorías. Los artefactos líticos

tallados en su mayoría fueron elaborados sobre rocas de textura afanítica, dada su mayor dureza (6-7 en la escala de dureza de Mohs) y su resistencia al desgaste (basaltos).

Núcleos: Basados en Leroi-Gourhan *et al.* (1982), Pinto y Llanos (1997:52) definen este tipo de objetos como: “...*toda masa de materia prima tallada a la que se le ha realizado un proceso de lascado y de la cual se han extraído productos, pero no se ha fabricado ningún instrumento sobre él*”. La mayor parte de los núcleos recuperados en excavación y en recolección superficial no mostraron regularidad alguna que se destaque o formas diferenciales marcadas. En general son de reducido tamaño, inferior en diámetro a 10 cm, lo cual sugiere que la masa utilizada fue obtenida de cantos rodados de mediano tamaño. Algunos muestran retoques en sus extremos, lo que sugiere su utilización como instrumentos (raspadores o instrumentos múltiples). Los núcleos encontrados corresponden a fragmentos de basaltos de textura afanítica; En la muestra obtenida se identificaron 17 núcleos, distribuidos en los depósitos de desecho UE-38 y 44.

Lascas: todo fragmento de roca extraído intencionalmente de un núcleo, resultando diferentes clases de acuerdo a su morfología y función: concoidales, prismáticas, triangulares y atípicas. Las lascas obtenidas presentaron evidentes huellas de uso en uno o más bordes de utilización con líneas de desgaste oblicuas o paralelas al núcleo y aserramiento por desgaste; denotan que fueron obtenidas por percusión directa. Son artefactos con diversos usos dependiendo de su forma. Entre ellos raspar, cortar y perforar. Se hallaron lascas en las UE-13, 18, 20, 21, 22, 23, 27, 39, 41, 43 y 44. Las que presentaron mayor frecuencia fueron las lascas triangulares, seguidas por las atípicas y las concoidales.

Raspadores: “*Artefactos realizados en lascas modificadas, por percusión directa... la característica fundamental es la utilización de uno de sus bordes laterales que, de hecho, presenta un filo cortante empleado como hoja raspante*” (Castaño 1988:26). Se encontraron diferentes tipos de raspadores (terminales, discoidales y laterales), los cuales muestran un borde de utilización y líneas de desgaste perpendiculares al borde de uso. Se obtuvieron 16 raspadores distribuidos en los depósitos de desecho UE-25, 38 y 44 y en la tumba UE-18. Los raspadores terminales fueron los de mayor frecuencia, seguidos por los discoidales y los atípicos.

Se destaca la presencia de un raspador asociado a dos cuencos con base anular, hallado en el depósito ritual UE-33, el cual es muy representativo en el ámbito simbólico y podría haber estado ligado a la idea de enterrar el espíritu de la piedra, posiblemente pidiendo a la madre naturaleza beneficios en la otra vida.

Perforadores: artefactos de cuerpo delgado que presentan en uno de sus extremos una aguda punta, cuya función es realizar orificios en diversos materiales tales como cuero, madera y hueso. Es posible que mediante el uso

de estos instrumentos se hayan elaborado los orificios de las flautas en hueso y las cuentas de collar. En total se cuenta con cuatro perforadores distribuidos en las UE-38 y 44 en recolección superficial.

Instrumentos múltiples: artefactos tallados (lascas), que poseen varias funciones (perforar, raspar y cortar), se encontraron en las tumbas UE-33, 38 y en la recolección superficial.

Desechos de talla: son fragmentos de materia prima que no mostraron potencialidad alguna para haber sido usados como instrumentos. Asimismo, los pequeños desperdicios obtenidos al lascar la materia prima, que aunque pueden presentar filos, son inadecuados para su utilización. Aunque su frecuencia fue baja, se presentaron en los depósitos de desecho UE-38 y 44.

Artefactos pulidos: en su mayoría fueron fabricados en riolitas, dacitas y tonalitas; rocas que tienen una dureza mediana (4-6 en la escala de Mohs) y pueden trabajarse fácilmente. En algunos casos (para los metates), se fracturó la roca sirviéndose de cuñas, para obtener una superficie plana y así comenzar el proceso de pulimento. En otros, simplemente se utilizaron cantos rodados con las dimensiones y formas aproximadas del artefacto a fabricar, dependiendo de las necesidades; luego por fricción, con agua y arena, se les dio la forma adecuada. Se clasificaron según su función en:

a) Metates: rocas aplanadas o cóncavas de utilización constante como bases o plataformas de fricción, en las cuales es posible apreciar huellas de roce continuo de las manos de moler, tanto en la zona central del artefacto, como en las bandas laterales (Castaño 1988). Según la plataforma de fricción, el tipo de metate que se encontró en Guacará fue el de forma horizontal y oblicua, el cual presentó estrías de tipo longitudinal, especialmente sobre sus paredes laterales, lo que indica la utilización de manos largas y pesadas. Otro tipo menos frecuente fue el de forma cóncava, donde se observan huellas muy fuertes en la zona central. En cuanto a forma se destacaron los ovoides y rectangulares de lado redondeado. Su tamaño fue variable, uno de ellos tenía 60 cm de largo por 45 cm de ancho (UE-29), y fragmentos de 30 cm de largo por 20 cm de ancho. En total se hallaron quince metates algunos fragmentados, distribuidos en las UE-13, 15, 18, 28, 30, 31, 37 y 38, además de otros hallados en recolección superficial (Figura 69:1,2).

b) Manos de moler: artefactos pulidos elaborados sobre cantos rodados, cuya función es la maceración de cereales, granos y otros productos vegetales para la alimentación. Por lo general, presentan desgaste bifacial por frotamiento constante y no de choque. La forma más recurrente de la

muestra fue cuadrangular y ovoide, con tamaños variables entre 10 a 30 cm de longitud y hasta 10 cm de ancho. Se hallaron en total 21 manos de moler distribuidas en las UE-13, 17, 18, 24, 28, 29, 30, 31, 37 y 38 y algunas en recolección superficial. Dentro de esta clasificación hay manos alargadas de mayores dimensiones, que sugieren la utilización con las dos manos por su peso y para cubrir una mayor superficie de fricción. También se hallaron manos con tres superficies de uso (Figura 70:1,2).

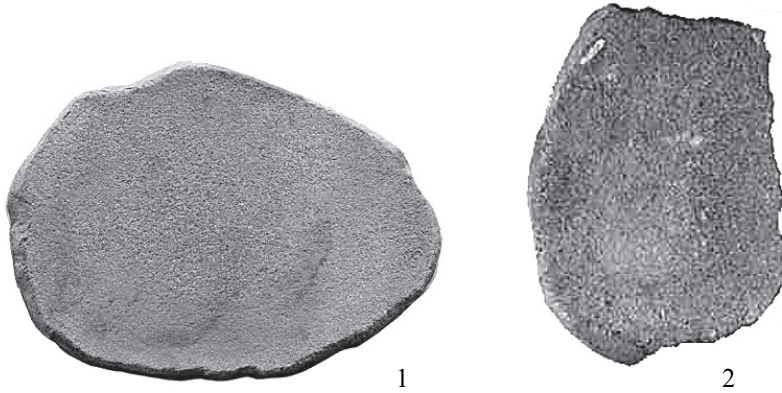


Figura 69.
Metates asociados con la molienda de vegetales, especialmente del maíz.

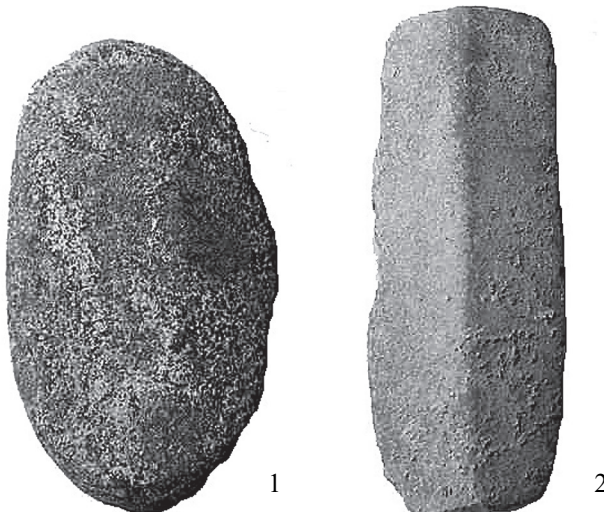


Figura 70.
Manos de moler.

c) *Molino*: placas grandes que muestran caras paralelas, superficies pulimentadas y huellas que indican su uso como base para moler productos vegetales (Correal 1990). La muestra obtenida contó con dos elementos hallados en recolección superficial en la zona del cementerio de la hacienda El Carmen.

d) *Machacador*: artefacto de forma ovoidal o cuadrangular que presenta desconchamiento en su lado de uso o perimetral, lo cual sugiere a un uso culinario. Se hallaron dos machacadores, uno perimetral en el depósito de desecho UE-38 y otro con picado bipolar en recolección superficial.

e) *Hacha*: herramienta formada por un cuerpo fuerte y una hoja ancha y aguda para cortar. En todos los casos las hachas poseen un solo lado útil (hoja de corte), paralelo al mango de madera que debió poseer en su vida útil. Se utilizan para cortar a golpe (Castaño 1988). La única hallada en la investigación fue un artefacto pulido de forma rectangular; en su parte más ancha se encuentra una superficie tallada formando un ángulo filoso, en su parte superior e inferior tiene adherido caliche CaCO_3 . Este artefacto fue encontrado en el entierro ritual UE-34 y correspondió al único objeto colocado en la entrada de la cámara de esta estructura funeraria (Figura 71).



Figura 71.
Hacha.

f) *Instrumentos múltiples*: dentro de los artefactos pulidos se presentaron instrumentos que por sus huellas de uso, sugieren diversas utilidades. Por ejemplo en la tumba UE-13 se encontró una mano de moler con desgaste en la cara ventral y dorsal, con desconchado lateral que indica una función alterna como machacador. En general, las manos de moler presentaron como característica picados y desconchamientos perimetrales, laterales o bipolares, lo que supone usos como machacador, golpeador o yunque.

Dentro de este grupo se incluyeron artefactos que presentan alisamiento por fricción en tres caras, con desconchado y picado tanto laterales como bipolares, que pudieron tener usos múltiples tales como manos de moler, machacadores, cavadores para agricultura o apertura de tumbas. Uno de estos artefactos de llamativos colores, fue hallado como parte del ajuar de la tumba UE-23.

Se presentó también otro material lítico, que si bien no presentó huellas de uso por mano humana, si fue frecuente dentro de algunas construcciones funerarias. Se trata de los cantos rodados de diversos tamaños y los fragmentos de cuarzo lechoso. Se destacan los cantos rodados con hollín adherido, hallados en el pozo de la tumba UE-28 asociados a abundante carbón, por lo que se infiere que se trató de piedras de fogón. Fue común la aparición de pequeños fragmentos de cuarzo en tumbas y depósitos de desecho, cobrando importancia dentro de su mundo simbólico. También se hallaron en la tumba UE-43 (Ilama) dos cuentas de collar alargadas elaboradas en piedra caliza, una con representación zoomorfa y la otra con incisiones paralelas e inclinadas que la rodean.

ANÁLISIS DEL MATERIAL

Entre los materiales líticos utilizados como herramientas de trabajo en la sociedad prehispánica de Guacarí, se destaca la gran cantidad de artefactos pulidos que tienen infinidad de posibles usos, entre ellos: agricultura, actividades de molienda (culinaria), elaboración de construcciones funerarias; los artefactos tallados se relacionan con actividades de caza y destasajeo de animales para consumo alimenticio, procesamiento de pieles para su utilización en construcción de viviendas y vestido, armas, producción del fuego, amuletos (cuarzo lechoso), como base de fogones, como pulidores de cerámica, para talar árboles y también para triturar desgrasantes de cerámica entre otros.

En las crónicas españolas podemos encontrar algunas referencias a la utilización de objetos líticos en las actividades cotidianas de la población aborigen. Así, por ejemplo, Pascual de Andagoya nos dice que: *"...en esta provincia de Lili no comen maíz hecho pan, sino tostado o cocido, no embargante que tienen piedras en que lo muelen (para) hacer la chicha..."* (en Rodríguez 1992: 408).

Los metates por su tamaño, peso y su largo tiempo de utilización se constituyen en una herramienta que requiere de un gran trabajo tanto en la elaboración como en el transporte desde las viviendas hasta las construcciones funerarias. Este artefacto seguramente fue transmitido de generación a generación y usado en actividades de molienda de maíz y semillas o en la preparación de la

arcilla para alfarería. El desgaste de la granítica piedra es sinónimo de muchos años de utilización, guardando en su interior la magia de la tradición ancestral. Por ello merece ser colocada, durante el rito fúnebre, acompañando a los difuntos que lo inmortalizarán en su viaje a la otra vida. A parte de lo anterior, estos instrumentos podrían ser considerados como elementos de aglutinación social, tal como se observó con el metate hallado en la tumba UE-20, que por su forma, huellas de uso y tamaño, sugiere su utilización simultánea por dos personas, generando el diálogo y el acercamiento, convirtiendo las labores de molienda de maíz y semillas, o la preparación de la arcilla para las actividades alfareras, en un acontecimiento social.

Es inseparable el metate de la mano de moler, por eso ella está siempre presente, tal vez no con la misma fuerza simbólica ya que esta puede ser reemplazada fácilmente, pero sí con ese mensaje utilitario. En Guacarí se encontraron en diferentes tumbas y fueron mucho más frecuentes que los metates lo cual puede sugerir, que podían tener un carácter más individual.

A continuación se exponen algunos ejemplos que narra J. G. Frazer en *La rama dorada* acerca del simbolismo de la piedra para diferentes pueblos, lo cual puede recrear las posibles causas de la presencia de artefactos líticos en los cementerios prehispánicos de Guacarí. De acuerdo a dicho investigador algunos pueblos atribuyen poderes milagrosos a ciertas piedras que están ligadas a su mundo mítico. Se tiene en cuenta su forma, dándole poder no a la piedra misma, sino al espíritu que mora en ella. Otros consideraban que se puede lograr a través de la magia residente en las piedras, obtener beneficios tales como la lluvia. Algunas piedras de forma extraordinariamente larga son asociadas a poderosos y peligrosos espíritus, por lo cual son colocadas en las entradas de las casas como guardianes. Otra costumbre es recibir en el rito de iniciación una piedra en forma de ser humano o animal, ligando el alma a la piedra, por lo cual debe ser conservada, pasando a ser piedra-alma (Frazer 1993).

En el análisis simbólico de las tumbas de Guacarí se destacan los casos de las UE-22, 23 y 39 donde debajo de los cadáveres de niños fueron colocados pequeños líticos. En el caso específico de la tumba UE-39 donde el individuo enterrado es un feto de 3 a 4 meses de gestación, a la cual se le realizó aparentemente un sencillo rito fúnebre al ser enterrado en un pequeño pozo simple en el cual se le colocaron dos cuencos con base como ajuar y un fragmento de cuarzo lechoso debajo de la pelvis, se puede establecer una estrecha relación simbólica entre este instrumento sin pulir y un niño sin terminar su proceso de gestación; niño y piedra en bruto. Por otra parte, en la tumba UE-23 se colocó como parte del ajuar funerario de un niño de 4 años, un instrumento lítico bifacial alargado de variados colores. En este caso es posible que a tan especial objeto se le atribuyeran virtudes mágicas de carácter simbólico. También en el depósito ritual UE-34 se colocó como único objeto

enterrado en la cámara, un hacha de mano pulida, de fabricación burda. El hecho de encontrarse este objeto sin asociación a cadáver alguno y dentro de una construcción funeraria podría estar representando una fuerte asociación con el mundo simbólico, probablemente partiendo de la idea de piedra espíritu como se afirmó anteriormente.

En general, podríamos afirmar que los hombres prehispánicos de Guacarí integraron los líticos a su vida económica, social y espiritual, de una forma especial que denota un rico universo simbólico, convirtiéndose en un piñón importante dentro del engranaje de la maquinaria cultural.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA METALURGIA

Es posible que en la creencia de los habitantes del Guacarí prehispánico en la continuidad de la vida después de la muerte, se resaltara la importancia de los metales (oro-tumbaga) como material de poder y este fuera una de las razones para ser incluido dentro de algunas de sus tumbas. La incorruptibilidad de este material es algo que indudablemente maravilló a nuestros antepasados; su color amarillo está ligado al gran Dios Sol y por ende también a ritos de fecundidad, pues representa al padre creador.

Para hablar del oro como tal, se debe tener en cuenta que este maravilloso metal está ligado a un aspecto tecnológico, social y simbólico que marcó en gran medida al hombre de Guacarí. En la fase inicial del Período Tardío se comenzaron a generar para la zona cambios importantes en la industria metalúrgica. Diestros metalurgos plasmaron en los metales su visión del mundo, logrando a través de la experiencia enriquecer sus conocimientos sobre diferentes tipos de aleaciones. Para Plazas y Falchetti (1983:35): *“los cambios sociales acontecidos en el sur-occidente colombiano a partir de los siglos VI-VII d.C. se expresaron también en la orfebrería, cuya principal característica tecnológica comienza a ser el predominio de la tumbaga y las técnicas de fundición y dorado por oxidación. Se simplifican y homogeneizan al máximo las formas, entre las cuales priman las narigueras (torsales, semilunares o triangulares y circulares), orejeras (en espiral y circulares huecas), colgantes zoomorfos y pectorales acorazonados. Para Sonso temprano es característica una metalurgia sencilla y poco variada, que incluye narigueras, orejeras, cuentas de collar y objetos para insertar en la piel, elaborados básicamente en una aleación de cobre y oro (tumbaga)”*.

Todo ese universo de conocimientos adquiridos por milenios, se vuelca en ese momento hacia la producción de adornos sencillos, tal como lo expresa Herrera (1992: 166-167) refiriéndose a los Sonso, entre quienes los adornos personales eran: *“sencillas joyas fundidas en tumbaga, y con menor frecuencia, en oro de buena ley. Las más frecuentes son narigueras penanulares y torzales,*

orejeras en espiral, objetos para insertar en la piel y ocasionalmente pectorales acorazonados. Estos últimos son de silueta similar a aquellos espléndidos ejemplares de la Cultura Yotoco, pero allí termina la semejanza, pues la frágil delicadeza de la lámina repujada ha sido reemplazada por la pesada solidez del objeto plano fundido y la decoración ha desaparecido. El oro parece que se ha “democratizado” y esta tendencia con sus aspectos estéticos, técnicos y sociales trasciende los límites de Calima y es característica del suroccidente colombiano en la época de preconquista”.

Debemos resaltar el hecho de que estas descripciones sobre la orfebrería Sonso se asemejan al tipo y forma de material hallado en las excavaciones de Guacará, pudiéndose generalizar para ese período, la tendencia a la simplificación o a volver común el uso de metales para rituales.

Una idea que puede corroborar lo anterior es la búsqueda de una economía, que permitiera la producción de piezas metálicas a gran escala mediante la aleación de metales, logrando una mayor producción con menor cantidad de oro de difícil consecución y menor esfuerzo para el manejo de altas temperaturas, puesto que: *“rebaja los grados de fusión, de modo que si el oro funde a 1063 grados y el cobre a 1083, la aleación de ambos, con una proporción del 18% de cobre, permite fundir la mezcla a 880 grados, aproximadamente. Por estas razones de economía del mineral aurífero y de facilidad en el manejo de la liga, la tumbaga fue técnica generalizada en el mundo indígena prehispánico...”* (Barney Cabrera 1983: 347).

LOS METALES Y LA COTIDIANIDAD

La utilización de los metales (oro-tumbaga) como parte de la vida cotidiana en esta zona está referenciada por diferentes cronistas; el capitán Jorge Robledo [1539-1541] 1985:27), al referirse a algunos pueblos de la gobernación de Popayán afirmó: *“Traen los señores la cara muy pintada de diversas pinturas i colores i sus collares de oro al cuello i en las narices un carocorie de oro que pesa 16 ó 20 castellanos, que es a manera de barra de oro retorcida i les cae sobre la boca; i tienen por cima de las ventanas de las narices, unos agujerillos, de cada parte del suyo, donde ponen unas perillas de oro que pesarán cuatro o cinco castellanos, las cuales tienen unas asillas con que se tienen en los agujeros de las narices”.* El mismo autor agregó: *“Traen los señores por debajo del labio que está sobre la barba, hechos muchos agujeros que transpasen a la boca e por allí se meten unas barretas de oro, que los cristianos llamamos barbas /por barbotes/, por que andan colgando hasta enbajo de la barba, i son los agujeros algunos tan grandes que la comida se les sale por ellos, e traen sus caricories e sarcillos”* (Ibíd.:32).

Todo el desarrollo de la orfebrería en el valle medio del río Cauca, se realizó gracias a que, como nos narra Pérez de Barradas (1966:43): “*La riqueza de oro de los departamentos de Caldas, Valle del Cauca y Cauca ha sido extraordinaria en todo tiempo, los aluviones de los ríos acarreaban pepitas de oro y sus montañas estaban atravesadas por filones, unos y otros explotados en todo tiempo*”.

LOS HALLAZGOS DE ORFEBRERÍA Y SU ANÁLISIS

En las tumbas del cementerio prehispánico de la hacienda La Margarita fueron encontrados trece objetos de metal y cuatro en las tumbas de la hacienda El Carmen. Los análisis metalográficos determinaron que los principales metales utilizados para su elaboración fueron el oro, el cobre y en menor proporción la plata. En una aleación, con diferentes proporciones de cada uno de ellos fueron elaborados objetos de adorno facial como narigueras, aritos y cuentas de collar (Tabla 8).

Narigueras

Entre los objetos de metal encontrados en los cementerios prehispánicos de Guacarí, este fue el tipo de adorno facial con mayor representatividad. Un primer tipo de narigueras serían las de forma semilunar, elaboradas a partir de alambres macizos. En el entierro múltiple de la UE-2 se presentaron cinco ejemplares, y en la UE-3 se halló otro ejemplar. Tres fueron elaboradas en cobre y tres en tumbaga con una alta proporción de cobre (Tablas 8 y 9). En la UE-22 se halló otro ejemplar anular hecho en cobre con un alto nivel de corrosión y fracturas superficiales, mientras en el entierro múltiple de la UE-30, entre los restos óseos en desorden aparecieron fragmentos de una nariguera hecha con un alto porcentaje de cobre (Tablas 8, 9 y Figura 72:1). El segundo tipo lo conformarían las narigueras que presentaron forma de espiral y fueron elaboradas en un alambre macizo grueso y que tradicionalmente se conocen con el nombre de torsal. Uno de estos ejemplares se halló como parte del ajuar funerario de un niño de 7 años de edad, enterrado en la UE-13 (Figura 72:3), mientras otro torsal elaborado en oro de alta ley apareció cerca del maxilar de un niño de 4 años en la UE-23 (Tablas 8, 9 y Figura 72:2).

Orejas

En el entierro múltiple de la UE-42 se halló sobre uno de los cráneos, un objeto laminar en oro de forma discoidal, elaborado mediante la técnica de martillado y decorado con repujados en punto alrededor del disco; en la parte posterior le fue soldado un apéndice cuya posible función es atravesar la oreja a manera de arete. La pieza posee alto porcentaje de oro (Figura 73:1,2). Asociados por su función con las orejas, se presentaron cuatro aritos. Tres de ellos, elaborados a partir

de un alambre macizo, estaban en el entierro múltiple de la UE-2, mientras otro de forma casi circular, hecho a partir de una lámina, fue encontrado en la UE-3 (Tabla 8).



Figura 72.

Narigueras encontradas en diferentes unidades de excavación.

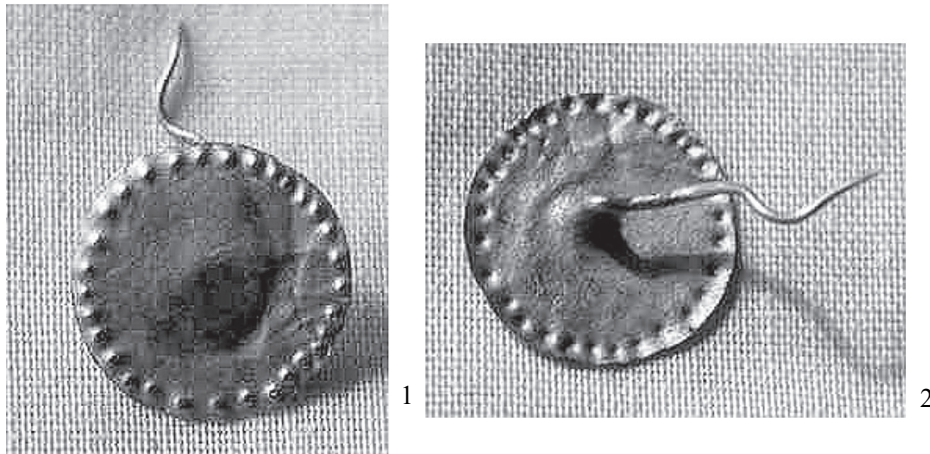


Figura 73.

Orejera encontrada en UE-42.

Cuentas de collar

Una sola cuenta de collar circular elaborada a partir de un alambre apareció con un collar disperso encontrado en la UE-2 (Tabla 8).

Fragmentos varios

También fueron hallados en la UE-2 fragmentos de varios objetos sin identificar. Algunos representan pequeñas láminas, mientras que otros parecen haber pertenecido a una pinza. En el análisis de estos fragmentos fue utilizado el método de espectroscopia de absorción atómica (Tabla 10).

Tanto por su composición metalográfica, como por su forma, estos objetos son muy similares a los que fueron encontrados recientemente en las tumbas prehispánicas de la hacienda Dardanelos, en el municipio de Obando (Tabla 11), (Rodríguez 1996b). Los materiales de ambos sitios (Guacarí y Obando) se caracterizan por la utilización de las técnicas de fundido y martillado, las cuales son representativas de la orfebrería Quimbaya Tardío (Uribe 1994:41).

Existen documentos etnohistóricos que resaltan la importancia de la utilización de metales a manera de ofrendas fúnebres, imprimiéndole un carácter de mayor riqueza simbólica. Cieza de León ([1553]1985: 40), al referirse a los gorriones del Valle del Cauca nos narra: *“a los muertos que son más principales... entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro...”*.

El brillo eterno de los metales, especialmente del oro, a través de la historia ha deslumbrado a la humanidad. Ha sido símbolo de riqueza y poder para soberanos y reyes, pero también ha causado sueños de grandeza en los pobres. Por el oro se mata y se vive, se lucha y se traiciona. Es increíble la transformación que sufre el hombre ante el preciado metal. Es por ello que ha sido móvil de su saqueo en América, desde la llegada de los europeos.

Los metales (especialmente el oro y la tumbaga) en el Guacarí prehispánico probablemente estaban ligados a símbolos de poder, aunque hay que tener cuidado con relacionar el hallazgo de elementos metálicos dentro del ajuar funerario de individuos que vivieron hace más de 10 siglos, con jerarquización y poder, pues sería caer en el error de basarse en parámetros mercantilistas actuales. El poder se relaciona más con aspectos espirituales especialmente por su brillo, unido al sol y su significado.

Dentro de nuestras investigaciones pudimos observar que las dos piezas de mejor factura y mayor porcentaje de oro (UE-23 y 42), se hallaron asociadas a abundantes ajuares; una de ellas hace clara alusión a este símbolo solar (Figura 72:1,2).

Es importante tener en cuenta algunas relaciones simbólicas realizadas por diferentes investigadores, con sus enfoques particulares acerca de diversas sociedades; esto permite recrear para la presente investigación los posibles significados dados a este metal, pues no hay que olvidar que todo poder y por ende el poder del oro surge a partir de mitos y ritos que lo sustentan. Se tiene la idea de que al poseer objetos de oro se puede obtener la fertilidad y por ende la inmortalidad por contagio del perenne metal. A este respecto Plazas (1987:27), al analizar algunos autores, dice que para los kogui: *“El oro es un potencial simbólico de fertilidad que pertenece a toda la sociedad. El Sol, principio masculino por excelencia, le comunica al oro su poder creador (Reichel-Dolmatoff 1990). Por este motivo el día de la siembra del maíz se ofrenda oro en las lagunas, úteros de la madre tierra, para fertilizarla (Taylor 1974)”*. A partir de esta relación: sol, oro, creación, tenemos que: *“El resplandor del oro es pues más que un mero*

reflejo, más que un fenómeno que se percibe ópticamente, según los indígenas, contiene una energía la cual se transmite a los seres humanos y que en toda su esencia, es fertilizadora. En la cadena de asociaciones simbólicas el oro es luz, color, semen y poder” (Reichel-Dolmatoff 1990:22).

Tomando en cuenta este mismo aspecto simbólico del oro el mismo autor nos comenta: *“Se afirma la impresión que la función social del oro, como expresión de rango está concatenada con su función mágica. El aspecto chamánico es predominante” (Ibíd.:36).*

La ardua tarea de obtención y posterior transformación en hermosas y sencillas piezas que son usadas en ceremonias importantes para la comunidad, y finalmente colocadas como ofrendas en sus tumbas, sugiere una alta carga simbólica. En ese sentido, José Pérez de Barradas relaciona un aspecto importante como es la extracción del oro, con todo este aspecto ritual y simbólico cuando afirma que la: *“minería y la metalurgia arcaica tienen sus ritos y sus misterios. Los mineros han de ayunar, ser puros y meditar y orar, puesto que al introducirse al seno de la tierra, entraban en una zona sagrada y peligrosa. Debéis tener presente que, al lado de la técnica y del dominio de la materia, hay creencias, ritos y símbolos que datan de aquellos tiempos lejanos en que el hombre vivía bajo la protección de la madre tierra, la cual era la dispensadora de la fecundidad de los animales y las plantas y la dueña de los metales que criaba en su seno como “embriones”. En cada acto que rezaba con su sacralidad estaba el hombre obligado a practicar un ritual, consistente en oraciones, ayunos, abstinencia sexual, etc.” (Pérez de Barradas 1966:45).*

Por la baja frecuencia de aparición de objetos metálicos en las tumbas de Guacarí, se podría pensar que no estamos ante una sociedad netamente orfebre, por lo tanto es muy probable que esta actividad fuera encomendada a especialistas. También cabe la posibilidad de que estos objetos, fueran producto de intercambio con otras sociedades. Con respecto a la accesibilidad de la producción orfebre del grupo, para todo el grupo étnico en el Valle del Cauca, Escobar (1986-1988:29), anota: *“Exhibían esta riqueza socialmente y en ese sentido como despliegue comunitario, hasta el punto que los objetos de demostración no se transmitían. Cada cual era enterrado con ellos y todo cacique debía ser proveído de nuevos bienes, lo cual no permitía su acumulación. Robledo comenta que dado que, “él muere, que perezca todo”.*

Tabla 8. RESULTADOS DE LOS ANÁLISIS METALGRÁFICOS DE LAS PIEZAS DE LOS CEMENTERIOS PREHISPÁNICOS DE LAS HACIENDAS LA MARGARITA Y EL CARMEN.

Pieza	Peso gramos	Diám. Mayor*	Diám. Menor*	Espesor Promedio*	Sitio hallazgo	Descripción
1	2,487	2,08	1,86	0,26	UE-2.La Margarita.1981	Nariguera anular
2	3,634	3,36	2,82	0,31	UE-2.La Margarita.1981	Nariguera anular
3	1,750	2,08	1,92	0,20	UE-2.La Margarita.1981	Nariguera anular
4	7,261	3,78	3,52	0,46	UE-2.La Margarita.1981	Nariguera anular
5	4,330	2,87	2,43	0,31	UE-2.La Margarita.1981	Nariguera anular
6	20,190	6,14	5,56	0,38	UE-3.La Margarita.1981	Nariguera anular
7	3,50	-	-	-	UE-13?El Carmen. 1994	Nariguera torsal
8	19,20	-	-	-	UE-? El Carmen. 1994	Nariguera torsal
9	0,50	-	-	-	UE-? El Carmen. 1994	Nariguera anular
10	2,70	-	-	-	UE-? El Carmen. 1994	Nariguera anular
11	0,587	0,99	0,92	0,07	UE-2.La Margarita.1981	Arito
12	0,242	0,96	0,90	0,11	UE-2.La Margarita.1981	Arito
13	0,089	0,64	0,52	0,12	UE-2.La Margarita.1981	Arito
14	0,644	1,00	0,94	0,14	UE-3.La Margarita.1981	Arito
15	0,325	-	-	-	UE-2.La Margarita.1981	Cuenta de collar
16	6,116	-	-	-	UE-2.La Margarita.1981	Fragmentos
17	2,792	-	-	-	UE-2.La Margarita.1981	Fragmentos

* Dimensiones externas.

Tabla 9. RESULTADOS DE LOS ANÁLISIS NO DESTRUCTIVOS POR FLUORESCENCIA DE RAYOS X CONTENIDO EN PORCENTAJES.

Pieza	Oro	Plata	Cobre	Platino	Hierro	Arsénico
1	24	6	67	1	0,8	nd
2*	0,5	0,5	98	nd	0,4	nd
3	37	12	50	nd	Traz.	nd
4*	nd	0,7	99	nd	0,3	nd
5*	0,7	1,8	97	nd	0,5	nd
6	79	20	nd	nd	Traz.	nd
7	2,46	8,02	89,52	nd	nd	nd
8	19,58	8,86	62	nd	nd	nd
9	75,20	nd	nd	nd	nd	nd
10	66,34	nd	nd	nd	40,76	nd
11	79	20	nd	nd	Traz.	nd
12	41	9	49	nd	Traz.	nd
13	46	23	30	nd	Traz.	nd
14	82	17	nd	nd	Traz.	nd

Nd = No detectado. * Tienen una capa gruesa de productos de oxidación de cobre.

En este caso, el análisis efectuado por fluorescencia de rayos X es de tipo semicuantitativo ya que se determina la composición aproximada pero sólo en su superficie. En las piezas donde la capa de productos de oxidación es gruesa, la composición estimada es menos precisa. Al decir que las composiciones son aproximadas, se da un margen de error de 5 unidades de porcentaje para los elementos en mayor proporción y de 0,5 para los elementos menores.

Tabla 10. RESULTADOS DE LOS ANÁLISIS POR ESPECTROSCOPIA DE ABSORCIÓN ATÓMICA.

Pieza	Muestra tomada (mg)	Oro	Plata	Cobre	Platino	Hierro	Arsénico	Total
15	13,31	30,00	3,89	34,37	nd	0,8	nd	69,11
16	18,29	12,64	2,36	39,07	0,76	0,80	nd	55,63
17	16,59	18,35	2,75	46,67	0,14	0,81	nd	67,72

Nd = No detectado.

En este tipo de análisis, los resultados de las concentraciones corresponden a la de la muestra tomada, que en ningún caso se puede tomar como representativa de toda la pieza. La suma de los porcentajes de los elementos presentes en las tres piezas analizadas no alcanza el 100% debido a que la muestra está muy corroída. Esto significa que los pesos de los óxidos, carbonatos de cobre y otros productos de corrosión conforman la diferencia. Probablemente el porcentaje de cobre en la pieza inicial era mayor del calculado aquí, puesto que parte del cobre libre se pierde por formar productos de oxidación.

Tabla 11. RELACIÓN DE LOS OBJETOS DE METAL ENCONTRADOS EN LAS TUMBAS DE LA HACIENDA DARDANELOS (SEGÚN RODRÍGUEZ 1996C).

Pieza	Peso gramos	Diám. Cm.	Material	Sitio hallazgo	Descripción
1	3,30	3,0	Tumbaga	Tumba 1*. Dardanelos. 1996	Nariguera, lámina
2	2,10	2,30	Tumbaga	Tumba 2*. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
3	2,50	2,10	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
4	3,00	2,50	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
5	0,50	2,30	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera, lámina
6	1,20	1,44	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
7	3,20	2,40	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
8	1,60	2,80	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera lámina
9	1,40	2,14	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Nariguera maciza
10	0,70	0,70	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Cuenta de collar
11	0,80	0,60	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Cuenta de collar
12	0,40	0,50	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Cuenta de collar
13	0,10	0,40	Oro	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Cuenta de collar
14	0,50	-	Cobre	Tumba 1. Dardanelos. 1996	Lámina
15	1,60	-	Cobre	Tumba 1. Dardanelos. 1996	Lámina
16	0,10	-	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
17	2,00	-	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
18	0,40	-	Cobre	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
19	4,00	-	Cobre	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
20	3,30	-	Cobre	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
21	0,60	-	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina
22	0,30	-	Tumbaga	Tumba 2. Dardanelos. 1996	Lámina

* La fecha radiocarbónica de esta tumba fue 1.080 ± 60 d.C. (Rodríguez y Rodríguez Cuenca, 1999)

* La fecha radiocarbónica de esta tumba fue 1.220 ± 70 d.C. (Rodríguez y Rodríguez Cuenca, 1999)

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

INSTRUMENTOS MUSICALES

Investigaciones arqueológicas han podido corroborar que las culturas prehispanicas alcanzaron un desarrollo musical similar al de otras artes tales como la alfarería y la orfebrería. No se conocen de manera precisa sus melodías ni sus ritmos, pero sí los instrumentos con que les producían y por relatos de los viajeros europeos, el tipo de ceremonias rituales y cotidianas en las cuales utilizaban sus melodías. Dentro de las celebraciones, el ritual fúnebre constituye uno de los eventos más importantes de las sociedades precolombinas, en el cual el elemento musical jugó un papel primordial (Duque 1965). La música ha sido un elemento que se ha considerado como manifestación instintiva del hombre, aún en grado elemental de civilización.

Los sonidos de la naturaleza, tales como el viento, el canto de las aves y en general todos los sonidos emitidos por los animales con el fin de comunicarse, buscar compañero sexual o alertarse entre sí de posibles peligros, fueron fuente de inspiración para el hombre primitivo en la creación de la música. Barza (1973, t.11:24-25), ha sugerido que: *“La voz humana podría ser el primer indicio musical, al obtenerse de ella sonidos de distinta altura o entonación. Ordenados estos sonidos en intervalos regulares de tiempo, nació el ritmo y, para acentuarlo, nacieron los primeros instrumentos de percusión, cuyos golpes acompasados fueron la primera manifestación de música instrumental. El sentido imitativo del hombre lo llevó más adelante a buscar sonidos semejantes a los que emitía su voz, utilizando distintos cuerpos vibrátiles, y así nacieron los instrumentos de viento al poner en vibración, mediante el soplo, el aire encerrado en un tubo, o los de cuerda al hacer vibrar un hilo muy tenso, elástico y de alguna densidad, y también por la percusión de láminas de metal o de madera de diferentes dimensiones”*.

ANALOGÍAS ETNOGRÁFICAS

Las manifestaciones sonoras en las sociedades indígenas están íntimamente ligadas a la vida tradicional y espiritual, ocupando un lugar diferente al de nuestra propia sociedad, ya que la música y sus instrumentos juegan un papel importante en el pensamiento mítico y en la ideología religiosa de los grupos indígenas. Por ejemplo, en un mito Puinave el héroe mítico representante del bien, hace que se construyan y se toquen flautas de los huesos del antihéroe con el objeto de consolidar su poder sobre el mal. En otro relato mítico Embera-Chamí un tambor es utilizado como medio de comunicación entre los humanos y un ser sobrenatural de forma animal. Por su parte, de acuerdo a un mito kogui, la tanta (trompeta ceremonial), es utilizada para transformar la realidad, cuando el ser creador trata de liberar al ser que encarna la fertilidad, sólo tocando aquel instrumento (Bermúdez 1987).

La música de los grupos aborígenes en nuestro país, ha tenido tanto significado, que aún perviven las ancestrales melodías, interpretadas magistralmente en instrumentos autóctonos, utilizados en ceremonias tradicionales como el rito de paso de niño a hombre realizado en la Amazonia entre los Cubeos del Cuduiari en la ceremonia del Yuruparí. Como lo expresó Von Hildebrand: *“sentí los sonidos estridentes pero acompasados de las trompetas y flautas sagradas, y hubo un momento en que sentí como si el antepasado de la gente de ceniza realmente estuviera hablando por medio de los instrumentos divinos”* (citado en Friedemann y Arocha 1985:126).

Stephen Hugh Jones explica que entre los Barasana del Piraparaná, la ceremonia de iniciación consiste en: *“la marcha lenta de dos hombres vestidos con brillo, que recorren la maloca de arriba hacia abajo, tocando las flautas largas para evocar sus antepasados que adoptan a sus nuevos hijos iniciados, colocándose en contacto con la anaconda ancestral, los primeros hombres, el origen de los clanes. Las flautas rituales representan los diferentes clanes ancestrales, las largas son los clanes de cantores y bailadores; las trompetas son los de los guerreros y las flautas cortas los clanes de chamanes. La edad de los músicos además corresponde con la jerarquía de los antepasados encarnados en los instrumentos. Los cubeo meten el látigo en la boca de trompetas y flautas, para sacarles las cualidades de los espíritus y pasárselas a quien recibe el latigazo”* (citado en Friedemann y Arocha 1985:127).

Otro ejemplo del significado de la música que aporta la etnografía se da entre los pueblos Cunas, donde se muestra la importancia de ciertos instrumentos y de la música como parte fundamental en ritos de paso: *“El protocolo de cada fiesta fue establecido por un Nele en la antigüedad y en todas hay cánticos, se tocan flautas, maracas, y se ejecutan bailes que enaltecen la vida y la fecundidad”* (Friedemann y Arocha 1985:287).

Por otra parte, sabemos que en las diferentes celebraciones entre los indígenas Cubeo se realizan danzas y cantos al ritmo de flautas macho y hembra, en el rito de paso de niño a hombre, el cual se asemeja al rito fúnebre, donde el niño muere para dar paso a un nuevo hombre, que nace durante la ceremonia del Yuruparí. Aquí los instrumentos rituales transmiten los valores de los espíritus de sus antepasados.

Las anteriores descripciones de grupos actuales de la Amazonia, no son otra cosa que la comprobación de la profunda estructura religiosa y mítica que perdura aún en los indígenas, heredada de sus ancestros y que se manifiesta a través de la música y todas sus expresiones estéticas. Estructura que indudablemente podría ser similar a la de los habitantes del Guacarí prehispánico.

CLASIFICACIÓN DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES

Dada la gran importancia del elemento musical en las culturas precolombinas, desde hace más de una década se viene explotando un nuevo campo de estudio denominado “Organología prehispánica”, que es la aplicación de la descripción usada para instrumentos musicales actuales, a los prehispánicos. La definición de organología que da Mantle Hood, en su libro *The Ethnomusicologist*, es: “*La ciencia de los instrumentos musicales, incluye no solo la historia y descripción de los instrumentos, sino las técnicas particulares de ejecución, función musical, decoración y consideraciones socioculturales*” (citado en Flórez y Flórez, 1981:47-60).

Para el presente estudio, tomamos la clasificación de instrumentos musicales realizada por Víctor Mahillon en 1880 y revisada y aumentada por Curt Sachs y Erik von Hornbostel en 1914 (citado en Flórez y Flórez 1981:47-60), en cuatro categorías: idiófonos, aerófonos, membranófonos y cordófonos. En Guacarí se observaron las tres primeras categorías en instrumentos prehispánicos.

Instrumentos idiófonos

De acuerdo con Cubillos (1958:142): “*Los idiófonos o autófonos producen el sonido por sacudimiento y por vibraciones en su misma materia, como semillas dentro de calabazas o receptáculos, por percusiones contra el suelo como bastones de ritmo, por fricciones sobre semillas secas, placas, conchas, campanas, cascabeles, etc.*”. A este grupo pertenecen las sonajas o sonajeras. Podían ser láminas de metal (fabricadas en oro o tumbaga), que chocaban unas contra otras por acción del aire o campanas, lo mismo que las maracas o sonajas tubulares, es decir, calabazos o tubos cerrados y rellenos de pequeñas piedras o semillas que producían el sonido al chocar contra las paredes del recipiente. (Bermúdez 1987).

Instrumentos aerófonos

Son instrumentos musicales de viento que producen sonido por vibración del aire al ser sopladados. A este grupo pertenecen los pitos con orificios digitales para producir diferentes sonidos, que son comunes en hallazgos arqueológicos en todo el territorio del país. Los hay antropomorfos, zoomorfos, en cerámica, en piedra y seguramente existieron también en materiales más perecederos como las semillas vegetales, madera, hueso, entre otros.

Dentro de los instrumentos aerófonos está el *silbato*, que es un instrumento elemental que suena por medio del soplo en una embocadura hueca y una cámara de aire, que aunque tenga perforaciones, máximo dos de ellas, el ejecutante es incapaz de crear melodías. Este instrumento prehispánico fue construido en variadísimas formas y materiales, generalizado en todo el continente americano, posiblemente utilizados en actividades de caza y guerra, con el objeto de comunicarse entre sí (Cubillos 1958). Otra modalidad de instrumentos aerófonos son las *flautas*, halladas arqueológicamente en hueso y piedra; son del tipo de la flauta dulce. Posiblemente fueron fabricadas también en varias clases de cañas y carrizos nativos, como se observa en la pervivencia de esta tradición hasta nuestros días. Este instrumento es citado por Pascual de Andagoya refiriéndose a los Chisquíos, que habitaron al occidente de Popayán al pie de la cordillera Occidental. Dice que el cacique después de comer hacía “... lo venir el señor doce hombres con doce flautas que hacían una música muy concordada...” (citado en Trimborn 1949:148). La flauta es un instrumento de soplo que produce sonidos por modificación de la columna de aire que vibra. Existen muchas variedades y se puede considerar como el instrumento que presenta la mayor riqueza de melodías entre los empleados por nuestros antiguos aborígenes. Es un tubo de caña, cerámica, hueso, oro, etc., con perforaciones para cambio de tonos y cuya embocadura puede hallarse a un extremo con factura especial, para utilización horizontal o vertical.

Otro instrumento aerófono con gran difusión en América fue la trompeta, corneta, trompa o fotuto; con cantidad de variantes formales y clase de materiales, ya que se elaboraron en arcilla, madera, metales, cuernos de venado, calabazas y caracoles marinos gigantes del género *Strombus*. Por los relatos de cronistas españoles se sabe que: “*las trompetas en general fueron usadas por los Cueva del Darién, Cauca, Peque, Ebéjico, Arma, Paucura, Pozo, Picara, Anserma de Antioquia y Caldas y por los vecinos de Cali*” (Cubillos 1958: 186).

Instrumentos membranófonos

El tercer grupo de instrumentos lo constituyen los membranófonos o de percusión, que tienen la función sonora de sostener el sincronismo del ritmo. Pertenecen a éstos los tambores, conocidos por los cronistas también con los

nombres de atambores, atabales, cajas y bombos. El cronista Oviedo, cuenta que Belalcázar, en la población de Lile (Cali) había visto en sólo tres casas 680 atabales hechos de piel humana y que tales instrumentos de música los hacían de enemigos que vencían en los combates y que ningún atabal les placía y les gustaba oír a los indios de Lile, como éstos con parches de piel humana, especialmente en fiestas y areytos (Fernández de Oviedo 1944:55).

Los objetos sonoros que tuvieron gran auge durante la época prehispánica, fueron los troncos idiófonos monóxilos percutidos, o troncos huecos que son golpeados con mazos recubiertos de caucho denominados maguarés en la Amazonia, Vaupés y Orinoco. Durante la época del contacto indoespañol llamaron la atención de los conquistadores, quienes lo mencionan en sus relatos sobre los indígenas de las islas de Cuba, Puerto Rico, Antillas, México y las costas de Panamá y Darién. También se resalta los tambores tradicionales, que además de ser utilizados en ceremonias religiosas y fiestas, tenían función de comunicación a largas distancias (Bermúdez 1987).

Antecedentes arqueológicos

Para el Valle del Cauca se han registrado los vasos silbantes de la región Calima elaborados en fina cerámica y sonajas de metal (Cubillos 1958). En la parte plana se hallaron flautas traveseras en hueso en contextos funerarios (Rodríguez 1992). En Corozal se halló una flauta en cerámica que se encuentra en el Instituto Tecnológico de la Universidad del Cauca (Bermúdez 1987). Procedente de Restrepo, se conoce un caracol constituido por láminas de oro que recubrían la concha de una trompeta, perteneciente seguramente a la cultura Yotoco/Malagana. Esta pieza junto con tres cubiertas o forros de cabezas de maracas en oro laminado excavadas en tumbas del mismo municipio, reposa actualmente en el Museo del Oro.

El caracol en las culturas prehispánicas gozó de gran aprecio y fue representado en arcilla con elaboradas técnicas de cocción y selección de colores. Se puede pensar que fueron objetos bellos para ofrendar, representaciones artísticas, objetos con sentido mítico y mágico, amuletos, piezas para colgar o exhibir. *“La idea de continuidad en la ondulación, la suavidad y delicadeza de las texturas, convierten a este objeto-caracol en centro de búsquedas de otras sensaciones y expresiones abstractas, misteriosas, expresiones que lograron estos grupos de precolombinos”* (Escobar 1987:139).

La religiosidad de los aborígenes se ve conjugada con la música formando fuertes lazos, tal como lo expresa José Corona Núñez: *“El hombre prehispánico sintió en el viento la presencia de Dios. Pero no concibió su palabra sino hasta que el viento salió a través de un caracol marino. Entonces fue cuando el caracol se convirtió en el instrumento de la palabra divina”* (Ibíd.).

MATERIAL PROCEDENTE DE LAS EXCAVACIONES

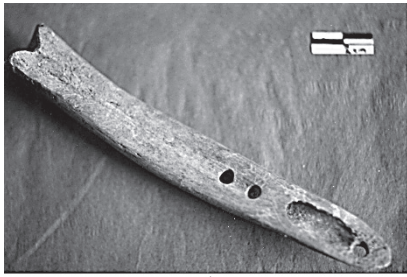
Para la zona del Valle del Cauca, la unión música-religión que expresa Frazer, es observada en la siguiente descripción de Cieza de León ([1553]1962:88): *“Cuando salían a sus fiestas y placeres en alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos de ellos con dos tambores hacían son; donde tomando otro delantera, comienzan a danzar y bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano, por que beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar a su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores”*.

Las flautas y el silbato de concha hallados en las tumbas de Guacarí, se catalogan en el grupo de los instrumentos aerófonos. Se hallaron en total cuatro flautas elaboradas en húmeros de venado, con dos orificios para tono y un orificio para porte en dos de ellas; presentan una ranura para embocadura o entrada del aire en forma perpendicular. También se encontró un pito elaborado sobre concha de un caracol de la especie (*Aperastoma tralúcidum*), el cual posee un orificio para la entrada de aire. Una de las flautas fue hallada en la UE-4, las otras dos y el silbato de caracol se encontraron en la UE-23, correspondiente a un entierro triple con los restos humanos de un niño de 4 años y dos de pocos meses de vida intrauterino. El niño mayor se considera el personaje principal de la tumba, pues dentro de su abundante ajuar se hallaron ubicados sobre el pecho los instrumentos musicales, asociados a caracoles y dientes de perro y zorro a manera de cuentas de collar. Este personaje con deformación craneana muy marcada, podría ubicarse dentro del contexto del cementerio excavado, como perteneciente a un estrato de alto rango.

Una última flauta, hallada en la UE-41 que corresponde a un depósito ritual, se encontró asociada a huesos de zarigüeya o chucha (*Didelphis marsupiales*) y a cuencos cerámicos con base, pero sin restos humanos (Figura 74:3).

La música es de tal importancia que acompaña al hombre en muchas actividades cotidianas; así como en toda clase de ceremonias rituales tales como ritos de paso y curaciones; esto en el contexto funerario cobra una especial importancia, como lo narra el padre Joseph Gumilla en la primera mitad del siglo XVIII, quien recogió importantes datos sobre los instrumentos musicales que usaban los indios Sálivas con ocasión del entierro de sus muertos:

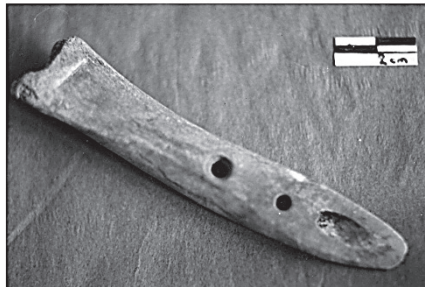
“Resonó repentinamente una inaudita multitud de instrumentos fúnebres, que jamás habíamos, ni visto, ni oído, inventiva diabólica, muy propia para melancolizar los ánimos. Todos según sus clases, sonaban de dos en dos. La primera clase de ellos eran unos cañones de una vara de largo, tres barrigas hueca en medio, la boca para impelir el aire angosta, y la parte inferior de buen ancho; el sonido que forman es demasiado oscuro, profundo, y uno como bajón



1



2



3

Figura 74.

Flautas elaboradas en huesos de venado. 1 y 2 de la UE-23. Flauta 3, UE-41.

infernal. La segunda clase de instrumentos, también de barro, es de la misma hechura; pero con dos barrigas, y mayores los huecos de las concavidades intermedias: su eco mucho más bajo, y nocturno; y a la verdad horroroso. La tercera clase resulta de unos cañutos largos, cuyas extremidades meten en una tinaja vacía de especial hechura; y ya no hallo voces con qué explicar la horrorosa lobreguez, y funesto murmullo, que del soplo de las flautas resulta, y sale de aquellas tinajas, quién dirá la melancólica behetria, que salía de todo este conjunto de funestas voces? Lo peor era, que sonaban juntos, e incesantemente muchos en la casa del túmulo y otros tantos en la casa del duelo. Al mismo tiempo salieron varias danzas, emplumados los danzantes a todo costo, como dijimos de los guayquiries: cada tropa de danzantes lleva su tren de flautas fúnebres referidas: unos danzantes pasaban con mucha gravedad, y reposo, con bastones muy pintados en las manos, siguiendo el compás de la música no sólo con los pies, sino también con los golpes que daban en el suelo con los bastones...” (citado por Duque 1965:339-340).

Todas las descripciones y anotaciones realizadas en torno a este arte, están motivadas por la idea de transmitir al lector la importancia dentro del contexto funerario de un elemento fundamental, poco estudiado y nombrado como es la música, que desprende del sentimiento humano las emociones más diversas.

No es difícil por lo tanto imaginar el ritual funerario, acompañado de música emitida por flautas de lúgubres acordes y doloridos lamentos de familiares y amigos, despidiendo al niño de alta estirpe de la UE-23, en el viaje hacia el mundo de los espíritus; y más aún, el entierro ritual de la UE-41, donde se incluye una flauta dentro de los objetos depositados, lo que aumenta en gran medida su valor simbólico.

Hay que tener en cuenta que es posible que muchos instrumentos musicales elaborados en materiales perecederos, por la acción del tiempo no hayan dejado su huella en el registro arqueológico, lo que por consiguiente deja sólo a nuestra imaginación sonidos y acordes posibles en los ritos fúnebres. En el cacicazgo de Guabas la simbología del arte musical expresada en sus instrumentos, estuvo ligada indudablemente a una espiritualidad social, que nos muestra que los sonidos que hacen parte de la vida también suenan después de ella, convirtiéndose en el hilo conector de la dualidad vida-muerte.

RESTOS DE FAUNA

La riqueza faunística de nuestro país es bien conocida, la cual los antiguos habitantes del Valle del Cauca aprovecharon como un importante renglón de su dieta en la obtención de proteínas, tal como lo expresa el capitán Jorge Robledo (citado en Tovar 1993:271), en su relación de viajes a las provincias de Anserma y Quimbaya en el año de 1540: *“Su man(n)tenymientos es Mays menudo muchos puercos y venados y mucho pescado de los m(u)chos ríos que van(n) al Darie(n)”*.

La estrecha comunión del hombre con la naturaleza, permitió un amplio conocimiento de su entorno y así mismo el eficaz aprovechamiento de la oferta alimenticia de fauna y flora brindada por el medio. Como bien anota Sanoja (1972:13): *“El hombre ha estado siempre interesado en la ecología de manera práctica desde los comienzos de la historia. En la sociedad primitiva todos los individuos, para poder sobrevivir, necesitaban tener un conocimiento definido del ambiente en el cual vivían, esto es de las fuerzas de la naturaleza y de las plantas que lo rodeaban”*.

Este mismo interés ha llevado a la ciencia moderna a crear la Arqueozoología, cuyo objetivo principal es: *“dilucidar los patrones prehistóricos de subsistencia, pero su máxima aspiración es estudiar las relaciones entre los grupos humanos y los animales en función de su interacción espacial y en función del cambio de sus patrones mutuos de adaptación con el tiempo”* (Grayson, citado en Álvarez 1979:184).

La Arqueozoología es un subcampo joven que está en proceso de desarrollo y experimentación, y a pesar de que se enfoca hacia lo biológico y en general hacia las ciencias naturales, se pueden utilizar sus técnicas para analizar la relación del hombre como ser cultural con su entorno. En consecuencia, es necesario que en las investigaciones en los diferentes contextos y zonas arqueológicas del país, se sirvan de esta disciplina. El presente trabajo pretende realizar un aporte a este nivel dentro del contexto funerario y todo lo que ello implica en el ámbito simbólico.

La variedad de fauna obtenida en las excavaciones de tumbas en Guacarí, hace pensar que los animales fueron parte integral tanto del mundo real en la obtención de proteínas, como del mundo espiritual en ritos de paso y en general en todo su sistema de creencias.

Desde tiempos antiguos, en muchas partes del mundo, algunos animales recibieron un tratamiento especial por sus características, aptitudes, forma de vida o mecanismos de defensa; por lo que los hombres se sintieron identificados ya sea en forma individual o grupal. Este fenómeno es definido como tótem: *“por lo general, un animal comestible, ora inofensivo, ora peligroso o temido y más raramente una planta o una fuerza natural (lluvia, agua), que se halla en una relación particular con la totalidad del grupo. El tótem es en primer lugar, el antepasado del clan y en segundo su espíritu protector y su bienhechor”* (Freud 1985:9).

ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Los estudios estéticos sobre fauna prehispánica realizados en el Valle del Cauca se han enfocado principalmente en la región arqueológica Calima ubicada en la cordillera Occidental, y han sido realizados por Anne Legast, quien analizó 911 piezas de oro y 239 de cerámica obtenidas en su mayor parte de guaquería; de ese total 159 pertenecen a la cultura Ilama, 61 a la cultura Yotoco y tan sólo 3 a la cultura Sonso. De este estudio se obtuvieron importantes hipótesis y datos tanto a nivel del pensamiento religioso como del medio ambiente. Dicha investigadora afirma que: *“La fauna representada en el conjunto del material arqueológico de los períodos Ilama y Yotoco es la expresión del mismo concepto mítico religioso del mundo animal a través del tiempo y que a lo largo de estos dos períodos, los grupos humanos conservaron una misma tradición cultural. En cambio, en el último período, aún cuando el mundo animal hubiera tenido un papel importante en el espíritu del hombre Sonso, la fauna no fue un tema decorativo principal de la cerámica como si lo fue en épocas anteriores”* (Legast 1993:108).

Respecto al medio ambiente la misma autora realiza una importante anotación acerca de la causa por la cual las especies pierden fuerza y representatividad del período Ilama al Yotoco: *“Mientras que la sociedad Ilama vivía rodeada todavía de bosques grandes y ciénagas en los fondos de los valles, en el período Yotoco una agricultura muy desarrollada y extensa disminuyó sensiblemente las superficies en donde el animal podía vivir de manera totalmente silvestre”* (Ibid.).

La investigación iconográfica llevada a cabo por Legast permitió la identificación de mamíferos, aves, reptiles, anfibios, insectos y gasterópodos.

Pese a la importancia de este estudio, hay que tener en cuenta que está restringido por el material que trabajó (cerámica y oro); lo cual no permite un óptimo análisis biológico, teniendo en cuenta que los restos óseos animales pueden dar a conocer diferentes aspectos tales como los elementos que aparecen con mayor frecuencia, tamaño del animal, la cantidad de carne aprovechable, el grado de domesticación, número mínimo de individuos, la identificación de la especie etc. En el ámbito cultural dicha investigación se ve limitada por el hecho de que la mayoría de las piezas fueron obtenidas de g.uaquería, por lo tanto carecen de un contexto arqueológico bien definido y confiable.

En la suela plana del Valle del Cauca, las únicas investigaciones zooarqueológicas que se han llevado a cabo recientemente son las de Germán Peña quien analizó materiales óseos de animales encontrados en el cementerio prehispánico de Obando, excavado por el arqueólogo Carlos Armando Rodríguez en el Sitio PK 187+400 (Rodríguez 1996c: Anexo 3).

HALLAZGOS DE FAUNA PREHISPÁNICA EN GUACARÍ

Para la zona de estudio es de gran importancia su ubicación geográfica, ya que el municipio de Guacarí se localiza en el valle intermedio del río Cauca, recibiendo los ríos tributarios nacientes en las cordilleras Central y Occidental, tales como el Sonso y el Guabas, numerosos caños y acequias y la laguna de Sonso, que según Rodríguez (1994), posiblemente llegaban en tiempos pretéritos hasta este municipio. Esto hace que la zona tenga gran potencial hídrico y por ende haya sido hábitat propicio para innumerables especies animales que la convirtieron en una gran despensa natural, fenómeno corroborado por la variada fauna hallada en las excavaciones de tumbas.

El análisis faunístico que presentaremos enseguida, se realizó básicamente con los materiales osteológicos recuperados durante la tercera temporada de campo, realizada en 1994. La muestra de fauna obtenida fue sometida a paciente comparación con la colección de referencia, de la Unidad de Arqueología del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, contándose para su análisis con la asesoría de especialistas. Se logró determinar su taxonomía hasta el nivel de especie en la mayoría de los casos. Posterior a la identificación de especie se procedió a establecer elementos específicos de cada esqueleto y su respectiva lateralidad, con el fin de hallar regularidades y número mínimo de individuos. En el análisis se identificaron cuatro clases y varias especies dentro de ellas: moluscos gasterópodos (caracoles): *Aperastoma traslucidum*, *Lampadium laberinthus*, *Hidrobia acutea*, *Pleikocheilus coloratus*. Peces: *Prochilodus reticulatus* (bocachico), *Speudopimelodus bufonius* (bagre sapo). Aves: No se logró identificación por falta de una completa colección de referencia y por la

característica del material, que en su mayoría se trató de cuentas de collar, elaboradas mediante el corte de huesos largos. Mamíferos: *Cavia porcellus* (curi), *Didelphis marsupialis* (chucha), *Odocoileus virginianus* (venado), *Dasyus novemcinctus* (armadillo), *Canis familiaris* (perro), *Canis cerdocium* (zorro), *Tayasu pecary* (saíno) y *Dasyprocta punctata* (ñeque).

Clase molusco o gasterópodo (conchas)

La concha recubre el organismo de animales pertenecientes al *phylum* de los moluscos. Estos en su mayor parte son de origen marino, sin embargo los hay de agua dulce y terrestre. Los diferentes tipos de moluscos tienen características similares, no en la concha, sino en las partes blandas, en la estructura anatómica y en la forma de reproducción. Los adornos utilizados por nuestros antepasados fueron fabricados con la concha de moluscos que pertenecen en su mayoría a las clases *Pellicopodea* y *Gasteropodea*, y especialmente marinos por que son los únicos que poseen una concha dura que puede ser trabajada fácilmente (Ferreira 1994:2) En las tumbas de la hacienda El Carmen se hallaron conchas marinas y terrestres, siendo las marinas las trabajadas como cuentas de collar. Es interesante destacar que para la región Calima, Legast (1993:75), identificó a partir de representaciones en oro, moluscos de la clase gasterópoda y bivalvos de origen marino.

Plekocheilus coloratus (Nyst 1845): se caracteriza por poseer labio exterior, concha parda amarillosa con puntos pardos y columbela de color rosa. En diez excavaciones se hallaron moluscos ya sea trabajados o conchas completas; depositados en tumbas sobre esqueletos humanos como parte del ajuar funerario, en entierros rituales y en depósitos de desecho. Dentro de esta clase, el género donde se encontró mayor número de elementos completos fue el caracol terrestre de la especie *Aperastoma traslucidum* con cinco individuos. En cuatro de las excavaciones (UE-13, 20, 23 y 30), se hallaron cuentas de collar elaboradas sobre conchas marinas cortadas y talladas.

Las conchas han sido desde tiempos antiguos una fuente de inspiración y una de las materias primas más comunes para la confección de adornos y tocados personales, especialmente a causa del simbolismo mítico de que han sido objeto. En la América prehispánica el caracol formó parte de lo que se conoce como fauna sagrada. Particularmente en México la forma del caracol era habitual en el arte mitológico, pues es uno de los atributos más cercanos a Quetzacoatl. En el simbolismo Maya parece ser que las conchas representaban la tierra y la abundancia de frutos, de ahí que se usaran asociadas al jade, valioso y sagrado para ellos, especialmente en ritos fúnebres. Chase (1999:255), considera que durante el período Preclásico Maya las conchas de *Spondylus* eran: "...usadas por los gobernantes masculinos mayas como insignias comparables a los

pectorales de jade (de Tikal por ejemplo), mientras que las pocas mujeres soberanas mayas representadas en los monumentos generalmente portan una concha de Spondylus abierta como un delantal sobre el vientre, parte corporal que representa”.

Algunas culturas prehispánicas en Colombia utilizaron el caracol como forma mítica, y no sólo las culturas cercanas al mar (Tumaco-Tolita); gasterópodos recubiertos de oro (Cultura Yotoco/Malagana), y ocarinas de arcilla en forma de caracol (Cultura Tuza), además de tallas de piedra para ceremonias rituales de origen sexual (simbolismo fálico), son algunos de los testimonios de la relevancia de los moluscos como animales mitológicos (Merlano y Puyana 1994:24-25).

Dentro de nuestra investigación pudimos observar que los caracoles fueron utilizados no sólo como adorno o elemento de prestigio de los muertos, sino también como instrumento musical y simbólico. Uno de los caracoles encontrado en la UE-23 se halló a la altura del corazón. Teniendo en cuenta que este tipo de caracol de origen terrestre tiene forma de espiral, parece estar ligado a la idea de la continuidad del tiempo cíclico, que como los latidos del corazón marcan su implacable paso hacia el mundo del más allá (Tabla 12).

La utilización de caracoles con fines simbólicos parece haber sido común entre los cacicazgos Quimbaya Tardío del valle geográfico del río Cauca, como lo demuestran los hallazgos permanentes de estos animales en tumbas. En la tumba 2 del cementerio de Obando (1220±70 d.C.) aparecieron ejemplares de caracol pulmonado (*Isomeria* sp., *Incidostoma* sp., *Strophocheilus* sp.). Igualmente se presentaron restos de caracol pulmonado (*Incidostoma* sp.) en la tumba 5, fechada en 1220±70 d.C. (Rodríguez 1996c: Anexo 3).

Clases de peces

Prochilodus reticulatus (Steindachwer 1878): conocido como bocachico, este es el pez de agua dulce de mayor importancia económica en Colombia, distribuido en los ríos Magdalena, Cauca y Sinú, hasta una altura cercana a los 1000 msnm. Anualmente tiene dos migraciones largas (la subienda), desde las ciénagas grandes de las tierras bajas hasta las estribaciones de los Andes, en donde penetra por ríos menos turbulentos. En estos permanecen desde su llegada (generalmente enero), hasta marzo o abril, cuando inician las lluvias en las montañas y los ríos comienzan a crecer. Cuando maduran sexualmente enflaquecen; desovan a fines de abril o mayo (Dahl 1971:109). Su ciclo de vida es de cuatro años, donde puede alcanzar una longitud mínima de 25 cm. Puede colocar 80.000 huevos y los más grandes, de varios kilos, hasta 1'000.000 de huevos. De ellos una decena logra convertirse en peces capaces de empezar su primera migración. Se alimentan de algas y algunas otras plantas acuáticas (Ibíd.:109-110).

TABLA 12. RELACIÓN DE LOS RESTOS ÓSEOS DE GASTERÓPODOS ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de Excavación	Nombre Común	Nombre Científico	Nombre Elemento	Lado	Observaciones
UE-13	Caracol marino	-	-	-	Cuentas de collar
UE-44	Caracol terrestre	<i>Aperastoma traslucidum</i>	Concha	M	5 ejemplares
UE-20	Caracol marino	-	-	-	Cuentas de collar
UE-23	Caracol terrestre	<i>Lampadium laberinthus</i>	Concha	M	
UE-23	Caracol terrestre	<i>Hidrobía acuatea</i>	Concha	M	
UE-23	Caracol marino	-	Concha	-	Cuentas de collar
UE-24	Caracol terrestre	<i>Plekocheilus coloratus</i>	Concha	M	

Este pez fue encontrado en la UE-42, donde se halló como parte del ajuar funerario de una tumba múltiple; estaba dentro de un cuenco con base anular de cerámica, por lo cual se conservaron varios de los elementos que pertenecen a un solo individuo (Tabla 13).

Los peces constituyeron un renglón importante en la dieta alimenticia del hombre de Guacarí, lo que supone un profundo conocimiento de sus costumbres durante el año, tal como lo relata el capitán Jorge Robledo (citado en Rodríguez 1992:352-353): “*Estos indios que aquí habitan, tienen una laguna de agua grande, que tendrá de box una legua. Cébase del río grande por un canal que los indios tienen hecho a mano, que será de tres estados de hondo, é de veinte o veinticinco pasos en ancho; y cébase cuando el río crece y las aguas son muy grandes. Y entonces entra tan gran cantidad de pescado en aquella laguna é se cria dentro, que es una cosa de admiración; é al tiempo ques verano y no llueve, tórnase a vaciar el agua de la laguna, y en cierto artificio que los indios tienen fecho, al tiempo que se vacía el agua, acaese haber en aquella balsa que queda hecha más de dos estados de pescado, é ansi lo asan en barbacoa; é tienen hecho muy grandes troxes dello para rescatar con otros indios*”.

Pseudopimelodus bufonius (Cuvier y Valenciennes 1840): conocido como bagre sapo, sapo, peje sapo, este pez algunas veces alcanza una longitud de un metro o más, pero los ejemplares de tal tamaño son raros. En tiempos pasados

esta especie no era aceptada como alimento humano en las partes bajas de los ríos Magdalena y Sinú. Su carne aunque un poco insípida tiene mercado en la actualidad (Dahl 1971:54). Huesos de este pez se hallaron en la UE-40, la cual era un pequeño depósito de desecho. La espina dorsal, estaba asociada a fragmentos cerámicos y carbón, lo que hace pensar que se trató de un basurero producto de un ritual fúnebre, donde se incluyeron festines gastronómicos (Tabla 13).

TABLA 13. RELACIÓN DE LOS RESTOS ÓSEOS DE PECES ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Nombre común	Nombre científico	Nombre del elemento	Lado	Observaciones
UE-40	Bagre sapo	<i>Pseudopimelodus bufonius</i>	Espina dorsal	M	Fragmentada, de río
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Vértabras	M	Fragmentadas
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Lateral etmoides	D	Fragmentado
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Base occipital	M	
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Posttemporal	I	
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Exooccipital	DI	Fragmentado
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Cuadrado	DI	
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Esfenótico	D	Fragmentado
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Supracleitron	M	Fragmentado
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Terigoforo aleta dorsal	M	
UE-42	Bocachico	<i>Prochilodus reticulatus</i>	Frontal	D	

Los peces además de representar una significativa fuente proteínica por su abundancia en tiempo de subienda, muestran la importancia del elemento agua, origen de toda forma de vida, y su relación con la contraparte, la muerte.

Clases de aves

Para esta clase fue imposible la identificación taxonómica, puesto que los elementos óseos hallados en su mayoría correspondieron a huesos largos cortados y tallados para la elaboración de cuentas de collar. En los pocos elementos completos que se identificaron, fue difícil establecer la especie debido a la carencia de una completa colección de referencia. A pesar de esto, se plantea como hipótesis que estos elementos corresponden a la especie *Anatidae* (pato), por similitudes morfológicas y por ser especie común en esta zona (Tabla 14).

Tabla 14. RELACIÓN DE RESTOS ÓSEOS DE AVES ENCONTRADAS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Nombre común	Nombre científico	Nombre del elemento	Lado	Observaciones
UE-20	-	-	Hueso largo	-	Cuentas de collar pulidas
UE-23	-	-	Hueso largo	-	Cuentas de collar pulidas
UE-30	-	-	Hueso largo	-	Cuentas de collar pulidas
UE-30	-	-	-	-	Agujas pulidas
UE-37	-	-	Caracoides	I	
UE-38	Posible pato	Posible <i>Anatidae</i>	Radio	D	
UE-38	Posible pato	Posible <i>Anatidae</i>	Húmero	DI	2 elementos con huellas de calcinación

Indudablemente, la situación durante la época prehispánica en la región de estudio debió ser como lo relata Robledo, si se tiene en cuenta que nos encontramos en una zona que hasta hace poco se caracterizó por tener importantes cuerpos de agua, donde los animales más comunes durante todo el año debieron ser las aves. Esto puede confirmarse por la presencia frecuente de íconos de aves representados de una forma realista o estilizada, especialmente en los volantes de huso y pectorales de todos los cacicazgos que compartían la denominada cultura Quimbaya Tardío (Rodríguez y Jaramillo 1993; Pérez de Barradas 1966; Uribe 1994).

Clases de mamíferos

Didelphis marsupialis: conocido como chucha, fara, zarigüella, rabipelao, zorro chucho, este mamífero se caracteriza por tener un hocico puntudo, la cabeza y el cráneo redondo y las orejas relativamente grandes, además una cola larga y prensil carente de pelo en su parte terminal. Puede pesar hasta 2 kg. Se alimenta de frutas, pequeñas aves, mamíferos, insectos, etc. Si se sienten atacados muestran los dientes; hacen nido con hojas secas en lugares escondidos, donde permanecen durante el día, en la noche inician la búsqueda del alimento. Las hembras poseen un número variable de mamas que se activan según el número de crías. El período de gestación varía entre 7 y 13 días. Las crías nacen todavía en estado de feto, las cuales son guiadas por la lengua y la saliva de la madre hasta el marsupio, en donde se alojan y se pegan fuertemente a los

pezones hasta completar su desarrollo. Luego salen del marsupio y se colocan sobre la espalda materna hasta el momento de independizarse. Presentan un olor desagradable pese a lo cual su carne es consumida (Mejía 1986:45). Se adapta a los más variados pisos térmicos desde cálido hasta subpáramo. Su fórmula dentaria es I 5/4; C 1/1; Pm 3/3; M 4/4 =50.

Los registros arqueológicos de este animal se extienden a los comienzos holocénicos, en yacimientos precerámicos de la Sabana de Bogotá, siendo encontrados en los abrigos rocosos del Tequendama, Nemocón, Gachalá, Zipacón y Aguazuque (Correal 1990:100). Para la región Calima Legast (1993), describe algunas representaciones en cerámica y oro de las culturas Ilama y Yotoco. Mientras en Ilama las representaciones no son muy realistas, en Yotoco se evidencia el conocimiento del comportamiento de este animal, realizando representaciones plásticas en alfarería y orfebrería mucho más reales, tal como se observa en la portada de su obra, en la foto de una tapa de orejera en oro, que muestra la representación del marsupial y la agilidad de sus miembros anteriores.

Existen referencias de este animal para el Valle del Cauca. En la *Crónica del Perú*, donde Cieza de León ([1553]1962:90), nos narra lo siguiente: “*Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones y también hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los pies cortos, de color pardo, la Cabeza tiene como zorra; vi una vez una destas, la cual tenía siete crías y estaban junto a ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomo con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espante de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman a este animal chucha*”.

En el entierro dual de la UE-18 se hallaron restos de *Didelphis marsupialis* como parte del ajuar funerario. Es interesante observar la relación de este animal, que tiene como característica un marsupio donde aloja a sus pequeños hijos hasta alcanzar su madurez, con lo que representa el espacio cerrado de una tumba de pozo con cámara lateral, que hace las veces de marsupio, asegurando así la unión de la madre tierra con los hijos que emprenden un largo viaje al más allá. También cabe la posibilidad de la utilización de este animal como alimento ritual. En la UE-38 se encontraron huesos de chucha dentro de un depósito ritual; las huellas de los restos están visiblemente calcinadas, lo que indica que fue utilizada para consumo alimenticio o en una quema ritual. Por su parte, en la UE-41 en otro depósito ritual y en la UE-42 que es un entierro múltiple, también se hallaron restos de este animal dentro de una vasija, lo que sugiere la importancia del animal dentro de la dieta y su mundo simbólico (Tabla 15).

Tabla 15. FRECUENCIA Y DISTRIBUCIÓN DE RESTOS ÓSEOS DE DIDELPHYS MARSUPIALIS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Número de elementos	Número de individuos
UE - 18	40	2
UE - 38	16	2
UE - 41	1	1
UE - 42	20	1
Total	77	6

Cavia porcellus: conocido como curí, cuy o conejillo de indias; este mamífero es originario de Suramérica, donde se le explota para el consumo humano desde épocas precolombinas; se registra en todos los sitios precerámicos de la Sabana de Bogotá. La evidencia más antigua, se encontró en los abrigos rocosos del Tequendama con una fecha entre 11.000 y 10.000 AP (Correal 1990; Pinto 1999). Se distribuye en Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú y Venezuela, con adaptabilidad a los más variados pisos térmicos, alcanzando alturas superiores a los 3500 msnm. Fue el único animal doméstico que los nativos criaban dentro de sus chozas; fue llevado a Europa desde América totalmente domesticado (Ortegón y Morales 1987:29).

En su estado nativo los curíes habitan terrenos con abundante pasto y cereal, y son capaces de elaborar madrigueras. Una de las características más atractivas del curí, que lo han convertido en un animal doméstico muy estimado, es su completa falta de olor y su limpieza general. Además son naturalmente mansos y buenas mascotas. En principio son animales nocturnos, reservando para la noche su vida social. La vida máxima de un curí oscila entre los 7 y 8 años; desde los tres meses de edad hasta la muerte son fecundos. Cuando los machos disputan una hembra, se pelean, rechinan los dientes, se muestran la región lumbosacra y el cuello; la riña termina cuando uno de ellos queda con la hembra (Castaño 1973:8). El curí se caracteriza por su cabeza voluminosa, su cuerpo redondeado, piernas cortas, ausencia de cola externa, orejas peladas o con muy poco pelo, redondeadas y de tamaño variable. Tienen un período de gestación de 9 semanas. Al nacer sus dientes están totalmente desarrollados. Puede medir hasta 25 cm de largo y entre 15 y 20 cm de alto con un peso aproximado de dos libras, cambiando según su variedad (Pulgar 1952:6).

Los cronistas reportan la tenencia y consumo de este mamífero. Robledo (citado en Rodríguez 1992: 357), nos dice: “*se halló mucha infinidad de comida... e muchos cories, que son como conejos, salvo que son más chiquitos, que tienen muy lindo comer*”

En las excavaciones de Guacarí, el curí representó el mamífero con mayor frecuencia de aparición, hallándose en 7 de las unidades de excavación, con un número total de 125 elementos y un número mínimo de individuos de 10. Cinco de las siete excavaciones con restos óseos de este animal, fueron encontradas asociadas a restos humanos, lo que sugiere que este animal fue utilizado como alimento ritual. En la UE-38 se encontró como parte de un depósito ritual y en la UE-23 es un caso muy especial, puesto que los restos de un *Cavia porcellus* se encontraron dentro de un cuenco con base enterrado especialmente en una tumba que no tenía más restos óseos, sino el de este animal; la estructura de la construcción funeraria sugiere una gran laboriosidad, dado que es una de las más grandes que se registró (Tabla 16).

Tabla 16. FRECUENCIA Y DISTRIBUCIÓN DE RESTOS ÓSEOS DE CAVIA PORCELLUS ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Número de elementos	Número de individuos
UE - 20	22	1
UE - 22	1	1
UE - 23	3	1
UE - 32	25	1
UE - 37	61	2
UE - 38	1	1
UE - 42	12	3
Total	125	10

Teniendo en cuenta todas estas características, cabe la posibilidad que el curí fuese enterrado como el animal totémico de algún grupo humano, o de algún individuo inhumado, para así, tal vez invocar su fertilidad, una de las características más sobresalientes de este animal. Debido a esto y a su domesticación, posiblemente este fue el animal terrestre de mayor consumo y por ende el mayor y más frecuente suministrador de proteína animal, lo que explica su gran aprecio y valoración como alimento en el más allá.

Tayassuidae pecaries: conocido como pecaris, baquiros y saíno. Pertenece a la familia *Tayassuidae*, orden *Artiodactilos*. Fórmula dental I 2/3, C 1/1, Pm 3/3, M 3/3. Miden entre 70 y 100 cm de longitud, su altura es de cerca de 45 cm y su peso promedio varía entre 24 y 34 kg. Su distribución en América va desde Texas hasta el norte de Argentina. Hay tres especies, agrupadas en dos géneros, la primera *Tayassu* (*T. tajacu*, *T. pecary*), el segundo género es *Catagonus*, el cual está restringido a Paraguay y algunas partes de Argentina. El *Pecary* es el más grande de las especies. El período de gestación es de 116 días.

Son animales gregarios y se desplazan cubriendo grandes distancias en busca de frutos, principalmente de palmas (Eisemberg 1989:318-319). Tiene el pelaje de color negro con visos de ocre; orejas cortas, mandíbula inferior y parte anterior de la garganta blanca, o blanco amarillento, usualmente en fuertes contrastes con el resto del pelaje. Antebrazos, piernas, manos y pies con pelo corto aplicado. “*Dedos de la parte trasera 2-1 (el marrano doméstico tiene sus 2-2), los jóvenes pueden tener un pelaje rojizo*” (Borrero, citado en Álvarez 1979:75).

Su hábitat está relacionado con zonas selváticas en los pisos térmicos temperado y templado pudiendo ascender hasta zonas boscosas al piso térmico frío; los bosques de robles de la zona del Salto del Tequendama y los flancos cordilleranos próximos al sitio arqueológico de Aguazuque, pudieron proporcionarle un medio favorable para su supervivencia en los alrededores de la sabana. “*Restos de Tayassu han sido identificados en los sitios precerámicos de Tequendama, Nemocón y Gachalá, siendo también registrados en los abrigos rocosos de Zipacón... en Aguazuque el porcentaje de restos de este animal no sobrepasan el 0.11%*” (Correal 1990:90).

Para la región Calima Legast (1993:49), identifica un animal de este tipo en una de las alcarrazas Yotoco, cuando afirma: “*El pecari de la figura 38 es claramente reconocible por la forma de su cabeza y su hocico truncado. Por falta de más rasgos, en particular de colores, no se puede determinar la especie*”. Hay que tener en cuenta que esta investigadora toma el término pecary no como la especie sino como un nombre común de este animal. En la tumba 2 de Obando aparecieron caninos pulidos y perforados de cafuche (*Tayassu* sp.), que fueron utilizados en vida como dijes para collares (Rodríguez 1996c: Anexo 3).

En carta del adelantado Pascual de Andagoya (15-IX-1540), al emperador Carlos V sobre su partida de Panamá y su prosecución de su viaje hasta Cali, se reportan noticias de cronistas que observaron este animal: “*en estas provincias hay muchos venados y puercos diferentes a los de España, que andan en grandes manadas: no tienen cola ni gruñen aunque los maten; tienen encima del espinazo uno como ombligo*” (en Rodríguez 1992:402-403).

En Guacarí, en el depósito de desecho de la UE-25 se halló una mandíbula de *Tayassuidae pecari* (saíno) asociada a carbón, lo que sugiere su consumo alimenticio, que por su tamaño debió alcanzar para un nutrido grupo dentro de una gran celebración fúnebre.

Odocoileus virginianus: conocido como “venado cola blanca”. Clase: *Mammalia*, orden: *Artiodactyla*, sub-orden: rumiante, familia: Cervidae, subfamilia: *Odocoileinae*. Habita cada estado de los Estados Unidos con la posible excepción de Alaska y Utah. Hacia el sur se extiende a lo largo de México y América Central y en Suramérica hasta los 15° latitud sur aproximadamente,

donde se le encuentra en la cordillera Andina desde Venezuela hasta Bolivia y en las tierras bajas incluyendo leñosos bosques deciduos y sabanas. Como se puede ver tiene una gran adaptabilidad a una vasta diversidad de hábitats. Los venados en Suramérica son más pequeños en comparación con los de Norteamérica, el peso promedio para los machos es de 50 kg. y para las hembras de 30 kg, su longitud es de 144 cm variando el peso según sexo y edad (Daniels 1990:60-61). Las hembras carecen de cuernos en forma permanente; los machos adultos están provistos de una cornamenta de varias puntas formada por dos ramas, la interna permanece indivisa y la externa se ramifica. Estos cuernos se pierden temporalmente durante la época de muda, dando lugar a otros que nacen cubiertos por un pelo muy corto denominado terciopelo. Este fenómeno ocurre anualmente en los países templados (Borrero, citado en Álvarez 1979:76).

El venado es uno de los animales de caza mayor, más populares e importantes en la mayoría de los países del continente americano; en Colombia desde tiempos remotos este animal ha sido utilizado como fuente de proteínas, tal como lo afirma Correal (1990:80-81): *“El venado ha sido objeto preferencial por parte del hombre prehistórico desde los tiempos correspondientes al estadio de cazadores, encontrándose asociados sus restos a evidencias culturales que se remontan a 11.000 años”*.

En cuanto a la forma de caza de este animal, Pascual de Andagoya (citado en Rodríguez 1992: 402-403), afirmó que: *“Los señores tenían sus cotos donde al verano iban a caza de venados, y ponían fuego a la parte del viento, y como la yerba es grande el fuego se hacia mucho, y los indios estaban puestos en parada donde había de ir a parar el fuego; y los venados iban recogidos huyendo y ciegos de humo: el mismo fuego los llevaba a dar donde estaban los indios con sus tiraderas con yerros de pedernal y pocos se les escapaban...”*.

Este animal no ha sido representado en alta frecuencia en las artes prehispánicas (aún cuando no debemos olvidar las preciosas escenas de caza de venados representadas en los platos de la Cultura Tuza del Sur de Colombia y Norte del Ecuador), pero sus huesos son los más utilizados para la elaboración de armas, herramientas e instrumentos musicales, posiblemente debido a que eran bastante duros.

En el depósito de desecho de forma semicircular UE-44 se halló una costilla, asociada a fragmentos cerámicos, líticos, carbón y caracoles terrestres. En las excavaciones UE-4, 23 y 41, se encontraron flautas traveseras elaboradas en húmero de venado. Fragmentos de este tipo de instrumento aerófono fueron hallados también en la tumba 5 del cementerio de Obando, fechados en 1070±60 d.C. (Rodríguez 1996c: Anexo 3). En la tumba de la UE-23 de Guacará, correspondiente a un entierro de tres infantes también se hallaron

cuatro vértebras de venado a manera de cuentas de collar sobre el personaje principal. En la tumba de la UE-2 se encontraron seis desangradores, uno en la UE-3 y otro en la UE-28, todos elaborados en húmeros de *Odocoileus virginianus*. Varios de ellos presentaron franjas de pintura roja, elemento que seguramente los asocia con el rito de la sangre de los animales enterrados (Tabla 17; Figura 75).



Figura 75.

Desangrador manufacturado en húmero de venado.

Dasypus sabanicola: conocido como armadillo, jerre jerre, tatu o cachicamo, este animal tiene una gran distribución y adaptabilidad, pues se le encuentra desde el nivel del mar hasta pisos térmicos frío, en zonas abiertas y boscosas. Son animales gregarios, generalmente una madriguera puede ser ocupada por varios individuos; son cavadores activos de huecos y su dieta es omnívora; sus hábitos son nocturnos aunque en ocasiones pueden estar activos durante el día. Se caracterizan por que el cuerpo está protegido por dos fuertes escudos rígidos, uno anterior y otro posterior, unidos por bandas acorazadas que le confieren flexibilidad. Tiene el rostro cubierto de placas sobre el arco cigomático, aunque los lados de la cara tienen pocas placas o ausencia de ellas; su capacidad de adaptarse a diferentes ambientes ha determinado su gran éxito ecológico, al punto de constituirse en uno de los pocos representantes de la fauna original de Suramérica que ha logrado invadir América del Norte. Su acentuado sentido del olfato le permite detectar insectos y lombrices que se encuentran hasta 20 cm bajo tierra. Buen nadador, puede inflar con aire pulmones e intestinos, lo que le permite cruzar ríos con facilidad. En la madriguera la hembra da a luz cuatro crías, con la extraña particularidad de que todas pertenecen al mismo sexo (Mejía 1986:52)

Tabla 17. FRECUENCIA Y DISTRIBUCIÓN DE RESTOS ÓSEOS DE ODOCOILEUS VIRGINIANUS ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Número de elementos	Número de individuos
UE-44	1	1
UE-23	6	2
UE-28	1	1
UE-41	1	1
Total	9	5

El consumo de armadillo es muy antiguo; en el sitio del Tequendama se encontraron restos de este animal, asociados a artefactos líticos y óseos correspondientes al Estadial del Abra, fechados entre 11.000 y 10.000 años AP; sus vestigios son relativamente abundantes, mientras que en el sitio de Aguazuque las frecuencias son muy bajas (Correal 1990:89). El armadillo está frecuentemente representado en la cerámica de la Cultura Ilama como lo describe Legast (1993:8): *“Ciertas características permiten pensar que en varios casos se trata de la especie común Dasypus novemcintus... se observa claramente la representación de las pequeñas placas óseas en la frente y el hocico, así como la hilera de dientes uniformes y parejos, característicos de esta dentadura homodonta de crecimiento continuo”*.

En algunas crónicas también se menciona este animal, Fernández de Oviedo (citado en Cartay 1992:115), lo describe así: *“Animales de cuatro pies, e cubiertos de una cobertura o pellejo de una sola concha durísima, de color pardo claro, é por debaxo de aquella concha salen las piernas é la cola, é en su lugar sale la cabeza, é pescueso. Finalmente es de la manera de un corsier con bardas, é del tamaño de un perrillo gozque o podenco pequeño... son excelente manjar... yo los he comido algunas veces, é son mejores que cabritos en el sabor, é es un manjar sano”*.

Los restos óseos de este animal encontrados en la UE-28 se hallaron dentro de un contexto interesante, teniendo en cuenta las características de animal nocturno y protegido por una caparazón, podrían representar la forma de ser de la persona enterrada. Era una mujer adulta bastante robusta; el animal fue colocado en el vientre, por lo cual podría considerarse su tótem personal. En la UE-38 se encontraron restos de armadillo asociados a diferentes huesos calcinados, lo que sugiere su consumo, que como ya se había anotado, es una carne muy preciada desde tiempos prehispánicos (Tabla 18).

Tabla 18. FRECUENCIA Y DISTRIBUCIÓN DE LOS RESTOS ÓSEOS DE DASYPUS SABANICOLA ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Número de elementos	Número de individuos
UE-28	32	2
UE-38	1	1
Total	33	3

Cannis familiaris: conocido como perro común; este es uno de los animales domésticos más antiguos que tiene el hombre (hace unos 10.000 años); existen unas 400 razas que son muy diferentes en forma y tamaño, todas proceden posiblemente de más de un cánido salvaje (chacales y lobos), es un animal gregario muy sociable. Es inteligente y en la juventud se le puede educar. En sus orígenes es casi un carnívoro puro, pero puede transformarse en omnívoro. A los seis u ocho meses es adulto, desde este momento las hembras están en celo dos veces al año, y cada vez, cerca de dos semanas. Después de unos 60 días de gestación paren de 4 a 6 cachorros con los ojos cerrados, que los abren a los diez días. La lactancia dura 7 semanas. La edad máxima es de 15 años aunque algunos han llegado a los 34. Su fórmula dentaria es: I 3/3, C 1/1 Pm 4/4 y M 2/3 (Álvarez 1979:319).

En América hay referencias de este animal en varias crónicas en las que se habla de un perro que estaba domesticado pero que era mudo. Al respecto el capitán Robledo nos narra: "... *El señor del vino con muchos yndios cargados de mayiz, yuca, frisoles, axis, perros de la tierra que son como gozques de los de Castilla salvo que no ladran (n)...*" (citado en Tovar 1993:271). En la tumba de la UE-23 se encontraron dientes de este animal, haciendo parte de un collar, que podría ser un amuleto representativo para el niño enterrado.

Restos óseos de este animal aparecen frecuentemente en tumbas prehispánicas del Valle del Cauca. En las excavaciones del sitio Palmaseca (Cubillos 1984) apareció una buena cantidad de maxilares inferiores y dientes perforados para ser usados como dijes de collares. En las Tumbas 2, 4 y 5 del cementerio prehispánico de Obando aparecieron huesos largos y bastantes dientes de este animal, algunos de ellos perforados en su parte superior (Rodríguez 1999C:Anexo 3). Finalmente, es necesario documentar la presencia de dientes de *Cannis familiaris* en varias tumbas del recientemente excavado cementerio prehispánico de Guacandá en el municipio de Yumbo, cerca de la ciudad de Cali (Rodríguez *et al.* 2001). En la Tabla 19 aparece la relación de todos los mamíferos recuperados de las unidades de excavación realizadas en la Hacienda El Carmen.

Canis cerdocyum: conocido como zorro de monte, este es un mamífero carnívoro fisípedo de la familia cánidos (*Cerdocyon thous*), de un metro de longitud (30 cm corresponden a la cola), orejas relativamente cortas y pelambre breve de coloración roja, amarilla y gris en las partes superiores. Caza en solitario o en parejas y se nutre de los animales más diversos; hasta insectos y huevos de tortuga; no desdeña la fruta. Es fácilmente domesticable, vive en regiones forestales de América tropical y subtropical hasta el norte de Argentina, sobre todo en Colombia y Venezuela hasta los 3000 msnm (Salvat 1993, T.20: 36).

En la excavación UE-23 se hallaron dos caninos de zorro, con perforaciones, como parte de un collar colocado sobre el tórax de un niño.

Dasyprocta punctata: conocido como ñeque, es un animal de hábitos diurnos que habita en el bosque y en linderos alterados del bosque; vive en árboles huecos. Los individuos se aparejan pero se mueven separados, su hábitat perfecto es el de campos cultivados; son bulliciosos (chillan) y conspicuos. Estos roedores caviomorfos comen toda clase de plantas cultivadas incluyendo tubérculos y frutas (De Alba y Rubinoff 1982:263-266). En el depósito de desecho UE-38 se halló una mandíbula de ñeque, asociada a restos óseos de chucha, armadillo, curí y material cerámico, lítico y carbón. Incisivos de ñeque también fueron hallados en Obando en las Tumbas 1 (1080±60 d.C.), 2 (1220±70 d.C.), 4 (780±110 d.C.) y 5 (1070±60 d.C.) (Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998).

Tabla 19.

FRECUENCIA Y DISTRIBUCIÓN DE LOS RESTOS ÓSEOS DE MAMÍFEROS ENCONTRADOS EN LAS UE DE LA HACIENDA EL CARMEN.

Unidad de excavación	Nombre común	Nombre científico	Nombre del elemento	Lado	Observaciones
UE-44	Venado	<i>Odocoileus virginianus</i>	Costilla	-	Fragmentada
UE-44	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Huesos varios	-	Sin identificar
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Mandíbula	I	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Fémur	I, D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Ilium	I, D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Isquium	I	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Maxilar	I	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Frontal	I,D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Alisfenoides	M	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Basesfenoides	M	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Parietal	I, D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Interparietal	I, D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Temporal	I, D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Occipital	M	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Radio	D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Cúbito	D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Tibia	D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Escápula	D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Zigomático	D	
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Vértebra torácica	M	5 elementos
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Vértebra sacra	M	1 elemento
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Vértebra cervical	M	7 elementos
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Vértebra atlas	M	1 elemento
UE-18	Chucha	<i>Didelphis marsupiali</i>	Diente canino	I, D	7 elementos
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Fémur	D, I	Individuo joven
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Bulla timpánica	D, I	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Tibia	D, I	Fragmentada
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Húmero	D, I	Fragmentada
UE-20	Curí	<i>Cav ia porcellus</i>	Ilium	I, D	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Isquium	D	Fragmentado
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Occipital	D	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Temporal	D	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cúbito	D	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Radio	D	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Maxilar	I	
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Dientes	-	2 elementos
UE-20	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Huesos varios	-	Fragmentados
UE-22	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cavidad femoral	-	Mal conservado
UE-23	Perro	<i>Canis familiaris</i>	Molares sup/inf	-	Perforados para cuenta decollar

Unidad de excavación	Nombre común	Nombre científico	Nombre del elemento	Lado	Observaciones
UE-23	Perro	<i>Canis familiaris</i>	Canino	-	Perforados para cuenta de collar
UE-23	Venado	<i>Odocoileus virginianus</i>	Húmero	-	Huesos pulidos 2 flautas
UE-23	Venado	<i>Odocoileus virginianus</i>	Vértebras	M	Pulidas par cuentas de collar
UE-23	Zorro	<i>Canis cerdocyu</i>	Caninos sup	D, I	2 elementos, cuentas de collar
UE-23	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Caninos	-	3 elementos
UE-25	Saíno	<i>Tayasu pecari</i>	Mandíbula	D, I	Fragmentada
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Húmero	D, I	2 elementos parte distal
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Cúbito	D, I	2 elementos parte distal
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Tibia	2D, 2I	4 elementos
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Escápula	D, I	Parte distal
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Calcáneo	M	2 elementos
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Vértebras	I	5 elementos
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Mandíbula	I	Fragmentada
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Maxilar	-	Fragmentada
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Escamas		Parte del caparazón
UE-28	Armadillo	<i>Dasyus sabanicola</i>	Huesos varios	-	Fragmentados
UE-31	Venado	<i>Odocoileus virginianus</i>	Fémur	-	Heramienta pulida, desangrador
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Maxilar	D, I	Fragmentada
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Mandíbula	D, I	Fragmentada
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Húmero	D, I	Fragmentada
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Bulla timpánica	D	
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Ilium	D, I	
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Isquium	D	
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Escápula	I	Fragmentada
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Fémur	D, I	
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Radio	I	Fragmentado
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Vértebra torácica	M	5 elementos
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Vértebra lumbar	M	
UE-32	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Huesos varios	-	Fragmentados
UE- 37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Ilium	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Isquium	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cúbito	I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Bulla timpánica	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Radio	D	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Parietal	I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Frontal	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Vértebra sacra	M	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Temporal	D, I	

Unidad de excavación	Nombre común	Nombre científico	Nombre del elemento	Lado	Observaciones
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Mandíbula	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Mandíbula	I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Maxilar	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Interparietal	M	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Occipital	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Dientes	-	25 elementos
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Bases fenoides	M	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Húmero	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Fémur	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Tibia	D, I	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cúbito	D	
UE-37	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Huesos varios	-	No identificados
UE-38	Armadillo	<i>Dasyops sabanicola</i>	Fémur	D	
UE-38	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Mandíbula	I	
UE-38	Ñeque	<i>Dasyprocta punctata</i>	Mandíbula	D	
UE-38	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Fémur	D	Parte distal
UE-38	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Huesos varios	I	Fragmentados
UE-41	Venado	<i>Odocoileus virginianus</i>	Húmero	-	Hueso pulido flauta
UE-41	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Cúbito	-	
UE-42	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Mandíbula	I	Dentro de vasija
UE-42	Chucha	<i>Didelphis marsupialis</i>	Cráneo articulado	I	Dentro de vasija
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Húmero	I	Silvestre
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Fémur	I	Silvestre
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Tibia	I	Silvestre
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cúbito	D	
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Radio	D, I	3 elementos
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Cúbito	D	
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Radio	D, I	3 elementos
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Vértebra lumbar	M	
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Vértebra cervical	M	
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Costillas	D, I	2 elementos
UE-42	Curí	<i>Cavia porcellus</i>	Calcáneo	D	

INSTRUMENTOS ELABORADOS EN HUESOS DE ANIMALES

Se hallaron huesos trabajados que es otra forma de análisis dentro del contexto faunístico, observándose que aprovecharon las características físicas de algunos huesos, para obtener de ellos diferentes objetos, los cuales podemos dividir en tres grupos:

Adornos corporales: se destaca el collar elaborado en corales marinos tallados encontrados en la tumba de la UE-43; también utilizaron conchas

marinas que pulieron para la elaboración de cuentas de collar. Otras cuentas fueron obtenidas del corte y pulimento de huesos largos de aves, vértebras de venado y de la perforación de piezas dentales de perro y zorro.

Herramientas: fabricaron herramientas utilitarias tal como es el caso de las agujas elaboradas sobre huesos de aves halladas en las UE-2, 3, 4 y 30, y desangradores hechos en fémur de venado en las UE-2, 3 y 31.

Instrumentos musicales: elaboraron sus instrumentos mediante el trabajo de algunos huesos y conchas, como es el caso de tres flautas con boquilla y perforación para porte, halladas en la UE-4, otra en UE-23 y una en la UE-41, y un pito en concha encontrado en la UE-23.

Los animales en el arte prehispánico de Guacarí

Las representaciones artísticas de animales en el Guacarí prehispánico fueron muy escasas; se hallaron sólo dos casos: el primero corresponde a dos cuencos con base hechos en cerámica, uno de ellos encontrado en la tumba de la UE-8 y otro en la UE-28, cuyas asas son la representación de posibles batracios; el segundo caso correspondió a la tumba en la UE-43 donde se halló una cuenta tallada en piedra caliza verdosa, la cual podría representar un lagarto, pues se puede ver claramente la cabeza, ojos, las cuatro extremidades y la cola.

A pesar que son pocas las representaciones artísticas, cabe anotar que para el hombre de Guacarí, los animales tuvieron gran importancia en su mundo mágico-religioso, indicado por su presencia dentro de sus recintos sagrados de muerte. También como suministro de proteína, básica en su dieta alimenticia y posiblemente en una amplia gama de materias primas: cueros para vestido y construcción de viviendas, cuernos y órganos utilizados como recipientes, tendones utilizados como fibras, huesos, astas, dientes y conchas para la confección de herramientas, instrumentos musicales y adornos, grasa y estiércol para combustible, entre otros.

Es posible que esta relativa poca representatividad de la fauna en las artes plásticas, podría significar un cambio en la estructura de pensamiento, tal como lo expresa Legast para la región Calima en relación con la cultura Sonso, contemporánea con la sociedad objeto de estudio en la presente investigación: *“La gran escasez de figuras de cerámica en este período, demuestran las diferencias culturales en relación con las dos primeras fases y una cierta discontinuidad en el pensamiento mítico religioso... aún cuando el mundo animal hubiera tenido un papel importante en el espíritu del hombre Sonso, la fauna no fue un tema decorativo principal de la cerámica como sí lo fue en épocas anteriores”* (Legast 1993:103, 108). El posible cambio de estructura de pensamiento no implica necesariamente que disminuyera la importancia simbólica de los animales para esta sociedad, sino que pudo verse aumentada

en otro tipo de manifestaciones culturales que no son evidenciadas en el registro arqueológico, tales como mitos, leyendas y danzas o representado sobre materiales perecederos como madera y textiles. Esto es sustentado a partir del hecho de que se encontró fauna dentro del contexto funerario en el 51.5% de la muestra, lo cual demuestra su importancia simbólica.

EL SIGNIFICADO SIMBÓLICO DE LOS ANIMALES

Son muchas las relaciones que pueden existir entre el mundo animal y el mundo simbólico, como lo expresa Aniela Jaffé (citado en Legast, 1993:3): *“La profusión ilimitada del simbolismo animal en la religión y el arte de todos los tiempos no recalca meramente la importancia del símbolo; muestra cuán vital es para los hombres integrar en su vida el contenido psíquico del símbolo: el instinto. En sí mismo, un animal no es bueno o malo; es una parte de la naturaleza... En el Hombre, el “ser animal” (que vive en él como su psique instintiva) puede convertirse en peligroso si no se le reconoce y se le integra”*. Una muestra de lo anterior es la relación del hombre de Guacarí con el animal totémico, como pudo ocurrir en la UE-32, donde se hallaron restos de curí en el interior de un cuenco con base, en una estructura funeraria carente de restos humanos; o en el depósito ritual UE-25, el cual contenía una mandíbula de saino.

Esta relación también es destacada por Thomas (1993:108-109), cuando afirma que: *“la muerte de un animal está estrechamente ligada al hombre (por vía del totemismo), reintroduce una vez más la cultura en la naturaleza. El hombre puede matar al animal con la condición de que no sea un animal totémico o privilegiado y que tome las medidas habituales establecidas por la costumbre. Ciertos animales sagrados son objeto de entierros rituales, así como también se puede inhumar al hombre con su animal favorito. Puede considerarse también como portador o alimentador del alma del difunto”*.

En el juego de los símbolos relacionados con el par: vida-muerte, le corresponde un lugar importante al animal. Para el caso de Guacarí, esto se podría ver en las características físicas y etológicas de los animales hallados, pues no es coincidencia que la mayoría de los restos óseos encontrados sean principalmente de animales con hábitos nocturnos (chucha, curí, zorro, armadillo), ligando la dualidad día-vida / noche-muerte. También la relación agua-vida como es el caso de los peces y las numerosas conchas halladas. Otra asociación simbólica que se puede hacer es la de los animales como alimento, teniendo en cuenta que la alimentación humana no está guiada por la fisiología sino por el arbitrio cultural, tal como lo afirma Margaret Mead (citada en Cartay 1991:140): *“se come no solo lo que se tiene sino lo que se elige... el alimento, comida o bebida, ligado como está al sistema socio cultural en sí, no puede*

ser analizado desde el punto de vista biológico, sino también debe verse como representación y trascendencia cultural, y su manifestación más intensa es la comida ceremonial... La comida ceremonial es, pues, una celebración de la alimentación, y por tanto de la vida, y es, en cierta manera, una negación de la muerte, con la ofrenda a los difuntos, que incluye comidas y bebidas”.

Los animales sacros y profanos vivieron en el universo simbólico del hombre de Guacarí, corroborando que la parte animal del ser navega libre en el mar del subconsciente, hasta la muerte. Cada animal, como nosotros mismos, es un universo que se relaciona con la sociedad y el individuo de una manera particular, llevándonos a suponer un mundo lleno de magia. ¿Cómo sería la caza de un venado o un saíno?, ¿qué emoción y satisfacción producía?, ¿tenían animales mascotas?, ¿tenían prohibición para el consumo de carne de algunos animales?, ¿tendría un animal totémico cada uno de los integrantes de la sociedad investigada? Todas estas son preguntas que se quisieran resolver y finalmente sólo quedan en la imaginación. Pero cada pregunta nos integra a ese mundo, porque al igual que ellos, en nuestro tiempo y nuestra época seguimos soñando al lado de nuestros inseparables amigos los animales.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

CRONOLOGÍA

Para ubicar cronológicamente el período de existencia del cacicazgo de Guabas contamos por ahora con diez fechas obtenidas por radiocarbono, las cuales cubren un lapso cronológico de unos 500 años y las cuales están ubicadas entre 790 y 1180 d.C. aproximadamente. Ocho de ellas provienen de sitios arqueológicos excavados en el municipio de Guacarí y dos corresponden a sitios ubicados en el municipio de San Pedro. Como puede verse en las Tablas 20 y 21, seis fueron obtenidas de contextos cerrados (tumbas), asociadas a restos humanos y de animales en un buen estado de conservación y un abundante ajuar funerario compuesto por objetos de cerámica, piedra, hueso y metal. Las cuatro fechas restantes son de viviendas asociadas con cultivos.

Este período de casi medio siglo concuerda más o menos cronológicamente con el sugerido por otro número casi igual de fechas provenientes de yacimientos arqueológicos del norte del valle geográfico del río Cauca, donde existió el cacicazgo de Obando, cuyos integrantes compartían la misma tradición cultural Quimbaya Tardío. En efecto, las fechas de las tumbas del cementerio prehispánico Dardanelos en el municipio de Obando, están ubicadas aproximadamente entre 780 y 1220 d.C. (Tabla 22). Algo similar podemos decir para los cacicazgos Quimbaya Tardío del sector cordillerano norte del Valle del Cauca y del departamento del Quindío, cuyas fechas abarcan el período comprendido entre 740 y 1120 d.C. (Tabla 23).

A su vez, todos estos cacicazgos que compartían una misma tradición cultural, podemos ubicarlos cronológicamente en la fase inicial del que proponemos denominar Período de las Sociedades Cacicales Tardías, que correspondería al Período IV de la periodización histórica prehispánica que hemos propuesto recientemente para el SO de Colombia y NO de Ecuador, y que en términos generales se extiende entre 550 y 1550 d.C. (Rodríguez 2002, 2005). Como ya lo hemos anotado, este período se caracterizó por la llegada a la región de estudio de nuevas gentes que generaron transformaciones

sustanciales en el ámbito demográfico, en los patrones agrícolas, de vivienda, de enterramiento, en la alfarería y la metalurgia; así como también, introdujeron cambios ideológicos importantes expresados en una nueva concepción del mundo (Rodríguez 1995:228-229).

Como lo ha sugerido Escobar, es probable que los cacicazgos tardíos del Valle del Cauca hubieran sido sociedades basadas en el parentesco y la identidad étnica, donde no existía la propiedad privada, todo el pueblo estaba igualmente armado y se guiaba por la tradición. Dicha autora considera a los caciques de esta región como los representantes más destacados de la riqueza social. Ese papel de demostración lo juegan tanto los vivos, como los muertos, pues: *“exhibían esta riqueza socialmente, como despliegue comunitario, hasta el punto que los objetos de demostración no se transmitían. Cada cual era enterrado con ellos, todo cacique debía ser proveído de nuevos bienes...”* (Escobar 1986-1988:28). Para esta investigadora los caciques *“no son individualizados, son los representantes de la comunidad, de su riqueza, de sus creencias, de su valor colectivo; son en fin un emblema de identidad”* (Ibíd.:28-29).

Es interesante resaltar las obligaciones del cacique, ya que este cargo, implicaba no sólo la representación de la unidad, de la riqueza y valor colectivos, sino la coordinación y planificación del uso y acumulación de los excedentes. Fundamento de la existencia de su cargo era la centralización de excedentes para realizar la distribución masiva del trabajo de especialistas.

Finalmente, Escobar concluye que estos grupos eran *“esencialmente comunitarios, igualitarios, con especialistas de representación y centralización, donde la acumulación social permite una complejidad de especialistas, intercambio y guerra activos. Donde no hay privilegios exclusivos, sino obligaciones, ni propiedad, ni acumulación privada. La autoridad proviene del consenso y de las relaciones de parentesco”* (Ibíd.:29).

Estos argumentos expuestos anteriormente permiten reflexionar sobre un aspecto importante en el plano simbólico hallado en las tumbas del Cacicazgo de Guabas, el cual tiene que ver con la asociación existente entre abundancia de ofrendas en el ajuar funerario y jerarquía social. A este respecto Eckert afirma que si bien en el Valle del Cauca no se realizó la sustitución de la propiedad personal por medio de ofrendas simbólicas, tal y como se encuentra a menudo en el culto a los muertos en Egipto, sí era posible que: *“los derechos jurídicos del cadáver viviente se extendían no sólo a la propiedad material, sino que comprendían de igual manera sus derechos familiares”* (Eckert 1945:108).

Esta visión nos muestra una sociedad despótica donde una casta dominante quiere perpetuar sus derechos hasta el más allá. Por otra parte, Boada (1989:87), al hacer referencia sobre los objetos de tumbas, afirma que: *“El hecho de que algunos infantes tuvieran acceso a objetos escasos, producidos en otras*

regiones y obtenidos a través de intercambio implica privilegios adscritos, es decir que no fueron obtenidos a través de la vida sino que nacieron con ellos”. Esto probablemente es válido si se toma en cuenta el desarrollo y punto de vista de la sociedad occidental, pero si como lo afirma Escobar es una forma de evitar la no-acumulación de la propiedad privada, probablemente nos acercáramos a interpretaciones más certeras respecto a las aplicaciones sociales simbólicas del ajuar funerario. Por ejemplo, se podría tomar el ajuar abundante de las tumbas UE-23 y UE-28 como mensajeros y refuerzos de identidad.

Esta misma opinión la comparte Langebaek (1993:30), al hablar de estilos, arqueología y desarrollo de sociedades complejas: *“En los cacicazgos... el poder de la élite no se sustentaba en el uso de la fuerza sino en su habilidad para administrar recursos y legitimar autoridad en términos ideológicos. En sociedades igualitarias los derechos y deberes se derivan simplemente de la pertenencia al grupo; aunque existen diferencias de estilo locales, éstas sirven más para indicar pertenencia a una sociedad dada, que a un sistema aceptado de jerarquización social”.*

Tabla 20. FECHAS DE RADIOCARBONO DEL CACICAZGO DE GUABAS (MUNICIPIO DE GUACARÍ).

Sitio/contexto	Datación d.C. Sin calibrar	Número de Laboratorio	Referencia
El Carmen, Tumba 5 (UE11) 110-115 cm.	1.180 ± 60	Beta - 70018	Rodríguez 1994
El Carmen, Tumba 4 (UE10) 120 cm.	1.130 ± 70	Beta - 70017	Rodríguez 1994
La Margarita, Tumba 3 (UE3) 280 cm.	1.120 ± 110	Beta - 5926	Rodríguez 1994
El Carmen Tumba 11 (UE28)	1.040 ± 70	Beta - 74572	Cuenca y Rey 1996
La Alsacia (UE2) 150-160 cm.	970± 60	Beta - 70024	Rodríguez 1994
La Alsacia (UE2) 110-120 cm.	940± 60	Beta - 70023	Rodríguez 1994
El Carmen, Tumba 2 (UE8) 110-180 cm.	870 ± 80	Beta - 70015	Rodríguez 1994
El Carmen, Tumba 3 (UE9) 200 cm.	790 ± 60	Beta - 70016	Rodríguez 1994

Tabla 21.**FECHAS DE RADIOCARBONO DEL CACICAZGO DE GUABAS
(MUNICIPIO DE SAN PEDRO).**

Sitio/contexto	Datación d.C. Sin calibrar	Número de Laboratorio	Referencia
El Limonar PK276+700 Trincheras 1. 110-120 cm.	1.170 ± 70	Beta - 98105	Rodríguez 1996
El Limonar PK276+700 Trincheras 1. 120-130 cm.	1.050 ± 60	Beta - 98106	Rodríguez 1996

Tabla 22.**FECHAS DE RADIOCARBONO DEL CACICAZGO DE OBANDO
(MUNICIPIO DE OBANDO).**

Sitio/contexto	Datación d.C. Sin calibrar	Número de Laboratorio	Referencia
Dardanelos PK187+400 Tumba 2	1.220 ± 70	Beta - 97699	Rodríguez y Rodríguez 1999
Potrero Chico PK185, 60-70 cm.	1.120 ± 40	Beta - 97702	Rodríguez 1996
Dardanelos PK187+400 Tumba 1 *	1.080 ± 60	Beta - 97702	Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998
Dardanelos PK187+400 Tumba 5 *	1.070 ± 60	Beta - 97704	Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998
Dardanelos PK187+400 Tumba 3 *	980 ± 50	Beta - 97703	Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998
Dardanelos PK187+400 Tumba 4	780 ± 110	Beta - 97703	Rodríguez y Rodríguez Cuenca 1998

* Tumbas fechadas con hueso humano por AMS.

Tabla 23.**FECHAS DE RADIOCARBONO DE LOS CACICAZGOS DEL NORTE DEL VALLE DEL
CAUCA Y EL QUINDÍO.**

Sitio/contexto	Datación d.C. Sin calibrar	Número de Laboratorio	Referencia
Tumba T-LP-1	1.120 ± 80	Gak-3320	Bruhns 1976
Tumba T-C-Lsi-1	1.110 ± 80	Gak-3323	Bruhns 1976
Tumba T-LP-1	1.050 ± 120	Gak-3322	Bruhns 1976
Río Claro	980 ± 60	Beta - 25641	Herrera y Moreno 1990
San Diego II-Tumba	990 ± 70	Beta - 165546	Quintana y Jaramillo 2002
La Llanada P1,1. 30-40 cm.	960 ± 50	Beta - 70024	Salgado 1986
La Llanada P1,17.	950 ± 60	Beta - 9467	Salgado 1986
Armenia. Tumba.	980 ± 60	GrN 771845	Correal 1980
La Soledad Trincheras 4.	740 ± 80	Beta - 9466	Salgado 1986

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, J. 1979. *Diccionario Rioduero, Zoología*. Editorial Mateu Cromo S.A. Madrid.

Araníbar, C. 1989. *Nota sobre la necropompa entre los incas*. En Sagaseta, A., *Relaciones interculturales en el área ecuatorial del Pacífico*. 503. Asterdam: Bar Internacional Series.

Barney-Cabrera, E. 1983. *Los Quimbayas. Ceramistas y Orfebres*. En, *Historia del arte colombiano*, Vol. III. Salvat. Barcelona-Bogotá.

Barza 1973. *Encyclopedia Britannica*. Willian Benton Editor. Buenos Aires-Chicago-México.

Bermúdez, E. 1987. *Música indígena colombiana*. Maguaré 5: 85. Departamento de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Blanco, S. 1997. *Las tumbas no son para los muertos: prácticas funerarias prehispánicas en el Valle del Lili, Valle del Cauca, Colombia*. *Cespedesia* 22 (69): 127-201. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Boada, A. M. 1989. *Elementos de uso cotidiano, elementos de uso funerario*. *Revista del Museo del Oro* 25: 71-91. Banco de la República. Bogotá.

Bruhns, K. 1976. *Ancient Pottery of the Middle Cauca Valley*. *Cespedesia* 5 (17-18): 101-186. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Cabrero, L. y López, M. 1998. *Las tumbas de tiro de El Piñón, en el cañón de Bolaños, Jalisco, México*. *Latin American Antiquity* 9 (4): 328-341.

Calame-Griaule, G. 1982. *La palabra del pueblo Dogón*. Editora Nacional. Madrid.

Cardale Schrimpff, Marianne. 2005. The People of Ilama Period. *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*: 36-97. Marianne Cardale S. Editor. Pro Calima Foundation. Lausanne - Bogotá.

Cartay, R. 1992. *Historia de la alimentación del Nuevo Mundo*. Ed. Fundación Polar y Universidad de los Andes. Santafé de Bogotá.

Castaño, C. 1988. *Clasificación taxonómica de artefactos líticos en Buritaca 200*, Parque Natural Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. *Trianea* 1: 5-36. Inderena. Bogotá.

Castaño, M. 1973. *Explotación del curí o cuy*. Instituto Colombiano Agropecuario, ICA. Bogotá.

Castellanos, J. de. 1944. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.

Castillo, N. y Litvac, J. 1968. *Un sistema de estudio para formas de vasijas*. Departamento de Prehistoria, INAH. México.

Cieza de León, P. [1553]1985. *La Crónica del Perú*. Cap. XXV-XXXII. *Cespedesia* 14 (51-52): 27-37. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Cieza de León, Pedro. 1962. *La Crónica del Perú*. Tercera Edición. Espasa-Calpe S.A. Madrid.

Correal, G. 1990. *Aguazuque. Evidencia de cazadores recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

Correal, G. 1985. *Algunas enfermedades precolombinas*. *Maguaré* 3: 49-110. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Correal, G. 1980. *Una tumba de pozo con cámara lateral en el municipio de Armenia*. *Divulgaciones Arqueológicas* 1. Barranquilla.

Correal, G. 1979. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República. Bogotá.

Correal, G. y Van der Hammen, T. 1977. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama*. 11.000 años de Prehistoria en la Sabana de Bogotá. Banco Popular. Bogotá.

Cubillos, J. C. 1984. *Asentamientos prehispánicos en la suela plana del río Cauca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.

Cubillos, J. C. 1958. *Apuntes sobre instrumentos musicales hallados en Colombia*. En Homenaje al profesor Paul Rivet: 169-189. Academia Colombiana de Historia. Bogotá.

Cuenca, W., A. y Rey, F. 1996. *Más allá de la muerte prehispánica*. Aproximación a la interpretación de la simbología funeraria en un cementerio prehispánico en Guacarí (Valle). Tesis de Pregrado, Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá. Ms.

Chase, C. 1999. *Objetos portátiles de arte*. En Los Mayas, 249-269. CNCA-INAH / Landucci editores. México.

Chávez, A. y Puerta, M. 1986. *Monumentos arqueológicos de Tierradentro*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

Chevalier, J. y Gheerbrant, A. 1991. *Diccionario de los símbolos*. Editorial Herder. Barcelona.

Chimu. 1993. *Manual de conservación de suelos y aguas*. Ingenio Pichichí, Guacarí, Valle del Cauca. (Inédito).

Dagerman, S. 1952. *Nuestra necesidad de consolación es imposible de complacer*. Universidad Central. Bogotá.

Dahl, G. 1971. *Los peces del norte de Colombia*. Instituto de Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables. INDERENA. Bogotá.

Daniels, H. 1990. *Biología y hábitat del venado caramerudo*. Universidad Pedagógica Experimental Libertador-Instituto Pedagógico de Maturín. Caracas.

Dávila, E. 1994. *Estudio ambiental para el Gasoducto de Occidente*. Anexo arqueológico. Informe final. Santafé de Bogotá. Ms.

De Alba, G. y Rubinoff, R. 1982. *Evolución en los Trópicos*. Publicaciones Selectas del Smithsonian Tropical Research Institute. Editorial Universitaria Panamá. Panamá.

Duque, L. 1965. *Prehistoria y arqueología*. En Historia Extensa de Colombia T.1, V.1. Editorial Lerner. Bogotá.

Duncan, R. 1989. *El arte precolombino como iconografía*. Memorias del Simposio de Arqueología y Antropología Física en el VI Congreso Nacional de Antropología. Serie Memoria de Eventos Científicos ICFES. Bogotá.

Eckert, G. 1945. *El culto a los muertos y la concepción de la vida en el Valle del Cauca*. Revista de Indias 6 (19):73-122. Madrid.

Eisemberg, J. 1989. *Mammals of the Neotropics*. Vol 1. The University of Chicago Press. Chicago- London.

El Espectador. 1995. *El municipio de Guacarí (Pacífico siglo XXI)*. Lunes 10 de abril. Santafé de Bogotá.

Eliade, M. 1973. *El mito del eterno retorno*. Alianza Editorial. Madrid.

Escobar, L. A. 1987. *La música precolombina en Colombia*. En, Historia de Colombia T.1: 136-152. Salvat Editores Colombiana, S.A. Bogotá.

Escobar, M. E. 1986-1988. *Cacicazgo del Valle del Cauca: ¿señorío o barbarie?* Revista Colombiana de Antropología XXVI: 155-172. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

Fernández de Oviedo, G. 1944. *Historia General y Natural de las Indias*. Tomo 11. Editorial Guaranía. Asunción.

Fernández de Piedrahita, L. 1942. *Noticias Historiales de Las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Tomo III. Bogotá: Editorial ABC. Bogotá.

Ferreira, M. E. 1994. *Clasificación y estudio de los adornos de concha arqueológicos*. Tesis de Pregrado. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá. Ms.

Flórez, F. y Flórez, L. 1981. *Organología aplicada a instrumentos musicales prehispánicos*. Colección Científica Arqueología: 328-359. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

Ford, J. 1944. *Excavations in the Vecinity of Cali, Colombia*. Yale University Publications in Anthropology 31: 69-72.

Frazer, J. G. 1993. *La rama dorada*. Fondo de Cultura Económica. Santafé de Bogotá.

Freud, S. 1985. *Tótem y tabú*. Alianza Editorial. Madrid.

Friedemann, N. y Arocha, J (eds.). 1985. *Herederos del Jaguar y la Anaconda*. Carlos Valencia Editores. Bogotá.

Galarza, L. 1990. *La interpretación de los símbolos*. Hermenéutica y lenguaje en la Filosofía actual. Editorial Antropos. Barcelona.

Galarza, M. E. 1981. *La deformación craneal en Colombia*. Tesis de Pregrado, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Ms.

Gähwiler-Walder, T. 1996. *Präkolumbische Kulturen im Pavas-Gebiet, Kolumbien*. Arcäologische Befunde und ethnohistorische Daten. Edition Pro Calima. Basel.

Geertz, C. 1989. *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa. Barcelona.

Genovés, S. 1967. *La proporción entre los huesos largos y su relación con la estatura en restos mesoamericanos*. Serie Antropológica No. 19. Instituto de Investigaciones Históricas- UNAM. México.

Herazo, B. 1992. *Antropología y epidemiología bucodental colombiana*. Santafé de Bogotá. ECOE Editores. Bogotá.

Herrera, Leonor. 1992. *El período Sonso Tardío y la conquista española*. En: Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia:151-1777. Fundación Pro Calima. Santafé de Bogotá.

Herrera, L. y M.C. Moreno. 1990. *Investigaciones arqueológicas en Nuevo Río Claro (departamento de Caldas)*. Informe Antropológicos 4: 7-30. Instituto Colombiano de Antropología-Colcultura. Bogotá.

Herrera, L., Cardal, M. y Bray, W. 1990. *La arqueología y el paisaje en la región Calima*. En Ingenierías prehispánicas: 111-150. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

Hooder, I. 1988. *Interpretación en Arqueología*. Corrientes actuales. Editorial Crítica. Barcelona.

IGAC, Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 1964. *Suelos del Valle del río Cauca*. Departamento Agrológico. Bogotá.

IGAC, Instituto Geográfico Agustín Codazzi .1969. *Estudio detallado de suelos para fines agrícolas, del sector plano de los municipios de Ginebra, Cerrito, Guacarí y Palmira (departamento del Valle del Cauca)*. Vol. V. No. 9. Bogotá.

Illera, Carlos H. 1993. Excavaciones arqueológicas en Guabas, Guacarí, Valle del CAuca. *Historia y Espacio*, 2 (8). Departamento de Historia. Universidad del Valle. Cali.

Kashina, T. I. 1977. Kerámika Kulturi Yangshao. (*La cerámica de la Cultura Yangshao*). Novosibirsk.

Langebaek, C. 1993. *Arte Precolombino-Culturas*. En, Gran Enciclopedia de Colombia, volumen 4: 67-76. Círculo de Lectores. Bogotá.

Legast, Anne. 1993. *La fauna en el material precolombino Calima*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Santafé de Bogotá.

Leroi-Gourhan, Bailloud, J., Chavillon, A., Laming-Emperaire, A. 1982. *La Prehistoria*. Nueva Clío. Barcelona.

Lovejoy C. O. 1985. *Dental Wear in the Libben Population: Its Functional Pattern and Role in the Determination of Adult Skeletal Age at Death*. Amer. Jour. Phys. Anthropol. 68 (10): 47-56.

Long, S. 1967. *Formas y distribución de tumbas de pozo con cámara lateral*. Razón y Fábula 1:32-40.

Lumbreras, L. 1987. *Examen y clasificación de la cerámica*. Gaceta Arqueológica Andina 6 (13): 18-32. Lima.

Llanos, H. 1992. *La naturaleza del sur del alto Magdalena como fundamento cultural prehispánico*. Cespadesia 19 (62-63):199-221. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Llanos, H. 1990. *Espacios míticos y cotidianos en el sur del alto Magdalena agustiniano*. En Ingenierías prehispánicas: 13-45. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

Llanos, H. 1988. *Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamiento en el Cañón del río Granates-Saladoblanco*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Santafé de Bogotá.

Malinowski, B. 1985. *Magia, ciencia y religión*. Editorial Planeta De Agostino. Bogotá.

Meggors, B. y Evans, C. 1969. *Cómo interpretar el lenguaje de los tiestos*. Smithsonian Institution. Washington D.C.

Mejía, C. 1986. *Fauna colombiana*. Circulo de Lectores-Editorial La Rosa. Bogotá.

Merlano, J. M. y Puyana, M. 1994. *Moluscos del Caribe colombiano. Un catálogo ilustrado*. Colciencias. Santafé de Bogotá.

Ortegon, M. y Morales, F. 1987. *El cuy*. Ediciones Técnicas. Pasto.

Pérez de Barradas, J. 1966. *Orfebrería prehispánica de Colombia*. Estilo Quimbaya y otros. Vol. 1. Banco de la República. Madrid.

Piedrahita, L. F. de. 1942. *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*. Tomo III. Editorial ABC. Bogotá.

Pinto, M. 1999. *Revisión del Género Cavia en el Registro Arqueológico Colombiano*. Ponencia presentada al I Congreso de Arqueología en Colombia (Octubre). Manizales. Ms.

Pinto, M. y Peña, G. 1992. *Análisis de la industria lítica y arqueozoología*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. Santafé de Bogotá. Ms.

Pinto, M. y H. Llanos. 1997. *Las industrias líticas de San Agustín*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Santafé de Bogotá.

Plazas, C. 1987. *Forma y función en el oro Tairona*. Revista del Museo del Oro 19: 25-33. Bogotá. Banco de la República. Bogotá.

Plazas, C. y Falchetti, A. M. 1983. *Tradición metalúrgica del sur-occidente colombiano*. Boletín del Museo del Oro 14: 1-32. Banco de la República. Bogotá.

Polanco, H., Herazo, B., Groot, A. M. 1992 *Morbilidad oral en cráneos prehispánicos. Checua, Nemocón, Cundinamarca-Colombia*. Revista de la Federación Odontológica Colombiana 44: 174-175. Bogotá.

Polanco, H., Herazo, B. y Rodríguez, J. V. 1991. *Morbilidad oral en una comunidad de cráneos prehispánicos, Tunja-Boyacá Colombia*. Revista de la Federación Odontológica Colombiana 44 : 41-45. Bogotá.

Polanco, H., Herazo, B. y Rodríguez, J. V. 1990. *Morbilidad oral en esqueletos de una comunidad indígena prehispánica, Soacha, Cundinamarca, Colombia. Primera Parte*. Revista de La Federación Odontológica Colombiana 43 (173): 11-22. Bogotá.

Pulgar, J. 1952. *El curí o cui*. Ministerio de Agricultura. Bogotá.

Quintana, L y L.G. Jaramillo. 2002. *Componente arqueológico Asociación de vivienda temporal, Urbanización San Diego II-Córdoba, Quindío*. Boletín de Arqueología 17 (1): 17-37. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá. D.C.

Raymond, L. 1983. *The Diagnostic Potential of Spindle Whorl Artifacts*. The Chesopiean 21(2): 12-22.

Reichel-Dolmatoff, G. 1990. *Orfebrería y chamanismo*. Un estudio iconográfico del Museo del Oro. Editorial Colina. Medellín.

Reichel-Dolmatoff, G. 1977. *Notas sobre el simbolismo religioso de los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Estudios antropológicos: 17-63. Colcultura. Bogotá.

Reyes, M. y Pradilla, N. 1987. *Un acercamiento a las prácticas de deformación craneal y sus posibles implicaciones culturales*. Revista Arqueología 4:20-27. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Rye, O. 1981. *Pottery Technology. Principles and Reconstructions*. Taraxacum. Washington D.C.

Robledo, J. [1539-1541]1985. *Relación de algunos pueblos de la Gobernación de Popayán*. Cespedesia 14 (51-52): 27-37. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Rodríguez, C. A. 2005. *Los hombres y las culturas prehispánicas del Suroccidente de Colombia y el Norte del Ecuador*. Universidad del Valle-Fundación Taraxacum. Cali.

Rodríguez, C. A. 2002. *El Valle del Cauca Prehispánico*. Procesos socioculturales antiguos en las regiones geohistóricas del Alto y Medio cauca y la Costa Pacífica colombo-ecuatoriana. Universidad del Valle-Fundación Taraxacum. Cali.

Rodríguez, C. A. 1996a. *Informe del rescate arqueológico en los sitios PK 276+700 y PK 321+400 ubicados en la troncal del Gasoducto de Occidente*. Empresa Colombiana de Petróleos. Santiago de Cali. ECOPETROL. Ms.

Rodríguez, C. A. 1996b. *Rescate arqueológico en los sitios PK 185 y PK 185+600 ubicados en la troncal del Gasoducto de Occidente*. Empresa Colombiana de Petróleos. Informe Final. Santafé de Bogotá: ECOPETROL. Ms.

Rodríguez, C. A. 1996c. *Rescate arqueológico en el Sitio PK 187+400 ubicado en la troncal del Gasoducto de Occidente*. Empresa Colombiana de Petróleos. Informe Final. ECOPETROL. Santafé de Bogotá. Ms.

Rodríguez, C. A. 1995. *Tiempo y espacio de la diversidad sociocultural prehispánica en el alto y medio Cauca durante el milenio precedente a la Conquista española*. En C. Gnecco (ed.). *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*: 223-244. Universidad del Cauca. Popayán.

Rodríguez, C. A. 1994. *El cacicazgo de Guabas. Variante meridional de la Tradición Cultural Quimbaya Tardío (700-1300)*. Informe Final. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas-Alcaldía Municipal de Guacarí. Cali. Ms.

Rodríguez, C. A. 1992. *Tras las huellas del hombre prehispánico y su cultura en el Valle del Cauca*. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Rodríguez, C. A. 1985. *Archaeological Excavations in a Prehispanic Cemetery in Guabas, Cauca Valley, Colombia*. *Pro-Calima* 4: 9-52. Basel.

Rodríguez, C. A. 1984. *Investigaciones arqueológicas en Guabas, Guacarí, Valle del Cauca*. Informe final. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Buga. Ms.

Rodríguez, C. A. y Bedoya, A. 1999. *Asentamientos prehispánicos Tardíos en la Universidad del Valle*. *Boletín de Arqueología* 14 (1):1-73. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá. D.C.

Rodríguez, C. A. y Jaramillo, Y. 1993. *Lo cotidiano y lo simbólico en el arte geométrico prehispánico del valle medio del río Cauca (1000-1300 d.C.)*. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Rodríguez, C. A. y Salgado, H. 1990. *Las costumbres funerarias de las sociedades agroalfareras prehispánicas de la región de Samaria en el curso alto del río Calima*. I Milenio a.C- Siglo XVI d.C. Informe Final. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas - Museo Arqueológico. Darién. Ms.

Rodríguez, C. A. y Stemper, D. 1994. *Cambios medioambientales y culturales prehispánicos en el curso bajo del río Bolo, municipio de Palmira, Valle del Cauca*. *Cespedesia* 19 (62-63): 139-198. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Rodríguez Carlos A y José V. Rodríguez. 1998. “*Patrones de Enterramiento Quimbaya Tardío en el sitio arqueológico Dardanelos, municipio de Obando, Departamento del Valle del Cauca*”. Boletín de Arqueología, 13 (2): 18-112. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Santafé de Bogotá.

Rodríguez, C. A., Rodríguez, E. L. y Romero, W. 2001. *La población de la sociedad Sonso entre 1000 y 1550 d.C. y su relación con la muerte. El caso del cementerio prehispánico de Guacandá en Yumbo, departamento del Valle del Cauca*. Boletín de Arqueología 16 (3):27-94. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá. D.C.

Rodríguez, C. A., Herrera, L. y Cardale, M. 1994. *El Proyecto Arqueológico Malagana (1994)*. Boletín de Arqueología 3 (1993):59-70. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.

Rodríguez, C. D., Delgado, M. E., Rodríguez, C. A. and León, E. 2000. *Dental Morphology of the Prehispanic Population of Obando in the Year 780±110 AD. In the Valle del Cauca Department, Colombia*. International Journal of Dental Anthropology 1: 35-47.

Rodríguez Cuenca, J. V. 2005. *Pueblos, rituales y condiciones de vida prehispánicas en el Valle del Cauca. Departamento de Antropología*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. D.C.

Rodríguez Cuenca, J. V. 1994. *Perfil paleodemográfico Muisca. El caso del cementerio de Soacha, Cundinamarca. Maguare 9 (10): 7-30*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Rodríguez Cuenca, J. V 1992. *Características físicas de la población prehispánica de la cordillera Oriental: implicaciones etnogenéticas*. Maguaré 7 (8):7-45. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Rodríguez Cuenca 1990. *Antropología física de la población indígena del suroccidente de Colombia*. Cespedesia 16-17 (59): 181-208. Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas. Cali.

Rodríguez Cuenca, J. V. 1987. *Algunos aspectos metodológicos bioantropológicos relacionados con el poblamiento de América*. Maguaré 5: 9-40. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Rodríguez Cuenca, J. V., S. Blanco y P.J. Botero. 2005. *Comunidad prehispánica de El Cerrito, Valle del Cauca*. Medio ambiente, prácticas funerarias y condiciones de vida. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. D.C.

Salgado, H. 1986. *Asentamientos prehispánicos en el Noroccidente del Valle del Cauca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Bogotá.

Sanoja Obediente, M. 1972. *Ecología y arqueología*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.

Santos Vecino, G. 1992. *El Volador: las viviendas de los muertos*. Departamento Antropología. Universidad de Antioquia. Medellín.

Salvat. 1993. *Diccionario Enciclopédico Universal*. Tomo 20. Editorial Salvat. Barcelona.

Schiffer, M. 1990. *Contexto arqueológico y contexto sistémico*. Boletín de Antropología Americana 22: 81-93. México.

Shapiro, G. 1984. *Ceramic Vessels*. Permanence, and Group Size: A Mississippian Example. *American Antiquity* 49 (4).

Shepard, A. 1980. *Ceramics for the Archaeologist*. Carnegie Institute. Washington D.C.

Thomas, L. V. 1993. *Antropología de la muerte*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México.

Thomas, L. V. 1989. *El cadáver*. Fondo de Cultura Económica. México. México.

Tovar Pinzón, H. 1993. *Colecciones y visitas de los Andes*. Siglo XVI (Relación de lo que sucedió al Magnífico Capitán Jorge Robledo). Colcultura-Instituto de Cultura Hispánica-Tercer Mundo Editores. Santafé de Bogotá.

Trimborn, H. 1949. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Madrid.

Turner, V. 1975. *Mito y símbolo*. En Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Aguilar. Barcelona.

Ubelaker, D. H. 1974. *Reconstruction of Demographic Profiles from Ossuary Skeletal Samples*. A Case Study from the Tidewater Potomac. Smithsonian Contribution to Anthropology No. 18. Smithsonian Institution Press. Washington.

Ubelaker, D. H. 1989. *Human Skeletal Remains*. Excavation, Analysis and Interpretation. Taraxacum-Smithsonian Institution. Washington.

Uribe, M. A. 1994. *La orfebrería Quimbaya Tardía*. Boletín del Museo del Oro 31: 31-124. Banco de la República. Bogotá.

Uribe, M. V. y Cabrera, F. 1988. *Estructuras de pensamiento en el altiplano nariñense*. Revista Colombiana de Antropología IV (2): 45-69. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

Vasco, L. G. 1987. *Semejante a los dioses*. Cerámica y Cestería Embera-Chamí. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Wood, J. W., Milner, G.R., Harpending, H.C. and Weiss, K.M. 1992. *The Osteological Paradox*. Problems of Inferring Prehistoric Health from Skeletal Samples. Current Anthropology 33(4): 343. The Wenner Green Foundation for Anthropological Research.

CARLOS ARMANDO RODRÍGUEZ

Historiador de la Universidad Estatal de Voronech (Rusia, 1980) y tiene un Ph.D. en Arqueología del Instituto de Arqueología (Moscú, 1987). Profesor Titular adscrito al departamento de Artes Visuales y Estéticas de la Universidad del Valle, donde coordina el Grupo de Investigación en Arqueología y Diversidad Sociocultural Prehispánica, ARQUEODIVERSIDAD. Igualmente, desde 1994 es el Director del Museo Arqueológico “Julio César Cubillos”. Investigador invitado del Departamento de Antropología del Smithsonian Institute (2000). Autor de los libros: *Los hombres y las culturas prehispánicas del suroccidente de Colombia y el norte del Ecuador* (2005), *El Valle del Cauca prehispánico. Procesos socioculturales antiguos en las regiones geohistóricas del alto y medio Cauca y la Costa Pacífica colombo-ecuatoriana* (2002) y *Tras las huellas del hombre prehispánico y su cultura en el Valle del Cauca* (1992). Coautor de *Lo cotidiano y lo simbólico en el arte geométrico prehispánico del Valle Medio del río Cauca, 1000-1300 d.C.* (1993), *La vivienda prehispánica en Calima* (1993) y *Arqueología de precisión. Aplicación de técnicas geoelectricas y electrotérmicas en investigaciones arqueológicas del Valle del Cauca, Colombia* (2006). Su producción intelectual también incluye más de 70 artículos escritos en varios idiomas (ruso, alemán, inglés, español), publicados en revistas científicas nacionales y extranjeras.

FABIO FERNANDO REY MORALES

Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, 1996). Actualmente cursa una Maestría en Antropología en la Universidad Nacional de Colombia.

AMPARO CUENCA WILSON

Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, 1996). Tiene una Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá, 2005). Se desempeña como Directora de Investigaciones de la Universidad Católica Lumen Gentium de Cali.



Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227

321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>

programa.editorial@correounivalle.edu.co